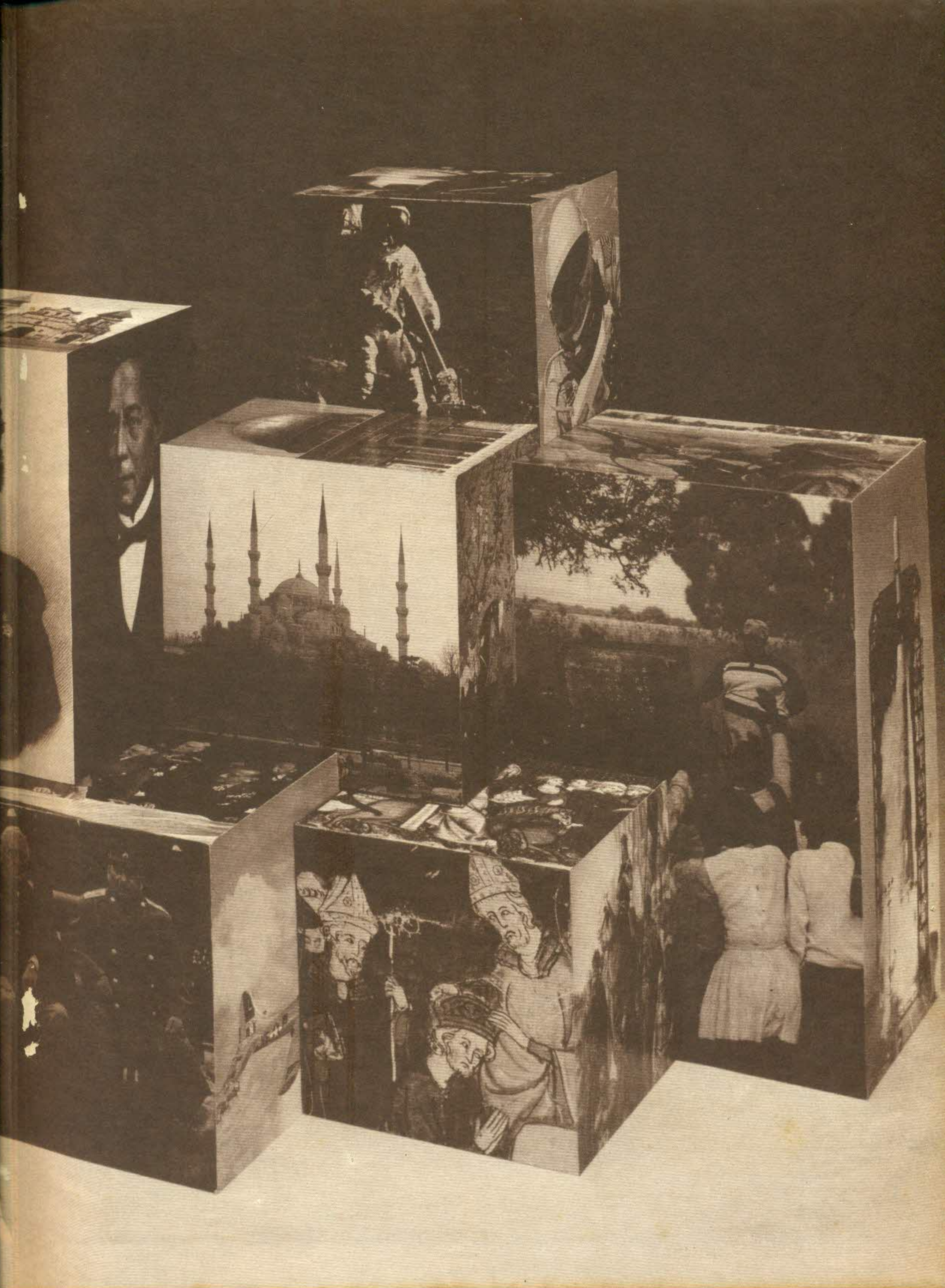

HISTORIA UNIVERSAL
3

HISTORIA UNIVERSAL

INDUSTRIALIZACIÓN E IMPERIALISMO





HISTORIA UNIVERSAL




INDUSTRIALIZACIÓN
E IMPERIALISMO
EDICIONES NAUTA

Sumario

NOTA DE LOS EDITORES

La misión de una obra histórica no se reduce sólo a presentar cada uno de los hechos vividos por la humanidad relacionándolos con los que les han precedido y seguido en el tiempo. Además, debe ofrecer al lector la posibilidad de valorar globalmente la información, y hacerlo en función de los intereses del hombre de hoy.

Por eso, la HISTORIA UNIVERSAL que presentamos no aparece siguiendo el esquema cronológico habitual, ni tampoco como una retrospectiva de la historia escalonada hasta los orígenes de las civilizaciones. Hemos querido combinar ambos criterios con el fin de lograr una disposición que permita entender mejor las diversas relaciones causa-efecto que se dan entre los eslabones de la cadena histórica.

En consecuencia, la colección parte de un bloque relativo a los acontecimientos más próximos a nuestros días, de forma que sea posible sumergirse totalmente en la historia del mundo moderno a partir del conocimiento de las situaciones que han ido conformando el mundo tal como lo hemos recibido. Este primer conjunto se cierra con un volumen que, desde nuestro punto de vista, es una aportación extraordinaria que facilita la aproximación al mundo que vivimos: un *calendario cultural del siglo XX* de características excepcionales.

Un segundo bloque, centrado en épocas más alejadas de nosotros, que abarcan desde el origen de las civilizaciones hasta el inicio de la historia contemporánea, permite el estudio más sosegado de épocas que exigen más dedicación a causa del menor conocimiento global que de ellas tenemos.

Como colofón, hemos considerado imprescindible la inclusión de un *atlas histórico,* que hace honor a la máxima "una imagen vale más que mil palabras".

PLAN DE LA OBRA

ORDENACIÓN CRONOLÓGICA



EL EQUILIBRIO DEL PODER

Introducción

El siglo XIX enmarcó, en su segunda mitad, la expansión del nacionalismo y el imperialismo. Los historiadores pueden discrepar sobre cuál de tales fuerzas tuvo mayor incidencia en la transformación del mundo, pero no existen dudas acerca de las condiciones que permitieron su desarrollo: los descubrimientos científicos y tecnológicos, que pusieron a disposición del hombre nuevas posibilidades de construir y de destruir; y los cambios profundos en los sistemas económicos y sociales de Europa y América, con la irrupción de la democracia y su acción demoledora contra la tradición y las costumbres.

Al otro lado del Atlántico, en el Nuevo Mundo, en ningún momento fue posible la restauración que se intentó en Europa, pues allí los cambios impuestos por la época napoleónica y la anterior generación eran irreversibles. En Norteamérica, el éxito del experimento de un gobierno republicano había sido puesto en duda desde que se obtuvo la independencia respecto a Gran Bretaña en 1783, pero después de 1815 las dudas se desvanecieron. En América Latina, las guerras europeas dieron a los súbditos españoles la oportunidad de emular a los colonos británicos del norte y romper con la metrópoli. En 1815, sus amagos de independencia todavía resultaban confusos, pero en realidad se había iniciado un imparable movimiento independentista.

El impulso de lo que el historiador británico John A. Hobson calificó como «nuevo imperialismo», desarrollado a finales del siglo XIX y principios del XX, fue un fenómeno europeo.

La clave esencial del «nuevo imperialismo» fue de tipo económico. Sin esta premisa, se hace difícil entender su rápida y violenta expansión. Y su nervio fundamental estribó en una doble necesidad: hallar nuevas fuentes de materias primas, y encontrar nuevos mercados que pudieran absorber la sobreproducción de mercancías, las cuales se almacenaban en las fábricas europeas, amenazando con una crisis que hundiría el sistema capitalista.

El fenómeno del imperialismo fue profundamente estudiado por especialistas como el citado Hobson, Rudolf Hilferding, Rosa Luxemburgo y Vladimir I. Lenin. Todos ellos coincidieron en estas líneas generales ya expuestas, pero quizá fue el dirigente revolucionario ruso quien profundizó más en sus aspectos sociológicos. En efecto, a Lenin, siempre inquieto por los hechos de su tiempo, le interesaban especialmente las repercusiones sociológicas que el nuevo fenómeno económico expansionista tendría sobre los pueblos, y muy especialmente sobre las colonias y las metrópolis.

En función de ello, analizó el imperialismo como una «internacionalización de la economía capitalista» o «fase superior del capitalismo». Resumiendo: la economía se hizo mundial.

Las implicaciones provocadas por el impacto del desarrollo económico imperialista fueron extraordinarias. En las colonias, de donde las naciones imperialistas debían extraer materias primas baratas, y donde deberían vender luego productos manufacturados caros —los dos polos de un intercambio desigual—, la inversión masiva de capitales occidentales actuó con gran fuerza, pues eran sociedades organizadas sobre otros esquemas, en general sociedades estáticas, rígidamente estratificadas, gobernadas por oligarquías o monarcas despóticos, y dominadas por el fanatismo religioso.

La penetración de capitales supuso la inmediata iniciación de un desarrollo capitalista. Se levantaron factorías, se activó el comercio, se ampliaron los mercados, se introdujo en gran escala la práctica del salario. Grupos adinerados autóctonos se interesaron por las posibilidades que abría la penetración capitalista, y gradualmente se formó una «burguesía nacional», estrechamente vinculada en una primera fase con los poderes colonialistas. Los hijos de esta burguesía fueron a las metrópolis a educarse en los valores de la cultura occidental. Por otra parte, el creciente empleo de mano de obra local forjó unas clases trabajadoras. En pocas palabras, se reproducía en las colonias el esquema social existente en las grandes metrópolis. La modernidad chocaba con la tradición en lugares como India, China y Egipto.

Por otra parte, el intercambio desigual entre colonias y metrópolis tuvo como resultado la acumulación de nuevas plusvalías, que ingresaban en las arcas metropolitanas de modo creciente. En Gran Bretaña, la llegada masiva de beneficios foráneos ejerció una poderosa influencia en el cuerpo social y político. Los antagonismos de clase entre los grupos dominantes económicamente, es decir la burguesía y las clases obreras, se amortiguaron, pues la penetración de aquellas nuevas plusvalías permitió una redistribución equitativa de la riqueza «nacional», de la que en alguna medida salió mayormente beneficiado el proletariado.

El proceso de desarrollo industrial británico cedió en sus aspectos más salvajes, heredados de la primera mitad del siglo XIX, y la industrialización pudo reorganizarse en base a configurar nuevas especializaciones y nuevos cargos laborales. Una masa notable de obreros especializados asumió cargos de responsabilidad en las fábricas; otros, pudieron dirigir los asuntos del movimiento obrero, abandonando gradualmente sus trabajos fabriles para emplearse en el aparato burocrático de las nacientes asociaciones sindicales. Surgió así lo que Lenin denominó la «aristocracia obrera», una capa social que amortiguaba la lucha de clases, tan problemáticas en aquellos momentos, inclinada hacia el reformismo y la utilización del sistema político burgués para prosperar económicamente.

Con ello, se alejaba el fantasma de la revolución. A partir de esta realidad, Eduard Bernstein, y luego Karl Kautsky, señalaron que la teoría de la «miseria creciente» de Marx era errónea, y que en consecuencia se demostraba que el abismo entre los ricos y pobres no era cada vez mayor, como señalara aquél. Sin embargo, ni uno ni otro tuvieron en cuenta que el factor del que dependía la nueva realidad eran las plusvalías provenientes del mundo colonial, y por tanto la estabilidad era precaria, y en cierto sentido falsa, pues este intercambio económico desigual entre metrópolis y colonias podía colapsarse, ya fuera por encarnizadas guerras sostenidas entre las potencias colonialistas, o bien a causa de rebeliones autóctonas.

De hecho, en Gran Bretaña la perspectiva revolucionaria desapareció con el desarrollo imperialista, y posteriormente las tensiones sociales también se amortiguarían en otros estados de Europa occidental. Pero la situación era coyuntural, como demostrarían los acontecimientos que giraron en torno a la Gran Guerra de 1914 a 1918. Además, el mundo comenzaba a dividirse en dos bloques, el industrial y el colonizado. Y el abismo entre ambos era cada vez mayor. Como muchos años después señalaría el sociólogo argelino Franz Fanon, el «ser de las metrópolis se convirtió en el no-ser de las colonias», con toda la carga de violencia latente que intrínsicamente esta relación comportaba.

El combate colonial entre Alemania, Gran Bretaña y Francia, principalmente, fue arduo, y provocó la primera Gran Guerra del siglo XX, que costó decenas de millones de muertos y la pérdida de una generación. Esta contienda tuvo un fundamento imperialista, y sus secuelas cambiaron la correlación mundial de fuerzas.



Los 11 primeros presidentes de los Estados Unidos de América en una orla que rodea la representación de la firma de la Declaración de Independencia (4 de julio de 1776), según J. Trumbull, en un grabado del siglo XIX.

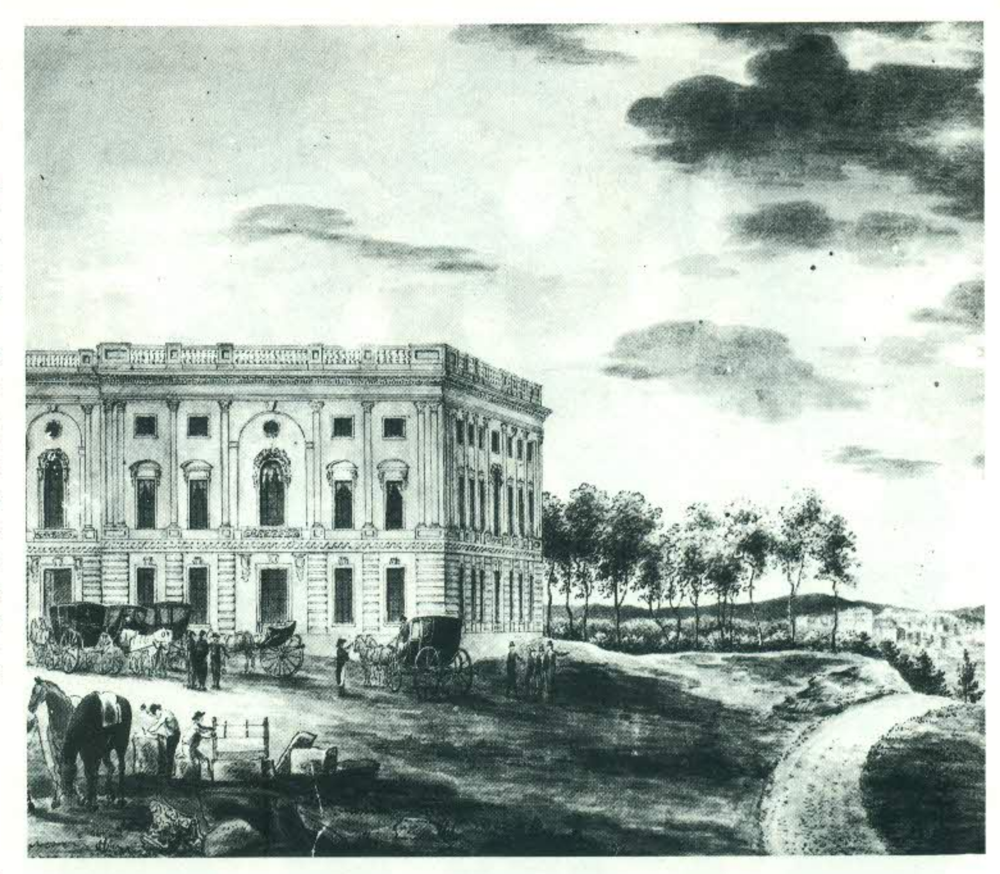
Estados Unidos: 1800-1865

Cuando Estados Unidos consiguió la independencia de Gran Bretaña, en 1783, eran ingentes los problemas que acosaban a la nueva nación. El más importante era la necesidad de establecer una forma de gobierno que uniera efectivamente las trece colonias dispersas en el borde occidental del continente norteamericano. También era vital la necesidad de una política exterior que les protegiera de las potencias europeas, deseosas de aprovechar la debilidad norteamericana para conseguir el control de grandes zonas del nuevo país.

Con la puesta en marcha, en 1789, de la nueva Constitución, se había dado un paso decisivo hacia la unidad nacional, pero los Estados Unidos aún eran vulnerables frente a las potencias extranjeras.

Aunque aumentó incesantemente su prosperidad económica, el país tenía escasas fuerzas militares, y muchos de sus ciudadanos se oponían a cualquier aumento del potencial militar. El estallido de las guerras generadas por la Revolución francesa permitió a Estados Unidos aprovecharse de las pugnas que asolaban Europa, pero también peligró el amplio comercio marítimo con los países implicados en tales conflictos bélicos.

En la década de 1790, Estados Unidos sufrió una crisis en sus relaciones con Gran Bretaña que casi provocó la guerra, y después, de 1798 a 1800, estuvieron involucrados en una guerra marítima no declarada con Francia. Afortunadamente para Thomas Jefferson, elegido presidente en 1800, su mandato se inició, en marzo de 1801, en una coyuntura en que las relaciones exteriores norteamericanas habían mejorado notablemente como resultado del cese temporal de las guerras europeas.

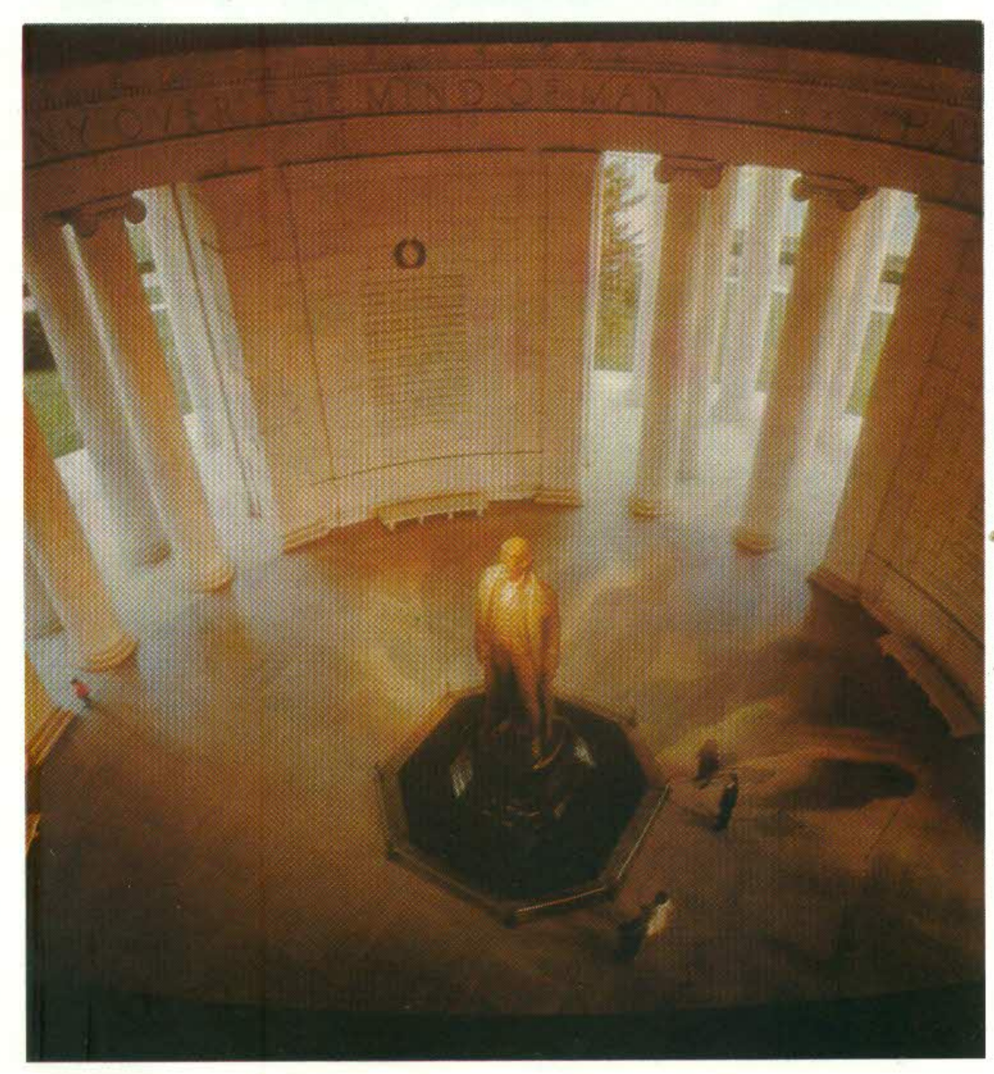


Thomas Jefferson

Cuando Jefferson asumió la presidencia ya era una figura descollante. Si no hubiera sido nunca presidente, su nombre perduraría como el del autor de la Declaración de la Independencia. Su carrera como gobernador de Virginia no había sido afortunada, pero como legislador en dicho estado consiguió logros impresionantes: el estatuto de Virginia sobre libertad religiosa, la codificación de la ley (que incluía, asimismo, reformas en las leyes de herencia), y un apoyo apasionado a la educación.

Como secretario de Estado en la primera administración del presidente Washington, Jefferson se convirtió en el líder de un grupo que más tarde constituiría el Partido Democrático-republicano. Como líder de este partido llegó al poder en 1801. Los federalistas, que bajo la dirección de Alexander Hamilton habían gobernado en la década de 1790-1800, realizaron la enorme tarea de soldar un país a partir de estados distintos. Pero fue Jefferson y sus demócrata-republicanos quienes demostrarían un enraizamiento popular.

Jefferson se vio obligado en la práctica a modificar algunas de sus ideas, pero la influencia de su filosofía política se dejaría sentir hasta el siglo XX. Jefferson manifestó su creencia en «el gobierno de la mayoría democrática», moderada por el respeto a los derechos de la minoría. También creía en la subordinación de los militares a la autoridad civil y en la necesidad de un electorado culto. Creía que una





nación sana es la que se basa en un grupo numeroso de pequeños propietarios rurales, activos y cultos. Desconfiaba de las ciudades y de las masas urbanas, y esperaba que los Estados Unidos fuesen gobernados por una élite intelectual que elevara el país a la cumbre de su expansión.

A Jefferson le desagradaba la esclavitud, pero como propietario de esclavos de Virginia no estaba plenamente seguro de que el cuerpo y el alma del negro fuesen iguales a los del hombre blanco. Fue también un activo científico, arquitecto e inventor, y es evidente que pocas naciones han dispuesto alguna vez de una persona de su categoría para conducir sus primeros pasos.

La victoria democrático-republicana en 1800 inauguró un período de gobierno que duró hasta la disolución del partido hacia el final de la década de 1820. Los años comprendidos entre 1801 y 1825 fueron los de la «dinastía de Virginia». Los tres presidentes de aquellos años provenían de Virginia: Jefferson hasta 1809, James Madison con dos mandatos hasta 1817, y James Monroe desde 1817 a 1825. Los federalistas nunca volvieron a detentar el poder después de 1801. Este fracaso tuvo como causa el que las mejores ideas de los federalistas fueron adoptadas por el Partido Democrático-republicano.

Jefferson descubrió, siendo presidente, que, en la práctica, no podía conceder la libertad a los estados tal como argumentaba en la teoría, y que la defensa del cumplimiento estricto de la Constitución era mucho más realizable para un partido en la oposición que para uno en el poder. No realizó ningún cambio importante en la dirección del ejecutivo del gobierno.

El primer período presidencial de Jefferson fue triunfal. La pausa que experimentaron las guerras europeas entre 1801 y 1803 significó para los navíos norteamericanos un aumento del tráfico comercial que comportó crecientes ingresos. Por ello, el secretario del Tesoro del gobierno Jefferson, Albert Gallatin, pudo

Arriba, el Memorial dedicado a Thomas Jefferson (1743-1826), tercer presidente de los Estados Unidos y redactor de la Declaración de Independencia.

Página anterior, arriba, el Capitolio de Washington hacia 1800. Washington fue declarada capital administrativa de la nación y su emplazamiento escogido por su primer presidente en 1790.

Página anterior, abajo, interior del Memorial Jefferson con la estatua de este presidente.



eliminar los impuestos sobre los artículos de comercio interno, a los que se habían opuesto durante largo tiempo los demócrata-republicanos, nivelar el presupuesto e, incluso, reducir la deuda nacional. Fue ayudado en esta labor por los recortes presupuestarios de las fuerzas militares, política acorde con la filosofía jeffersoniana.

Sin embargo, no todo fue tan bien como Jefferson esperaba. Tuvo que intervenir en una breve y extraña guerra naval contra Trípoli para proteger la navegación norteamericana en el Mediterráneo, y en el interior fracasó su intento de expulsar a los federalistas atrincherados en el poder judicial federal. Estos reveses fueron eclipsados por el triunfo que significó la compra de Luisiana.

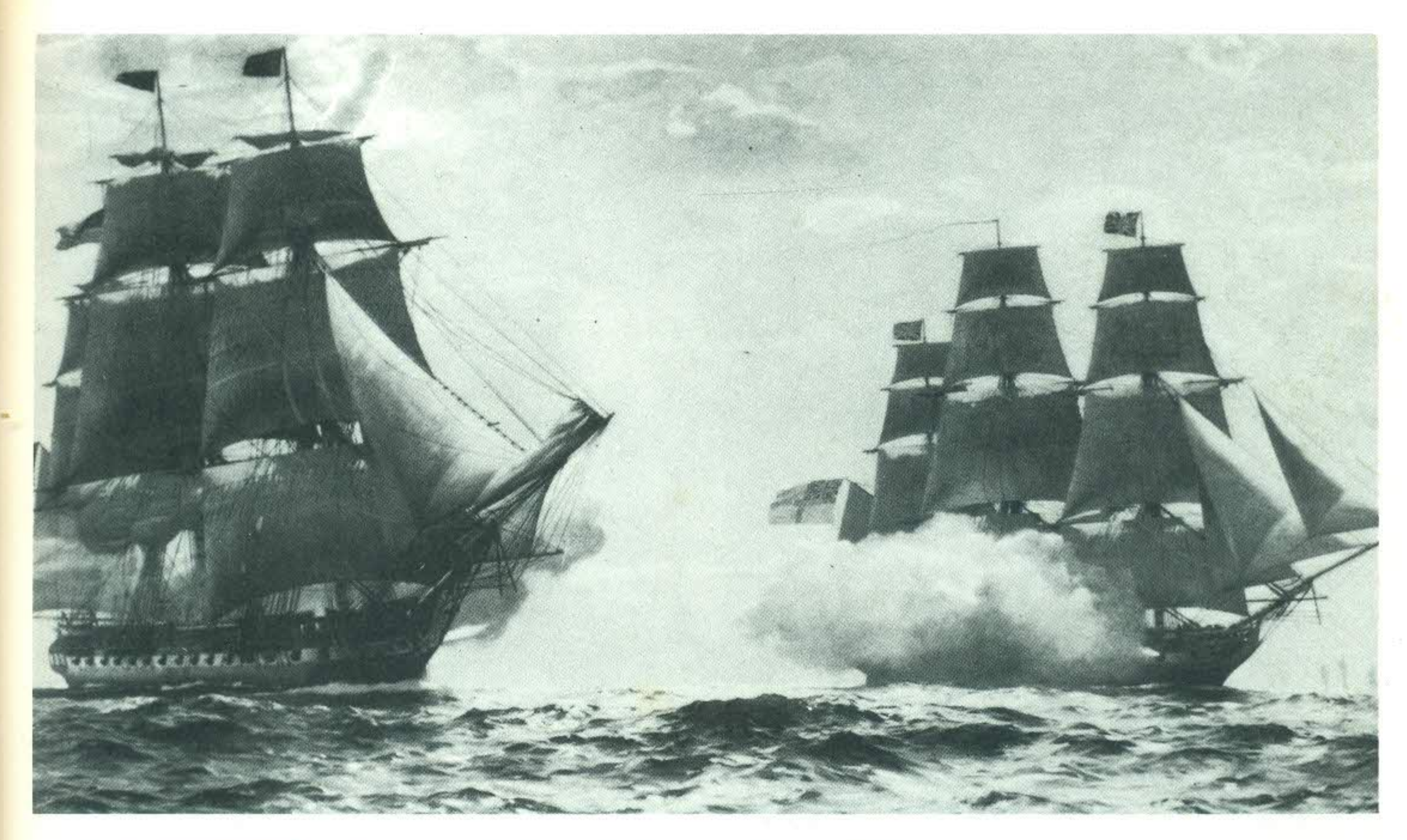
La compra de Luisiana

Los colonos, que desde la Revolución se habían adentrado a través de los Apalaches en el interior del valle del Mississippi, dependían para su supervivencia económica de la exportación hacia el golfo de México, a lo largo de los sistemas fluviales del Ohio y el Mississippi. Este era el único medio práctico para encontrar un mercado que acogiese la enorme producción de aquella zona, si bien el tráfico era dificultado por la presencia de los españoles. Éstos poseían el territorio al oeste del Mississippi, Nueva Orleáns y una franja de tierra a lo largo del golfo que incluía las partes meridionales de los modernos estados de Mississippi y Alabama, y la totalidad de Florida. Desde 1795, los Estados Unidos tenían el derecho de embarcar mercancías a través del puerto sureño de Nueva Orleáns, depositándolas aquí antes de exportarlas, pero a partir de 1800 esta relación mercantil se vio amenazada.

En 1800, España cedió a Francia el territorio de la Luisiana a cambio de navíos de guerra y territorios en Italia. Este territorio era una gran zona al oeste del río Mississippi, limitando al norte y noroeste con la frontera canadiense y las Montañas Rocosas. Francia soñaba con establecer su Imperio del Nuevo Mundo, en donde Luisiana sería la fuente de aprovisionamiento de las Indias Occidentales azucareras. El sueño francés se colapsó a los pocos años. Desde la década de 1790 existían revueltas en la isla de Santo Domingo. Los esclavos, considerando que ellos también debían vivir en libertad, igualdad y fraternidad, se habían rebelado contra sus amos, y en los años posteriores a 1800, dirigidos por el gran líder Toussaint L'Ouverture, resistieron a los intentos franceses por recuperar el control de la situación. Todo un ejército francés fue aniquilado por la fiebre amarilla, y en 1803 Napoleón dispuso acabar con estos problemas y olvidarse de la complicada situación del Nuevo Mundo.

Aunque Francia no tomó posesión de Luisiana en 1800, los rumores del cambio de propiedad llegaron a Estados Unidos en 1801, y en 1802, Jefferson supo que, en vez de la impotente España, era la Francia de Napoleón la que controlaría las salidas de Estados Unidos en el golfo. Este temor aumentó en el otoño de 1802 con las noticias de la supresión del derecho a depósito en Nueva Orleáns. Aunque esta decisión fue tomada por España, todo el mundo sabía que Francia era la responsable. Los habitantes del Oeste exigieron la guerra y la captura de Nueva Orleáns. A fin de evitar la acción militar, Jefferson decidió intentar la compra de los accesos al golfo. En 1803, James Monroe fue enviado a Francia con instrucciones para comprar, como mínimo, Nueva Orleáns, y, si era posible, Florida. Nada se dijo de la extensa zona de territorio de Luisiana, aunque Jefferson mostraba en esa época un enorme interés por la región, enviando a Lewis y a Clark a explorar la ruta occidental hacia el Pacífico.

En Francia, Napoleón había decidido vender el territorio. En 1803 no quería enviar ningún otro ejército a Santo Domingo. Era evidente que pronto se reanudaría la guerra con Gran Bretaña (declarada en mayo); Napoleón necesitaría dinero para la campaña europea, y no podía defender Nueva Orleáns de la flota británica. Aunque los enviados norteamericanos habían sido autorizados a gastar



no más de 10.000.000 de dólares por Nueva Orleáns y Florida, se acordó abonar 15.000.000 de dólares por Nueva Orleáns y todo el territorio de Luisiana, sin que se mencionara Florida. Cuando recibió las noticias, Jefferson tuvo escrúpulos en lo que hacía referencia a la constitucionalidad de la transacción, pero su gabinete le persuadió para que no pidiera autorización constitucional. El territorio de Estados Unidos se había casi duplicado, y su núcleo estaba dispuesto a expansionarse hacia el Pacífico.

Problemas marítimos

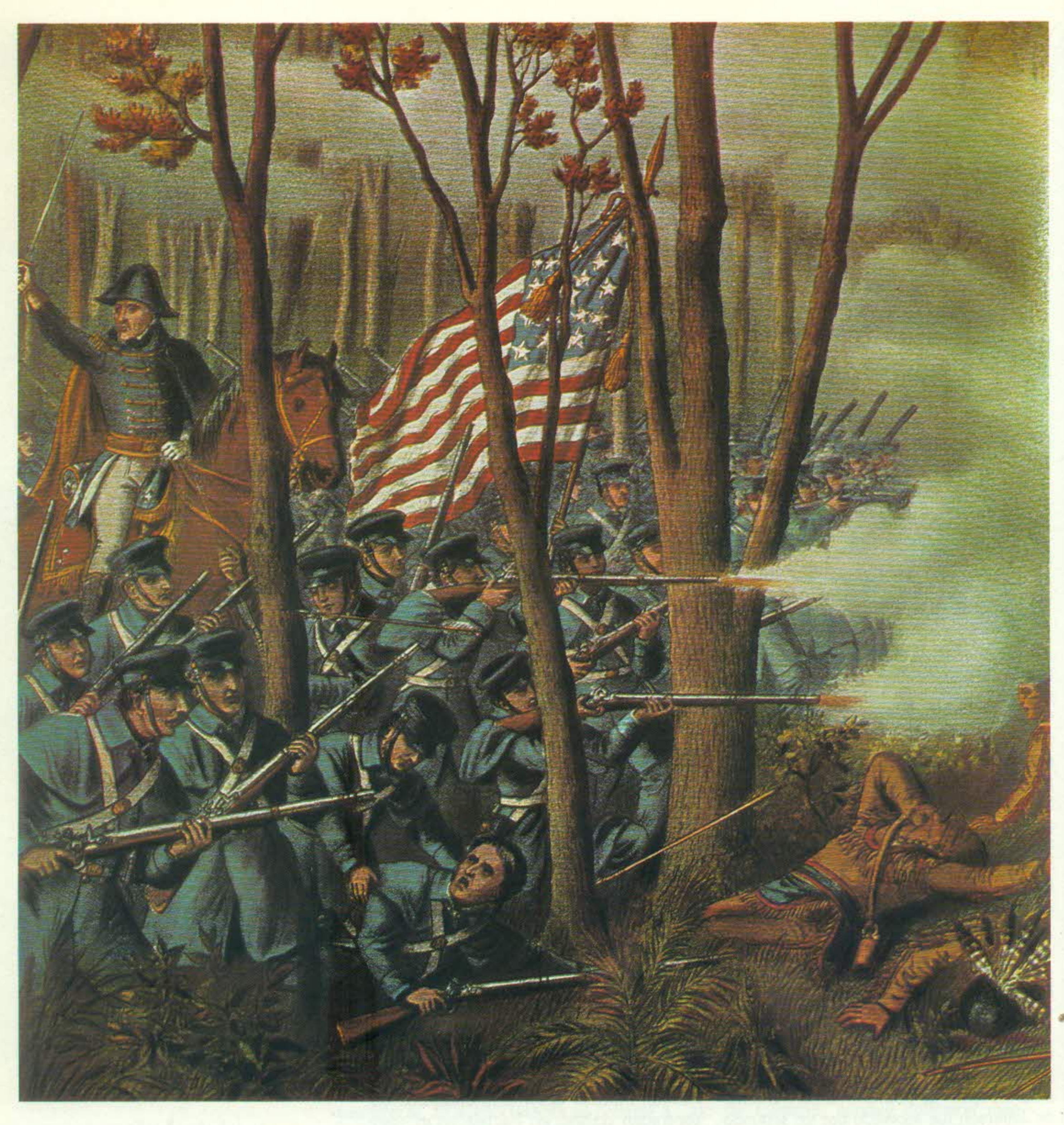
La política exterior norteamericana entre 1805 y 1812 estuvo dominada por los peligros derivados de la guerra marítima europea. El primer mandato triunfal de Jefferson fue sucedido por un segundo período presidencial con mayores dificultades, de manera que James Madison, que tanto hiciera por organizar el gobierno federal, ascendió a la presidencia en un momento de profunda crisis externa. Fueron años decisivos y, una vez superada la crisis, Estados Unidos no volvió a tener dificultades hasta la Guerra Civil.

El problema básico que encontró Estados Unidos en aquellos años fue el de querer comerciar en un momento en que Europa estaba inmersa en una guerra generalizada. En 1807, Gran Bretaña estableció que los barcos de Estados Unidos podían traficar con las posesiones de Napoleón siempre que fuesen primero a Gran Bretaña a obtener la autorización. Napoleón, mediante los Decretos de Berlín y Milán, de 1806 y 1807 respectivamente, declaró el bloqueo a Gran Bretaña y anunció que los navíos neutrales que observaran las regulaciones británicas serían capturados. Teóricamente, los barcos norteamericanos podían ser apresados en cualquiera de los casos.

Aunque Napoleón infligió algunas pérdidas al comercio norteamericano, los británicos dominaron casi siempre los mares, y la dureza de sus restricciones fue más sentida por provenir precisamente de Gran Bretaña, el viejo enemigo de la Revolución. Los británicos enfurecieron particularmente a la opinión pública norteamericana por su práctica del aprisionamiento. Muchos desertores británicos encontraban trabajo en los barcos mercantes norteamericanos, y por ello los ingleses exigieron el derecho a detener estos barcos y capturar cualquier desertor británico que se encontrara a bordo. Por otra parte, era frecuente que los capitanes ingleses, si necesitaban personas para tripular sus navíos, se llevaran también a marineros norteamericanos y algunos miles de éstos fueron apresados. Esta práctica fue considerada como un atropello contra los ciudadanos de Estados Unidos que habían luchado en una revolución para conseguir su libertad de Gran Bretaña.

Arriba, la fragata estadounidense Constitution, *en un momento del combate contra la* Java *británica, en las costas de Brasil, en diciembre de 1812. La* Java *tuvo que rendirse cuando empezaron a arder sus mástiles y aparejos. (US Naval Academy, Annapolis, Maryland.)*

Página anterior, una calle de Nueva York a principios del siglo XIX. (New York Historical Society.)



En los años posteriores a 1803, y a medida que se hacía más intensa la guerra entre Francia y Gran Bretaña, las dificultades en el mar aumentaron, produciéndose en junio de 1807 una crisis entre Gran Bretaña y Estados Unidos que pareció conduciría a la guerra. El navío británico *Leopard*, cuando intentaba detener una fragata norteamericana, la *Chesapeake*, en busca de desertores británicos, abrió fuego matando a tripulantes norteamericanos. Muchos ciudadanos de Estados Unidos exigieron la guerra, pero Jefferson la evitó. Sus motivos para actuar así eran diversos. Como persona pragmática, sabía que los Estados Unidos poseían unas fuerzas militares extremadamente débiles, ya que él mismo había reducido sus efectivos, y por otra parte, no tenía ningún deseo de arriesgar la independencia en una guerra imprevisible contra Gran Bretaña. Como persona idealista, Jefferson mantuvo durante mucho tiempo que Estados Unidos debía demostrar a las potencias decadentes de Europa que las naciones pueden alcanzar sus objetivos sin recurrir a la guerra. Su solución fue adoptar en 1807, la coacción económica como alternativa a la guerra.

En diciembre de 1807, a petición de Jefferson, el Congreso aprobó un embargo que confinaba a todos los barcos norteamericanos a sus puertos y prohibía las exportaciones. Un Congreso anterior había aprobado una ley de no importación de determinados productos. Jefferson esperaba que la industria británica acusaría la ausencia del algodón norteamericano y que los manufactureros británicos, que de-

pendían en gran medida de aquel mercado, obligarían a su gobierno a retirar las restricciones para con el comercio norteamericano.

El experimento jeffersoniano de la coacción económica fracasó porque, en 1808, Gran Bretaña no estaba dispuesta a hacer concesiones que pudieran ayudar a Francia, incluso en el caso de que éstas hubieran podido paliar la situación económica de los sectores manufactureros. Además, Jefferson tuvo la desgracia de que la invasión napoleónica de la península Ibérica ofreciera en bandeja las colonias españolas y portuguesas en América Latina al comercio británico, ayudando así a contrarrestar las innumerables pérdidas que resultaban del embargo norteamericano.

Un poco antes de que dejara su puesto, en marzo de 1809, Jefferson revocó el embargo, y en los tres años siguientes Estados Unidos se encontró sin política exterior adecuada. Las medidas económicas coercitivas habían fracasado. La alternativa era bélica, pero con el país dividido y con fuerzas militares insuficientes pareció que la guerra únicamente agravaría los problemas del país. La ambigüedad francesa colocó a Estados Unidos en una situación en la que no sabía con exactitud si tendría que combatir con uno, ambos o ninguno de los grandes beligerantes europeos.

Sin saber muy bien cómo proceder, Estados Unidos prosiguió el embargo, pero con menos intensidad. Así, en 1810 abrió su tráfico prometiendo una neutralidad amistosa para con aquellas potencias que retirasen sus restricciones sobre el comercio norteamericano. Napoleón obtuvo ventaja con esta oferta (aunque, de hecho, continuaba capturando navíos norteamericanos), y a principios de 1811, Estados Unidos reanudó la aplicación de aquella ley de no intercambio contra Gran Bretaña.

La Guerra de 1812

Tras el fracaso del uso de medios pacíficos, Estados Unidos comenzó, finalmente, a actuar teniendo presente la posibilidad de la guerra. Este cambio radical de política fue facilitado por el hecho de que, a partir de 1807, los británicos de Canadá, temiendo una invasión norteamericana, habían pertrechado y organizado a los indios de las fronteras con Estados Unidos.

Desde 1810, un grupo de jóvenes congresistas –los «Halcones de la Guerra»– comenzaron a presionar para que se declarase una guerra que salvara el «honor nacional» y obligara a Gran Bretaña a respetar los derechos marítimos norteamericanos. Su líder era un joven de Kentucky, Henry Clay. La petición encontró resistencia en los federalistas, que deseaban continuar comerciando y que creían, con razón, que el comercio norteamericano se vería aún más afectado si estallaba la guerra. Finalmente, en junio de 1812, los demócrata-republicanos, encabezados por jóvenes del Sur y del Oeste, consiguieron los votos necesarios para declarar la guerra.

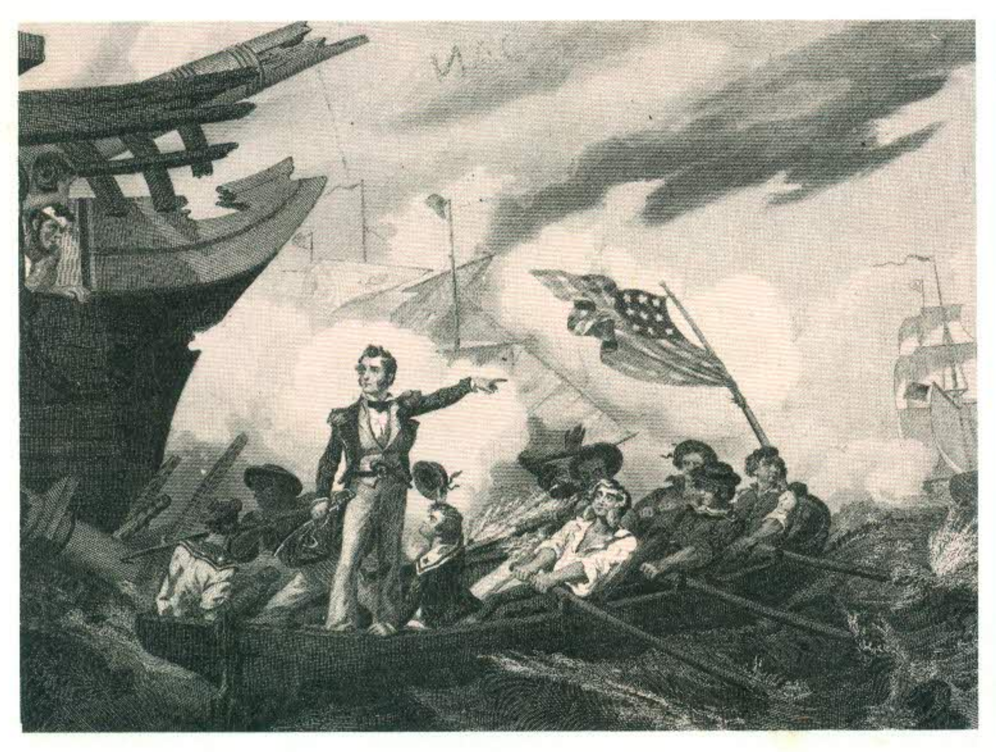
La oposición federalista continuó durante el transcurso de la contienda. Muchas personas en Nueva Inglaterra no apoyaban el esfuerzo bélico. Durante la Convención de Hartford, en diciembre de 1814, los habitantes de Nueva Inglaterra discutieron la posibilidad de radicalizar su oposición, contando incluso con la secesión. Al final, sin embargo, optaron por confeccionar una lista de enmiendas constitucionales con la intención de restringir el poder del Sur.

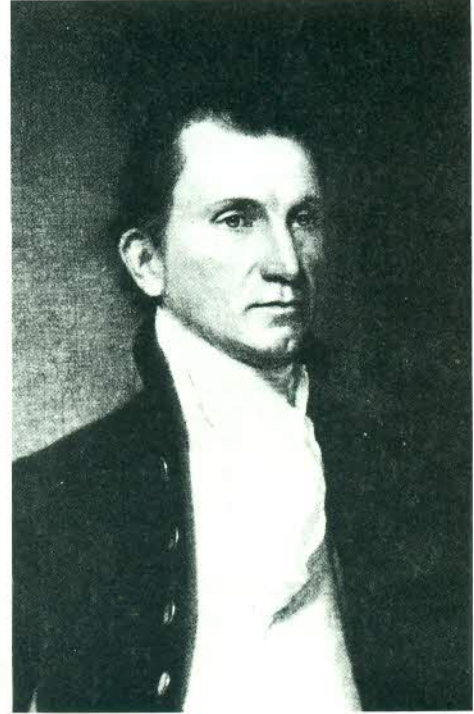
La estrategia norteamericana en la guerra era invadir y conquistar Canadá, presionando desde allí a Gran Bretaña. Muchos pensaban, erróneamente, que la conquista de Canadá se conseguiría sin dificultad. Pero incluso aquellos que argumentaban en favor de la guerra, estaban



Monumento sobre el puente del río Chicago, apoximadamente en el lugar donde antiguamente se encontraba el Fuerte Dearborn. En 1812, atacado por los indios, el capitán Wells tuvo que abandonarlo, perdiendo algunos hombres. Al fondo la Tribune Tower, del Chicago Tribune.

Página anterior, combate entre las tropas del general H. Harrison y la tribu Shawnee (4 de noviembre de 1811), junto al río Tippecanoe.





dispuestos a admitir la inferioridad de Estados Unidos en el mar. La insignificante armada norteamericana fue eclipsada por el poderío naval británico.

Sin embargo, en el primer año de guerra la opinión pública británica quedó asombrada, y la de Estados Unidos sorprendida, a causa de las victorias norteamericanas en los combates navales de uno contra uno (el *Constitution* sobre el *Guerrière*, el *United States* sobre el *Macedonian*, y el *Constitution* sobre el *Java*). Estas victorias fueron un gran estímulo para el pueblo norteamericano, pero en el verano de 1813 los navíos británicos bloqueaban herméticamente parte de las costas, controlando así de una manera efectiva el comercio norteamericano.

La invasión de Canadá fracasó. Los grandes esfuerzos de 1812 y 1813 produjeron escasos éxitos. A finales de 1813, Estados Unidos hacían frente a un severo bloqueo alrededor de sus costas y a la perspectiva de la llegada de grandes refuerzos británicos. Cuando Napoleón fue derribado en la primavera de 1814, los británicos tenían ya tropas y navíos dispuestos a ir a América. En 1814 ya no se trataba de que Estados Unidos conquistase Canadá para obligar a un cambio en la política marítima británica, sino que estaba ahora en peligro de ser derrotado y desmembrado.

En agosto, Estados Unidos parecía abocado a la derrota. Tras desembarcar en la bahía de Chesapeake, un contingente británico obligó a los norteamericanos a replegarse hacia Blandenburg, luego marchó sobre Washington D.C. y prendió fuego a los edificios públicos. El país estaba en la bancarrota. En Nueva Inglaterra se hablaba de secesión, mientras que los veteranos ejércitos británicos se preparaban ardientemente para la invasión en gran escala.

Fue tan repentino el cambio de la situación, que a los propios norteamericanos les pareció que la nación estaba bendecida por la Providencia. En septiembre los soldados británicos abandonaron Washington y atacaron Baltimore. El general que mandaba las tropas británicas, Robert Ross, fue muerto en una emboscada, y aunque la armada británica bombardeó Fort McHenry, la ciudad resistió el ataque; su heroicidad inspiró la letra de la canción que, a la larga, sería el himno nacional. El ejército británico decidió replegarse.

En el mismo mes de septiembre de 1814, 10.000 soldados británicos marcharon hacia el sur, por el lago Champlain. Parecía que nada podía detenerles, pero en la batalla naval de la bahía de Plattsburg la flota norteamericana les derrotó. El ejército británico, temiendo el colapso de sus comunicaciones con la retaguardia, detuvo la invasión y se retiró a Canadá.

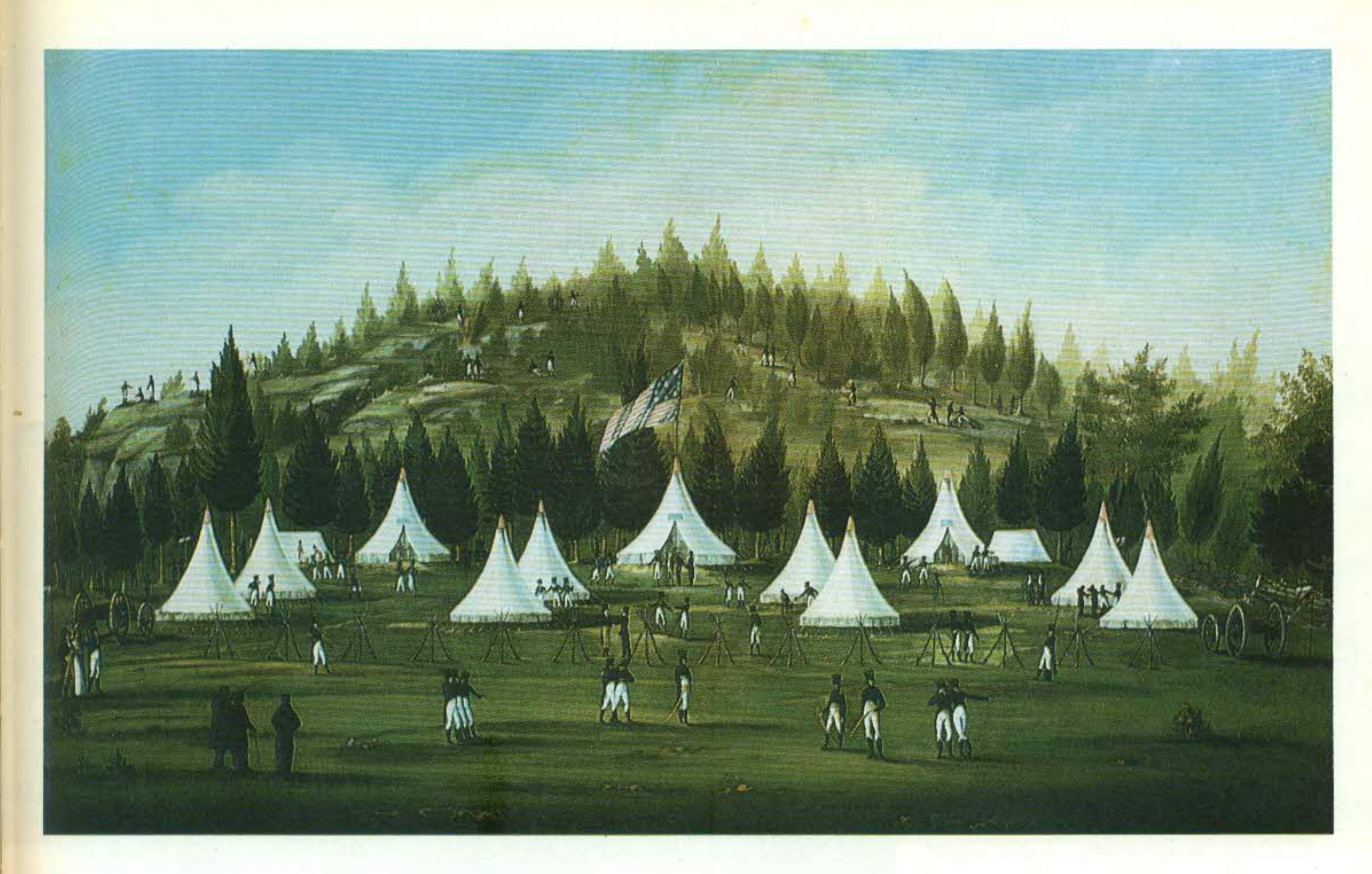
La acción militar fue decisiva, pues en aquel momento delegaciones de ambos países discutían en Gante la posibilidad de la paz. Los británicos habían dado largas al asunto, confiando que las noticias victoriosas obligarían a los norteamericanos a realizar grandes concesiones territoriales. El 24 de diciembre de 1814 se firmó el Tratado de Gante. Esencialmente señaló el fin de la guerra y nada más.

El nuevo «nacionalismo»

El año 1815 fue un hito decisivo, tanto en la historia norteamericana como en la europea. El resultado de la guerra generó una oleada de entusiasmo en el pueblo norteamericano. Los «padres de la nación» estaban convencidos de que con su República daban un ejemplo al mundo. Después de 1815, una corriente de nacionalismo se extendió por el país.

Los demócrata-republicanos reconsideraron la posibilidad de utilizar el poder federal de un modo al que ellos mismos se habían opuesto cuando lo intentaron los federalistas. En 1816 reconocieron que la industria norteamericana en expansión necesitaba la protección de un arancel moderado sobre las importaciones, invirtiendo, así, la anterior postura de Jefferson. Algunos demócrata-republicanos, especialmente los del Oeste, sostenían también que el gobierno federal debía realizar desembolsos internos para potenciar el sistema nacional de comunicaciones. El Congreso estaba exactamente dividido en lo que hacía referencia a esta propuesta. Los presidentes Madison, Monroe y Jackson vetaron los proyectos de ley sobre inversiones internas en base a que consideraban dichos gastos anticonstitucionales.

A medida que los demócrata-republicanos asumieron una política que antes había sido federalista, se convirtieron gradualmente en el partido dominante. James Monroe alcanzó la presidencia en 1817 con una fácil victoria, y tres años después, en 1820, ganó la reelección con un solo voto en contra.



Arriba, campamento norteamericano de Savin Hill, en 1819.

Página anterior, izquierda, Oliver Perry capturando a la flota británica en el lago Erie, durante la guerra de 1812.

Página anterior, derecha, James Monroe (1758-1831), presidente de los Estados Unidos que reconoció la independencia de las repúblicas hispanoamericanas y éstas se adhirieron a sus propuestas (Doctrina Monroe).

La intensificación del poder federal en estos años se vio propiciada considerablemente por las concepciones y decisiones de John Marshall, de Virginia, que fue Juez Mayor del Tribunal Supremo desde 1801 hasta 1835. Marshall interpretó de tal manera la Constitución norteamericana y la relación entre el gobierno central y los estados, que incrementó el poder federal. Fue rotundamente criticado por los estados sureños, pero su labor perduró y fue una aportación de gran importancia en la creación de un gobierno central poderoso.

El poder del gobierno federal se desarrolló rápidamente en las tres primeras décadas del siglo XIX, pero también aumentaron los problemas. El principal de ellos estribaba en la cuestión de si los poderes del gobierno central aumentarían con el ritmo suficiente para afrontar la situación política y económica de una nación que crecía constantemente en extensión, pero en la que apuntaban fuertes recelos en el Sur.

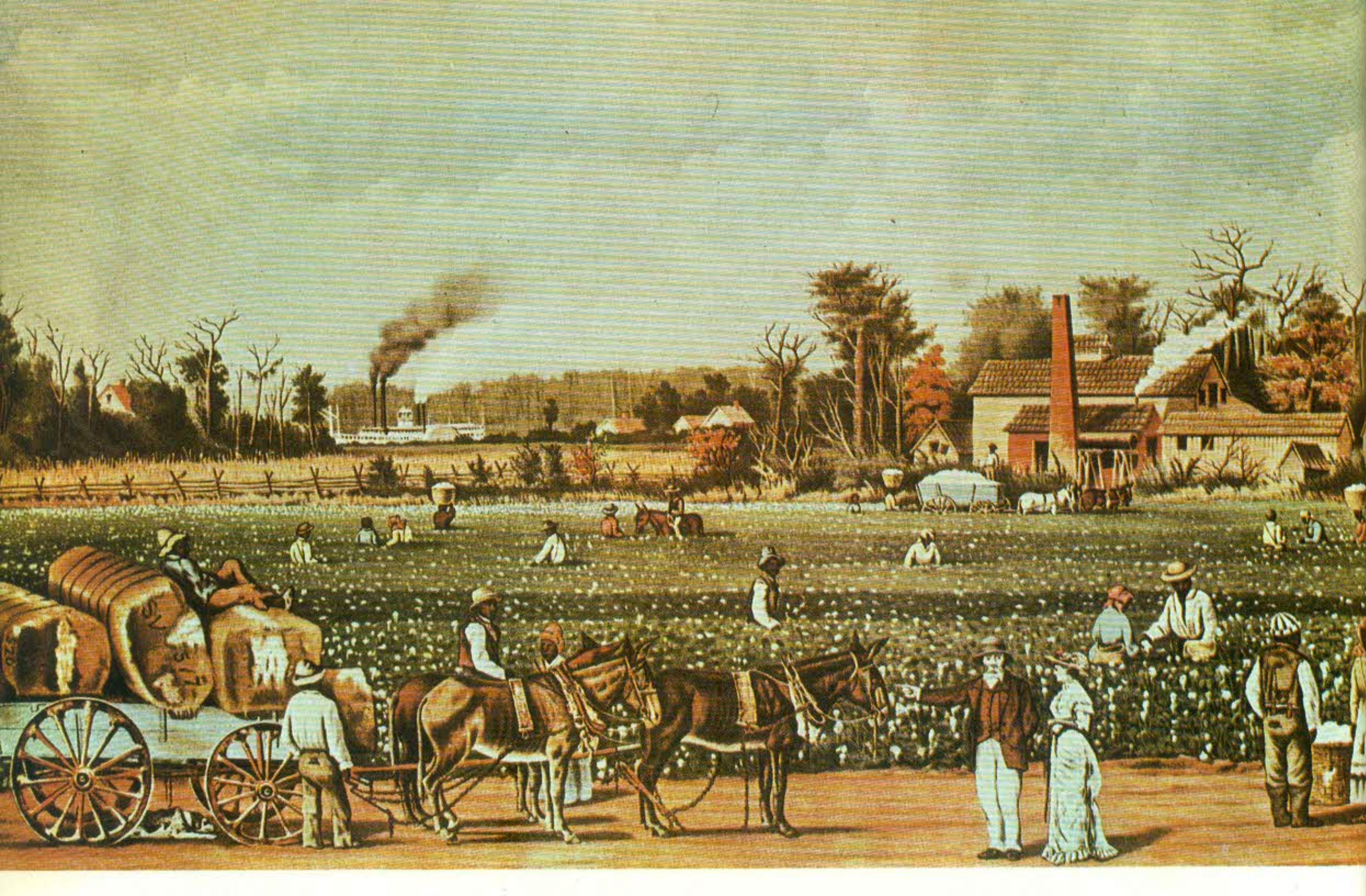
La expansión hacia el Oeste

Durante los años que transcurrieron desde principios del siglo XVII hasta la Revolución, el pueblo norteamericano sólo penetró hasta la barrera de los Apalaches. En los años inmediatamente anteriores a la Revolución, la penetración colonizadora alcanzaba Kentucky y Tennessee.

Desde sus comienzos, el gobierno norteamericano tenía la intención de no establecer un régimen colonial allende los Apalaches, sino crear nuevos estados en los territorios más accesibles. Así, a los 13 estados originales se añadieron otros cinco antes de 1815, más tarde seis hacia 1821, siete más entre 1836 y 1850, y cinco más entre 1858 y 1864.

Esta expansión fue posible gracias al notorio aumento de la población. De los casi 4.000.000 de habitantes de 1790, la población pasó a 9.600.000 en 1820, a 17.000.000 en 1840, y en 1860 a unos 31.400.000. El excepcional crecimiento natural se vio incrementado con los emigrantes europeos, llegados masivamente a Estados Unidos durante el siglo XIX, atraídos por la perspectiva de tierras y libertad.

En los años posteriores a 1815, las nuevas generaciones de granjeros penetraron hacia el Oeste buscando nuevas tierras. Los nuevos estados que establecieron, presionaron al gobierno para que desarrollara una política territorial más liberal. Muchos ciudadanos en el Este experimentaron un claro resentimiento hacia estas nuevas zonas, que reducían el poder de los estados más antiguos, atrayendo a



la población y exigiendo grandes desembolsos de dinero federal proveniente de los impuestos. Esta división Este-Oeste se complicó con la escisión creciente entre las zonas septentrional y meridional de la costa atlántica, y con un tipo de expansión diferenciada que se desarrollaba en la parte occidental, al norte y sur del río Ohio, en el valle del Mississippi.

El Sur y la esclavitud

La esclavitud se había convertido en una parte integrante de la vida norteamericana en los tiempos de la Revolución. En 1790, de una población total cercana a los 4.000.000 de personas, 700.000 eran esclavos. La mayor parte de éstos trabajaban en las plantaciones de los estados sureños.

En 1808, la administración Jefferson abolió el tráfico extranjero de esclavos, pero no se interfirió con la esclavitud en sí ni con el tráfico interno de esclavos. El deseo de muchos sureños de conservar un sistema esclavista se vio fortalecido en las primeras décadas del siglo XIX con la explotación de las fértiles tierras del suroeste y por la expansión del mercado algodonero británico. Aquellos que antes pensaban que la esclavitud era económicamente improductiva, cuando la expansión tabaquera declinaba, se sintieron ahora eufóricos con los grandes beneficios provenientes de las zonas algodoneras de los estados de Mississippi y de Alabama, reanudándose finalmente el tráfico interior de esclavos.

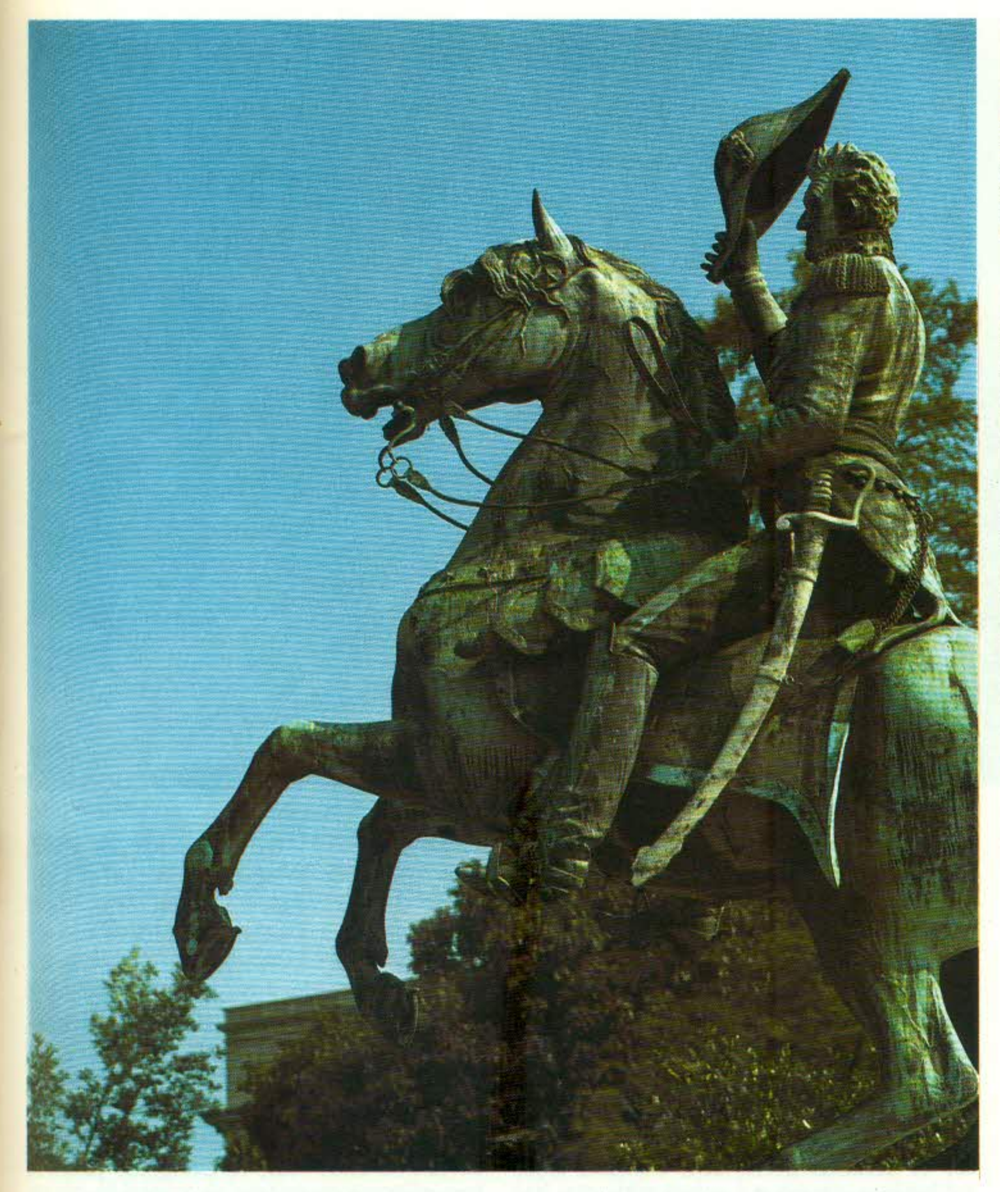
En el período revolucionario la esclavitud se había extendido a Kentucky y Tennessee, y después de 1800 creció el número de esclavos llevados a las zonas inferiores del suroeste, las actuales Missisippi y Alabama, y, después de 1803, a Luisiana. El proceso aumentó a partir de 1815, produciendo grandes problemas políticos. No había ninguna duda de que los sureños que se expandían al sur del río Ohio serían capaces de llevar consigo los esclavos, e incluso, dentro de los límites del moderno estado de Luisiana, era evidente que se permitiría el desarrollo de la esclavitud. Había bastantes más dudas de que eso sucediera en la zona al norte del estado de Luisiana. Allí, en el año 1787 se había prohibido la esclavitud en el territorio comprendido entre los ríos Ohio y Mississippi.

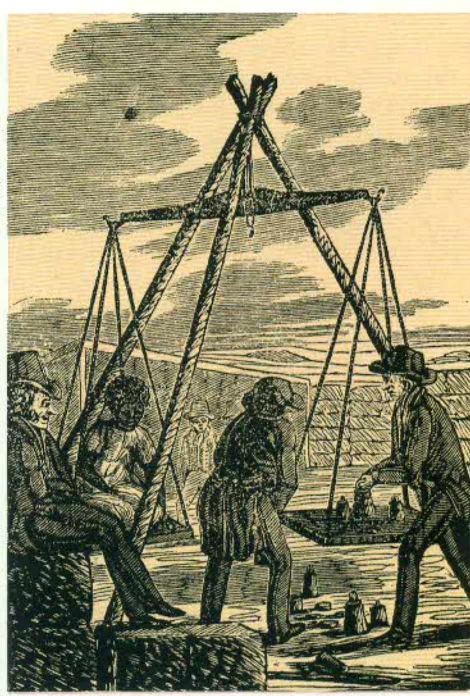
El problema tenía profundas implicaciones políticas y económicas. La mayoría de estados con gran número de esclavos se dedicaban a la producción de una agricultura extensiva, cuyos excedentes eran vendidos en el Norte y en ultramar. La economía del Sur estaba mucho menos diversificada que la de los estados del centro y del nordeste. Los sureños querían evitar los impuestos elevados y, generalmente, temían que el gobierno central tuviera un poder demasiado grande, pues podía amenazar el esclavismo, y con ello hundir el sistema social del Sur.

Debido a ello, para los estados sureños tuvo una gran importancia la propagación de la esclavitud a los estados de reciente creación, confiando ampliar el frente esclavista ya que en la Cámara de los Representantes los sudistas no tenían posibilidad de apoyo porque su representación era inferior a la del Norte. En el Senado, donde había dos senadores por cada estado, independientemente de la extensión, podían confiar en mantener cierto equilibrio.

La primera gran crisis del problema de la expansión esclavista estalló en 1819, cuando Missouri solicitó la admisión en la Unión, y el representante de Nueva York, James Tallmadge, propuso una enmienda que establecía la abolición gradual de la esclavitud en el nuevo estado. En ese momento había 13 estados esclavistas y 13 estados libres. El debate nacional fue encarnizado.

El acuerdo al que se llegó tras largos debates no superó la raíz del problema, pero postergó la ruptura. Se acordó que Missouri podía entrar en la Unión como estado esclavista, pero que Maine, que durante largo tiempo había deseado sepa-





Arriba, ilustración de un libro sobre la esclavitud, publicado en 1834.

Izquierda, estatua ecuestre del general Jackson, en el parque Lafayette, frente a la Casa Blanca, en Washington.

Página anterior, plantación de algodón en el estado de Mississippi, en un grabado del siglo XIX.

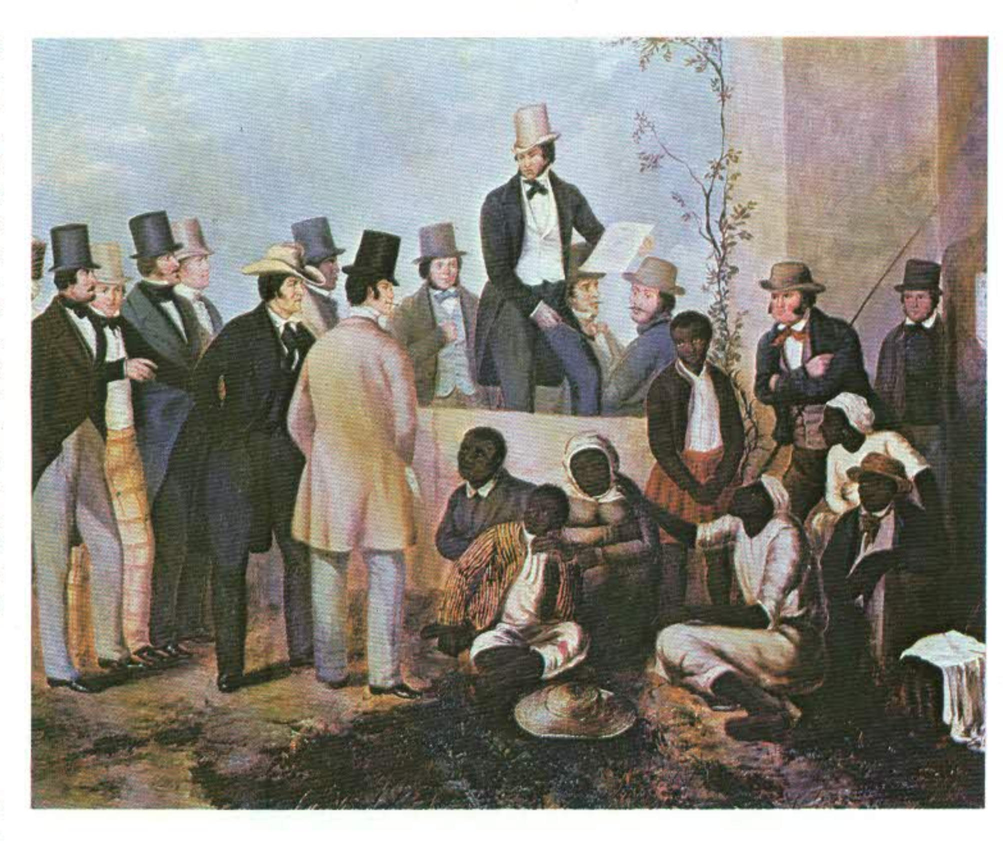
rarse de Massachusetts, sería admitido como un estado libre.

La disputa acerca de la admisión de Missouri en la Unión demostró que los viejos partidos estaban en crisis y que las profundas divisiones entre los estados suponían una amenaza en las elecciones presidenciales de 1824. Los demócrata-republicanos presentaron cuatro candidatos, representando diferentes zonas del país: John Quincy Adams, de Massachusetts; William H. Crawford, de Georgia; Henry Clay de Kentucky, y Andrew Jackson, de Tennessee. Adams había conseguido una gran reputación como secretario de Estado; Crawford era el sucesor natural de la «dinastía virginiana», y Henry Clay destacaba cada vez más como el portavoz de una política económica proteccionista.

Andrew Jackson constituía una novedad en la carrera hacia la presidencia norteamericana. Era un colono de Tennesee que se había labrado notable reputación local como abogado y político, alcanzando fama nacional en la lucha contra los indios y como el vencedor de los británicos en la batalla de Nueva Orleáns. Jackson no fue nunca un hombre del pueblo, pero se ganó el apoyo general de la nación.

Aunque Jackson obtuvo casi todos los votos electorales, ningún candidato consiguió la mayoría absoluta entre los compromisarios en 1824, por lo que la nominación presidencial fue negociada en la Cámara de Representantes. Henry Clay dio su apoyo a John Quincy Adams, que había sido segundo en el número de votos conseguidos, y éste asumió la presidencia. Adams, hijo del segundo presidente de la nación, era una persona de talento, pero su legislatura fue desafortunada. Sus opositores le acusaron de promover un «pacto corrupto» con Clay, y los jacksonianos comenzaron inmediatamente a preparar las elecciones de 1828. El Partido Demócrata-republicano se había desmembrado, y los partidarios de Jackson fundaron el Partido Demócrata en la década de 1830.

Jackson obtuvo el apoyo popular en las elecciones de 1828 gracias a su reputación militar, pero también contaba con el influyente respaldo de los nuevos capitalistas del Oeste —que ansiaban acabar con la hegemonía del Este—, y con la fuerza de los sudistas representados en el candidato a la vicepresidencia John C. Calhoun, pues estaban convencidos de que un plantador de Tennessee simpatizaría con los intereses del Sur. Jackson ganó abrumadoramente en 1828, siendo su victoria considerada un desastre por los habitantes del Este, que habían sido durante mucho tiempo los dueños de la gobernación en Washington. Un «patán» pretendía acabar con el gobierno de los «aristócratas» del siglo XVIII. Esta sensación aumentó cuando el nuevo presidente y sus partidarios ocuparon tumultuosamente la Casa Blanca.



La era de Jackson

Jackson se mostró decidido a aumentar los poderes presidenciales. Empleó su poder de veto regularmente y entró en frecuentes disputas con el Congreso, la judicatura federal y los estados. En lugar de depositar su confianza en su gabinete ofical, formó un oficioso «gabinete doméstico». En general, Jackson se mostró mucho más inclinado que cualquier presidente anterior a recompensar a sus seguidores con cargos en la administración, hasta el extremo de desplazar a los antiguos empleados de esos puestos para colocar a los suyos.

El primer mandato presidencial de Jackson deparó una gran sorpresa a muchos de quienes le apoyaron en 1828. El veto de Maysville en 1830 decepcionó a los que confiaban en que él vencería cualquier escrúpulo constitucional en lo referente a los desembolsos de los fondos federales para mejoras internas. Pero las mayores dificultades con sus antiguos partidarios provinieron del Sur. La disputa sobre la admisión de Missouri, diversas decisiones judiciales de la Corte Suprema y, en concreto, la cuestión de los aranceles, produjeron una progresiva conciencia centrífuga y resistencias a la política federal. Carolina del Sur asumió el liderazgo del movimiento, no sólo por la calidad de sus políticos, sino también por el declive de su economía, promovido por el alza de las nuevas y ricas tierras algodoneras de Alabama y Mississippi.

En 1816 muchos congresistas del Sur, incluido John C. Calhoun, superando su profunda hostilidad a las restricciones comerciales, pero conscientes de contribuir a la prosperidad nacional, votaron unos moderados aranceles proteccionistas. En los años 1820, sintiendo que la política amenazaba la economía y los valores morales meridionales, Calhoun alentó a los habitantes del Sur a incorporarse a un movimiento de intensa oposición. En 1828, los aranceles votados por el Congreso pese a la oposición sureña fueron bautizados como el «arancel abominable». Calhoun argumentó en favor de la anulación: los estados individuales deberían tener el derecho a rechazar aquellas leyes del gobierno federal que considerasen anticonstitucionales.

Se hizo evidente que la alianza que había sostenido a Jackson no podía seguir unida. Los hombres de Calhoun en el gabinete se enfrentaron con el secretario de Estado, Martin Van Buren, un político de Nueva York que había contribuido en gran medida a conseguir el apoyo de aquella región a Jackson. La tensión entre Jackson y Calhoun se radicalizó.

Un signo de la tensión existente en la administración fue la crisis que estalló cuando el secretario de la Guerra, John H. Eaton, se casó con Peggy O'Neale, una joven mal vista en los círculos políticos sudistas. La señora Calhoun dirigió el grupo que denunció a la «hija del tabernero de Washington». La propia esposa de Jackson, Rachel, fue atacada durante la campaña de 1828, poco antes de morir. Jackson tomó partido por la causa de los Eaton. Con semejantes tensiones y presiones, no fue extraño que en 1831 Jackson reorganizara el gabinete sin contar ya con los hombres de Calhoun.

La crisis definitiva se produjo en 1832, con motivo de la aprobación por el Congreso de una tarifa arancelaria muy superior a la de los deseos sureños. En noviembre, una convención de Carolina del Sur declaró «nulos» los aranceles de 1828 y 1832. Calhoun renunció a la vicepresidencia, y Jackson se halló ante la mayor amenaza contra el poder federal que conociera el país hasta entonces. Afrontó la situación de un modo que contradecía su origen sureño. Pidió al Congreso poderes especiales y dejó claro que, en caso necesario, invadiría Carolina del Sur para obligar a que se cumpliera la ley.

El enfrentamiento violento se evitó, pues ambas partes no deseaban llegar al choque directo, y también gracias a los esfuerzos de Henry Clay. En la primavera de 1833, el Congreso aprobó una ley arancelaria previamente pactada. Esta ley suponía una reducción gradual de los impuestos durante los nueve años siguientes.

La otra gran cuestión que acosó a Jackson en el año electoral de 1832 fue la renovación de la carta estatutaria del Second Bank of the United States. Desde que Nicholas Biddle se había convertido, en 1823, en presidente del banco, esta institución asumió un papel de importancia vital en la economía y finanzas de la nación, actuando como una fuerza de contención para los bancos locales, y obteniendo su poder por sus conexiones con el gobierno. El banco tenía muchos enemigos que, por varias razones, deseaban ver reducido su poder.

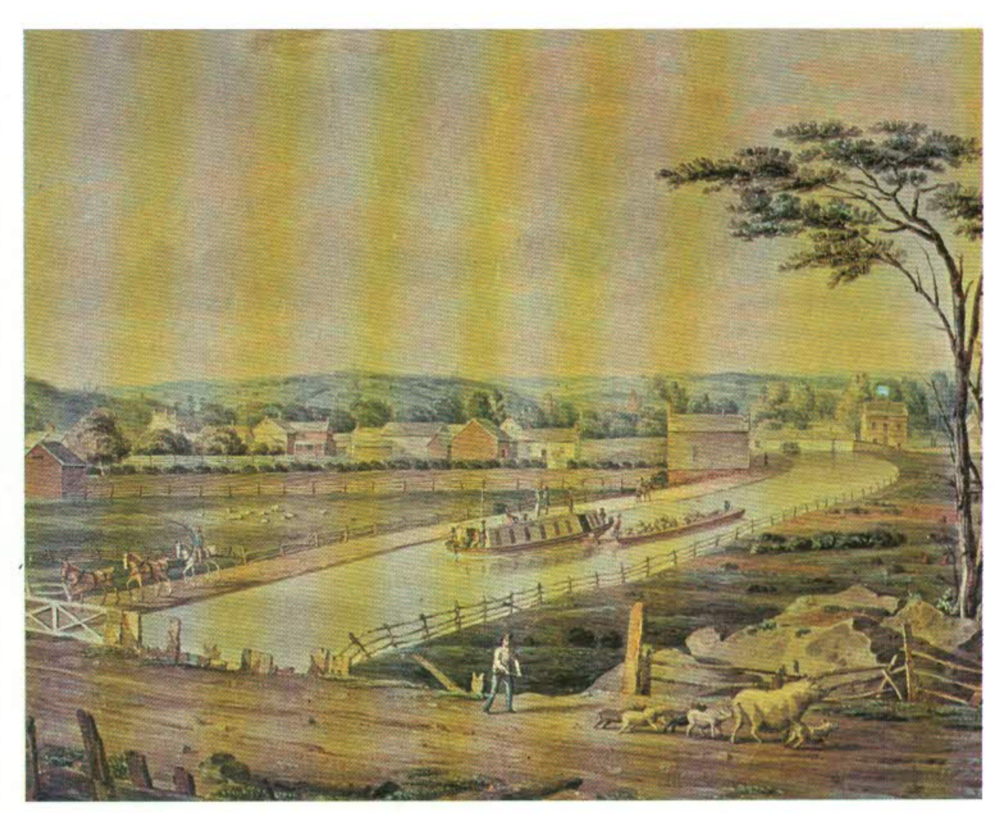
Muchos de los nacientes financieros y capitalistas del Oeste y de otras regiones del país estaban resentidos por el poder y la preponderancia de esa camarilla bancaria, tan fuertemente asentada. A fin de oponerse al banco, formaron una extraña alianza con dos grupos muy distintos: los granjeros –que no soportaban la influencia del banco y que, como deudores, deseaban la apertura de un proceso inflacionista– y otro grupo (Jackson se inclinó por esta vía) que sólo creía en el dinero líquido, y que opinaba que los bancos «vivían del trabajo de los demás».

Durante el primer mandato presidencial de Jackson, Biddle temió por el futuro del banco y aumentó su resistencia contra aquél. Llegó incluso a adelantar los sueldos a los congresistas.

La primera oposición con la que se encontró el Partido Demócrata formado bajo la égida de Jackson, fue la alianza entre Henry Clay y John Quincy Adams, hombres que habían participado en las elecciones de 1832 como Republicanos Nacionales. Apoyaban el *american system* de Henry Clay y consideraban la cuestión del banco como un punto importante de las elecciones de 1832. Clay persuadió a Biddle para que solicitase una nueva «carta de privilegio» para su banco en 1832, aunque la antigua no tenía que ser renovada hasta 1836. Así, el grupo de Clay esperaba que Jackson se viera obligado a actuar de una manera que le perjudicase en las elecciones de 1832.

Durante un tiempo, todo se desarrolló como estaba previsto. El Congreso aprobó una ley estatutaria, vetándola Jackson con un resonante ataque, acusando al banco de ser un monopolio que permitía a los ricos oprimir a los pobres. Los Republicanos Nacionales se sintieron satisfechos. Creían que Jackson podía ser derrotado. Henry Clay participó en las elecciones presidenciales como republicano nacional, y Jackson como demócrata. Había también un tercer partido, los Antimasones, que, originario de la zona occidental de Nueva York como un movimiento rural receloso «de lo extranjero y de lo nuevo», fue utilizado por los políticos como un movimiento en contra de Jackson en varios estados del nordeste. Por primera vez, las convenciones políticas nacionales nominaron a los candidatos, y se comprobó que Jackson tenía una gran capacidad de atracción, pues obtuvo una fácil victoria.

En su segundo mandato presidencial se hizo más evidente la debilidad de la política económica de Jackson. En vez de esperar la disolución natural del banco, decidió atacarlo directamente retirándole los depósitos gubernamentales, que distribuyó entre diversos bancos locales.



Arriba, Vista del canal del Erie, *por J.W. Hill. El canal, inaugurado en 1825, unía el Atlántico y el río Hudson con los Grandes Lagos, con lo que se creaba una ruta más rápida hacia el oeste. (New York Public Library.)*

Página anterior, El mercado americano de esclavos *(1852). Para la mayoría de los sureños los esclavos eran como una mercancía. (Chicago Historical Society, Illinois.)*

La economía norteamericana y el pánico de 1837

La economía norteamericana había avanzado enormemente desde 1815. La expansión demográfica, los abundantes recursos naturales y un gobierno que proporcionó oportunidades y paz interna, se combinaron para dar paso a una economía muy sólida. Los buques norteamericanos surcaban todos los mares, y el tráfico exportador de tabaco fue superado por el comercio del algodón.

La verdadera revolución industrial norteamericana no tendría lugar hasta después de la Guerra Civil, pero ya desde las primeras décadas del siglo XIX, Nueva Inglaterra y los estados centrales estaban creando una sólida base para la expansión industrial, especialmente en los sectores textil y siderúrgico. A nivel interior, las comunicaciones se desarrollaban con celeridad. El país dependía, antes de 1815, del tráfico fluvial y de unas carreteras defectuosas, pero, entre 1816 y 1840, una red completa de canales (ayudada por el desarrollo de los barcos a vapor) estimuló la expansión económica del país. El éxito del canal Erie (conectaba el valle del Hudson con los Grandes Lagos), acabado de construir en 1825, animó a los estados a construir canales, solicitando empréstitos, confiando en devolverlos mediante los ingresos obtenidos con los beneficios. Sin embargo, la situación se complicó cuando, en la década de 1830, los ferrocarriles

experimentaron un crecimiento espectacular. Al finalizar los años de 1860 la red ferroviaria se extendía por todo el continente.

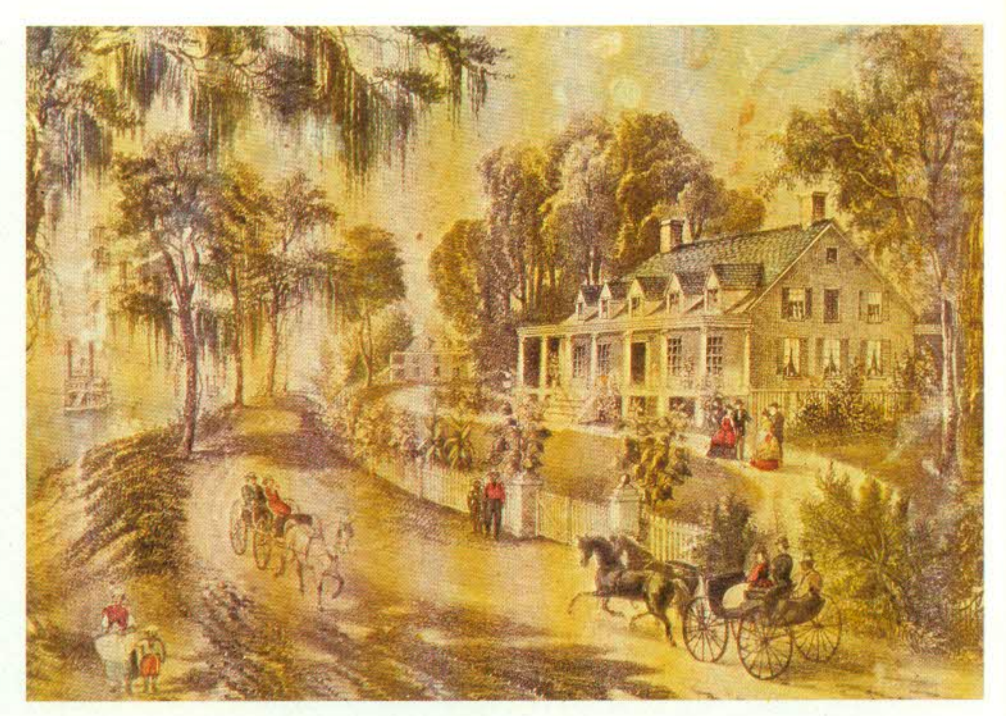
Estados Unidos vivió un período de auge a fines de la década de 1820 y comienzos de la de 1830. El comercio con el extranjero aumentaba, los estados construían canales, las vías férreas se extendían incesantemente, y los pioneros invadían el Oeste. De pronto la nación se encontró en una situación desconcertante: había exceso de dinero. La deuda nacional fue totalmente liquidada (en 1835) y, a pesar del superávit, el gobierno tenía dificultades para reducir sus ingresos. El arancel pactado no pudo ser subvertido, y el precio de las tierras públicas no podía reducirse sin soliviantar a los habitantes del Este.

En 1836, Jackson tomó medidas para resolver la inflación. Henry Clay había propuesto tiempo atrás que el sobrante monetario se distribuyera entre los estados para sus mejoras internas. Se objetó que esta medida era anticonstitucional, pero en 1836 se acordó la distribución en cuatro plazos, como si fuera un préstamo. En el verano de 1836 la administración Jackson actuó, pues, para frenar la situación inflacionista. Las tierras compradas al gobierno debían ser pagadas en oro y plata, en vez de moneda bancaria.

A comienzos de 1837 había gran necesidad de liquidez. Por otra parte, los acreedores extranjeros comenzaron a presionar para que se les abonaran las deudas impagadas. La presión se hizo insoportable. Muchos bancos, en todos los estados, suspendieron los pagos en efectivo en la primavera de 1837, y el pánico financiero que siguió condujo a una prolongada depresión económica, cuyos efectos no se superaron hasta la década de 1840.

El pánico de 1837 supuso, inevitablemente, un golpe para el Partido Demócrata, pero, afortunadamente para los partidarios de Jackson, las elecciones presidenciales de 1836 tuvieron lugar en una atmósfera optimista. En 1836, los antimasones y los sureños contrarios a Jackson se habían unido a los republicanos nacionales, para formar un nuevo partido whig. La debilidad básica del partido whig era su heterogeneidad. Los plantadores sureños, que se unieron al partido por su odio a Jackson eran, a la vez, opuestos a la política económica de Clay. En el mismo año, los whigs presentaron diversos candidatos, confiando en ganar la elección en la Cámara de Representantes. Sin embargo, con el apoyo de Jackson, los demócratas vencieron con Martín Van Buren.

Van Buren tuvo una presidencia muy difícil, dominada por la crisis económica del país, y los whigs se encontraron en





una excelente posición frente a los comicios de 1840. Su candidato era William Henry Harrison, un hombre de casi 70 años de edad, famoso por su victoria sobre los indios en Tippecanoe en 1811 y por ser uno de los generales de la Guerra de 1812. Aprendiendo de las tácticas jacksonianas, los whigs presentaron a Harrison como un «hombre del Oeste». Para conseguir el apoyo del Sur, se dio la nominación vicepresidencial a John Tyler, de Virginia.

El pánico fue un lastre excesivo para que Van Buren venciera, y los whigs accedieron al poder. En el plazo de un mes las esperanzas whigs se ensombrecieron con el fallecimiento del presidente y el acceso de John Tyler a la presidencia. Pronto quedó claro que Tyler era tan antijacksoniano, como enemigo del sector whig que apoyaba a Clay. El resultado fue una encarnizada lucha en el seno del partido, que entorpeció la administración.

Los demócratas emergieron en la década de 1830 como un partido coherente. En cambio, los whigs nunca llegaron a alcanzar la unidad, dependiendo más de quienes estaban en contra de los demócratas que de una política propia, apoyada por la totalidad del partido. Concurrieron a las elecciones de 1844 con la herencia de una administración marcada por las in-



Izquierda, supervivientes del levantamiento de los sioux en Minnesota (1862), en el que fueron asesinados más de 800 colonos. Las primeras colonias de la costa tuvieron ya graves problemas con los indios, que eran expulsados de sus tierras y tenían que replegarse hacia el interior, hasta que en la década de 1850 se les concedió un vasto territorio en la zona del este del Mississippi. Acabada la Guerra Civil, el avance de la frontera hacia el oeste provocó la reactivación del conflicto.

Página anterior, arriba, El hogar de los pioneros, *sueño de muchos inmigrantes, que buscaban en América una vida independiente y huir de la corrupción ciudadana. En la litografía, publicada por Currier & Ives, se idealiza esta existencia bucólica.*

Página anterior, abajo, entrada triunfal del general Winfield Scott a la cabeza de sus hombres en la ciudad de México, en septiembre de 1846.

tensas disputas internas, y en una época en que los demócratas eran más sensibles a los deseos de un electorado muy interesado por las cuestiones de política exterior.

La política exterior y las tribus indias

En los años posteriores a 1815 hubo un cambio radical en las relaciones entre Estados Unidos y las otras naciones. Durante los primeros treinta años de la independencia norteamericana, Estados Unidos había dedicado gran parte de sus energías en evitar involucrarse en las guerras europeas. Tras 1815, y durante cien años, no surgió ningún otro gran conflicto, y hasta la I Guerra Mundial, los navíos norteamericanos no se encontraron frente a problemas semejantes a los que habían experimentado después de 1793.

A partir de 1815, Estados Unidos podía expansionarse sin graves interferencias por gran parte del continente norteamericano, con expectativas similares sobre América Latina. La nueva nación se convirtió en una amenaza para aquellas otras sociedades establecidas en territorios de América del Norte. El origen del expansionismo radicaba en el rápido crecimiento de la población y en la determinación de los ciudadanos norteamericanos para buscar nuevas tierras en el Oeste. Para los habitantes de los Estados Unidos, la existencia de territorios enormes, ricos y sin colonizar era un cebo irresistible. Para muchos se trataba de un grandioso continente «vacío», dispuesto a ser cultivado por quienes tuvieran suficiente energía.

En realidad, los territorios sin explotar, situados dentro de los límites actuales de Estados Unidos, no estaban vacíos. Estaban ocupados por las tribus indias, que no tenían la intención de ceder sus tierras a los pioneros blancos. El gobierno norteamericano, antes de 1815, argumentaba que la expansión beneficiaría a los indios, ya que si cedían sus tierras, recibirían los beneficios de la civilización occidental y serían asimilados en el seno de la nueva nación. Después de 1815, cuando se comprobó que la mayor parte de los indios no deseaban aceptar la civilización impuesta, creció entre los norteamericanos la idea de que los indios estaban predestinados a desaparecer, pues se oponían al progreso.

Cuando en el decenio de 1830 los indios del este del río Mississippi fueron desplazados a las tierras situadas al oeste del río, algunos sostenían todavía que esta medida ayudaría a «salvarles», pero otros estaban ya convencidos de que los indios eran una «raza inferior», destinada a ser absorbida por la arrolladora civilización norteamericana. Los indios combatieron fieramente para impedir la ocupación de los blancos, pero su lucha fue estéril. Hasta después de la Guerra Civil, el gobierno norteamericano no volvió a pensar seriamente en la posibilidad de la «asimilación», tal como se pensara antes de 1815.

Además de barrer brutalmente a la población aborigen, los norteamericanos tenían otro problema, el de que otras tierras

estaban en posesión de diversas naciones. Algunos norteamericanos deseaban la posesión de los territorios que España tenía en Florida. Jefferson intentó comprar la Florida occidental y presionó al gobierno español. El levantamiento que tuvo lugar en Baton Rouge en 1810, proporcionó a Estados Unidos un pretexto, y durante la guerra de 1812 las tropas norteamericanas ocuparon Mobile.

Cuando John Quincy Adams se convirtió en 1817 en secretario de Estado, bajo la presidencia de Monroe, realizó nuevos esfuerzos para conseguir Florida. En 1819, los españoles, conscientes de que no disponían de medios adecuados para proteger la región, cedieron y por el Tratado de Adams-Onís, vendieron Florida por 5.000.000 de dólares. Sin embargo, este dinero no salió de Estados Unidos, pues fue utilizado para pagar las demandas de los ciudadanos norteamericanos contra España por los daños producidos en sus propiedades durante las guerras europeas. Como parte del acuerdo, Estados Unidos reconocía la propiedad española de Texas, y España cedía a Estados Unidos cualquier derecho que tuviera respecto al territorio situado al norte de California, en la costa del Pacífico.



La Doctrina Monroe

John Quincy Adams previó que si la nueva nación ocupaba gran parte de América del Norte, a la larga extenderían su influencia en América Latina.

A comienzos del siglo XIX eran varias las potencias que aspiraban a controlar la costa norteamericana al norte de California. Gran Bretaña y Estados Unidos basaban sus demandas en razones de exploración, mientras que Rusia, que había avanzado hasta Alaska en el siglo XVIII, estaba ansiosa por extender su control a lo largo de la costa occidental de América del Norte. En 1812 se estableció un puesto avanzado ruso al norte de San Francisco, pero el intento de hacer legitimar su reclamación sobre este territorio fue rechazado por Adams en los primeros años de la década de 1820.

Las diversas regiones latinoamericanas que, desde las guerras napoleónicas, se habían rebelado contra España, ansiaban conseguir el reconocimiento de otras potencias. Estados Unidos simpatizaba con sus aspiraciones, tanto por la similitud con su propia revolución, como por la posibilidad de nuevas oportunidades comerciales, pero por otra parte deseaba desde 1815 obtener Florida de España. Cuando esta transacción se llevó a cabo, Estados Unidos reconoció rápidamente el derecho de los pueblos latinoamericanos a la independencia.

La coyuntura para la proclamación de la Doctrina Monroe fue una demanda británica de que los norteamericanos se adhirieran a una declaración opuesta a cualquier esfuerzo europeo para ayudar a España a restaurar su poder en América Latina. John Quincy Adams rechazó la petición británica, pero persuadió a su gobierno de que actuara unilateralmente y afirmara la posición de Estados Unidos. De acuerdo con esto, en su mensaje anual del mes de diciembre de 1823, el presidente Monroe incluyó una declaración oficial que resumía la postura norteamericana.

El presidente Monroe declaró que Estados Unidos consideraría actos inamistosos cualquier nueva colonización de las potencias europeas en el continente norteamericano, o cualquier intento para cambiar las formas de gobierno. Del mismo modo que Estados Unidos no deseaba interferirse en los asuntos europeos, las potencias europeas no deberían interferirse en el hemisferio occidental. Estados Unidos no contaba en 1823 con la fuerza militar suficiente para poder reforzar su decisión, pero como Gran Bretaña, que controlaba el Atlántico, no deseaba que ninguna potencia europea importante se interfiriera en el Nuevo Mundo, la declaración tuvo validez.

Sin embargo, los intereses de Estados Unidos y de Gran Bretaña no coincidían en lo referente a la costa del norte de California. Rusia había aceptado retirarse de aquella región a mediados de la década de 1820, pero tanto Gran Bretaña como Estados Unidos mantenían sus demandas, y acordaron que durante ese tiempo la zona se abriera a los ciudadanos de ambos países.

Mientras que John Quincy Adams y el gobierno norteamericano hacían valer los principios sobre los que actuaba Estados Unidos, los colonos norteamericanos ensancharon constantemente los límites de la colonización. A partir de 1821, con un México recién independizado de España, los habitantes del Sur y sus esclavos comenzaron a penetrar en el sector mexicano de Texas. Hacia 1835, más de 25.000 norteamericanos habían cruzado la frontera con destino a Texas. Mientras el líder mexicano Santa Anna presionaba para centralizar el territorio, los norteamericanos intentaban dotarlo de una independencia mayor. Las fricciones provocaron la guerra abierta. El gobierno norteamericano no se involucró oficialmente, pero ayudó a los invasores a través de intermediarios.

Santa Anna avanzó hacia el interior de Texas a comienzos de 1836, y en marzo tomó por asalto el fuerte de El Álamo en San Antonio, muriendo parte de sus defensores (unos 200), incluyendo a los famosos «hombres de la frontera», Davy Crockett y Jim Bowie. Los mexicanos continuaron avanzando, pero el 21 de abril de 1836, en San Jacinto, las fuerzas texanas rebeldes, conducidas por Sam Houston, derrotaron al ejército mexicano. Santa Anna prometió el reconocimiento de la independencia texana, aunque más tarde se desdijo de ello.

A Andrew Jackson le hubiera gustado incorporar Texas a la Unión, pero no deseaba provocar una guerra con México y tenía que enfrentarse, además, con la re-



sistencia de los habitantes del Norte, que se oponían al aumento del poder de los estados esclavistas.

El *Manifest Destiny*

En la década de 1840 el interés norteamericano por extenderse en el continente norte desembocó en una oleada de entusiasmo, descrita normalmente con la frase *Manifest Destiny*. La confianza en su destino alcanzó nuevas cotas y Estados Unidos argumentó que la expansión abriría una nueva era de democracia republicana en el mundo. El avance ampliaría la zona de la libertad, y cualquiera que osara oponerse sería aplastado, como los indios.

En las elecciones de 1844, con los whigs todavía con dificultades ocasionadas por sus disputas internas, los demócratas se aprovecharon del nuevo entusiasmo nacional. James K. Polk, el candidato demócrata, estaba dispuesto a actuar vigorosamente para alcanzar los objetivos de la nación, tanto en la costa pacífica como en el sudoeste. El lema «anexión de Texas y ocupación de Oregón» excitó los ánimos y favoreció la elección de los demócratas.

La primera consecuencia práctica de la victoria demócrata fue que el presidente derrotado, Tyler, antes de traspasar los poderes a su sucesor, consideró que tenía la obligación de anexionar Texas, lo cual fue legitimado por una resolución conjunta del Congreso en marzo de 1845. Se evitó un tratado formal de anexión, ya que éste hubiera necesitado una mayoría de dos tercios en el Senado, en donde existía la oposición de los estados del nordeste.

Las actividades de los colonos y traficantes norteamericanos en la costa del Pacífico y en el sudoeste posibilitó la presión en aquellas regiones. En las décadas precedentes, los colonos norteamericanos se habían establecido en los puertos de la California mexicana, y se fue desarrollando un tráfico comercial proveniente de los estados del valle central del Mississippi, que atravesaba el Camino de Santa Fe, y que se dirigía a la ciudad mexicana del mismo nombre. En la década de 1840, los intereses comerciales convergieron con los de los pioneros que viajaban a través del continente, siguiendo la

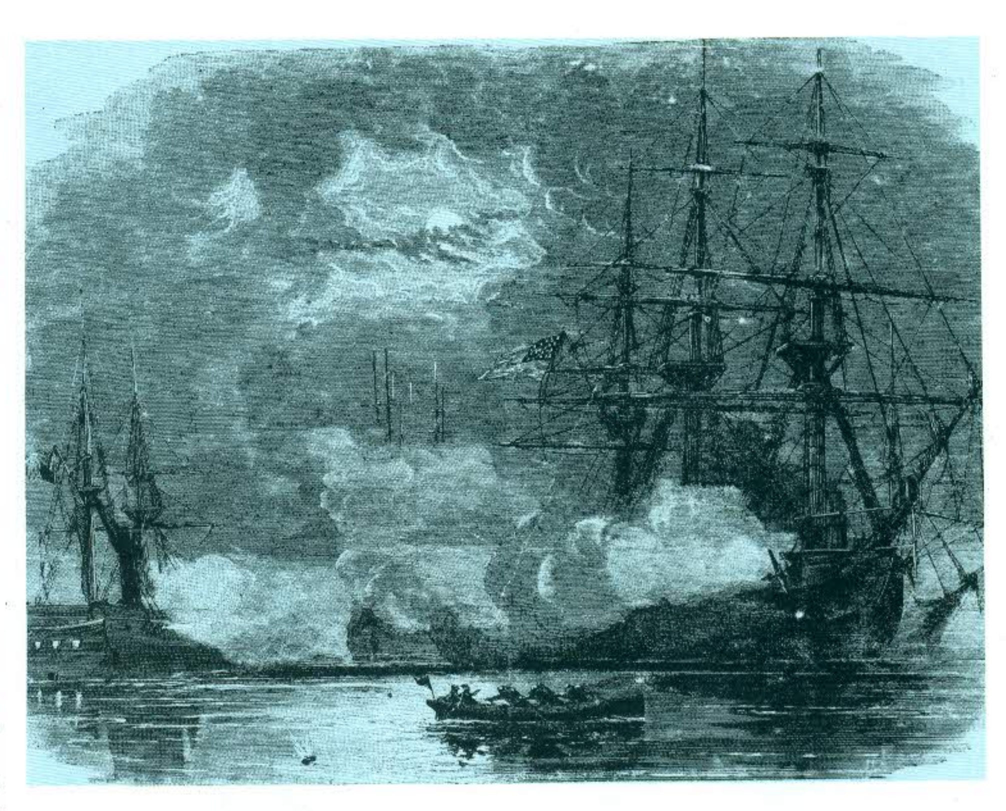
Arriba, el general Francis Marion, de Carolina del Sur, invitando a un oficial británico. Grabado de 1876, publicado por Currier & Ives que editó numerosas litografías de la vida americana de la época. (Museum of the City of New York.)

Página anterior, pintura de Emanuel Leutze que representa la expansión de los pioneros hacia el oeste, en el espíritu del «Manifest Destiny», de mediados del siglo XIX.

ruta de Oregón. Partían de las cercanías de la ciudad de Independence, en el estado de Missouri, marchando a lo largo del río Platte hacia las Montañas Rocosas, y luego penetraban en Oregón.

En los primeros años de 1840, miles de norteamericanos atravesaron el continente en dirección a Oregón, siguiendo la ruta de los misioneros que llegaron allí una década antes, posibilitando así al gobierno norteamericano a reactualizar la «cuestión de Oregón» con Gran Bretaña. Los intereses comerciales británicos mantenían bajo control una área que se extendía desde el paralelo 49 hasta el río Columbia, mientras que los colonos norteamericanos se instalaban en la zona al sur del río.

El presidente Polk ejerció fuertes presiones sobre el gobierno británico, afirmando al principio que deseaba la frontera en las coordenadas 54º 40', pero, finalmente, por el Tratado de Oregón (junio de 1846) aceptó la línea del paralelo 49 como la nueva frontera hasta el Pacífico (la isla de Vancouver fue entregada a los británicos). La frontera no era la que Polk había exigido en un principio, pero con la actual obtenía el control de una zona que anteriormente había estado bajo dominio británico. Puesto que los otros problemas fronterizos entre Estados Unidos y Canadá fueron solucionados con el Tratado de Webster-Ashburton, en 1842, a partir de aquella coyuntura mejoraron ostensiblemente las relaciones entre Estados Unidos y Gran Bretaña.



La guerra con México

California y la zona del suroeste representaban un problema mucho más difícil para Estados Unidos, pues la actitud de México era intransigente. Desde los años 1820, Estados Unidos urgía a México la venta de algunas partes de la región, pero las relaciones entre México y Estados Unidos se habían endurecido tras la independencia de Texas. México sostenía, con razón, que las regiones septentrionales de su país peligraban por el avance de los colonizadores, mientras que Estados Unidos se quejaba de la intransigencia mexicana al rehusar la negociación, y exigía el pago de compensaciones por la pérdida de propiedades norteamericanas en las revoluciones mexicanas.

Cuando Estados Unidos se anexionó Texas en 1845, México rompió las relaciones diplomáticas, y muchos mexicanos exigieron la guerra contra los Estados Unidos. Polk todavía tenía interés en negociar, y en noviembre envío a John Slidell para que intentara conseguir el reconocimiento mexicano de la anexión de Texas. También debía obtener el reconocimiento de Río Grande como frontera entre Texas y México, e intentar la compra de Nuevo México y California.

Los mexicanos rechazaron negociar y en la primavera de 1846 la tensión entre los dos países degeneró en un conflicto abierto. Tropas norteamericanas fueron enviadas al territorio en disputa, justamente al norte del Río Grande, y Polk decidió solicitar al Congreso la declaración de guerra. Su decisión se vio facilitada con las noticias de que las tropas mexicanas y norteamericanas ya se batían en el norte del Río Grande. El día 13 de mayo de 1846, el Congreso declaró oficialmente la guerra a México, guerra que finalizó con la victoria de Estados Unidos.

Mientras que las tropas norteamericanas ocupaban Nuevo México y California, el general Zachary Taylor invadió las provincias mexicanas situadas al sur del Río Grande. Su victoria en la batalla de Buena Vista, en febrero de 1847, permitió que la región pasara a poder de Estados Unidos. Durante ese tiempo, Nuevo México fue ocupado por fuerzas que habían partido de Fort Leavenworth, y California había sido ya conquistada mediante la acción combinada de los rebeldes del interior y las tropas norteamericanas.

En marzo de 1847, el gobierno norteamericano aceleró sus acciones buscando finalizar la contienda. Polk, cada vez más inquieto por la creciente popularidad del general Taylor, envió a Winfield Scott al frente de un ejército que desembarcó en Veracruz. Los mexicanos ofrecieron una tenaz resistencia, pero en septiembre las tropas norteamericanas entraron en Ciudad de México.

Se firmó el Tratado de Guadalupe Hidalgo en febrero de 1848, y Polk decidió someterlo al Senado. El tratado concedía California y Nuevo México a Estados Unidos y reconocía al Río Grande como la frontera de Texas. Estados Unidos acordó abonar la cantidad de 15.000.000 de dólares por dichos territorios y anular la deuda de 3.250.000 dólares que México le debía.

A principios de 1848 se descubrió oro en California, y un año después miles de norteamericanos marcharon hacia los campos auríferos. Este descubrimiento, a la larga, conduciría a la expansión de la frontera minera más allá de las Montañas Rocosas.

La convicción «liberadora» de los norteamericanos persistió durante la década de 1850-1860. Ahora se trataba de anexionar Cuba. En 1783, Estados Unidos limitaba al oeste con el Mississippi, con los Grandes Lagos al norte, y al sur con territorios españoles. En el transcurso de setenta años, el país había asumido sus límites modernos en el continente, con la excepción de Alaska, comprada a los rusos en 1867. En 1850, California era ya un estado, Oregón un territorio, y los colonos mormones habían establecido el núcleo de un futuro estado en el Gran Lago Salado. La única amenaza para el desarrollo de Estados Unidos provenía de sus disensiones internas. La amenaza de guerra civil adquiría cada vez mayor cuerpo.



longó, a partir de 1836, con la discusión acerca de la admisión de Texas. El Norte temía, si la región era anexionada a Estados Unidos, que aumentara el poder esclavista.

Lo que subyacía en las disputas era el deseo del Sur de conseguir el número de votos suficientes en el Congreso para bloquear cualquier tipo de legislación política, social o económica contraria a sus intereses. Esto era cada vez más difícil, pues la población de los estados libres aumentaba a ritmo superior a la de los del Sur. Los estados sureños tenían, pues, una posición cada vez más débil en la Cámara de Representantes. Por eso, lo más importante para el sistema esclavista sudista era controlar los nuevos estados y conseguir nueva fuerza en el Senado, donde no existía proporcionalidad.

Izquierda, Zachary Taylor (1784-1850), general norteamericano que fue elegido presidente de los Estados Unidos en 1848.

Página anterior, la corbeta estadounidense Saratoga *comtabiendo con dos buques mexicanos frente a Veracruz, en 1860. Estados Unidos, en su afán de impedir intromisiones europeas en América, se otorgó el «derecho» de intervenir en cualquier país del Nuevo Continente.*

El crecimiento del regionalismo

Entre 1820 y 1850 se produjo un grave deterioro de la unidad nacional. En concreto, el Sur se convirtió en una parte del país diferenciada, manteniendo la esclavitud y una economía y costumbres sociales diferentes. La década de 1830 fue decisiva en la creación de un Sur sólido y fuerte. La fundación, por parte de William Lloyd Garrison, del periódico *The Liberator,* en el año 1831, marcó el inicio de un movimiento abolicionista radical en el Norte.

En los años siguientes, en los estados septentrionales se crearon cientos de sociedades abolicionistas. Sus periódicos denunciaban a los sureños y describían las crueldades del sistema esclavista, exigiendo que la institución desapareciera. En el Sur se produjo una reacción. Los sureños, en lugar de sostener que la esclavitud era un «mal necesario», tal como lo mantuvieron tras la Revolución, afirmaban ahora que el esclavismo era positivo, que los negros eran una raza inferior más feliz en su condición esclava, que su suerte era mejor que la de los obreros de las fábricas del Norte, y que la esclavitud había sido la base de todas las grandes civilizaciones. También surgió el temor de que los argumentos nordistas inspirasen revueltas de esclavos; un levantamiento encabezado por Nat Turner, en 1831, finalizó con la muerte de 55 blancos, y generó en todo el Sur una oleada de miedo.

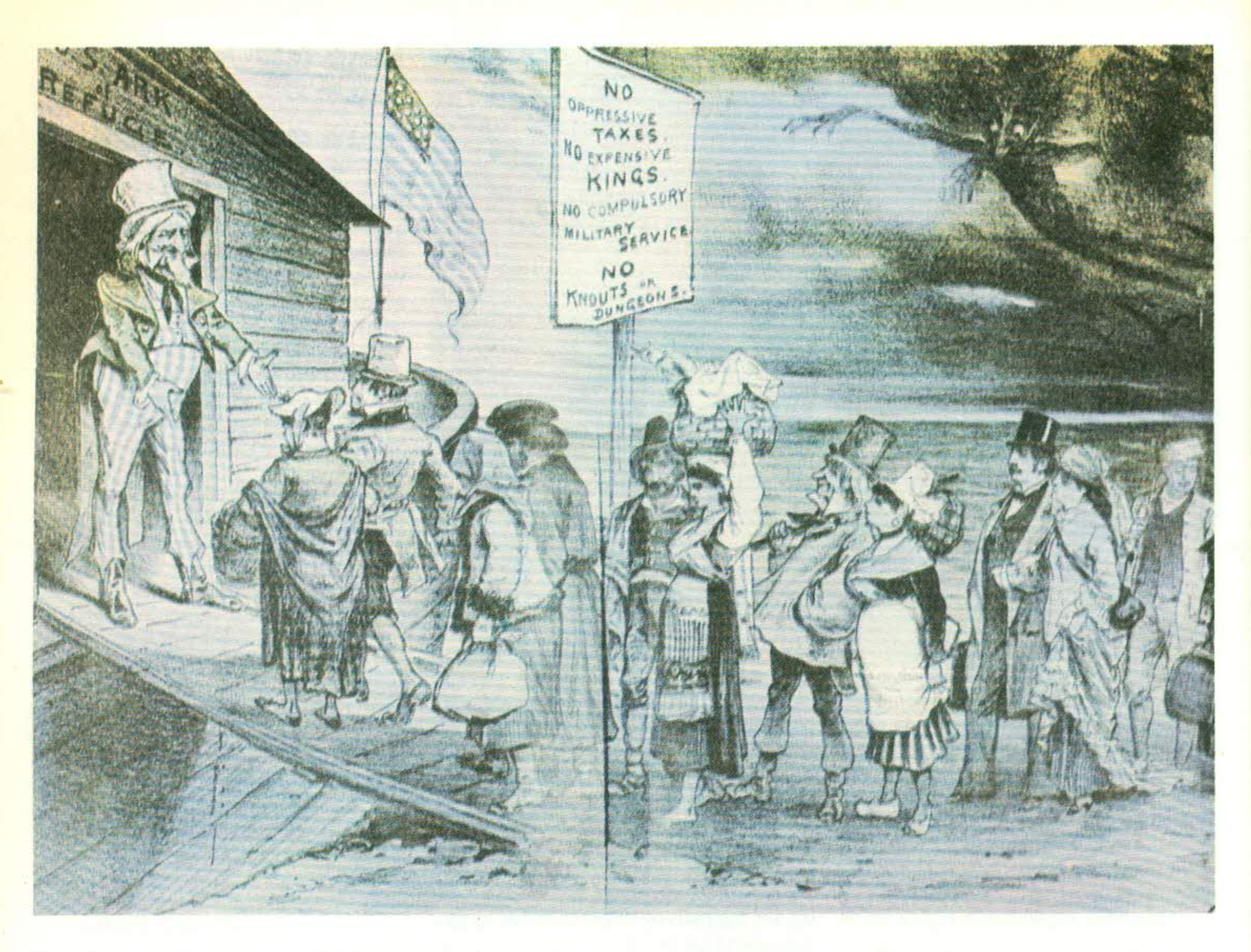
Con los ánimos exaltados por la cuestión esclavista, las otras divergencias entre el Norte y el Sur se radicalizaron. La dura disputa arancelaria entre el presidente Jackson y Carolina del Sur, durante los comienzos de la década de 1830, se pro-

El compromiso de 1850

La guerra con México produjo una crisis inmediata en las relaciones entre el Norte y el Sur. El ardor nacionalista supuso un apoyo general al conflicto en los comienzos de la guerra, pero más tarde los whigs del Norte expresaron su oposición a una guerra de conquista y a cualquier futura ampliación del esclavismo. En 1846, el representante de Pennsylvania, David Wilmot, presentó al Congreso una ley que establecía que la esclavitud no debía ser tolerada en ninguno de los territorios obtenidos de México.

Mientras los ejércitos norteamericanos conquistaban grandes territorios para el país, el Congreso estudiaba la Ley de Wilmot, que no había conseguido los votos necesarios en el Senado. Había quien mantenía que la esclavitud debía extenderse a cualquier zona que así lo desease, mientras que otros sostenían que la línea de 36° 30' del *Missouri Compromise* debía de ser prolongada hasta el océano Pacífico. Pero, ¿qué ocurriría con California, que ya solicitaba su admisión en la Unión?

En las elecciones presidenciales de 1848 los dos candidatos se centraron en el tema esclavista, y el héroe militar Zachary Taylor consiguió la segunda y última victoria presidencial de los whigs. Lewis Cass, su contrincante, defendía la idea de que eran los propios territorios los que debían decidir si querían o no el sistema esclavista, aunque durante la elección puso poco énfasis en la cuestión. El tercer partido –el Partido de la Tierra Libre–, que sería una amenaza para la futura unidad, con el que se presentó el expresidente Martin Van Buren, proponía una plataforma contra la futura expansión



del esclavismo. La victoria de Taylor se basó tanto en los votos del Norte como del Sur, pero quedó claro que los partidos principales tendrían cada vez mayor número de dificultades en conseguir el apoyo electoral de las dos zonas de la nación.

Taylor urgió a California para que pidiera la admisión formal en la Unión, y estaba dispuesto a aceptar la decisión de este estado sobre su adscripción o no al esclavismo. A fines de 1849, California rechazó el esclavismo y solicitó su admisión. El Sur, temiendo que toda la tierra conseguida de México se convertiría en libre, se opuso absolutamente a la admisión de California. La solución fue propuesta por Henry Clay, cerca ya del final de su larga carrera, y fue aprobada rápidamente por el Congreso después de que la muerte del presidente Taylor permitiera al vicepresidente Millard Fillmore asumir la presidencia de la nación.

El compromiso de 1850 consistía en un conjunto de medidas eclécticas. La mayoría de los integrantes de ambos bandos votaron únicamente aquellas medidas que preferían, y podían abstenerse en la votación de aquellas otras que no fuesen de su agrado. Mediante este compromiso, California entró en la Unión como estado libre, Nuevo México y Utah como territorios «sin especificar», el tráfico de esclavos (pero no la esclavitud) sería abolido en el Distrito de Columbia, y fue promulgada una drástica Ley de Esclavos Fugitivos. Además, Texas fue compensada por ceder en sus pretensiones sobre una parte de Nuevo México. De todos modos, el compromiso no satisfizo a ninguna de ambas partes. Los del Sur criticaron las restricciones al esclavismo instauradas en el Oeste, mientras que los abolicionistas del Norte protestaron contra la severa Ley de Esclavos Fugitivos, insistiendo en la necesidad de abolir la esclavitud.

El impacto emocional del esclavismo quedó patente con el éxito arrollador de la novela de Harriet Beecher Stowe, *La cabaña del tío Tom*, publicada en 1852. Este retrato melodramático de la vida del esclavo conmovió a millones de ciudadanos norteños. A medida que el Norte se impregnaba de las implicaciones morales de la esclavitud, y el Sur se apercibía de la pérdida de su poder político, fue imposible sostener los compromisos establecidos.

El Compromiso de 1850 fracasó a los cuatro años de su promulgación. Las elecciones de 1852 fueron disputadas por un Partido Demócrata ansioso por mantener la unidad de sus sectores políticos nordistas y sudistas, y por un partido whig que finalmente se deshizo. El mediocre Franklin Pierce, de New Hampshire, obtuvo una victoria fácil sobre el candidato whig, Winfield Scott. La presidencia de Pierce fue tumultuosa.

Aunque los colonizadores norteamericanos habían recorrido toda la ruta hacia California y Oregón en la década de 1840, se frenó el avance hacia la Gran Pradera. Se temía, con razón, que la falta de bosques y el irregular abastecimiento de agua presentara graves problemas, hasta entonces desconocidos en la mitad oriental del continente. Con todo, a medida que las tierras más prósperas se poblaban y los colonizadores buscaban nuevos territorios, los aventureros comenzaron a ocupar las llanuras, y en la sesión del Congreso de 1853-1854 se discutió la organización de la zona al oeste de

Iowa y Missouri como territorio de Nebraska.

En la década de 1850 había en el Congreso una nueva generación de políticos. Tras las muertes de Clay, Calhoun y Webster, algunos políticos del Norte y del Sur se mostraban menos decididos al compromiso. Personas como el senador de Massachusetts, Charles Summer, despreciaban profundamente a sus enemigos. Del nuevo grupo de prominentes líderes políticos, el senador demócrata S. Douglas aparecía como el más interesado en preservar la unidad nacional, ya fuera por patriotismo o por ambición personal.

Como presidente del Comité Territorial, Douglas presentó una ley para organizar el Territorio de Nebraska. Se interesó no sólo por los pioneros que habían en esa región, sino también por construir una vía férrea transcontinental. Desde 1840 se hablaba de dicha conexión, y en la década de 1850 ya era un asunto político de gran importancia. Hubo una gran competencia entre las zonas que competían por ser la terminal oriental del ferrocarril. Douglas presionó en favor de Chicago —tenía allí intereses personales—, pero antes de proseguir se dio cuenta de que la zona por la que pasaría el ferrocarril necesitaba dotarse de control gubernamental.

El tema del Territorio de Nebraska provocó gran alboroto en el Congreso. Nebraska se organizaría presumiblemente como estado libre, pero para satisfacer las objeciones del Sur se acordó que la región se dividiría en dos territorios: Kansas y Nebraska. Douglas propuso que, en lugar de ser la línea 36° 30' la que dividiera las zonas esclavista y libre, tal como estaba vigente, la «soberanía popular» prevaleciera en dichos territorios. Argumentó que sería más democrático que cada área decidiera por sí misma si deseaban o no el esclavismo. Con ello, Douglas colmaba los deseos del ala sudista de su propio partido y, a la vez, consolidaba sus ambiciones presidenciales.

A pesar de las protestas del Norte, la ley Kansas-Nebraska pasó rápidamente por el Congreso, revocando el Compromiso de Missouri y permitiendo a los territorios decidir por sí mismos la cuestión de la esclavitud o la libertad. A partir de ese momento hubo una pequeña pausa en el proceso hacia la guerra civil.

No había ninguna duda de que Nebraska sería una zona libre de la esclavitud, pero desde 1854 hasta el estallido de la guerra civil la situación de la agitada Kansas agravó constantemente las relaciones entre el Norte y el Sur. Unos y otros intentaron encauzar la migración colonizadora para que votasen una Kansas «libre» o «esclavista», mientras que el desorden general aumentaba con la proliferación de aventuras.

El Partido Republicano

La ley Kansas-Nebraska fue también una de las causas de la desmembración definitiva de los whigs y, consecuentemente, ayudó a la creación del nuevo Partido Republicano, un partido norteño compuesto por antiguos whigs, demócratas contrarios a Douglas y a la ley Kansas-Nebraska, y los antiguos miembros del Partido de la Tierra Libre, unidos en contra de la expansión de la esclavitud. Un tercer partido, los Know Nothing, se oponía a los católicos e inmigrantes y exaltaba la «americanidad». Los republicanos se extendieron rápidamente por el viejo noroeste y Nueva Inglaterra, mientras que el partido whig entró en crisis.

En Kansas aparecieron dos gobiernos distintos, uno proesclavista y el otro en favor de la libertad. Los incidentes violentos se multiplicaban. Tras el ataque de un grupo proesclavista contra el pueblo de Lawrence, John Brown, con sus hijos y amigos, asesinó a un grupo de simpatizantes sudistas. La descomposición del orden público se extendió incluso hasta el Congreso.

En las elecciones de 1856 los demócratas nominaron al mediocre James Buchanan, mientras que los republicanos, con fuerza suficiente para volver a luchar por la presidencia, nominaron a John C. Fremont, héroe nacional, soldado y explorador. El ex presidente Fillmore concurrió como candidato de los Know Nothing. Buchanan venció, pero era indignante para el Sur que Fremont consiguiera 114 votos electorales, frente a los 174 de Buchanan y los 8 de Fillmore.

La resolución Dred Scott

Los problemas de Buchanan comenzaron inmediatamente, pues en marzo de 1857, la Corte Suprema, que estaba dominada por una mayoría sudista, declaró en el caso Dred Scott que el Compromiso de Missouri era anticonstitucional. Los esclavos eran «una propiedad» y la Constitución protegía los derechos individuales a la propiedad. Mediante este fallo, la Corte Suprema dejaba claro que ni el gobierno federal ni el de los territorios podían excluir constitucionalmente el esclavismo.

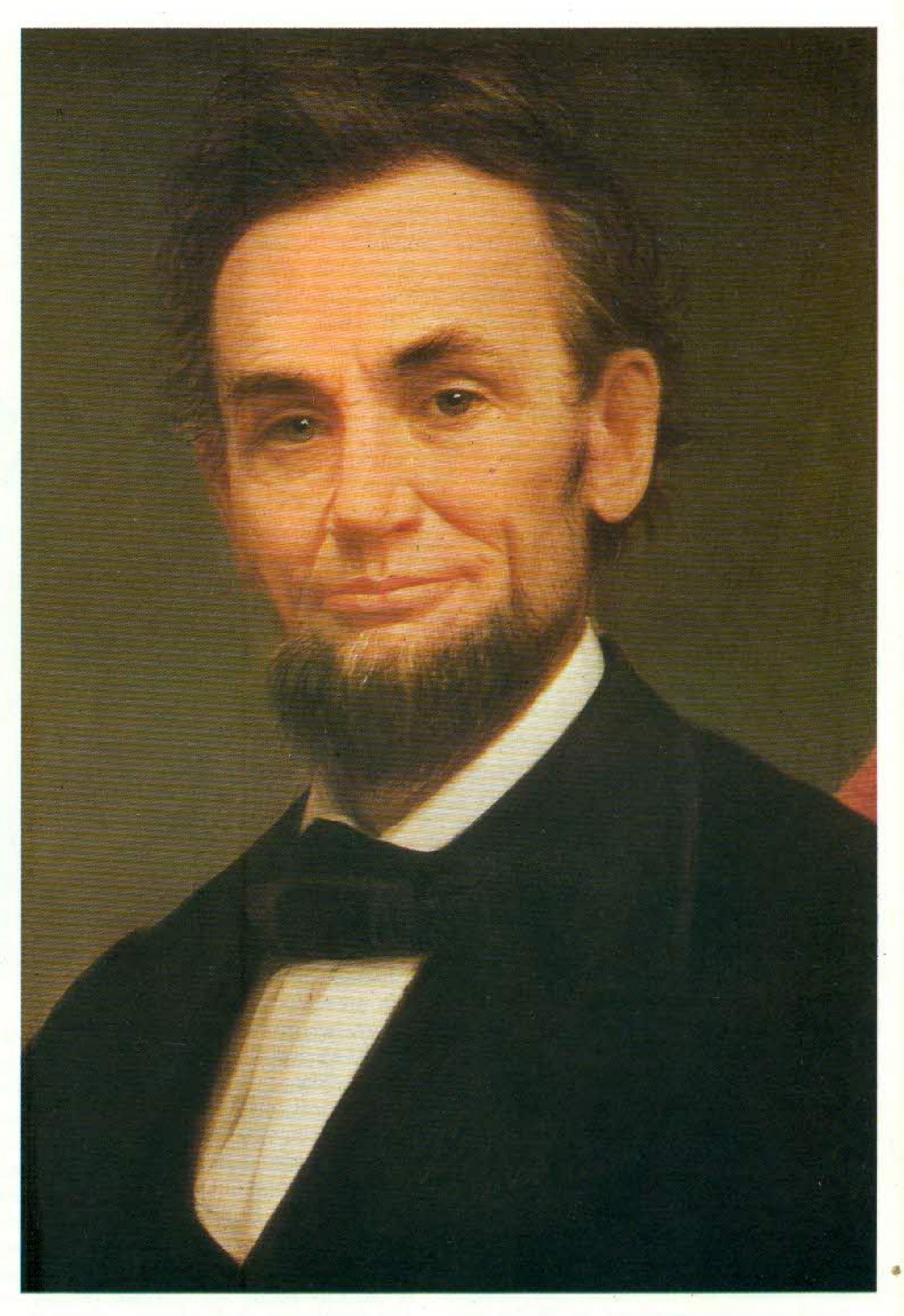
La resolución Dred Scott promovió apasionados debates en el Norte. Su vigencia fue un golpe demoledor contra Douglas, ya que el fallo judicial satisfacía, lógicamente, al Sur, que rechazó la deci-

Página anterior, caricatura que representa al Tío Sam acogiendo cordialmente, en una simbólica Arca, a los inmigrantes que huyen de los demonios de la guerra en el Viejo Continente. (Victoria and Albert Museum, Londres.)

sión popular. De acuerdo con la Corte Suprema, la Constitución protegía el derecho individual a poseer un esclavo, y ni siquiera una mayoría democrática podía prohibir la esclavitud en un territorio concreto. Douglas se encontró en una situación aún más difícil cuando el presidente Buchanan pidió al Congreso la admisión del estado de Kansas en la Unión, con una Constitución proesclavista apoyada sólo por un sector de la población, y que nunca había sido votada por toda la población del territorio. Pese a que no se aprobó, esta cuestión dividió, a la larga, al Partido Demócrata. El dilema adquirió dramatismo en la campaña para la reelección senatorial de Douglas en Illinois, en 1858. Su contrincante era Abraham Lincoln.

Lincoln era el hijo de un colono que, después del nacimiento de su vástago en Kentucky, en 1809, se trasladó a Indiana y, finalmente, a Illinois. Lincoln se hizo abogado en el decenio de 1830, aunque siempre fue un autodidacta. Ingresó en el partido whig y fue elegido diputado en 1846. Era un competente político a nivel de su estado, pero desconocido como figura nacional.

En la década de 1850, Lincoln adoptó una posición claramente contraria a la nueva expansión esclavista, aunque en esa época aún no se le podía considerar un abolicionista. Se convirtió en una figura importante del nuevo Partido Republicano y, en 1858, se presentó al Senado por Illinois enfrentado a Douglas. Los debates que ambos protagonizaron recibieron una gran atención nacional, y, a pesar de que Douglas venció a Lincoln, se vio obligado a elegir públicamente entre la soberanía popular o la resolución Dred Scott. Lincoln le conminó, en Freeport, que definiera su preferencia. Douglas contestó que la población de un territorio podía, si así lo quería, excluir la esclavitud; de esta manera se ganó la animosidad de los demócratas del Sur, que deseaban que Douglas aceptara la resolución Dred Scott.



Los últimos años de la administración Buchanan representaron un grave deterioro de la acción de gobierno. Era tal la división entre los extremistas del Norte y del Sur, que el Congreso tenía dificultades para legislar. La tensión alcanzó un punto álgido cuando, en otoño de 1859, John Brown dirigió un grupo de seguidores, en Virginia, para atacar el arsenal federal de Harper's Ferry. Pretendía armar a los esclavos e iniciar una rebelión. Tras apoderarse del arsenal, los atacantes fueron sitiados y Brown capturado, juzgado rápidamente y ahorcado. Mientras vivió, Brown fue un fanático. Cuando murió, se convirtió en un mártir de la causa de la libertad.

Cuando los demócratas se reunieron en Charleston, en la primavera de 1860, para nominar su candidato a la presidencia, el más lógico de ellos, Douglas, no pudo alcanzar los votos necesarios. Ni el Norte ni el Sur querían transigir, por lo que los delegados sureños se retiraron. Los demócratas hicieron un nuevo intento en junio en Baltimore, y, al fracasar otra vez, las fracciones nordista y sudista del partido nominaron candidatos diferentes: Douglas por el Norte, y John C. Breckinridge, de Kentucky, por el Sur. Los sureños, al no estar dispuestos a aceptar ni siquiera al moderado Douglas, dieron la gran oportunidad a los republicanos. En el mes de mayo éstos nominaron a Abraham Lincoln para la presidencia, en vez de elegir al otro candidato, William H. Seward, de Nueva York, que era más extremista. Para el Sur, la parte más importante de la plataforma republicana era la que hacía referencia a la oposición al esclavismo en todos los territorios de los Estados Unidos.

Un tercer partido —el Partido de la Unión Constitucional— intentó unir al país mediante su candidato, John Bell, de Tennessee, pero no tenía ninguna posibilidad de triunfar. Lincoln venció en las elecciones con 1.866.000 votos populares; Douglas obtuvo 1.383.000, Breckinridge,

848.000, y Bell 593.000. Lincoln, a pesar de ser un presidente minoritario en cuanto a la obtención de votos populares, tenía la mayoría absoluta de los votos electorales.

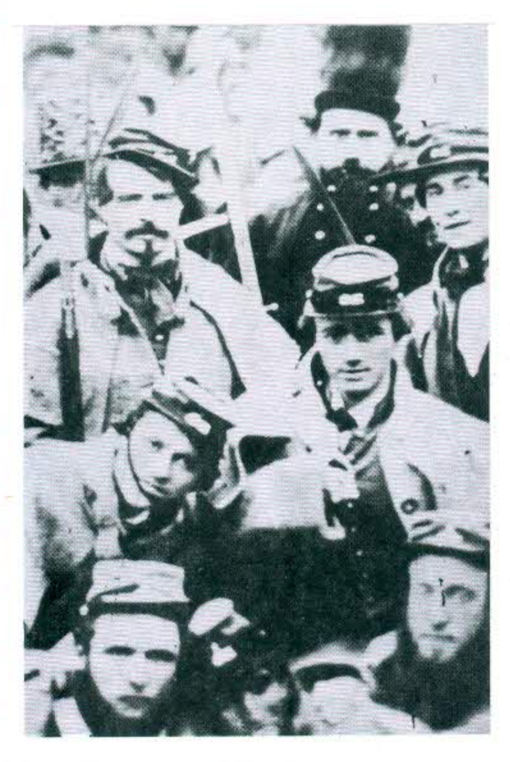
La secesión

El Sur no podía aceptar la victoria de Lincoln. En medio siglo habían perdido la posición dominante en el seno de la nación. Entre 1789 y 1825, Virginia había proporcionado, excepto en una ocasión, todos los presidentes, mientras que los sureños dominaban la administración pública hasta tal punto que en Nueva Inglaterra algunos pensaron en aquella época en la posibilidad de la secesión. Pero ahora, en 1860, el Norte elegía como presidente a un radical opositor del esclavismo. Sin posibilidad de extender la esclavitud, el Sur sería minoritario en el Congreso, en donde se adoptarían políticas contrarias a los deseos sureños, y pronto, quizás, se vería amenazada la propia institución de la esclavitud. Así pues, el Sur tendría que enfrentarse con una crisis económica y un reajuste social de sus conductas. Se empezó a pensar que con la retirada de la Unión, se preservaría el sistema económico y social.

El primer estado sudista que actuó fue Carolina del Sur. En diciembre de 1860 se separó de la Unión y, a comienzos de febrero, se le habían unido Mississippi, Florida, Alabama, Georgia, Luisiana y Texas. En Montgomery, en Alabama, los siete estados separatistas decidieron en febrero de 1861, formar los Estados Confederados de América. Buchanan, aún presidente, vaciló.

Cuando Lincoln tomó posesión de la presidencia en marzo de 1861, aseguró que no tenía la intención de interferirse con el esclavismo de los estados en que el sistema existía, pero fue inútil. Los estados secesionistas no tenían intención de volver. No se sabía bien lo que Lincoln haría para conseguir la reunificación de la nación, pero la acción se precipitó en torno a la situación de los esclavos militares federales en el Sur. El 12 de abril, justo cuando llegaban los refuerzos, las fuerzas de la Confederación bombardearon Fort Sumter en el puerto de Charleston. El fuerte se rindió dos días después. Lincoln pidió entonces 75.000 voluntarios, y, ante la amenaza, Virginia, Arkansas, Tennessee y Carolina del Norte también se retiraron de la Unión. A pesar de que había gran número de partidarios sudistas en Kentucky y Missouri, ambos estados no llegaron a abandonar oficialmente la Unión.





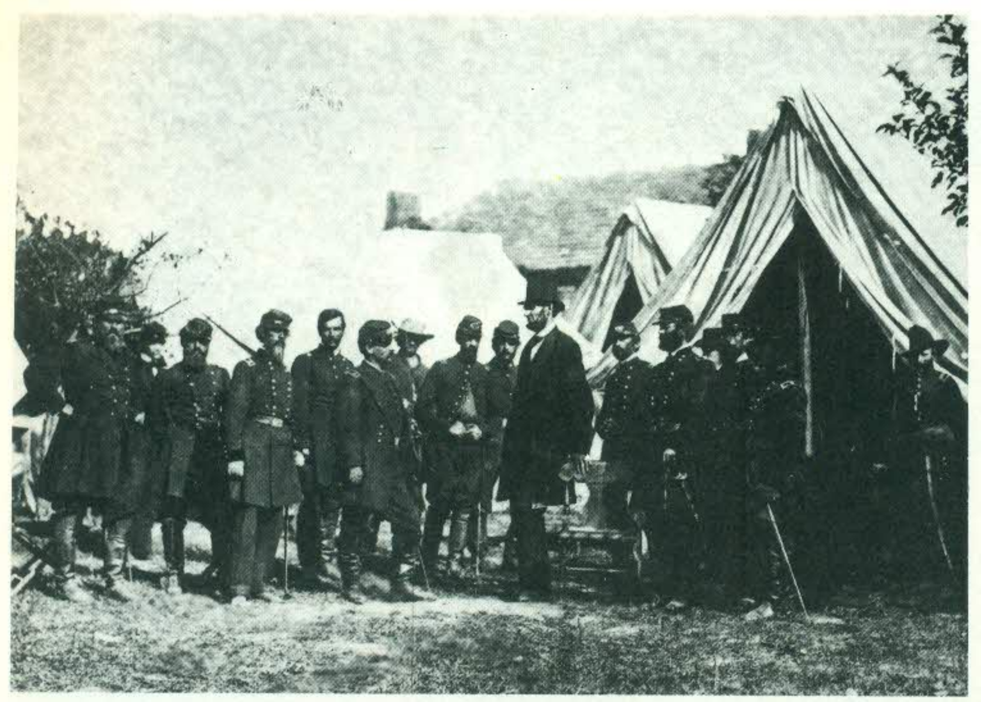
Arriba, Batalla de Gettysburg, *pintada en 1883 por Paul Philippoteoux. Fue la mayor batalla de la Guerra Civil americana (1-3 de julio de 1863), cuando el general Lee fue vencido por el general Meade. Por influencia de la investigación documental y arqueológica, se comenzó a exigir cada vez más exactitud científica en la pintura histórica, que ya sólo se practica esporádicamente.*

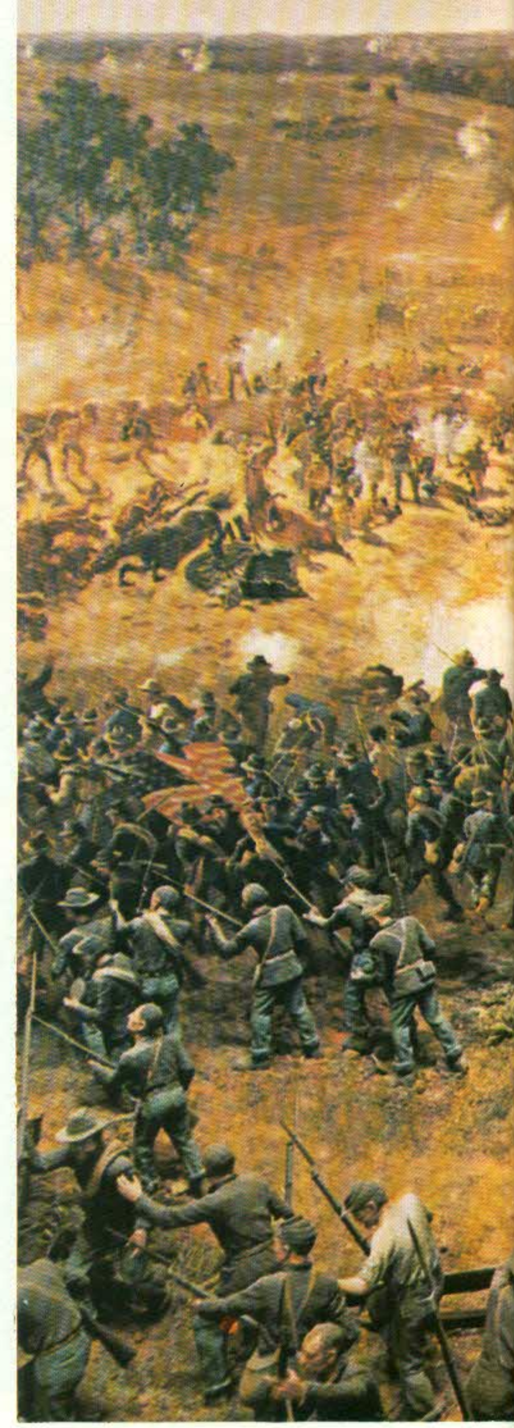
Izquierda, soldados del Grays Richmond, regimiento de Virginia. Los sudistas lucharon por un estilo de vida en el que creían fervientemente. A pesar de su alta moral, en los primeros años de la Guerra Civil, no pudieron evitar el colapso económico y militar.

Página anterior, Abraham Lincoln (1809-1865), presidente de Estados Unidos. Aunque la historia lo recuerda como liberador de los esclavos, su principal motivo para instigar la guerra fue salvar a la Unión.

La Guerra Civil

Había una gran diferencia entre las fuerzas de los Estados Unidos y las de la Confederación. El Norte poseía una población cuatro veces más numerosa que la población no esclava de los estados secesionistas, un superior desarrollo industrial y mejor sistema ferroviario. Poseía también poder naval para bloquear los puertos del Sur. El Sur confiaba en la ayuda extranjera, particularmente de Gran Bre-





taña, principal consumidor de algodón sudista. Estas esperanzas eran ilusorias. Aunque las relaciones entre Gran Bretaña y Estados Unidos fueron tirantes al comienzo de la guerra, la fuerza de la opinión antiesclavista en Gran Bretaña era tal que cualquier iniciativa para aliarse con el Sur encontró fortísima oposición.

Al comienzo del conflicto la Confederación se confió por la facilidad con que resistían a los ejércitos nordistas. Los políticos norteños habían presionado a su ejército para que entrara en acción precipitadamente, lo cual produjo resultados desastrosos en el principal frente oriental de la Confederación, Richmond, en el estado de Virginia. En julio de 1861, en la batalla de Bull Run, los ejércitos del Norte fueron fácilmente derrotados. El anciano Winfield Scott fue retirado del mando, siendo reemplazado por George B. McClellan.

McClellan se centró, hasta la primavera de 1862, en la organización y entrenamiento del Ejército del Potomac. Más tarde, atacó Richmond, desembarcando a su ejército principal de más de 100.000 hombres en la península situada entre los ríos James y York, mientras que otra fuerza superior a los 40.000 soldados avanzaba por tierra desde Washington D.C. La campaña fracasó. En una batalla ininterrumpida de siete días, a finales de junio, el general confederado Robert E. Lee, ayudado por Stonewall Jackson, obligó a McClellan a retirarse. Lee, que había servido en el ejército regular antes de la guerra, regresó a su Virginia natal para adherirse a la lucha. Demostró ser un militar extraordinario en la defensa.

A lo largo de 1862 los ejércitos nordistas continuaron sufriendo derrotas en el frente Washington-Richmond. En agosto, Lee y Stonewall Jackson vencieron a los ejércitos nordistas en la segunda batalla de Bull Run, y Lee avanzó hacia el interior de Maryland. En septiembre tuvo que retirarse tras la indecisa y sangrienta batalla de Antietam, en la que el total de bajas superó a los 20.000 hombres.

La batalla de Antietam tuvo un resultado indeciso, pero permitió a Lincoln tomar una medida decisiva en la conducción de la guerra. Los abolicionistas habían presionado para que se liberase a los esclavos, y Lincoln se dio cuenta de que podía también asegurar la neutralidad británica si tomaba la decisión de luchar por la supresión de la esclavitud. De este modo, promulgó el decreto de Emancipación en enero de 1863. Con todo, a pesar de que la Confederación no podía contar con la intervención extranjera, las perspectivas no eran totalmente pesimistas, pues el año 1862 finalizó en un desastre para el Norte, cuando el general Ambrose E. Burnside lanzó sus tropas a un ataque suicida contra las posiciones confederadas en Fredericksburg, con un resultado de más de 10.000 bajas.

Los primeros dieciocho meses de la guerra contemplaron el fracaso total de la Unión por conquistar la capital confederada. Se criticaba ampliamente a Lincoln y había gran descontento en las zonas nordistas. Por suerte para la Unión, otros problemas debilitaban la resistencia del Sur. El bloqueo fue particularmente efectivo y arruinó el comercio sudista.

Al principio, las tropas unionistas situadas en el valle del Mississippi tuvieron mayor fortuna que las orientales, y, así, en abril de 1862, el general Ulysses S. Grant venció en la batalla de Shiloh, con grandes pérdidas, y obligó a las tropas confederadas a retirarse. En el mismo mes una escuadra naval, bajo el mando de David G. Farragut, capturó la ciudad de Nueva Orleáns y subió por el Mississippi. Al año siguiente, los ejércitos nordistas avanzaron progresivamente hacia el sur para encontrarse con las fuerzas navales en el Mississippi y dividir el territorio de la Confederación. El 4 de julio de 1863, Grant tomó Vicksburg, y unos días más tarde el Norte conseguía el control del río Mississippi.



Los primeros días del mes de julio de 1863 fueron cruciales en la historia de la Confederación. Así, mientras Grant se preparaba para ocupar Vicksburg, Lee llevaba a cabo una acción decisiva con la que confiaba acabar la guerra. En mayo, Lee y Stonewall Jackson (quien murió en la acción) derrotaron a las fuerzas nordistas en Chancellorsville. Lee decidió entonces avanzar hacia Pennsylvania, pensando en una victoria decisiva, que obligara al Norte a reconocer que el Sur podía abandonar la Unión.

Del 1 al 3 de julio Lee se enfrentó con el ejército nordista del general George Meade en Gettysburg. La matanza fue considerable, y al tercer día Lee envió a los hombres del general George E. Pickett en oleadas sucesivas contra las líneas de la Unión. Al no poder romperlas, Lee se retiró finalmente hacia el sur. A partir de julio de 1863 se hacía evidente que el Sur había perdido la guerra, pero, desgraciadamente para las relaciones futuras entre las dos zonas, la lucha desesperada prosiguió durante casi dos años más. Lincoln pudo en ese momento calmar a sus críticos, y en 1864 ganó la reelección batiendo al candidato demócrata, el general George B. McClellan.

Arriba, las tensiones entre los estados del Norte, industriales, y los del Sur, más aristocráticos, desembocaron finalmente, por la cuestión de la esclavitud, en la guerra de Secesión. Representación de la batalla de Atlanta, que fue ocupada en 1864.

Página anterior, el presidente Lincoln con los generales del ejército de la Unión. El Norte pudo llamar a filas a gran cantidad de hombres, pero la élite de los cuerpos de oficiales se unió a las fuerzas del Sur.

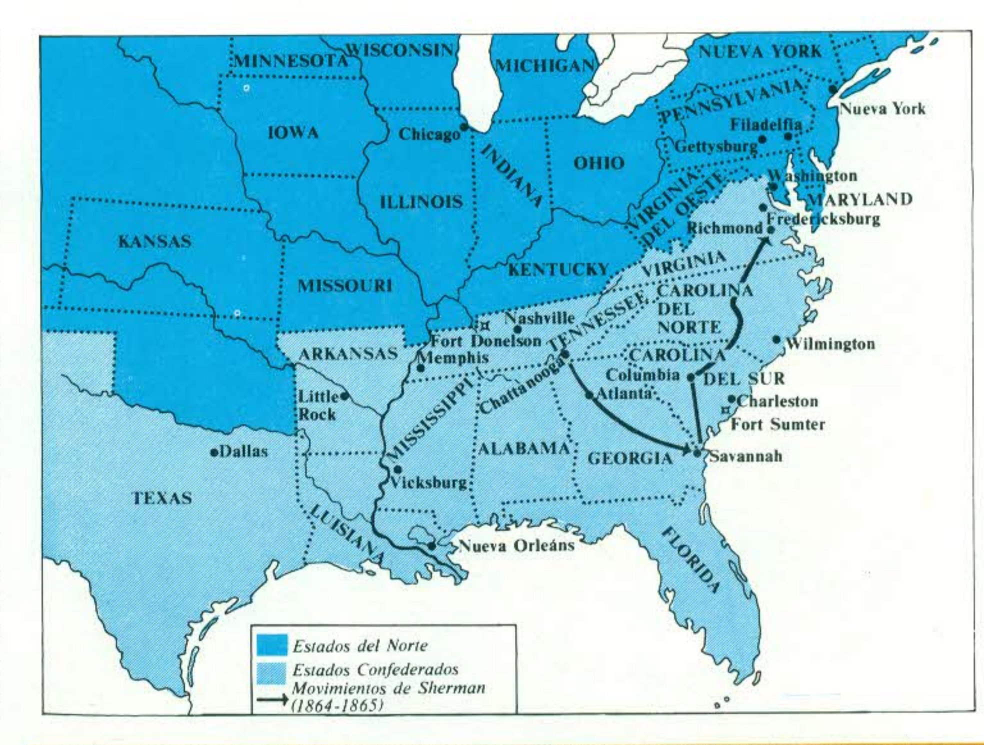
En 1864 y 1865 los ejércitos federales se internaron profundamente en el Sur para someter a la Confederación. Los ejércitos nordistas en el valle del Mississippi fueron contenidos durante un tiempo (septiembre de 1863) en Chickamauga, pero en el mes de noviembre, después de la batalla de Chattanooga, las fuerzas sudistas se batieron en retirada hacia Georgia. En 1864 los ejércitos nordistas intentaron de nuevo dividir la Confederación, penetrando en Georgia por Atlanta y, de ahí, hasta el mar, mientras que, más al norte, el general Grant, al que se le había transferido el mando del frente Washington-Richmond, intentó avanzar hacia el sur en dirección a Richmond.

A lo largo de la primavera y el verano de 1864 tuvieron lugar intensos combates. En mayo y junio, Grant irrumpió en la llanura costera y rodeó Richmond, muy bien defendida por trincheras y fortificaciones. Sólo al año siguiente pudo obligar al ejército de Lee a retirarse de estas posiciones.

El general William T. Sherman y sus ejércitos provenientes del valle del Mississippi tuvieron éxitos más espectaculares. Atlanta cayó en septiembre, marchando Sherman hacia el mar, donde ocupó Savannah en diciembre. Era capaz ahora de girar hacia el norte, y en la primavera de 1865 la Confederación estaba totalmente colapsada. En abril Lee se vio obligado, finalmente, a retirarse de Richmond. El día 9 de abril se rindió a Grant en Appomattox. Otras fuerzas menores capitularon a continuación. La guerra había terminado.

El Norte tuvo 359.000 muertos, y la Confederación 258.000. Una gran parte del Sur quedó devastada: plantaciones arruinadas, fortunas perdidas, vías férreas desmanteladas, y ciudades destruidas. La Unión estaba intacta, y los esclavos liberados, pero restó una monumental labor de reconstrucción y una profunda herencia de amargura y odio. Para que la tragedia alcanzara su punto álgido, el 14 de abril Lincoln fue asesinado en el Teatro Ford de Washington D.C. La nación tenía que hacer frente a la tarea de reconstrucción sin su gran líder. Andrew Johnson, de Tennessee, se convirtió en presidente.

Sin embargo, aun después de esta gran guerra, Estados Unidos estaba en condiciones de convertirse en uno de los países más poderosos del mundo. A pesar de que cientos de miles de personas habían sido muertas o heridas, la prosperidad del Norte no sufrió excesivamente. El desarrollo industrial, la construcción de los ferrocarriles y el comercio progresaron enormemente. El Sur seguiría siendo un problema, pero la nación alcanzó pronto nuevas cotas de prosperidad y poderío.



ESTADOS UNIDOS Y LATINOAMÉRICA, 1800-1870

Año	Estados Unidos	México y Argentina	Otros hechos de Latinoamérica
1800	Tomas Jefferson, presidente (1801-1809) Adquisición de Luisiana (1803) James Madison, presidente (1809-1817)	Ocupación británica de Buenos Aires (1806)	Sublevación de Miranda en Venezuela (1806) Tentativa de independencia abortada en Ecuador (1809)
1810	Guerra con Gran Bretaña (1812-1814) James Monroe, presidente (1817-1825) España cede Florida a Estados Unidos (1818)	Inicio de la lucha por la independencia de México (1811-1815) Independencia de Argentina (1816)	Independencia de Venezuela (1811) España reconquista Venezuela (1814) San Martín libera Chile (1818) Fundación de la Gran Colombia (1819)
1820	Compromiso de Missouri (1820) Doctrina Monroe (1823) J.Q. Adams, presidente (1825-1829) Andrew Jackson, presidente (1829-1837)	Independencia de México (1821) México, República Federal (1824) Guerra entre Argentina y Brasil (1827-1828)	Independencia de Perú (1821) Última liberación de Venezuela (1821) Liberación de Ecuador (1822) Independencia de Brasil (1822) Pedro I, emperador (1822-1831) Bolivia, estado soberano (1826) Uruguay, estado soberano (1828)
1830	Inicios del movimiento abolicionista Primera Iglesia mormona (1831) Creación de la República de Texas (1836) Martin van Buren, presidente (1837-1841)	Santa Anna, presidente de México (1833-1835) Rosas, gobernador de Buenos Aires (1835)	Separación de Venezuela y Ecuador (1830) Pedro II, emperador de Brasil (1831-1889); se establece la regencia Movimiento separatista en Rio Grande do Sul, en Brasil (1835-1845)

		Santa Anna derrotado por los texanos en San Jacinto (1836)	Flores asume el poder en Ecuador (1839) Chile derrota a la Federación Boliviano-Peruana (1839)
1840	W. Harrison, presidente (1841) J. Polk, presidente (1845-1849) Los británicos renuncian a Oregón Conquista de California (1847) Fiebre del oro en California	Rosas dictador de Argentina Argentina entra en guerra contra Paraguay (1845) Guerra entre México y Estados Unidos (1846-1848) Tratado de Guadalupe-Hidalgo (1848)	Inicio del reinado de Pedro II (1840) Carlos López, presidente de Paraguay (1844) Caída de Flores (1845) Castilla, presidente de Perú (1845)
1850	Compromiso de Clay (1850) Fundación del Partido Republicano (1854) Debate Lincoln-Douglas (1858) Incursión de John Brown (1859)	Sublevación de Urquiza en Argentina Urquiza derrota a Rosas en Caseros (1852) Secesión de Buenos Aires (1853) Disolución de la orden de los Jesuitas en México (1855) Constitución de Nuevo México (1857) Guerra civil en México (1858) Buenos Aires se reintegra a la Federación Argentina (1859)	Abolición de la esclavitud en Colombia (1851) y Venezuela (1854) Caída del régimen de Monagas Venezuela (1859)
1860	Elección de Lincoln para presidente Secesión de 11 estados del sur (1860-1861) Formación de los Estados Confederados de América Lincoln proclama la emancipación de los esclavos (1863) Rendición del general Lee (1865) Asesinato de Lincoln (1865) Ocupación militar del Sur	Juárez, presidente de México (1861) Bartolomé Mitre, presidente de Argentina (1862-1868) Maximiliano, emperador de México (1864) Ejecución de Maximiliano (1867) Juárez reelegido presidente de México (1867)	Régimen liberal en Chile (1861) Argentina, Brasil y Uruguay en guerra con Paraguay (1865-1870)

Abajo, voluntarios yanquis marchando hacia el Sur. La afirmación de la política norteña agrió las relaciones entre las dos partes de la Unión durante varias décadas.

Página anterior, Estados Unidos durante la Guerra Civil (1861-1865). La victoria del Norte dio lugar a la Unión, pero a costa de más de 600.000 muertos.





Movimientos de independencia en América Latina

Ya se ha tratado someramente, al hablar de la crisis española, del proceso independizador latinoamericano, vinculado a la problemática de la decadencia de la metrópoli, acelerada a principios del siglo XIX. Sin embargo, es necesario profundizar el tema, pues la envergadura e importancia del proceso independizador de aquel subcontinente merece especial atención.

La abdicación de Fernando VII en Bayona, en favor de los intereses napoleónicos representados por el hermano de Napoleón, José, promovió la adhesión de las élites criollas a la causa fernandina, pero también la vinculación a la Junta Suprema Central que en la península resistía a los invasores en Cádiz, y cuya política fue la de un creciente liberalismo.

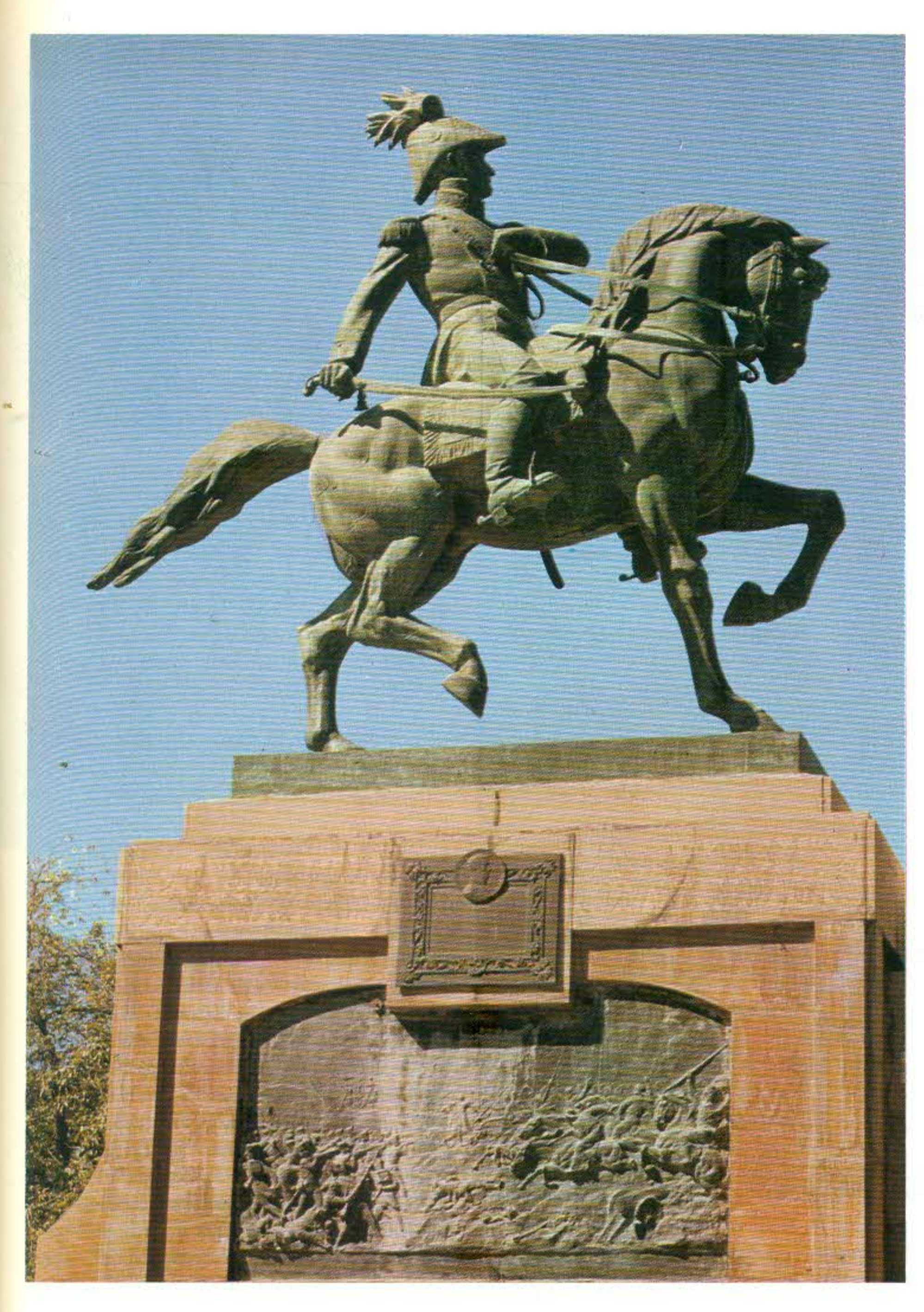
Los órganos de poder que en la América hispana fueron asumiendo la verdadera autoridad, es decir, las Juntas de Gobierno formadas más o menos espontáneamente, exigían un conjunto de medidas claramente vinculadas al ideario liberal: igualdad entre españoles y americanos; libertad de comercio, industria y contratación laboral; disolución de los privilegios, y de los monopolios políticos y económicos; abolición de la esclavitud, y de toda consideración radical o clasista que pudiera menoscabar la dignidad de indios, negros y mestizos, y separación de poderes judiciales y administrativos. Esto es, un programa revolucionario, basado en los fundamentos liberales de la Revolución francesa.

En 1810 la situación era tensa en diversos territorios americanos, y entre los intelectuales criollos pesaba también la realidad emancipadora del gran país del norte, Estados Unidos, independizado de la metrópoli británica desde hacía ya décadas.

Argentina y Uruguay: San Martín y Artigas

En Argentina, el despertar definitivo de la conciencia emancipadora fue temprano. En 1810 fue disuelta la Junta Suprema española, y los líderes autóctonos Saavedra y Belgrano organizaron una Coordinadora de Gobierno, inmediatamente declarada ilegal por el virrey. La respuesta criolla fue la formación de una Junta Patriótica presidida por Cornelio Saavedra, convertida pronto en el órgano con máximo poder.

Mientras tanto, Gervasio Artigas organizaba una insurrección en el territorio de Uruguay, tomando Montevideo después de un asedio de 13 meses, tarea completada por el argentino Carlos María de Alvear.



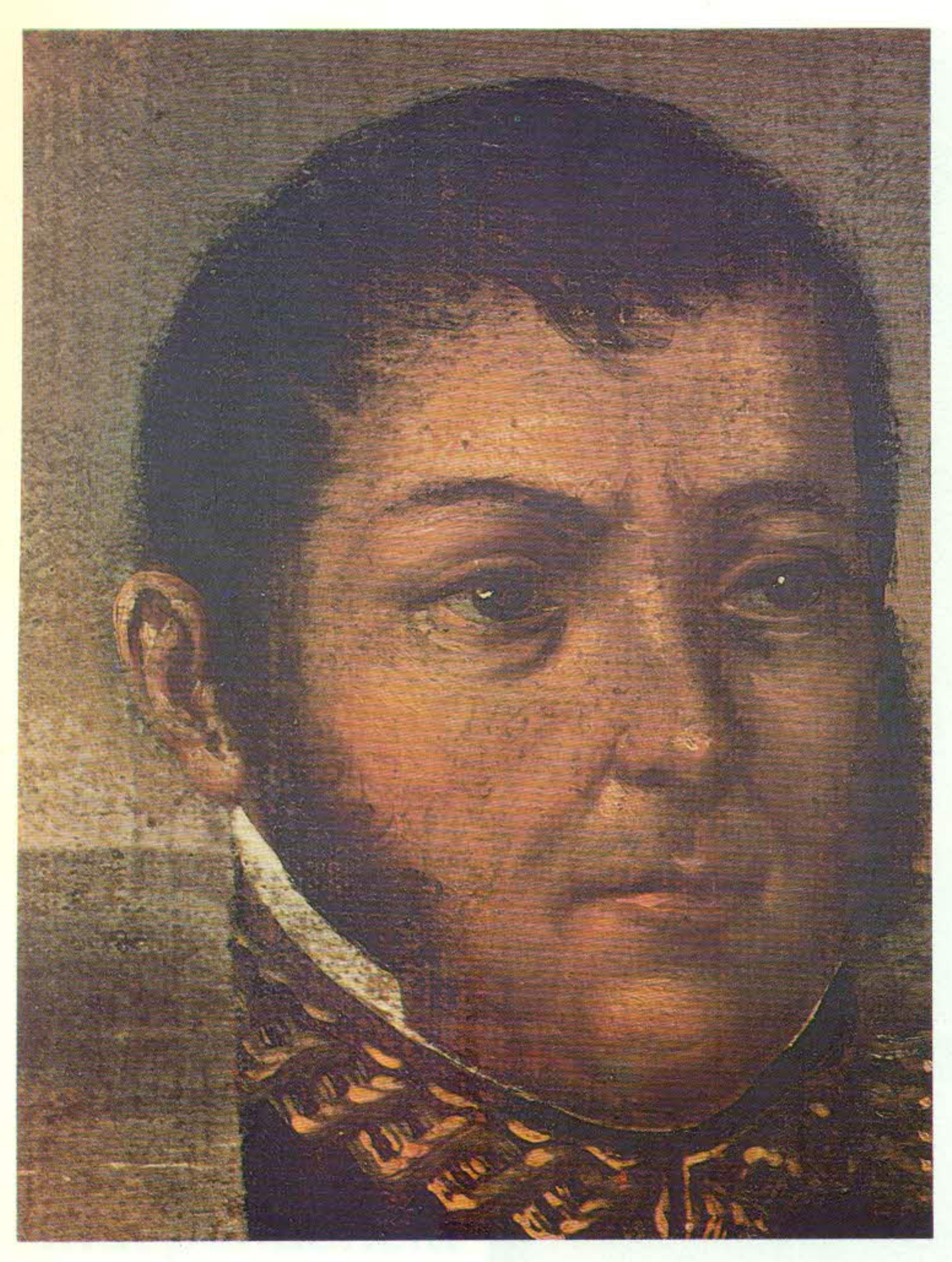
Izquierda, Manuel Belgrano (1770-1820), militar argentino que, al frente del ejército del Norte, venció a los realistas en Tucumán y Salta. Fue el creador de la bandera nacional, en 1812.

Página anterior, proclamación de la independencia de Venezuela en julio de 1811, con Francisco de Miranda (1750-1816) a la cabeza de la nueva república. Apresado por los españoles en 1812, murió en la cárcel de Cádiz.

Por otra parte, desde Argentina, Belgrano se planteaba el objetivo de incorporar el territorio del Alto Perú a las áreas ya emancipadas del poder colonialista. En 1811 y 1815 realizó diversas expediciones, que sin embargo no tuvieron el éxito esperado.

La actividad liberadora se vio, asimismo, dificultada por la diversidad de perspectivas políticas existentes en el seno de las fuerzas revolucionarias que operaban desde territorio argentino. De esas diversas opciones surgieron dos tendencias claras: la federalista, apoyada por republicanos y demócratas radicales, y la unitarista, respaldada por liberales moderados de tendencias monárquicas constitucionalistas.

En 1811 la Junta Patriótica, como resultado de las dificultades militares en el Alto Perú y de las disensiones internas de los emancipadores, se disolvió, constituyéndose un triunvirato integrado por Chiclana, Sarratea y Rivadavia, que al poco tiempo sería derribado por el general San Martín, dando lugar a la formación de un segundo triunvirato, con Álvarez, Paso y Rodríguez Peña, más moderado que el anterior. Fue este embrión ejecutivo el que convocó una Asamblea Constituyente, en 1813, que tomó importantes acuerdos revolucionarios: supresión de los títulos nobiliarios y privilegios, control de la esclavitud, y abolición de la mita y de las encomiendas. Sin embargo, este órgano no cortó aún todos los lazos con la metrópoli,



y rechazó la solicitud de Artigas para proclamar la independencia definitiva y organizar una Federación de los Pueblos Americanos Libres. No obstante, a pesar de ello, los moderados y promonarquistas desplazados a España para pactar reformas con Fernando VII, no consiguieron ninguna concesión del monarca español, cerrilmente aferrado a sus principios absolutistas.

En 1815, el general Alvear solicitó protección de Gran Bretaña, siendo entonces derrocado por los federalistas, que disolvieron la Asamblea. Al año siguiente, en 1816, convocaron el Congreso de Tucumán, que el 9 de julio proclamó la independencia de Argentina. Artigas actuó por su cuenta en Uruguay, en las llamadas «provincias fluviales», y el Congreso de Tucumán se inhibió cuando las tropas portuguesas, en 1825, se anexionaron Uruguay, que posteriormente fue integrada en Brasil, hasta 1828, en que la llamada sublevación de los Treinta y tres Orientales permitió la proclamación de la República Autónoma del Uruguay.

Mientras, San Martín, en colaboración con los patriotas chilenos acaudillados por Bernardo O'Higgins, derrotaba a los españoles en Chacabuco y Maipú, y el 12 de febrero de 1818 proclamaba la República de Chile.

En Buenos Aires, sin embargo, seguían las tensiones en el seno de las fuerzas liberadoras. En 1819 el Congreso elaboró una Constitución unitarista, autoritaria, y en cierto sentido colaboracionista con la metrópoli. Ello provocó una insurrección federalista, de carácter radicalmente antimonárquico y democrático, formándose un gobierno provisional presidido por Manuel Surratea.

Por su parte, San Martín invadió Perú, y en Guayaquil, en 1820, se entrevistó con Simón Bolívar, cuyas fuerzas liberadoras operaban en Colombia y Venezuela En 1825, las fuerzas de Sucre dominaban el Alto Perú, que asumió el nombre de Bolivia, desgajándose del virreinato de Río de la Plata.

Colombia: formación y crisis del proyecto confederal bolivarista

En 1810, como prolongación de los disturbios que estallaron en la ciudad venezolana de Caracas, se produjeron diversas insurrecciones en Cartagena, Socorro y Pamplona, formándose la Junta Suprema del Reino de Granada, que dominaba parte del territorio, aunque las importantes ciudades de Pasto y Popayán quedaron en poder de los realistas.

El 22 de diciembre de 1810 se organizó en Bogotá un Congreso presidido por Manuel Bernardo Núñez, que proclamó la Confederación de las Provincias Unidas de Nueva Granada. También aquí, como en Argentina, se produjo una aguda disensión entre unitaristas y federalistas. En julio de 1813, el centralista Nariño proclamó la independencia de Cundinamarca, y Juan del Moral, la de Antioquía. La nueva unidad se restableció con la llegada triunfal de Bolívar a Bogotá. A partir de 1815 los realistas españoles, comandados por el general Morillo, conseguirían el restablecimiento coyuntural del virreinato, pero a partir de 1819 la drástica campaña militar de Bolívar liquidó definitivamente la presencia colonialista. Entonces, el líder libertador proclamó la República de Gran Colombia, que reunía a Nueva Granada, Quito y Venezuela. Esta Gran Colombia subsistió hasta 1830, disregándose por las luchas internas entre Santander, Páez y Flores.

México: el Grito de Dolores

El proceso independentista mexicano presentó una notoria complejidad, en parte por el arraigo de la dominación colonialista y también por la proximidad de Estados Unidos, propicio a obtener provechos territoriales de la delicada situación al sur de sus fronteras.

En 1808 las fuerzas vivas de la capital, conocedoras de la abdicación de Fernando VII, exigieron al virrey la forma-



Arriba, familia de hacendados con un criado. Pintura mexicana de 1828.

Página anterior, José de San Martín (1778-1850) liberador de Chile y Perú. Recibió el título de Protector del Perú en 1821. Por desavenencias políticas con Bolívar se exilió en Europa. Retrato por J. B. Madou (1878).

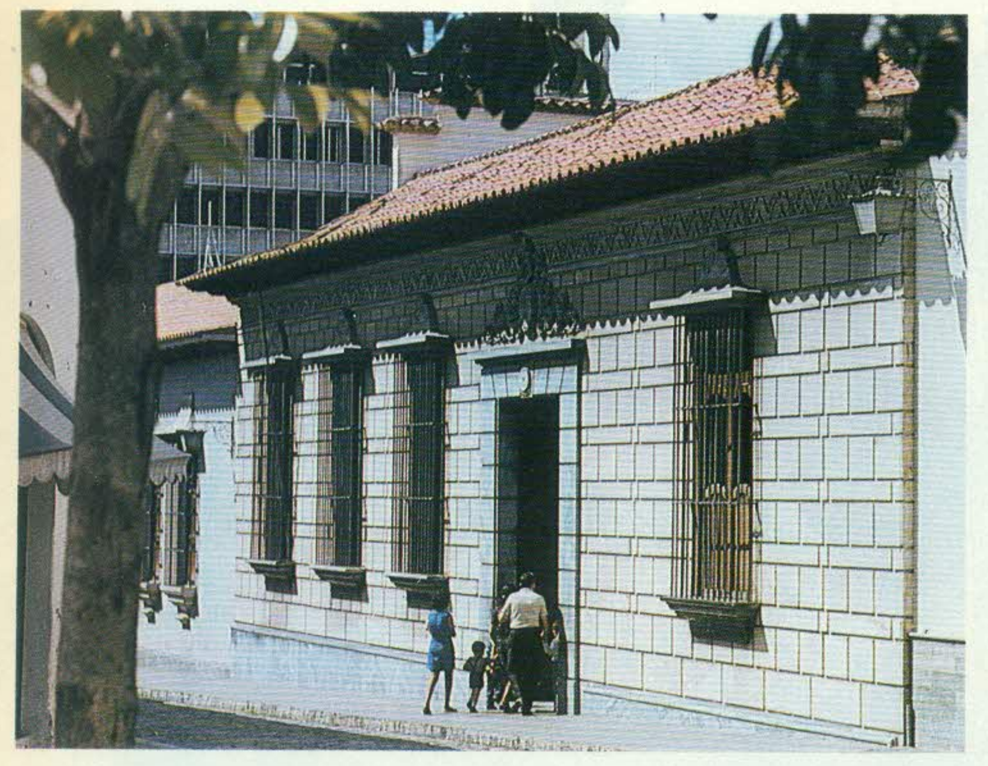
ción de un gobierno provisional. Sin embargo, los realistas consiguieron superar la situación, sucediéndose los relevos de varios virreyes que hallaban grandes dificultades para controlar el país.

El 16 de septiembre de 1810, el cura Miguel Hidalgo lanzó la proclama o «Grito de Dolores», sublevándose en Querétaro contra los españoles. La insurrección prescindió de la colaboración criolla, apoyándose exclusivamente en los indios, lo que dio al movimiento una peculiaridad desconocida en otros lugares del continente. Las fuerzas de Hidalgo abolieron inmediatamente la esclavitud y los tributajes, y el movimiento se extendió por todo el país, constituyéndose un gobierno revolucionario en Guadalajara. La rebelión sucumbió en 1811, reprimida por el ejército, e Hidalgo fue fusilado en Chihuahua. Sin embargo, las fuerzas revolucionarias supervivientes se reagruparon, dirigidas por el también cura Morelos, que organizó en Michoacán una Junta Suprema Nacional, que en 1813 proclamó la primera independencia de México. Nuevamente fue abortada la rebelión, y Morelos fue ejecutado en 1815.

En 1820 las élites criollas se sumaron decididamente a la acción emancipadora, aprovechando la coyuntura abierta en España por la sublevación liberal de Riego. Los realistas agruparon filas para afrontar los brotes independentistas mexicanos, y nombraron al general Agustín Itúrbide jefe de los ejércitos. Bajo el impulso de éste, en febrero de 1821 fue presentado el Plan de Iguala, cuyos tres puntos esenciales eran: independencia de México, organizado como monarquía constitucional, cuya corona se ofreció a Fernando VII; igualdad de razas y catolicismo como religión oficial. Mientras, se constituyó una regencia presidida por Itúrbide, pero al año siguiente estallaron disensiones entre éste y los republicanos liberales, y el 18 de mayo Itúrbide se proclamaba emperador con el título de Agustín I. Siete meses después, el general Santa Anna, apoyado por los republicanos, se sublevó en Veracruz. Como consecuencia de ello, Itúrbide dimitió y se exilió a Europa. Se formó entonces un triunvirato: Bravo, Negrete y Victoria, reuniéndose en noviembre de 1823 un Congreso Constituyente, dominado por los republicanos, federales y liberales.

El 4 de octubre de 1824 se proclamó la República Federal Mexicana, asumiendo la presidencia el general Guadalupe Victoria. Al año siguiente, se abolía la esclavitud.

Conseguida la independencia, las disensiones internas provocaron una etapa de desestabilización política. Así, al triunfar en las elecciones de 1928 el general Pedraza, se sublevaron Guerrero y Santa Anna, y en abril de 1829 el primero de





ellos se proclamó presidente. En enero de 1830, sin embargo, tras la revuelta de Jalapa, Bustamante tomó el poder, aunque sería desplazado del mismo por otra rebelión de Santa Anna, entre 1832 y 1833. En 1834 el poder estaba en manos de los federalistas, que radicalizaron su política de reformas, la cual afectó especialmente a los intereses de la Iglesia católica. Finalmente, en el mismo año Santa Anna asumió el poder, inaugurando una etapa de gobierno conservador. Sin embargo, la independencia nacional estaba ya consolidada, sin que los intentos españoles de 1828 fueran otra cosa que meros episodios coyunturales.

Venezuela: el Libertador

Figura clave en el arranque del nacionalismo venezolano fue Francisco de Miranda, caraqueño e hijo de españoles. En 1771 se enroló en el ejército español, realizando diversos viajes por Europa y Estados Unidos, donde conoció a los líderes de la independencia de este país, Washington y Lafayette. En 1806 dirigió dos intentos, fallidos, de desembarcar tropas en Venezuela para derrocar el poder español.

Simultáneamente, otra figura clave, Simón Bolívar, hijo de una familia aristocrática, comenzó en 1807 una labor clandestina de agitación independentista.

El virreinato de Nueva Granada era de una gran complejidad territorial y racial. Abarcaba las actuales Colombia, Ecuador, parte de Perú y Venezuela. El mosaico racial se componía de mestizos, mulatos, zambos, negros, amerindios puros y criollos. En 1810, al conocer la noticia de que la metrópoli estaba sumida en la crisis provocada por la invasión napoleónica, se organizó una Junta Suprema, adicta a Fernando VII, que sin embargo fue desautorizada por el poder virreinal. El 2 de marzo de 1811 se reunió un Congreso que organizó un gobierno dirigido por Cristóbal de Mendoza. Cuatro meses después, el 5 de julio, se proclamó la independencia de Venezuela, con una Constitución federalista y democrática. Sin embargo, los territorios de Guayana, Maracaibo y Coro permanecieron bajo el dominio español, y en marzo de 1812 los realistas desembarcaron. El Congreso concedió plenos poderes a Miranda, pero éste fue finalmente apresado por los invasores.

En esta situación, Bolívar se sublevó a principios de 1813, ocupando Caracas en agosto, donde fue acogido triunfalmente, y nombrado «libertador». Frente a él, se situaban aún los realistas y también los grupos de llaneros influenciados por Bobes.



Arriba, Bolívar, el Libertador de Venezuela, en la batalla de Ingavi contra los españoles.

Página anterior, arriba, la casa de Simón Bolívar, en Caracas.

Página anterior, abajo, Simón Bolívar (1783-1830), nacionalista venezolano que tomó el mando de las fuerzas de su país, después de la capitulación de Miranda. Proclamó la independencia de Venezuela en 1821. Fue nombrado presidente de la Gran Colombia y colaboró en la liberación de Perú y Bolivia.

El curso de los acontecimientos se inclinó momentáneamente contra Bolívar, que hubo de ocultarse en Nueva Granada para reagrupar fuerzas. En mayo de 1816, el Libertador inició una intensa campaña militar, en la que obtuvo numerosas victorias. El 15 de febrero, el Congreso de Angostura le nombraba presidente, confirmándose la formación de la Gran Colombia. Sin embargo, en 1820 la sublevación de Páez determinó la escisión venezolana de la Confederación, y Bolívar se retiró. A pesar de todo, la independencia venezolana era una realidad innegable, que España tuvo que reconocer en 1845.

América Central

El movimiento independentista fue aquí una realidad tardía, finalmente asumida por la influencia de la pujanza nacionalista de México, Venezuela y Colombia. En 1821, existían algunos núcleos independentistas de ideas liberales que conectaban con revolucionarios mexicanos, especialmente en Guatemala, país anexionado por México en 1822, hecho que provocó una reacción nacional dirigida por Arce y Delgado.

El 24 de junio de 1823, se produjo la proclamación de independencia de las llamadas Provincias Unidas del Centro de América, compleja realidad que aglutinaba los territorios de Guatemala, Honduras, Nicaragua, El Salvador y Costa Rica, y que fue presidida por Manuel Arce. Éste sería derrocado en 1828 por Francisco Morazán, quien inauguró una etapa de consolidación de la independencia de la Federación, de la que se marginó Costa Rica en 1829.

Brasil

Ocupado Portugal por las fuerzas napoleónicas, según lo acordado en el tratado de Fontainebleau, el regente Juan VI decidió trasladar la corte desde Lisboa a Río de Janeiro, reestructurando el Estado, que tomó el nombre de Reino Unido de Portugal y Brasil. El nuevo gobierno desarrolló una política imperialista, ocupando Uruguay en 1821. Reordenada la situación europea, aquel mismo año Juan VI marchó a Portugal, dejando como gobernante a su primogénito Don Pedro, quien en mayo de 1822 asumió el título de «protector perpetuo de Brasil».

Las fuerzas independentistas, cuyo centro era inicialmente Pernambuco, se alzaron en armas, y el 7 de septiembre se produjo el levantamiento de Ipiranga, pro-





clamando a Don Pedro «emperador constitucional» de Brasil. En 1824, éste disolvió las Constituyentes y se autoconcedió el derecho hereditario a la sucesión de su dinastía, reconociendo Juan VI, su padre, la autonomía del nuevo reino. Los diversos brotes republicanistas fueron aplastados, pero en 1831 las tensiones indujeron al ejército, dominado por la ideología liberal, a obligar a abdicar al monarca, que abandonó Brasil. Se abría así un paréntesis de inestabilidad política, aunque la separación brasileña de la metrópoli era un hecho.

La difícil consolidación de los estados latinoamericanos

El continente latinoamericano había conseguido romper la tutela colonialista de las potencias europeas –España y Portugal–, pero la organización de la nueva realidad política se presentaba compleja y difícil. Las élites criollas recogieron el poder del que habían sido despojados los colonialistas, y en líneas generales, se habían organizado regímenes liberales de difícil existencia en unas colectividades aún conformadas cultural y socialmente por la larga permanencia española. La pobreza y la incultura eran una gravísima herencia.

Bolívar había predicho que, si las nuevas naciones no se organizaban en el marco de una Gran Confederación Americana, lo más probable sería que los «tiranos acaben por sumir la región en dramáticas situaciones».

Argentina: entre el unitarismo y el federalismo

En 1826, consolidada la independencia, el Congreso preparó nuevos comicios, siendo elegido presidente en 1826 Bernardino Rivadavia, partidario de un centralismo unitarista. La rivalidad con los fe-

Arriba, la plaza principal de Río de Janeiro el día de la aceptación provisional de la Constitución concedida por los portugueses.

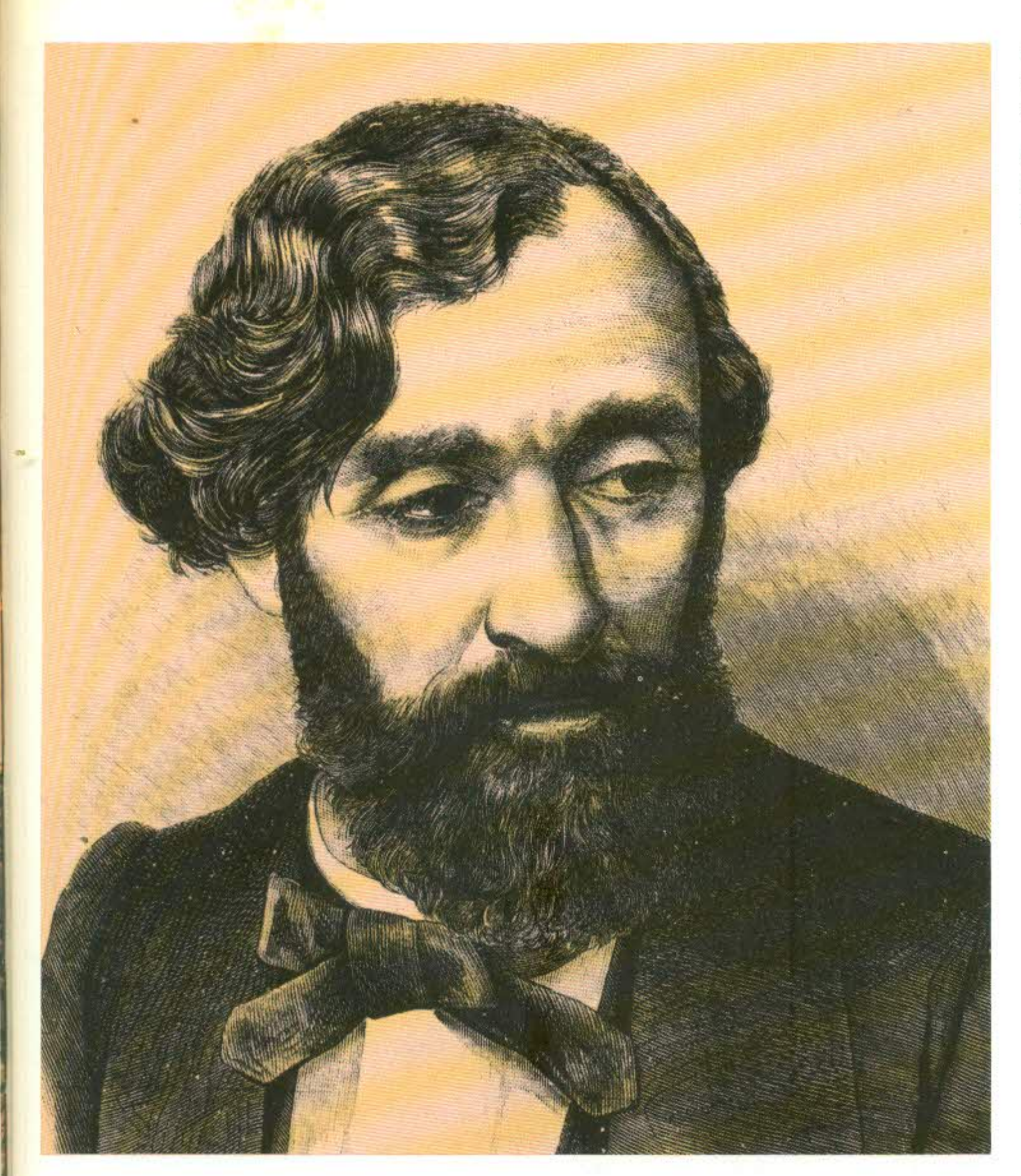
Página anterior, Pedro I (1798-1834), emperador del Brasil, el día de su coronación. Hijo de Juan VI, rey de Portugal, proclamó su independencia de la métropoli en 1822. (National Library of Australia.)

deralistas dominaba la escena política del país, y estalló una guerra civil entre ambas tendencias políticas, hasta que en 1829 obtuvo la presidencia Juan Manuel Rosas, que gobernó dictatorialmente durante 23 años, desarrollando una política conservadora, aunque su acendrado nacionalismo le indujo a trabar la penetración de capitales exteriores, especialmente británicos, que veían en la pródiga tierra argentina grandes posibilidades de beneficios. En 1833, a modo de provocación frente a la actitud argentina, los británicos se apoderaron de las islas Malvinas.

La dictadura de Rosas desembocó en un intento de compromiso basado en la elaboración de una Constitución federalista, pero que, complejamente, potenciaba un gobierno centralizador. Las tensiones no tardaron en reaparecer, provocando una nueva guerra civil durante el mandato del presidente Urquiza. El acuerdo de San José de las Flores puso fin al litigio.

En 1860 asumió la presidencia Mitre, cuyo gobierno fue seguido por el de Sarmiento. Esta etapa de 1860 a 1874 pacificó la situación interior, pero Argentina se vio involucrada en la guerra contra Paraguay, formando con Brasil y Uruguay la llamada Triple Alianza. Como resultado de la misma, el país se anexionó El Chaco. El general Roca, que asumió el poder en 1880, impulsó la colonización, pero incrementó la hegemonía de la oligarquía. A partir de esta etapa se sucedieron las crisis económicas, y el país entró en una fase de dificultades políticas.





Izquierda, Bartolomé Mitre (1821-1906), político y militar argentino, fue presidente de la República de 1862 a 1868.

Página anterior, monumento a José de San Martín en Mendoza, Argentina, uno de los países que le debió la independencia.

Bolivia: la pérdida de Atacama

El 13 de enero de 1825 el territorio del Alto Perú tomó el nombre de República de Bolívar, en honor del Libertador, que apoyó el mandato gubernamental de Antonio José de Sucre. Éste fue derrocado en el año 1828 por Agustín Gamarra, pero asumió la presidencia del país Andrés Santa Cruz.

En 1837, mediante el Congreso de Tacna, Perú y Bolivia se unieron en una federación, pero las presiones chileno-argentinas, que veían en ella una amenaza para sus intereses, obligaron a disolverla. El país entró en una etapa de confusión política, sucediéndose los golpes de Estado, aunque cabe destacar el gobierno de José Ballivian, que introdujo ciertas reformas sociales y económicas.

En febrero de 1879 estalló la llamada «Guerra del Salitre», entre Bolivia y Chile, perdiendo los bolivianos su única salida al mar, Atacama.

Colombia: la guerra civil intermitente

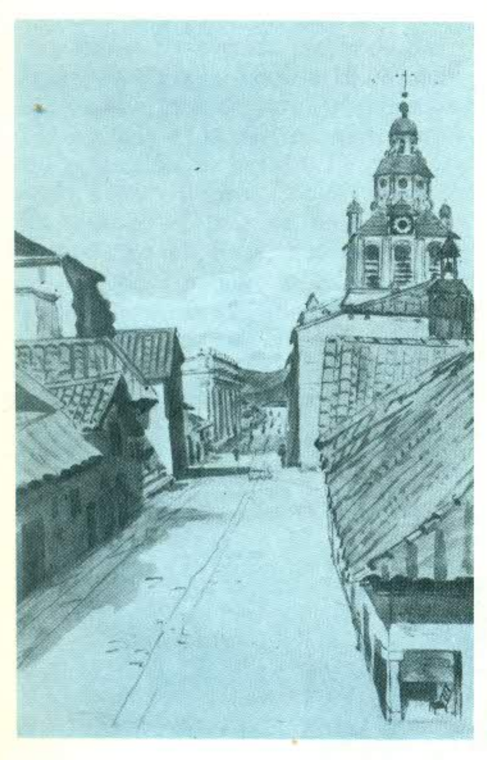
El período de 1832 a 1842 estuvo dominado por la personalidad política de Santander, que realizó diversas reformas: impulso industrializador, tímida reforma agraria y enseñanza laica. Le sucedió Márquez, cuya política anticlerical provocó la instigación, por parte de la Iglesia católica, de una guerra civil entre 1839 y 1842.

Al finalizar ésta, se abrió una etapa de cierta estabilidad con la presidencia asumida por Mosquera en 1845, que favoreció la construcción de obras públicas. Más importante fue el gobierno de José Hilario López, quien finalmente abolió la esclavitud, así como la pena de muerte, pero de nuevo tuvo que enfrentarse con la Iglesia, que en 1853 quedó separada definitivamente del Estado.

Hacia 1880 las pugnas entre liberales y conservadores abrieron una fase de intermitente guerra civil, prolongada hasta principios del siglo XX.

Chile: la Guerra del Salitre

El conductor del proceso independentista, Bernardo O'Higgins, gobernó con plenos poderes entre 1818 y 1823, pero su centralismo creó unas condiciones de difícil gobernabilidad, y en aquel año fue derribado del poder por Ramón Freire, que hasta 1826 gobernó dictatorialmente, intentando luego aplicar una Constitución federalista y sufragista, que en 1827 fue disuelta por el general Francisco Pinto. En 1831 se abrió un período en que el hombre fuerte de la política chilena fue Diego Portales, víctima de una conspiración a raíz de su agresiva política contra la Confederación Perú-Bolivia. Sin embargo, esta misma orientación prosiguió con su sucesor, Prieto, que derrotó a los confederados en la batalla de Yungay, en el año 1839.



VENEZUELA 1819
COLOMBIA 1819
Caracas
Santa Fé de Bogotá
GUAYANA*
Quito
ECUADOR 1822
PERÚ 1821
Lima
BRASIL 1822
BOLIVIA 1825
La Paz
PARAGUAY 1811
Asunción
Río de Janeiro
CHILE 1818
REPÚBLICA ARGENTINA 1816
URUGUAY 1828
Santiago
Buenos Aires
Territorios anteriormente españoles
*Británicos, Países Bajos, Franceses
Territorios anteriormente portugueses

La etapa comprendida entre 1841 y 1871 fue de relativa tranquilidad política, lo que facilitó la estabilidad económica con las presidencias sucesivas de Bulnes, Montt y Pérez. El único incidente grave se produjo en 1847, debido a la crisis con Argentina por disputas fronterizas en las complejas demarcaciones de los territorios meridionales. En 1871, el Congreso Nacional limitó las posibilidades de mandato presidencial a cinco años, siendo elegido primer magistrado de la nación Federico Errazuris.

La llamada «Guerra del Salitre» contra Perú, estalló en 1879, y permitió a Chile anexionarse los territorios de Arica, Tacna y Tarapacá. En plena euforia nacional por la victoria, la presidencia del liberal Domingo Santa María promovió un notable desarrollo económico, potenciando la colonización de territorios inhóspitos e impulsando el comercio exterior, así como la reforma educativa. En 1886, el presidente José Manuel Balmaceda intentó aplicar una política de estatificación centrada en los ferrocarriles, las minas de salitre, la banca y parte del comercio exterior, lo cual provocó una violenta oposición de la burguesía. Así, en 1891 estalló la guerra civil, al sublevarse el almirante Jorge Montt, abriéndose una etapa de crisis económica y de las instituciones parlamentarias, que duraría hasta que Arturo Alessandri asumió la presidencia en 1920.

Ecuador: la resistencia eclesiástica

Disuelta la Confederación de la Gran Colombia organizada por Bolívar, Ecuador, convertida en República, adoptó, a través de la Convención de Cochabamba, en 1830, una Constitución de carácter unitario. Su primer presidente fue Flores,



Izquierda, Bernardo O'Higgins (1778-1842), presidente de Chile, proclamó la independencia en 1818. Su gobierno fue derribado por la oligarquía conservadora en 1823.

Página anterior, izquierda, una de las principales calles de Santiago, capital de Chile, a mediados del siglo XIX. (British Museum, Londres.)

Página anterior, derecha, mapa de la América Latina a principios del siglo XIX, con las fechas de la independencia de cada región.

elegido en 1835, aunque posteriormente sería derrocado, abriéndose un período de dictaduras militares entre 1845 y 1861, hasta que el general Gabriel García Moreno, ultraconservador, fue asesinado en 1875.

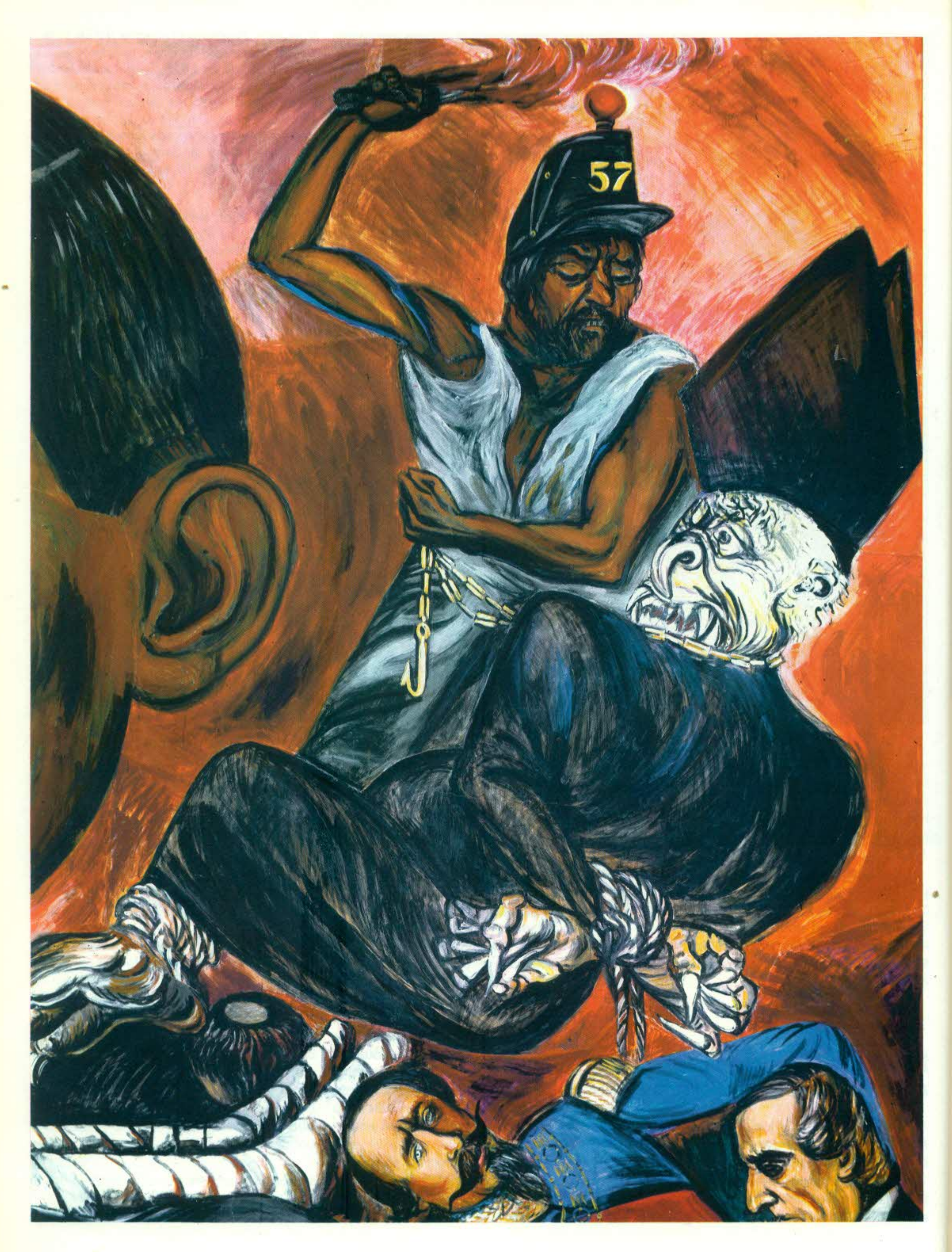
La oligarquía aristocrático-terrateniente y la Iglesia católica se convirtieron en instituciones difíciles de tratar por los políticos, y hasta el gobierno de Eloy Alfaro no se legisló la separación entre el Estado y la Iglesia, hecho que ocurrió en el año 1906.

México: el juarismo como aglutinador nacional

En abril de 1834 el general Santa Anna había asumido la presidencia impulsando una política conservadora. En 1836, por instigación de Estados Unidos, tuvo que afrontar la secesión de Texas, y en la guerra entre ambos países el general mexicano fue hecho prisionero. En 1837 asumió la primera magistratura nacional Anastasio Bustamante, que tuvo que enfrentarse con varias agresiones militares francesas.

En 1846 estalló abiertamente la guerra con Estados Unidos, a causa de las apetencias expansionistas de la nueva potencia hegemónica en el hemisferio, que se anexionó Texas en 1845, ocupando además los territorios mexicanos de Nuevo México y Santa Fe, y parte de la Baja California. La resistencia mexicana fue muy dura, pero finalmente las tropas estadounidenses llegaron a la capital el 15 de septiembre de 1847. Cinco meses después, se firmaba el Tratado de Guadalupe-Hidalgo, según el cual México renunciaba su soberanía sobre los actuales territorios norteamericanos de California, Nuevo México, Arizona, Utah y un sector de Colorado.

El general Santa Anna siguió dominando la política nacional, hasta que finalmente renunció al poder en el año 1855.


57



Fue en esta coyuntura cuando surgió la gran personalidad de Benito Juárez, nacido en 1806, en Oaxaca. Era hijo de campesinos, estudió leyes, y era gobernador de aquel estado al producirse la renuncia de Santa Anna. Juárez asumió el poder en diciembre de 1855, impulsando la reforma agraria, sometiendo a los militares al poder civil y limitando los privilegios de la Iglesia católica. En febrero de 1857 fue promulgada una Constitución liberal, lo que indujo a los sectores conservadores a potenciar una insurrección que se convirtió en guerra civil, la cual culminó con el triunfo de los constitucionalistas en 1860. A las dificultades emanadas de la guerra civil se sumó, en 1861, la invasión de México por tropas coaligadas de Francia, España y Gran Bretaña, pretextando el impago de deudas. Sufragadas éstas, España y Gran Bretaña se retiraron, pero no así las tropas francesas, que apoyándose en los sectores más conservadores y reaccionarios del país intentaron imponer a un «emperador», Maximiliano de Austria. Ello abrió una nueva guerra, que de hecho era la prolongación del antiguo conflicto civil.

En 1867 las tropas juaristas capturaron en Querétaro a Maximiliano, fusilándole el 19 de junio. Superada la grave crisis, Juárez asumió plenos poderes, pues la nación se hallaba sumida en una delicada situación social y económica, gobernando dictatorialmente hasta su muerte, en 1872.

Más tarde asumió el poder Porfirio Díaz, un militar distinguido en la guerra contra los franceses. Díaz ejercería el gobierno dictatorial de México durante treinta y cinco

Arriba, Ejecución del emperador Maximiliano de México, *en Querétaro. Pintura de Édouard Manet. (Reiss Museum, Mannheim.) Página anterior,* El clero político, *por José Clemente Orozco. (Museo Nacional de Historia, México D.F.)*



años, integrando la etapa del «porfiriato», caracterizada por una política radicalmente conservadora, que concedió amplias prerrogativas al capital foráneo, especialmente británico y estadounidense. Sin embargo, también alentó la construcción de grandes obras públicas que modernizaron el país. Al final de su gobierno se incubaron poderosas fuerzas revolucionarias, que le obligarían a exiliarse en 1911 a París.

Perú: el Tratado de Ancón

Se ha señalado ya que Perú tuvo un acceso difícil a la independencia, pues los españoles lo convirtieron en el último baluarte de su dominación colonialista, apurando al máximo su resistencia frente a los nacionalistas, hasta que la batalla de Ayacucho, en 1824, significó el fin de aquella hegemonía.

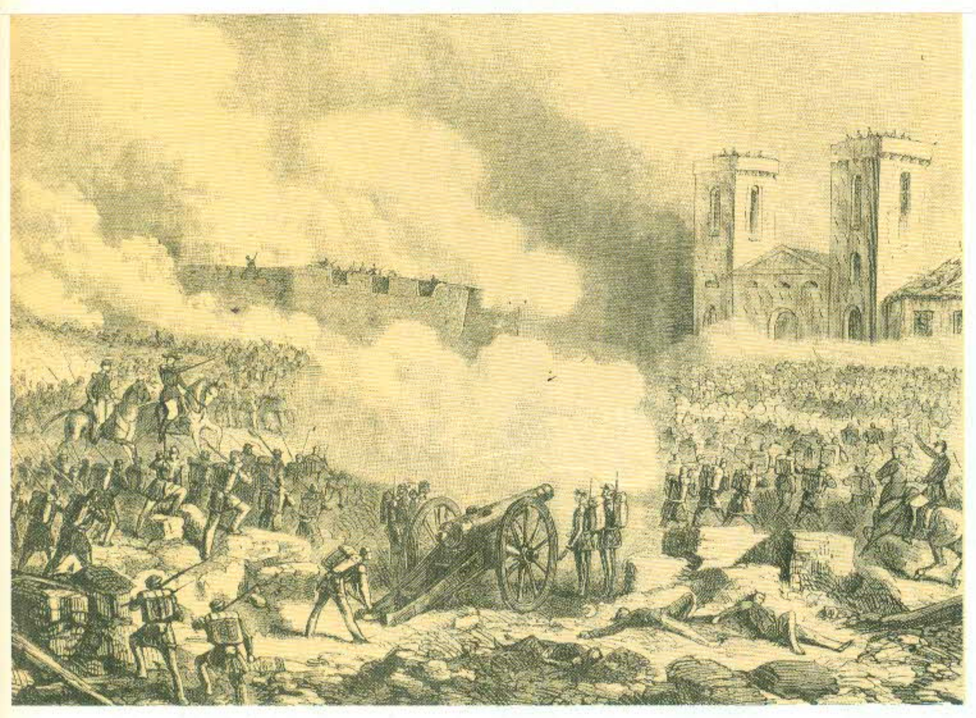
Durante el período comprendido entre 1845 y 1862 gobernó el país Ramón Castilla, que impulsó el desarrollo comercial y la construcción de obras públicas, sucediéndole posteriormente San Román, Pezet y el general Prado, que tomó el poder a raíz de un conflicto provocado por España, cuya marina ocupó las islas Chinchas en 1868. El general dirigió los destinos peruanos hasta 1880, y en la última fase de su mandato estalló la llamada «Guerra del Salitre» con Chile, en la que Perú perdió parte de sus territorios, pérdida certificada por el Tratado de Ancón, pactado en 1883.

Inmediatamente, estalló la clásica rivalidad entre conservadores y demócratas, conflicto que cerró Nicolás Pierola, asumiendo plenos poderes y gobernando conservadoramente entre los años 1895 y 1899.

Uruguay: el nacimiento de Blancos y Colorados

Conseguida la independencia el 27 de agosto de 1828, dos años después asumió la presidencia Fructuoso Ribera, cuyo mandato fue de transición. Su sucesor, Manuel Oribe, estabilizó la Hacienda estatal y facilitó la constitución de los partidos Blanco (conservador) y Colorado (liberal), que habrían de dominar gran parte de la historia posterior del país. Sin embargo, las pugnas internas terminaron en una encarnizada guerra civil, que aprovecharon Brasil y Argentina para invadir el país con el pretexto de la pacificación. La retirada de estas tropas en el año 1851 permitió un relanzamiento del nacionalismo.

En 1856, por el Pacto de la Unión, las fuerzas políticas y militares abrieron una difícil tregua, rota en 1865 por la sublevación del general Flores. En este mismo año, Uruguay pactó con Argentina y Brasil la Triple Alianza contra el gobierno de Paraguay, en una guerra en la que los paraguayos perdieron parte de sus territorios. Hasta 1903 prosiguió la inestabilidad política uruguaya, con continuas intervenciones militares. En aquella fecha asumió el poder electivo José Batlle, que impulsaría una política de reformas sociales y económicas.



Arriba, vista de Lima, capital del Perú, en el primer cuarto del siglo XIX.

Izquierda, batalla en Uruguay durante la Guerra de la Triple Alianza (1865-1870). Los paraguayos fueron vencidos por Brasil, Argentina y Uruguay.

Página anterior, conducción del viático a los enfermos en México, siglo XIX.

Venezuela: el reformista Guzmán

Los hermanos Monagas gobernaron el país entre 1846 y 1858, con una política liberal, interrumpida por su sucesor, Julián Castro, que entronizó el centralismo y desarrolló una política reaccionaria que provocó la guerra civil entre unitaristas y federales, cerrada coyunturalmente con la ascensión al poder del federalista Falcón, quien estableció una administración reformadora.

Los conservadores intentaron recuperar el poder en diversas ocasiones, pero



entre 1870 y 1888 gobernó el reformador Guzmán Blanco, que aplicó drásticas medidas contra los privilegios y propiedades eclesiásticas. Esta dictadura fue seguida por la del general Cipriano Castro (hasta 1908), que no alteró los esquemas políticos de su predecesor, pero que tuvo que afrontar la hostilidad británica y alemana, que pretextaron deudas comerciales para intervenir en la economía nacional.

América Central: la disgregación de los estados

Panamá surgió como nación tras la intervención de tropas estadounidenses, en 1902, en aquel territorio, hasta entonces perteneciente a Colombia, cuyo gobierno se negó a firmar el oneroso Tratado Hernán-Clay, que suponía una intromisión en los asuntos internos a raíz de la disputa abierta en torno al canal del istmo. La intervención militar de Estados Unidos facilitó la separación de Panamá, cuyo primer presidente concedió a aquel país la soberanía sobre el canal y su entorno.

En la isla La Española, en 1821, el general José Núñez de Cáceres promovió la independencia del «Haití español», territorio hasta entonces dominado por España, y que vinculó a la Confederación de la Gran Colombia bolivarista. El dominio haitiano se expansionó por toda la isla y en 1844 una Convención proclamaba la independencia de la República Dominicana, cuyo primer presidente fue Pedro Santana. Las enormes dificultades económicas padecidas por la nueva nación indujeron a los gobernantes a ofrecerla a España como «protectorado» en 1855, oferta que la vieja metrópoli rechazó. Pero la insistencia local llegó finalmente a convencer al gobierno de Madrid, y la aceptación de éste provocó graves incidentes en la isla y diversas sublevaciones, hasta que en 1863 se proclamó nuevamente la República. En 1865 asumió la presidencia José María Cabral, pero la crisis económica persistió. La República se vinculó de modo creciente a Estados Unidos, que en 1907 controlaba el comercio, y en 1916 ocupaba la joven nación militarmente.

El otro sector de La Española, es decir, la «Haití francesa», siguió una evolución histórica distinta. A principios del siglo XIX operaban las guerrillas anticolonialistas del líder negro Toussaint de l'Ouverture, que llegó a aislar a los ocupantes franceses hasta que fue finalmente capturado. Sin embargo, su sucesor, Dessalines, proclamó la independencia en el año 1804.

La nueva nación pasó por graves crisis políticas vinculadas con la relación con Santo Domingo, es decir, el otro sector de la isla, y en 1847 Faustino Soulouque se proclamó «emperador». Su sucesor, Geffrard, cedió derechos comerciales a Estados Unidos, pero en 1867 estalló la guerra civil, que abrió un gran paréntesis de crisis que facilitó la gradual penetración de los intereses estadounidenses. El gobierno de Estados Unidos llegó a legislar el derecho intervencionista a principios del siglo XX.

Puerto Rico tiene asimismo una historia difícil y compleja, vinculada a la hegemonía estadounidense en el área caribeña. El 23 de septiembre de 1868, Lares proclamó la independencia de la isla, y el primer presidente, Francisco Ramírez, implantó la República. El dominio de la isla fue uno de los motivos del conflicto bélico entre la vieja potencia dominadora, España, y el nuevo poder en el área, Estados Unidos. En 1898, los buques estadounidenses bombardearon la ciudad de San Juan de Puerto Rico. Por el Tratado de París, firmado aquel año, España renunció a la isla –junto con Cuba y Filipinas–, instaurándose un gobierno dependiente de Estados Unidos, presidido por el general John Brooke. En 1900 le fue concedida a la isla un estatuto autonómico, pero en el año 1917 el Congreso de Estados Unidos certificaba definitivamente su dominio sobre el territorio de Puerto Rico.

La independencia de Cuba fue tardía. Solamente a finales del siglo XIX comenzaron a esbozarse profundos movimientos de muy diversa índole, de entre los cuales el dirigido por el escritor José Martí era el más sólidamente independentista. Martí fue el gran líder de la lucha por la liberación nacional, aunque murió en uno de los combates sostenidos contra las tropas españolas (1895). Estados Unidos se interesó por el proceso revolucionario, buscando poner fin a la presencia española en la zona caribeña. Las autonomías concedidas por los gobiernos de Madrid a la isla fueron insuficientes, y tras la breve guerra hispano-estadounidense, por el citado Tratado de París, España renunciaba a sus derechos sobre Cuba, quedando ésta bajo la tutela del general estadounidense Broocke.

En 1902 el Congreso de Estados Unidos legisló la llamada Enmienda Platt, según la cual se autoconcedía el derecho a intervenir en Cuba. En esa situación, se sucedieron en la isla los gobiernos de José Miguel Gómez, Mario García y Alfredo Zayas.

Página anterior, estatua ecuestre de José Martí (1853-1895) en el Central Park de Nueva York. Fue un patriota y escritor cubano que murió luchando por la independencia de su país.

Cavour y Bismarck



Mientras Occidente se expandía hacia el Extremo Oriente, el equilibrio político europeo se modificaba. En 1871, después de su aplastante victoria en la guerra franco-prusiana, la Alemania victoriosa y unida proclamaba el II Reich. Un año antes los italianos habían ocupado Roma, completando la formación de la Italia moderna. Dos países disgregados desde la Edad Media surgían ahora como grandes potencias. Lo consiguieron bajo el liderazgo de dos hombres importantes, Cavour y Bismarck a expensas de los Habsburgo de Austria.

Los dos movimientos nacionalistas fueron apoyados por la gran burguesía, que buscaba ampliar los mercados para sus productos industriales. Con todo, la unificación siguió vías muy distintas en Alemania e Italia. En Italia, los liberales y demócratas se aliaron tras la monarquía de Saboya. En Alemania, el ejército prusiano unió la nación mediante la derrota infligida a Francia. En Italia, la constitución fue esencialmente democrática. En Alemania, el liberalismo realizó escasos progresos contra la casta militar y dirigente.



Sin embargo, en otros aspectos la unificación de Alemania e Italia fue similar. Ambas naciones tuvieron un proceso paralelo y común. Tanto Piamonte en Italia, como Prusia en Alemania, se oponían a los austríacos. Los dos líderes, Cavour y Bismarck, hicieron un uso magistral de la política.

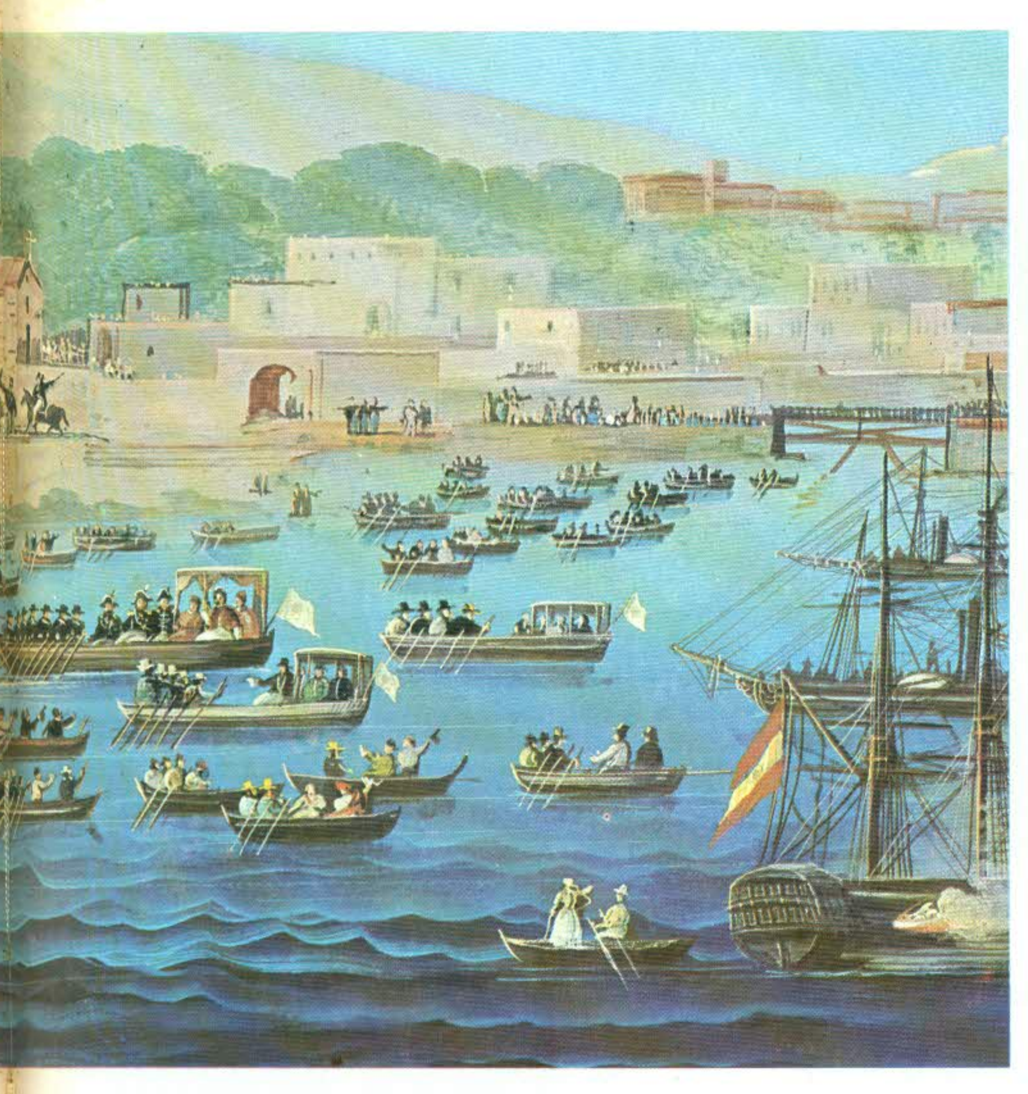
La unificación italiana

Sin embargo, a diferencia de los alemanes, los italianos no consiguieron la unidad rindiéndose a su propio ejército. El ejército piamontés jugó un papel importante en la lucha contra los austríacos, pero fue ayudado en gran medida por los desórdenes populares, la guerra de guerrillas y la acción de un inteligente soldado, Garibaldi, quien al finalizar la guerra se retiró a su granja en Caprera.

Por otra parte, en Italia los idealistas románticos fueron poco efectivos para organizar un estado italiano después de 1870. La eficacia la asumieron los pragmáticos hombres de Estado del Piamonte, pero la unificación tuvo allí una espontaneidad que la salvó del dominio de los militares, que fue el precio del éxito de Bismarck en Alemania.

Antes de 1848, el patriota italiano Giuseppe Mazzini soñaba con una república italiana gobernada desde Roma, que acabaría con el poder del Papado y la aristocracia. Las derrotas de 1848 mostraron la debilidad de sus esperanzas. También era irrealizable el plan alternativo del abate Vincenzo Gioberti, acerca de una confederación italiana dirigida por el papa. Italia, especialmente la zona septentrional, era un esfera de influencia austríaca. Incluso con el liberal Pío IX, el Papado no podía arriesgarse a usurpar los poderes de los Habsburgo, sus principales aliados.

En el inicio de la década de 1850, los mazzinianos y los neogüelfos de Gioberti estaban desacreditados. Las esperanzas se centraron en un tercer plan de liberación que aceptaba el liderazgo de la monarquía constitucional de Saboya, o Cerdeña-Piamonte, moderadamente liberal. Si Saboya renovaba el ataque contra Austria, quizá podía unirse a Lombardía y Venecia para formar un reino de la Italia del Norte. Aparte de este proyecto, los patriotas italianos hicieron muy poco. Ellos pensaron vagamente en la organización de algún tipo de federación entre el norte, los Estados Pontificios y Nápoles. De





Arriba, Víctor Manuel II de Saboya (1820-1878), desde 1861 primer rey de Italia, cuya unificación culminó con su entrada en Roma en 1871. (Museo del Risorgimento, Milán.)

Izquierda, desembarco de Pío IX en el Granatello di Portici (Nápoles) el 4 de septiembre de 1849, después de haber huido de Roma donde había sido proclamada la República bajo un triunvirato compuesto por Mazzini, Saffi y Armellini.

Página anterior, el conde Camillo Cavour (1810-1861), primer ministro de Piamonte-Cerdeña, casi sin interrupción, desde 1852. Fue el artífice de la unidad de Italia. Cuadro de F. Hayez. (Pinacoteca di Brera, Milán.)

todos modos, esto era una proposición más factible que los sueños republicanos de Mazzini.

Después de 1848, Italia, como el resto de Europa, se encontraba en una fase de reacción contra el liberalismo y el nacionalismo. Incluso Fernando de Nápoles, que antaño fuera un idealista, se había convertido en un déspota arbitrario. Su reino de las Dos Sicilias seguía siendo el más subdesarrollado de Europa, con unos campesinos tan miserables que eran incapaces de hacer una revolución. Cuando los seguidores de Mazzini llegaron a Nápoles en 1857, para tratar de organizar una rebelión contra Fernando, no encontraron ningún apoyo, siendo fácilmente aniquilados por las tropas borbónicas.

En Roma, Pío IX había sido repuesto, pero ahora vivía bajo el terror que le creaban los experimentos liberales. La constitución que había otorgado en 1848 no fue restaurada. Además, estaba protegido por una guarnición francesa. El poder pasó progresivamente a su ultraconservador secretario de Estado, el cardenal Antonelli. Los dirigentes de Parma, Módena y Toscana no eran más que marionetas en manos austríacas.

Al igual que Austria-Hungría, Lombardía-Venecia, todavía gobernada directamente desde Viena, se había convertido en un Estado-policía. Tras la rebelión de 1848, los funcionarios de Metternich destacados allí enviaron 4.000 rebeldes a prisión, y 1.000 a la horca. En Londres, Mazzini continuaba con sus impracticables sueños. La policía austríaca destruyó su red de comités revolucionarios italianos en 1852. Con todo, Mazzini intentó otra rebelión en Milán al año siguiente. Las autoridades actuaron rápidamente, y ahorcaron a cuarenta republicanos. Al menos en los estados septentrionales italianos, ni siquiera los patriotas más optimistas veían otra solución que no fuera el liderazgo de Saboya.

Víctor Manuel y Cavour

Después de la sangrienta victoria austríaca sobre los piamonteses en Novara, Víctor Manuel II accedió al trono de Saboya en 1849. El nuevo monarca era un hombre afable, con un estrafalario y poblado bigote negro. Era muy popular en



Turín. Su buena imagen pública estaba probablemente conectada con su afán por recortar los privilegios del clero. Este asunto produjo una larga serie de disputas entre Víctor Manuel y Pío IX. El hombre que le haría rey de Italia, Camillo Benso, conde de Cavour, fue nombrado miembro del gabinete en 1850.

Cavour había nacido en Turín, cuarenta años antes. Su madre era suiza, y él había sido educado en Francia. Después de viajar a Gran Bretaña para estudiar su agricultura y su política, volvió al Piamonte y editó el periódico constitucionalista *Il Risorgimiento*. También estuvo un corto tiempo como oficial en el cuerpo de ingenieros piamonteses, antes de perder su puesto a consecuencia de sus ideas liberales.

Una vez estuvo en el gabinete, su carrera fue meteórica. Primero fue nombrado ministro de Agricultura, Marina y Comercio, y, al cabo de unos meses se convirtió en secretario del Tesoro. Pronto reemplazó al primer ministro D'Azeglio, a los veinticinco meses de tomar posesión de su primer cargo. Desde 1852 hasta su muerte en 1861, aparte de unos meses de retiro en su finca, gobernó Piamonte.

Cuando se formó su primer gobierno, Cavour tenía 42 años de edad, era rico y uno de los hombres más populares de Italia. Presentó rápidamente un programa de reformas. Se suprimieron monasterios y conventos, muy impopulares, en beneficio del gobierno. El ejército fue modernizado por La Marmora. Pero, por encima de todo, Cavour pretendía que los financieron extranjeros se interesaran en la supervivencia de Piamonte. Así, capitalistas británicos invirtieron en el sector ferroviario, y se mejoraron las comunicaciones con Francia, particularmente cuando se iniciaron las obras del túnel del Mont Cenis.

Tales medidas levantaron las decaídas esperanzas de los nacionalistas italianos, que abandonaron a Mazzini para seguir a La Farina, un siciliano exiliado que por entonces era el campeón de la unificación bajo la dirección de los piamonteses. Cavour estaba empeñado en la lucha contra Austria, pero necesitaba un aliado fuerte.

Encontró a ese aliado en Francia. Napoleón III todavía conservaba vestigios de una reputación liberal como consecuencia de su participación juvenil en el movimiento de los *carboneros*. Sin embargo, era cauto en lo referente a la unificación, ya que ello le enfrentaría inevitablemente con el papa.

Napoleón no estaba a la altura de la diplomacia de Cavour. Su jugada maestra fue la de enviar un puñado de tropas piamontesas de primera categoría para que ayudasen a británicos y franceses en la guerra de Crimea contra Rusia. La Marmora y sus hombres ganaron la mayor parte de la escasa admiración que despertó tan desastrosa campaña, y Cavour fue invitado a las conversaciones de paz en París en 1856. Napoleón estaba ansioso por demostrar lo que no era, el campeón del nacionalismo, y denunció ante los asombrados delegados austríacos la opresión que sufría el norte de Italia. Naturalmente, éstos rehusaron discutir el tema, pero Cavour consiguió exactamente lo que deseaba. Había atraído la atención hacia su causa. Piamonte aparecía como una potencia europea, y las otras potencias se habían dado cuenta de la importancia de la situación italiana.

A partir de ese momento, Piamonte aumentó cada vez más su fuerza. El movimiento nacionalista viró hacia el constitucionalismo. En Lombardía-Venecia, incluso el líder mazziniano Daniele Manin, héroe del levantamiento de 1848 contra los austríacos, dio su apoyo a la unificación conducida por Víctor Manuel, poco antes de morir en 1857. El genial Garibaldi, que había sido la mano derecha de Mazzini en 1848, ofreció su espada a Pia-







Arriba, la península Itálica durante el «Risorgimento». El reino de Italia fue proclamado en 1861, pero no se unificó totalmente hasta 1870.

Izquierda, arriba, batalla de Solferino (24 de junio de 1859). La tregua concertada entre Francia y Austria provocó el retiro temporal de Cavour. No obstante, las relaciones entre Italia y Francia mejoraron poco después.

Izquierda, abajo, batalla de Novara (23 de marzo de 1849), en la que el ejército piamontés fue derrotado por los austríacos. Pintura de Stanislao Grimaldi.

Página anterior, presentación del acta de anexión de la Emilia a Víctor Manuel II, el 18 de marzo de 1860. Pintura de C. Bossoli. (Museo de Risorgimento, Turín.)

monte cuando la reputación liberal de este estado aumentó. La lealtad hacia Víctor Manuel crecía poderosamente en los estados italianos septentrionales, incluyendo los dominados por Austria.

Mazzini perdía apoyo tan rápidamente como Cavour lo obtenía. Promovió el levantamiento abortado de 1857 en Nápoles, para evitar la pérdida de sus seguidores republicanos frente a los monárquicos de Turín. Si los Borbones hubieran sido derrotados en Dos Sicilias, el republicanismo se hubiera extendido en Italia. Pero, tras el triste fracaso de las revueltas los mazzinianos, con su entusiasta idealismo, se convirtieron en una voz que clamaba en el desierto. Únicamente el éxito conducía al triunfo, y en la década de 1850 todos los éxitos fueron de Cavour.



Cavour, mientras tanto, continuó tratando de persuadir a Napoleón para formar una alianza. La ayuda de Napoleón era esencial para la confrontación con Austria. No obstante, las esperanzas de Cavour se vieron entorpecidas por la conspiración Orsini. En una noche de enero de 1858, cuando Napoleón y la emperatriz Eugenia se dirigían a la Ópera de París, escaparon milagrosamente del intento de asesinato perpetrado por un refugiado italiano, Felice Orsini.

Sin embargo, a largo plazo el atentado y la personalidad de Orsini ayudaron a la causa de la unificación. Sus cargos suplicantes al emperador, y su petición solemne, desde el cadalso, de ayuda para Italia, aumentaron la simpatía francesa para con los nacionalistas. Finalmente, Napoleón aceptó el consejo del que pudo ser su verdugo, y decidió «hacer algo por Italia». Él y Cavour se reunieron en Plombières, en el mes de julio.

De hecho, Napoleón no tenía ningún deseo de enemistarse con Pío IX, y a Cavour no le atraía la idea de un Piamonte próspero que tuviera que cargar con los subdesarrollados estados meridionales. Sin embargo, acordaron que después de la guerra contra Austria se formaría un reino de la Italia septentrional, a cambio del cual Francia recibiría Niza y Saboya. La princesa Clotilde de Piamonte se casaría con un primo de Napoleón. Se acordó vagamente que toda Italia se convertiría en una federación bajo el liderazgo papal. Este pacto fue la base de un tratado formal firmado en enero de 1859.

Cavour comenzó los preparativos para la guerra. Consiguió nuevos préstamos, ordenó a Garibaldi que organizara grupos de guerrillas, y acumuló tropas en la frontera con Lombardía. No obstante, era necesario evitar que Napoleón cambiara de opinión respecto a la totalidad del plan. Cuando la posibilidad de la guerra se plasmó en una realidad, Napoleón III comenzó a divagar sobre la conveniencia de una conferencia internacional sobre Italia.

Afortunadamente para Cavour, una torpeza de los austríacos hizo que Napoleón se decidiera. En abril, Viena lanzó un ultimátum exigiendo el desarme de Piamonte. Al ser ampliamente rechazado, el día 26, la guerra era inevitable. Así Francia entró sumisamente en guerra con Austria.

Cuando los franceses cruzaron los Alpes, y se unieron a los piamonteses un mes más tarde, eran en conjunto algo inferiores en número al ejército austríaco, de doscientos mil hombres. La primera batalla tuvo lugar en el pequeño pueblo comercial de Palestro. Luego, los austríacos retrocedieron y fueron derrotados de modo más decisivo en Magenta. Aunque los monarcas aliados entraron triunfantes en Milán, los austríacos, mandados por el general Benedek, se retiraron a las prácticamente inexpugnables fortalezas del Quadrilateral, que controlaban la cuenca del río Po.

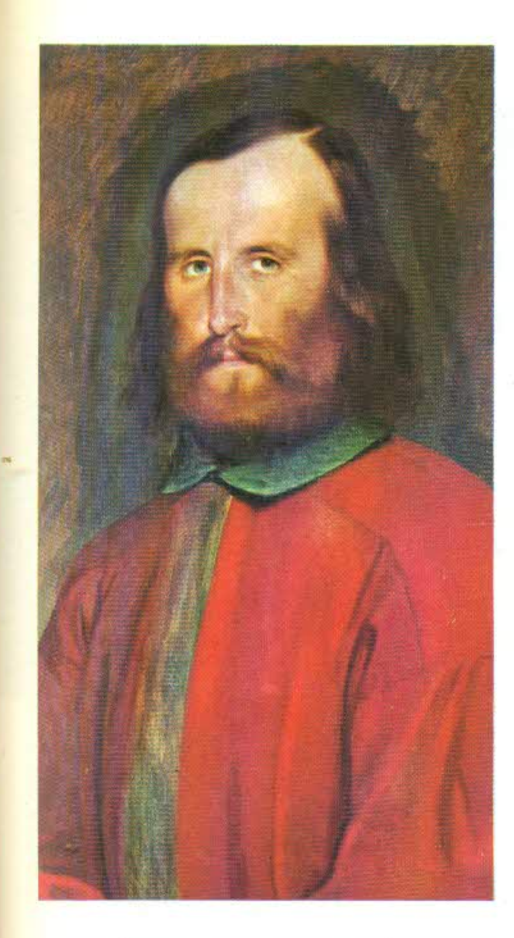
Las tropas austríacas contratacaron ferozmente el 24 de junio en Solferino, deteniendo el avance de Mac-Mahon y los piamonteses. Esta fue una de las batallas más sangrientas del siglo —las noticias de aquella matanza incitaron a fundar la Cruz Roja internacional—, pero terminó en tablas. El control de la Italia del norte aún no estaba decidido.

El apacible Napoleón estaba horrorizado por la carnicería, y después de lo de Solferino, aprovechó la primera ocasión que tuvo para negociar la paz. En realidad, los franceses tenían buenas razones para desear el repliegue. Las destrozadas tropas de Mac-Mahon poco podían hacer en el Quadrilateral. En la propia Francia crecía un sentimiento antibélico, que incluso era apoyado por la emperatriz Eugenia, y Prusia trasladaba tropas a lo largo del Rhin para demostrar su hegemonía a los otros estados germánicos.

En la misma Italia, los nacionalistas hacían mucho más de lo que Napoleón deseaba. En Toscana el agente de Cavour, Ricasoli, depuso al gran duque Leopoldo II para sustituirlo por un gobierno provisional que ofreció la corona a Víctor Manuel. Módena y Parma también cayeron en manos rebeldes, y el delegado papal tuvo que abandonar la Romagna. El furor que sintieron los partidarios clericales de Napoleón le impidieron a éste continuar apoyando al nacionalismo italiano. A mediados de julio, franceses y austríacos firmaron la Paz de Villafranca di Verona. Napoleón y su ejército se replegaron. Habían desertado en el momento en que Austria estaba al borde de la derrota final. Las esperanzas de Cavour acerca del reino de la Italia septentrional habían desaparecido. Dimitió y se retiró a sus propiedades.

Pero Cavour no estaría mucho tiempo alejado del poder. Cuando formó un nuevo gobierno a comienzos de 1860, la opinión francesa, en parte a causa de la estabilidad del gobierno provisional en Toscana, había cambiado. Era también evidente que sería imposible la reposición de los gobernantes expulsados de los estados italianos. Se reiniciaron conversaciones secretas entre Cavour y Napoleón III, acordándose que Piamonte se expansionaría hacia la Italia central. Piamonte ya había recibido la Lombardía, y ahora iba a obtener Parma, Módena y Toscana. Saboya y Niza, sin embargo, fueron para Francia. La condición que impuso Napoleón III fue la de que estos cambios fueran precedidos de plebiscitos que permitieran la manifestación abierta de los sentimientos nacionalistas. La población italiana consultada se decantó abrumadoramente por la unión con Piamonte. En Saboya, los resultados, quizá porque estuvieran amañados o por cualquier otra razón extraña, pedían la anexión a Francia por 130.538 votos contra 235, y la misma decisión se alcanzó en Niza, por 24.448 votos contra 160.

Cuando se proclamó el reino de Italia del Norte, los restantes príncipes absolu-



Izquierda, Giuseppe Garibaldi (1807-1882), héroe de la independencia italiana. Pintura de A. Carminati. (Museo del Risorgimento, Génova.)

Página anterior, encuentro entre los emperadores Napoleón III y Francisco José I después de la batalla de Solferino. A consecuencia de la derrota, Austria tuvo que ceder Lombardía, quedando reducida su presencia en Italia a los territorios de Venecia.

tistas se horrorizaron, y viraron hacia una posición más reaccionaria. El Papado continuaba oponiéndose tenazmente al liberalismo, quizás en parte porque Napoleón había decidido ahora actuar en su contra. Poco después de firmar la paz, había autorizado un panfleto francés en el que se pedía la desaparición del poder secular del Vaticano.

En Nápoles, el gobierno borbónico estaba aferrado más que nunca a sus antiguas tradiciones reaccionarias. De hecho, el norte y el sur de Italia podían haber sido perfectamente dos países separados. El norte se había convertido en un estado industrial, característico de la Europa moderna. Sus financieros y hombres de negocios, muy numerosos, tenían gran influencia en los asuntos del Estado. En cambio, el reino de las Dos Sicilias había cambiado poco desde la Edad Media. Su agricultura era todavía feudal, y apenas contaba con industria. También era inexistente el comercio exterior, y por tanto carecía de los contactos modernizadores que éste comportaba.

El feudalismo había sido abolido técnicamente en 1818, incluso en la propia isla de Sicilia, pero el campesinado, que vivía en un nivel de subsistencia, no pudo acceder a la tierra, y los que compraban propiedades fueron pronto a la bancarrota. Entonces, los viejos magnates feudales adquirieron la tierra que, teóricamente, se les había confiscado.

El sistema permaneció inalterado en lo más esencial, a excepción de algunos miembros de la reducida burguesía napolitana, que compraron tierras e imitaron las costumbres de la aristocracia. En 1860, el miserable pueblo de las Dos Sicilias continuaba dominado por un puñado de barones. Cavour hubiera evitado incluir esta tierra en sus planes, de no haberse visto obligado a ello por el romántico nacionalista Garibaldi.

Giuseppe Garibaldi

Garibaldi tenía 54 años de edad en 1860. En su juventud fue marino en buques de las rutas mediterráneas. Abandonó el mar entusiasmado con el movimiento la Joven Italia de Mazzini, en el decenio de 1830. Tras ser condenado a muerte por Carlos Alberto –padre de Víctor Manuel–, a raíz del levantamiento piamontés de 1834, fue indultado y emigró a América del Sur. Luchó en el bando insurgente de la Provincia de Río Grande contra el emperador Braganza, don Pedro I de Brasil. En la guerra de independencia uruguaya contra Argentina, que fue un éxito eventual, combatió al frente de un batallón de voluntarios italianos.

Cuando las dramáticas noticias de 1848 llegaron a Uruguay, la comunidad italiana de Montevideo recolectó dinero para enviar a Garibaldi a la patria, quien embarcó con su joven esposa americana, Anita Ribeiros. Después de luchar al principio a favor de la Casa de Saboya, ayudó a los revolucionarios mazzinianos en Roma. Cuando Pío IX fue repuesto por los soldados franceses, Garibaldi marchó a Nueva York, donde trabajó brevemente como fabricante de velas antes de embarcar de nuevo hacia su país. Mientras tanto, su esposa había fallecido durante la huida de Roma.

Garibaldi regresó a Niza, su ciudad natal, en 1854. Como la mayoría de los nacionalistas italianos de esos años, vio la unificación basada en el vínculo con Piamonte como la única esperanza viable. Él y sus guerrilleros proporcionaron a la guerra de 1859 una nota romántica que impresionó a Europa. Al año siguiente, con su ejército de «camisas rojas», se aprestaron a zarpar hacia Sicilia para participar en una rebelión contra el gobierno borbónico. Expectante por lo que pudiera suceder, pero interesado en causar problemas en el sur, Cavour ayudó a equipar la expedición. Sin embargo, el éxito fue tan rotundo que el Piamonte se vio profundamente involucrado con Nápoles, y a la larga tendría que anexionarse este estado.

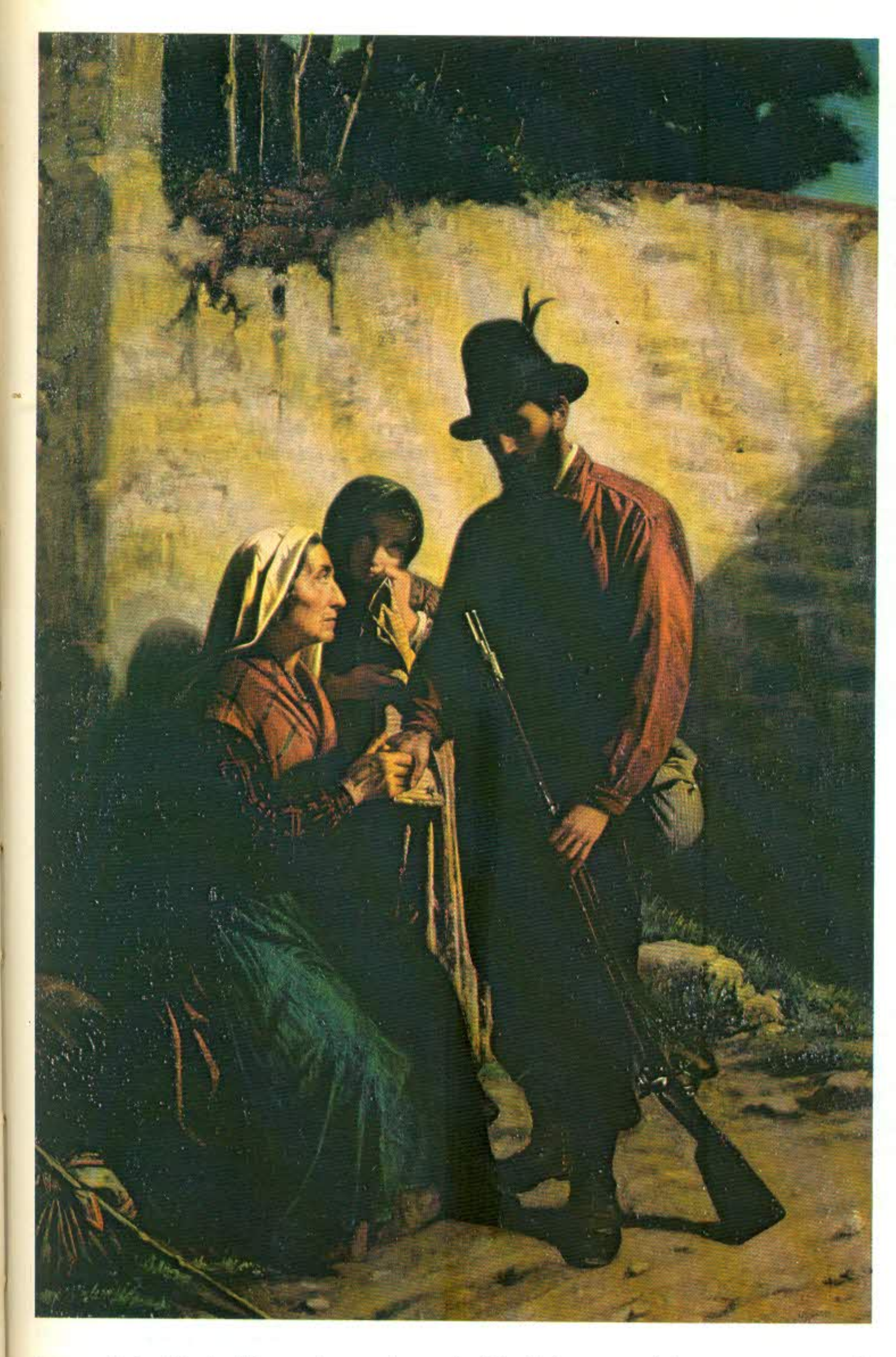


Garibaldi desembarcó en Marsala, en mayo de 1860. Aunque los campesinos mostraron muy poco entusiasmo, y los terratenientes ninguno, proclamó a Víctor Manuel rey de Italia y conquistó Palermo en un mes. Pero la guerra civil estalló en Sicilia. Ni siquiera Garibaldi supo cómo controlar el caos que se creó. La aristocracia, entonces, vio en los garibaldinos la única fuerza capaz de salvarla, y repentinamente se convirtió en nacionalista, enarbolando la bandera de Piamonte. Miles de campesinos desconcertados fueron asesinados o encarcelados. Con todo, el avance de Garibaldi continuó. Messina cayó a finales de julio, y sus tropas se prepararon para cruzar los estrechos y ocupar Nápoles.

Francisco II, rey de las Dos Sicilias, vacilaba. Ofreció una nueva Constitución para intentar contentar a los revolucionarios. Sin embargo, no estaba probablemente tan atemorizado como Cavour, que vislumbraba una compleja revolución mazziniana extendiéndose por todo el sur. Ordenó a Garibaldi que no iniciara el avance sobre Nápoles. Temía una rebelión en Roma, lo cual, acarrearía la intervención extranjera.

El nacionalismo de Garibaldi era, sin embargo, intransigente. Para su visión romántica de la Italia reunificada, las complicaciones diplomáticas carecían de sentido. Tampoco vio las dificultades que comportaba unir el norte con el sur. Cavour no deseaba Nápoles, pues su interés primario se centraba en el Piamonte. Garibaldi discrepaba: para él lo esencial era Italia.

Garibaldi continuó adelante con sus planes. Cruzó los estrechos de Messina, derrotó a los austríacos en el Volturno y obligó a Francisco a huir precipitadamente



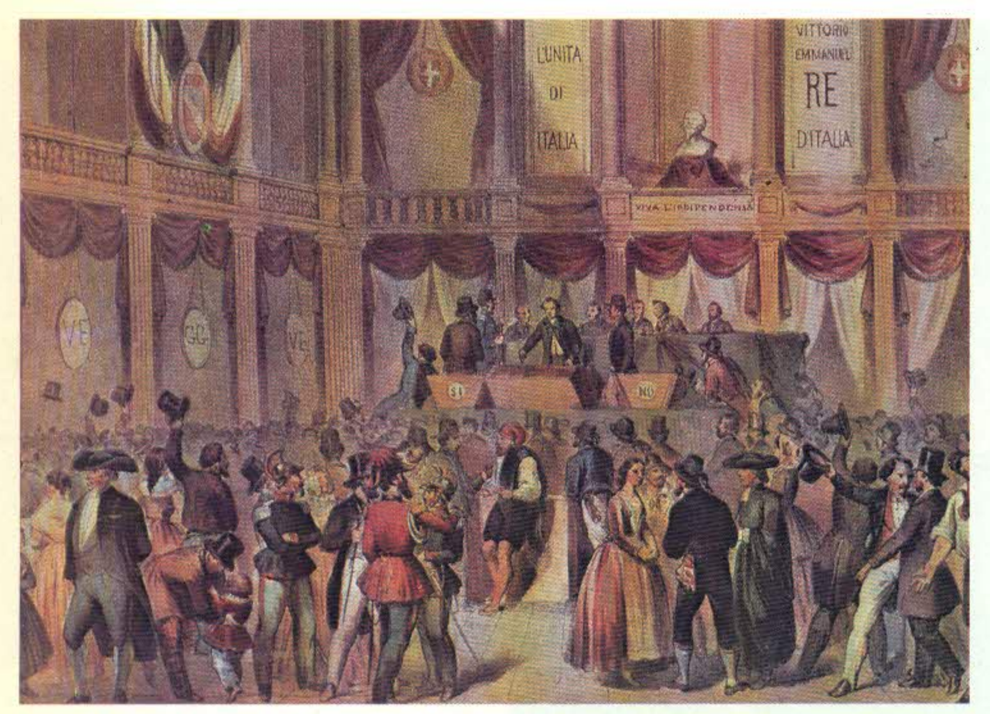
Izquierda, cuadro de Ignazio Alfani que representa a un «camisa roja» de Garibaldi partiendo hacia la batalla. (Museo del Risorgimento, Florencia.)

Página anterior, arriba, La batalla de San Martino *(1859), victoria de los piamonteses sobre los austríacos, por G. Comba. (Museo del Risorgimento, Génova.)*

Página anerior, abajo, Devoción del pueblo por Garibaldi, *de autor desconocido. (Museo del Risorgimento, Palermo.)*

de su capital a Gaeta. Cavour tuvo entonces que intervenir, y le apoyó Napoleón, para quien cualquier cosa era mejor que una Roma republicana. Los agentes de Cavour incitaron a la rebelión en los Estados Pontificios, y acumularon tropas en sus fronteras. Con el pretexto de defender los movimientos liberales que estaban siendo atacados por el papa en Umbría, los piamonteses derrotaron al sorprendido ejército papal en Castelfidardo.

Mientras tanto, Garibaldi había tomado Nápoles. El ejército de Cavour descendió hacia el sur para reunirse con él, evitando acercarse a la ciudad de Roma. Garibaldi había dicho que, únicamente entregaría Nápoles a Víctor Manuel si primero se conquistaba Roma, pero cedió pacíficamente el poder al ejército piamontés. Tras los inevitables plebiscitos, muchos de los cuales carecían de sentido —al menos, en las zonas campesinas—, Nápoles, Sicilia y las zonas ocupadas de los Estados Papales fueron anexionadas por el reino de la Italia del Norte. El primer Parlamento de Italia se convocó en Turín, en febrero de 1861. Al mes siguiente, se anunció que «Víctor Manuel II asumía, para sí y para sus sucesores, el título de rey de Italia».





El reino de Italia

La situación del nuevo reino no inducía al optimismo. Cavour había aprovechado las oportunidades cuando se le presentaron, pero no deseaba la unificación. Tenía que pagar todavía al ejército piamontés y completar un sistema de comunicaciones. Pío IX seguía oponiéndose al nuevo régimen. Lo peor de todo era el atraso que había en el sur. Cavour sabía que forjar una nueva Italia a partir del desequilibrio entre el norte y el sur era casi imposible. Las Dos Sicilias estaban sociológicamente muy lejos del nuevo mundo industrial del reino de la Italia del Norte. Cavour falleció once semanas después de que Víctor Manuel fuera proclamado rey de Italia.

En los decenios de 1880 y 1890 cientos de miles de italianos meridionales se marcharon a América en busca de un mundo mejor.

La vida en Nápoles y Sicilia era muy difícil. El romántico liberalismo de Garibaldi hizo muy poco por el campesinado meridional. De todos modos, la unificación propició que los industriales del norte se expandieran al interior de las Dos Sicilias, aunque tímidamente. Los comerciantes se quejaban de que los únicos artículos que compraban los campesinos meridionales eran rosarios.

Los primeros gobiernos italianos fueron «nordistas», y prácticamente no invirtieron capitales en una zona de tan escaso potencial mercantil. La posición de los oligarcas sureños continuó inalterada. Todavía controlaban los gobiernos locales, y los representantes de Turín hicieron muy poco para ayudar a los campesinos frente a sus amos. De hecho, el nuevo gobierno compró la lealtad de aquellos oligarcas garantizando su propiedad de la tierra y su control sobre el campesinado. Al final, obtuvieron ventajas del cambio, pues poseían los capitales necesarios para comprar las tierras que Garibaldi había distribuido entre los campesinos.

Si bien en 1861 se inició de nuevo la redistribución de la tierra con la forzosa partición de las grandes propiedades, los oligarcas recobraron rápidamente sus posesiones. Pero ahora, estaban vinculados a los cada vez más numerosos burgueses del norte.

La esperanza de industrializar el sur pronto se desvaneció. Los pocos capitales disponibles fueron asimilados por el norte, sin reportar nada a cambio. El norte suprimió las barreras arancelarias, que eran fundamentales para la protección de la naciente industria del sur. Las importaciones a bajo precio provenían ahora, no sólo de Toscana y Piamonte, sino también de Gran Bretaña y Francia. Por consiguiente, las modestas industrias familiares y artesanas de Nápoles se arruinaron.

La desilusión creada por la gestión del gobierno de la «Italia unida» explica en parte el surgimiento del bandidaje como medio de vida en las zonas montañosas del sur. El bandolero era un hombre para quien resultaba imposible vivir en la situación miserable creada por los funcionarios de Turín. Por otra parte, los bandidos fueron también animados por los agentes borbónicos a desestabilizar el gobierno de la nueva nación.

Roma y Venecia

Después de la muerte de Cavour, sus sucesores en el norte continuaron la política centralizadora. Pero todos sus esfuerzos no pudieron ocultar el hecho de que Turín no era la capital natural de Italia. El país sólo podía estar completamente unido desde el centro, desde Roma, que todavía estaba ocupada por una guarnición francesa dispuesta a defender los derechos de Pío IX. Persistía también el obsesivo temor de que Garibaldi o algún otro radical pudiera provocar una crisis, en Roma o en los territorios aún ocupados por Austria.

Después de que se consiguiera evitar que Garibaldi invadiera el Trentino austríaco, éste, por orden personal de Víctor Manuel, reunió un grupo de voluntarios en Palermo y atacó Roma en agosto de 1862. A pesar de ser capturado por el

ejército italiano antes de que pudiera atacar al francés, su expedición comprometió seriamente al nuevo gobierno piamontés en el interior y en el extranjero. Los sucesivos gobiernos fueron cayendo, y después de largas negociaciones con Napoleón, se alcanzó un acuerdo temporal sobre Roma. Los franceses aceptaron una retirada gradual de sus tropas, mientras que los italianos simbolizarían su renuncia a Roma trasladando su capital de Turín a Florencia.

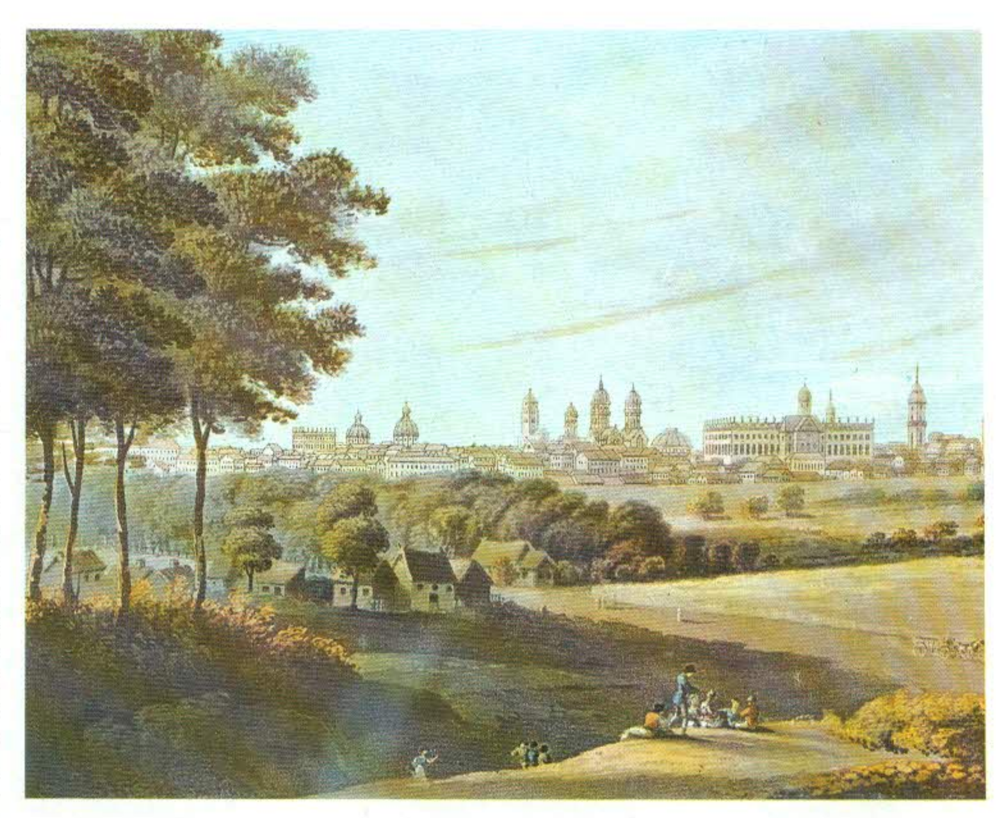
Un factor esencial en los planes de Bismarck contra los austríacos era asegurar la neutralidad de Francia, cosa que se materializó con un acuerdo pactado en Biarritz. Para asegurarse de que los austríacos tuvieran dificultades en su frontera meridional, Bismarck formó una alianza con los italianos. Los prusianos vencieron fácilmente a los austríacos, pero las tropas de Víctor Manuel fueron derrotadas en Custozza y la pequeña armada italiana destrozada a la altura de Venecia, en Lissa. Las únicas acciones que tuvieron éxito en esta desastrosa guerra fueron las escaramuzas conducidas por el genial Garibaldi en los confines de Venecia. Sin embargo, por la Paz de Viena, Austria devolvió Venecia, y tras el plebiscito de rigor, ésta se convirtió en italiana.

Pero Italia no estaba aún unificada a fines de 1866. Roma todavía estaba en poder de Pío IX. En el noroeste, Austria controlaba Trieste y el Trentino. Nápoles y Sicilia no estaban totalmente dominadas: durante la guerra, Palermo se había rebelado contra la opresión de los «señores del norte».

El problema romano parecía irresoluble. Mientras el gobierno debatía la situación, Garibaldi levantó de nuevo el estandarte de la rebelión en la misma Roma, en septiembre de 1867, pero fue capturado, y una vez más, enviado a Caprera. Por otra parte, los franceses seguían manteniendo su guarnición en Roma.

En Italia, los republicanos ganaban posiciones. La opinión acusaba al gobierno de inacción frente a la Roma papal. Es difícil saber si el reino de Italia hubiera podido sobrevivir, de no haberle sido entregada Roma con ocasión de la guerra franco-prusiana de 1870. La guarnición francesa fue retirada, y Luis Napoleón, depuesto.

El ejército italiano penetró en Roma en septiembre. Pío IX no hizo ninguna concesión, y se autoconsideró prisionero en El Vaticano, hasta su muerte en 1878. Las dificultades italianas con el Papado no se disiparon hasta el tratado de Letrán de 1929, con el que se creó el estado-ciudad de El Vaticano. Trieste y Trentino permanecieron en poder austríaco hasta 1918. En 1870 Roma se pronunció masivamente a favor de la unificación con el resto de Italia. La Casa de Cerdeña-Piamonte gobernó a partir de entonces desde la capital de los Césares.



Arriba, vista de Berlín, en una estampa del siglo XIX. (Mendelssohn Archiv, Berlín.)

Página anterior, arriba, votación en Nápoles durante el plebiscito de octubre de 1860 para la anexión al reino de Italia. El voto a favor de la unificación fue unánime. (Colección particular.)

Página anterior, abajo, el café Gnocchi de Milán. Litografía de la época, según dibujo de G. Elena. (Museo del Risorgimento, Milán.)

Alemania

La unificación alemana cambió el curso de la historia europea. La batalla de Sedán, que dió a los italianos la posibilidad de apoderarse de la Roma papal, alteró el equilibrio político en el oeste. La Europa tradicional había sido dominada territorialmente por Francia y Austria, y marítimamente por Gran Bretaña. Ahora surgía una nueva situación, con el gran poder territorial de la Alemania unificada en equilibrio con Gran Bretaña y sus aliados continentales. Este equilibrio persistió hasta el desastre de 1914.

Tras el fracaso de las revoluciones de 1848, Alemania, al igual que Italia, permanecía tan disgregada como desde los tiempos de la Edad Media. Sin embargo, el número de estados independientes se había reducido a 38. Todos eran miembros de una confederación extremadamente frágil. Su líder nominal era el emperador austríaco Habsburgo, y todos los estados enviaban representantes a una Dieta o parlamento central en Frankfurt, aunque la institución carecía de poder efectivo. Los liberales alemanes habían desarrollado, un cierto espíritu nacionalista, pero los príncipes protegían celosamente sus privilegios. A todos desagra-



daba el dominio austríaco, pero esto no significaba que apoyaran un plan que amenazara la autonomía de sus pequeños estados.

Como en Italia, el fracaso de las revoluciones de 1848 desilusionó a los intelectuales que las habían dirigido. Se alejaron del republicanismo, en dirección a la fuerza más potente que había mostrado algunas inclinaciones liberales: Prusia. Incluso así las esperanzas de triunfo eran escasas. Después de 1848 la presión austríaca movió a los estados alemanes, incluyendo Prusia, a posiciones opuestas al liberalismo. Federico Guillermo IV era ya un anciano, y el gobierno prusiano estaba controlado por ministros mediocres y conservadores. A pesar de ser la segunda potencia, después de Austria, dentro del mundo germánico, Prusia carecía aún de solidez militar. Pero las cosas cambiarían pronto.

Prusia había conseguido grandes beneficios del *Zollverein,* o Unión Aduanera alemana. Constituída bajo el dominio prusiano, ésta superó a todos los otros intentos de crear zonas de libre comercio en el interior de Alemania. Muchos Estados se unieron a ella, aunque puertos marítimos tan fundamentales como el de Hamburgo permanecieron al margen, y más significativa aún fue la inhibición de Austria. La Unión Aduanera dio a la burguesía prusiana la oportunidad de extender sus intereses a través de una zona más amplia de Alemania, acelerándose así la industrialización. Otro efecto importante de la Unión fue la centralización del sistema ferroviario germano en Berlín, un factor que a la larga daría a Prusia considerables ventajas en tiempo de guerra.

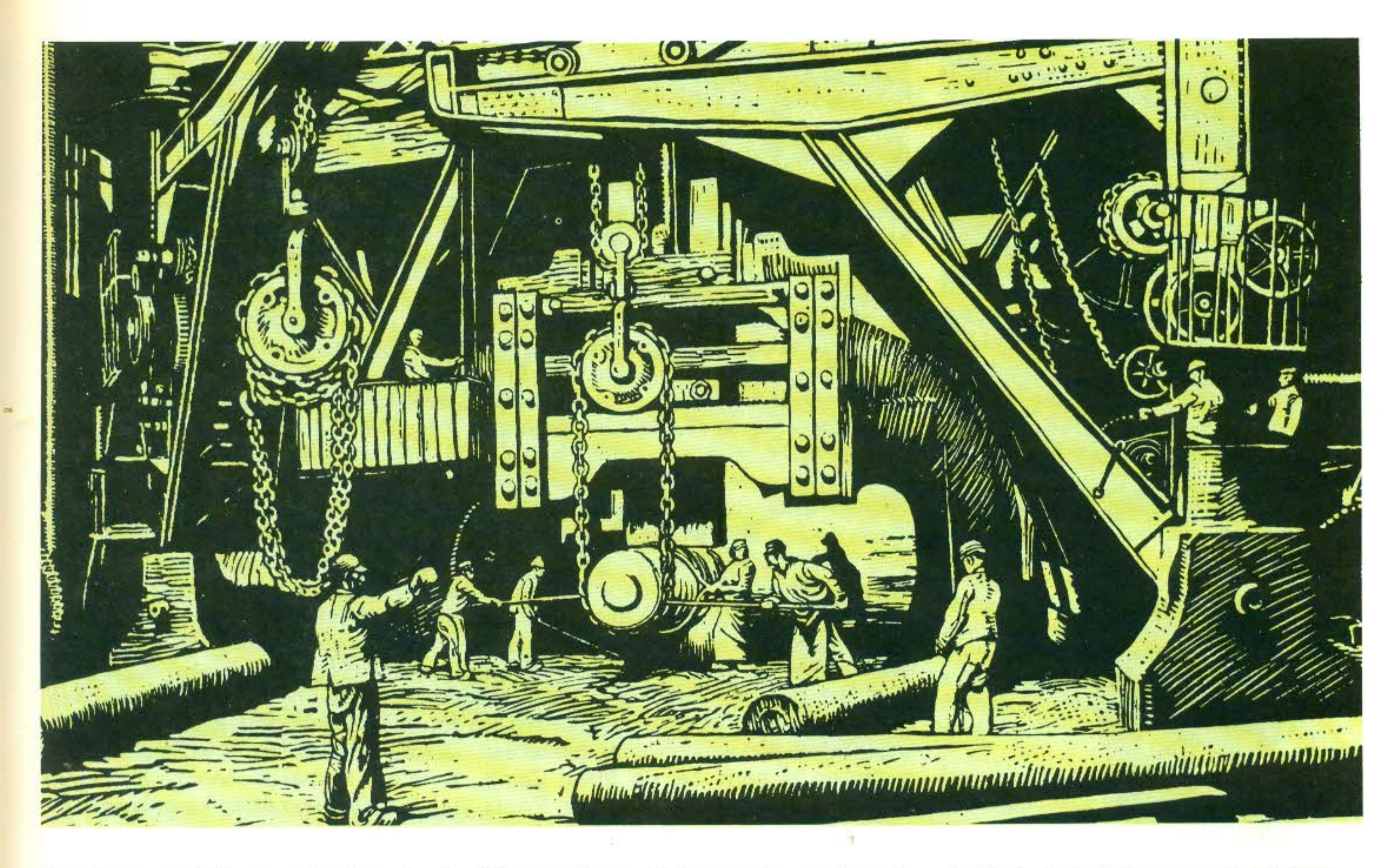
En las décadas anteriores a la unificación alemana, aparte del *Zollverein,* la industrialización avanzó rápidamente. Se explotaron los enormes recursos minerales del país, y la producción se revolucionó mediante complejos industriales como el de Alfred Krupp, el «gran señor del hierro». Gran Bretaña no sería por mucho tiempo el único país fuertemente industrializado.

La laboriosa burguesía alemana adoptó las nuevas tecnologías, reinvirtió sus beneficios, y amplió y modernizó sus negocios, de modo que podía competir con cualquier potencia industrial. Incluso los anticuados y sólidos *Junkers,* que habían regido los pueblos y la vida rural de Prusia desde los tiempos de la Edad Media, se vieron afectados. Comenzaron a invertir los beneficios de su tierra en la industria, buscando beneficios más fáciles de obtener. A pesar del amor prusiano por lo militar, la industrialización fue asumida incluso por la aristocracia.

La industrialización prusiana fue estimulada por la casa regente de los Hohenzollern. Guillermo I accedió al trono en 1861, a la edad de 64 años. El nuevo monarca era un administrador competente, y como la mayor parte de su familia, devotamente militarista. Sin embargo, en 1862 el gobierno encontró una fuerte oposición a sus planes de ampliar el servicio militar obligatorio de dos a cuatro años, y cayó en septiembre. El nuevo primer ministro del kaiser era el Conde Otto von Bismarck.

Bismarck nació en 1815, en el seno de una buena familia *junker* de Brandenburgo. Fueron siempre modestos propietarios de tierras, con varias generaciones al servicio de los ejércitos de los Hohenzollern.

No había el menor signo de revolucionarismo en Bismarck. Como otros propietarios de tierras, su principal interés estaba en conservar sus propiedades, su posición social y su país. Como no había ninguna duda acerca de su conservadu-



rismo, se convirtió en miembro de la Dieta de la Prusia unida en 1847. En este mismo año, se casó con Johanna von Puttkamer, una luterana.

Bismarck no tardó en demostrar su reputación reaccionaria, luchando en la contrarrevolución de 1848. Además, carecía de inclinaciones sobre la nacionalidad alemana. Pensaba siempre en una Prusia que se anexionase los otros estados alemanes, en vez de en una unificación pluralista. Cuando Austria humilló a Prusia en el acuerdo de Olmütz de 1854, habló muy sensatamente contra los fanáticos que querían marchar sobre Viena inmediatamente. Compartió con el Kaiser el sentimiento de que el honor era inútil en aquellos momentos, y fue bien recompensado por su lealtad. Fue el delegado prusiano en la frágil Dieta de Frankfurt durante la década de 1850, convirtiéndose posteriormente en embajador, primero en San Petersburgo, y luego en París.

Más tarde, Bismarck sacó un gran provecho de la experiencia adquirida en aquellos cargos. Se apercibió de que Austria era el verdadero obstáculo para la hegemonía prusiana en Alemania. También tuvo oportunidad de desarrollar la idea napoleónica de mezclar nacionalismo y liberalismo. Pragmático y oportunista, su vida política nunca se vio perturbada por el idealismo.

Su primera preocupación era su propia carrera; la segunda, la prosperidad de los Hohenzollern; y la tercera, la grandeza de Prusia. Para el bien de los tres objetivos, orientó sus esfuerzos hacia la consecución de la unidad alemana bajo la jefatura suprema de Berlín. Para él, la unificación no tenía nada que ver con el progreso o el cambio social.

Su primera tarea fue la de aislar a Austria. Ganó la amistad de Rusia, al presentarse como el único hombre de estado europeo dispuesto a ayudar al zar en su salvaje represión de la rebelión polaca de 1863. Con la convención de Alvensleben, en la que Bismarck acordó no conceder asilo a ningún refugiado polaco se aseguró la amistad rusa. Francia era otra potencia que hubiera podido oponerse al hecho de que el liderazgo germánico pasara de Austria a Prusia, pero obtuvo el apoyo de Napoleón III en Biarritz.

Schleswig-Holstein

La guerra con Austria estalló finalmente, a causa de la pugna por los ducados daneses de Schleswig y Holstein. Ambos pertenecían a la familia real danesa, pero incluían amplias minorías alemanas que ansiaban unirse a la Confederación Germánica. Cuando Christian IX fue coronado en Copenhague, en 1864, provocó una crisis europea al anunciar que intentaría incorporar Schleswig, con

Arriba, la factoría Krupp en el siglo XIX.

Página anterior, litografía en color que representa la fábrica Krupp en 1835, año en que fue instalada la primera máquina a vapor.

sus alemanes incluidos, a Dinamarca. Austria y Prusia se unieron en nombre de la Confederación Germánica, y Christian se vio obligado a ceder ambos ducados, que fueron puestos temporalmente bajo control conjunto austro-prusiano.

Bismarck no imaginó probablemente las implicaciones de esta situación. Cuando cuestionó la administración austríaca de Schleswig, Viena aceptó el reto. El historial del ejército Habsburgo era bueno, y los príncipes del sur de Alemania estaban resentidos con Prusia por su control del *Zollverein* y sospechaban de las intrigas de Bismarck. Fue Austria, y no Prusia, la que declaró la guerra que decidiría el liderargo de Alemania.

Los austríacos habían subestimado a von Moltke y su ejército. La disciplina prusiana era espléndida, y el territorio austríaco fue invadido con una rapidez desconcertante. El poderío de los Habsburgo fue destruído para siempre el 3 de julio de 1866, en las afueras del pueblo bohemio de Sadowa. Las noticias del colapso austríaco conmovieron a Europa. Aunque Napoleón III envió tropas a lo largo del Rhin, no podía actuar decisivamente en ayuda de Austria, comprometido como estaba con el liberalismo y los derechos de las nacionalidades.

Las condiciones de la Paz de Praga fueron dignas de un gran estadista. Bismarck se había dado cuenta de que una Austria humillada sería, en el futuro, un enemigo peligroso. Los Habsburgo perdieron únicamente su dominio sobre los ducados y Venecia. Sin embargo, las ganancias prusianas dentro de Alemania fueron enormes. Absorbió Hannover, Schleswig, Holstein, Frankfurt, Nassau y Hesse. La débil Confederación fue disuelta.

Con el poder austríaco destrozado, Bismarck estuvo en condiciones de formar la Confederación del Norte de Alemania, bajo la soberanía de Federico Guillermo, incluyendo a todos los estados que se encontraban al norte del río Main. Como presidente de la misma, el rey de Prusia tenía que nombrar un canciller –Bismarck–, y ser asesorado por un Consejo constituido por los gobernantes de los diversos estados. Un parlamento central, o *Reichstag*, sería elegido por sufragio universal. Económicamente, ello significaba un gran avance con respecto a la *Zollverein*, pues ahora el control de la moneda y del comercio dependerían del gobierno central. La política exterior y el control del ejército fueron centralizados, aunque los estados asumían aún sus asuntos internos. Sin contar la Confederación, veinticinco millones de alemanes serían ahora gobernados desde Berlín.



La respuesta francesa

Napoleón III se sintió alarmado. El poder de los Hohenzollern suponía una amenaza para la seguridad francesa. Exigió territorios para compensar a Francia de «las ganancias de Prusia». Bismarck, en privado, calificó la petición de «factura de mesonero», y se limitó a esperar.

Napoleón III pidió sucesivamente el territorio del Rhin y parte de Bélgica. Se le contestó que la cesión era políticamente imposible. Luego, dirigió su interés hacia la compra de Luxemburgo al rey de Holanda. El gran duque apeló a la Confederación del Norte de Alemania, y destacamentos militares prusianos acudieron en su ayuda. Bismarck exageró el peligro de las intenciones de Napoleón para galvanizar y cohesionar a los estados meridionales alemanes en torno a Prusia. Lo máximo que Bismarck concedió fue una garantía de la neutralidad luxemburguesa, y la retirada de las tropas prusianas.

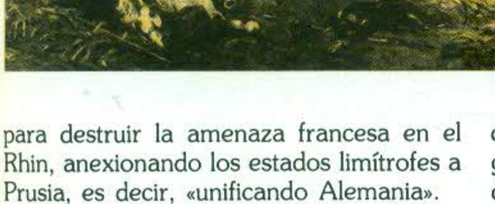
Mucho después, Bismarck señalaría que había evitado una guerra en aquella ocasión: a pesar de haber decidido que un conflicto con Francia hubiera acelerado la unificación, deseaba dar a sus ejércitos el tiempo necesario para fortalecerse. Pero esto no es exactamente lo que él pensaba antes de 1870. Las torpezas de Napoleón III determinaron a los príncipes alemanes a pedir que Prusia dirigiera la guerra. Bismarck había conseguido la oportunidad











Arriba, el mariscal de campo Helmuth von Moltke (1800-1891), que sirvió en el ejército prusiano durante 66 años, llegando a jefe del Estado Mayor en 1857. Convirtió a Prusia en la primera potencia militar de Europa, vencedora de Dinamarca (1864), Austria (1866) y Francia (1870-1871).

Izquierda, arriba, Bismarck y Napoleón III, en un cuadro de Wilhelm Camphousen. El primero dirigió como Canciller la política prusiano-germánica de 1862 a 1890, el segundo conquistó para Francia un puesto relevante en la política internacional.

Izquierda, abajo, batalla de Custozza, en Lombardía (24 de junio de 1866), en la que las tropas austríacas, al mando del archiduque Albrecht, derrotaron a los italianos, aliados de Prusia.

Página anterior, izquierda, el príncipe Otto von Bismarck (1815-1898), canciller de Prusia, conocido como el «Canciller de Hierro». Fue el artífice de la unificación alemana. Cromolitografía del siglo XIX. (Civica Raccolta Stampe Bertarelli, Milán.)

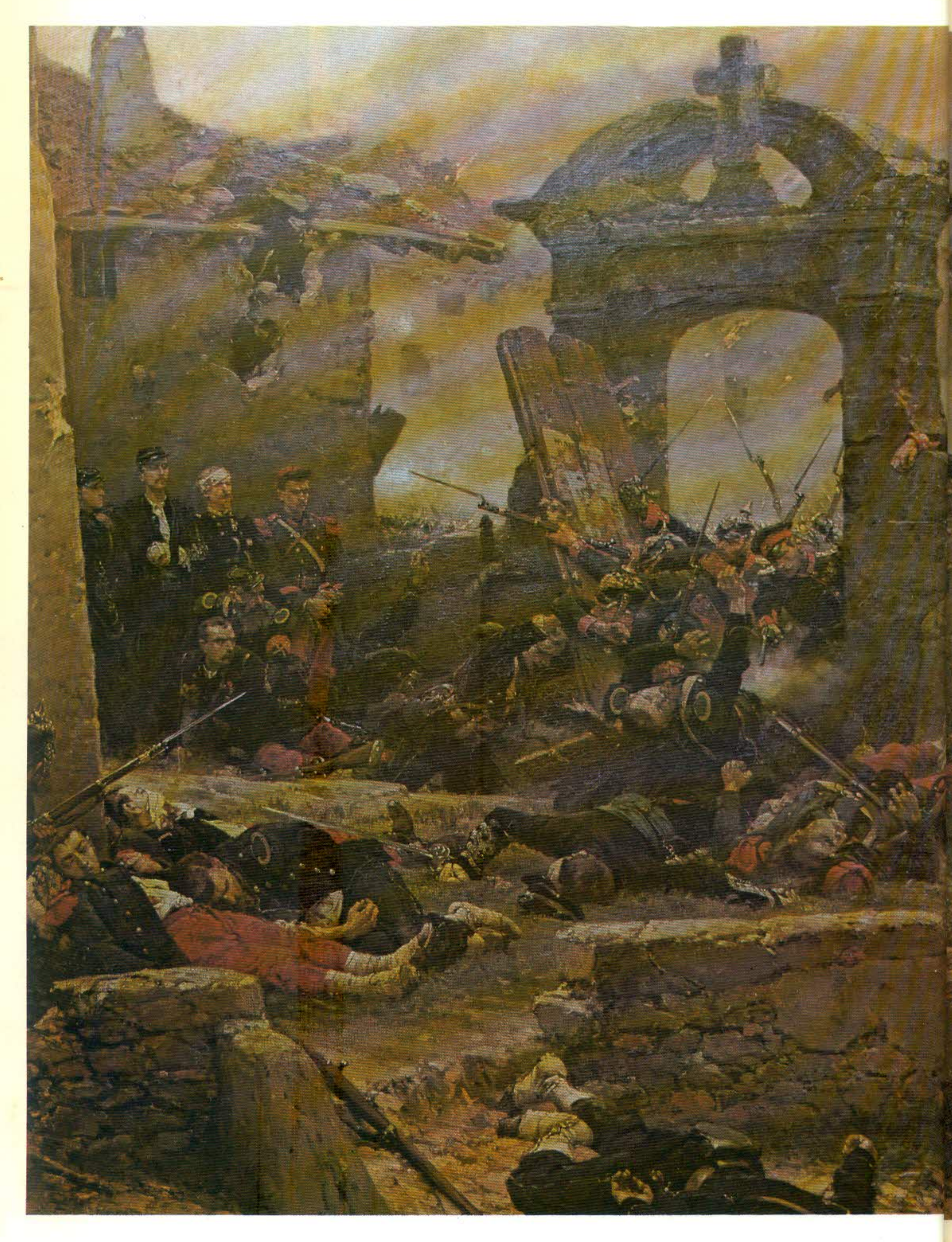
Página anterior, derecha, Alemania a mediados del siglo XIX.

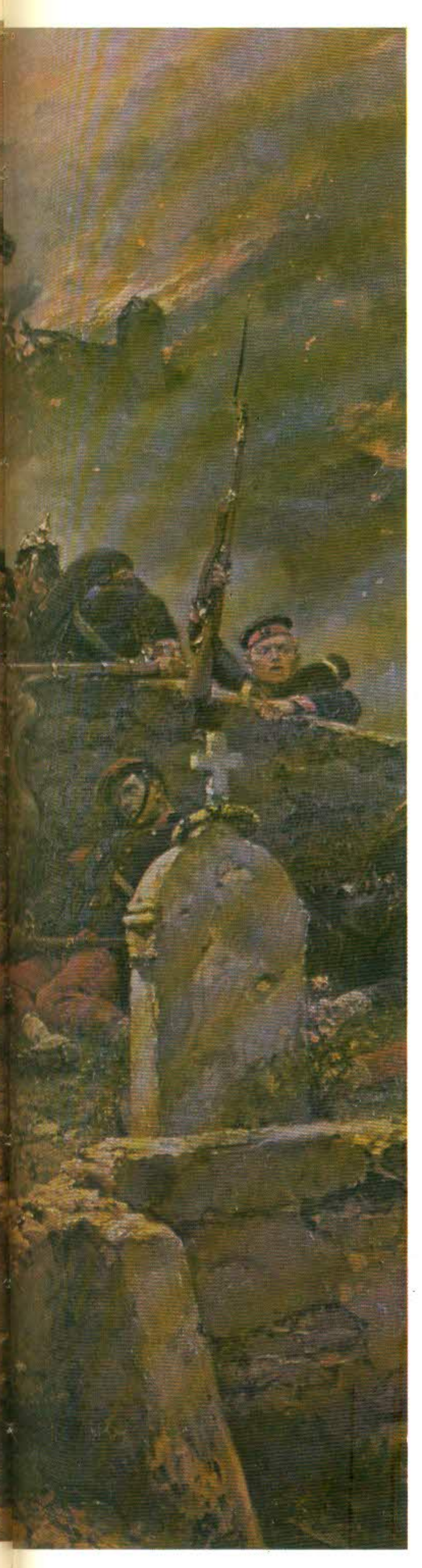
para destruir la amenaza francesa en el Rhin, anexionando los estados limítrofes a Prusia, es decir, «unificando Alemania».

Bismarck se aseguró de que el ejército prusiano fuera la máquina bélica más eficaz de Europa. Los franceses se encontraban en una situación delicada. El reclutamiento había disminuído, a pesar del servicio militar obligatorio, el cual no afectaba a las clases ricas y se enfrentaba con una seria oposición popular. Los planes de movilización eran anticuados e inefectivos.

Las presiones sobre Napoleón para que replicara a los retos prusianos se incrementaron, para desviar la atención de los problemas internos. El Imperio estaba siendo atacado duramente por los republicanos, y en mayo de 1870 éstos consiguieron una nueva Constitución. El verdadero control de los asuntos se le escapó a Napoleón de las manos. Hay algo de trágico en su figura en estos últimos meses del régimen: enfermo, confuso y atemorizado. Todos sus consejeros infravaloraban el poder de Prusia. La emperatriz Eugenia, el nuevo primer ministro, Émile Ollivier, el ministro de Asuntos Exteriores, duque de Gramont, todos ellos aconsejaron erróneamente a un hombre que era incapaz de decidir por sí mismo.

La respuesta francesa al «candidato Hohenzollern» al trono de España le dio a Bismarck la oportunidad de iniciar la guerra tal como deseaba. Después de que la





«revolución española» de 1868 expulsara a los Borbones de Madrid, los liberales, dirigidos por el general Juan Prim y Prats, comenzaron a buscar un monarca. El primo del kaiser, Leopoldo de Hohenzollern, anunció en junio de 1870 su intención de convertirse en candidato. Francia anunció entonces que, si la aspiración se consumaba, sería considerada como una amenaza para su seguridad.

El kaiser persuadió finalmente a Leopoldo a retirarse. Los problemas se hubieran acabado aquí si el último error de Napoleón III no le hubiera proporcionado a Bismarck la oportunidad esperada. El kaiser estaba de vacaciones en Ems, en el Rhinland, cuando Benedetti, el embajador francés, le exigió una declaración pública de la retirada de la candidatura. Se le contestó que, aprobada la retirada, no tenían nada más que añadir.

Francia declaró la guerra a Prusia el 19 de julio. Ni siquiera el más optimista de los alemanes podía haber esperado que Francia tomara esta decisión. Francia no tenía aliados, mientras que los prusianos no tenían enemigos. Incluso Alejandro II tenía buenas relaciones con los Hohenzollern, desde que el kaiser le agasajó en Ems en el mes de mayo.

Sedán

La guerra franco-prusiana sorprendió a Europa por su brevedad. Leboeuf, el ministro francés de la Guerra, había dicho que la preparación militar del país era insuperable. Sin embargo, las primeras tropas que llegaron al frente eran superadas en una proporción de dos a uno. Los fusiles franceses eran tan buenos como los alemanes, pero por desgracia, Leboeuf no procuró que todos sus soldados dispusieran de uno. La artillería germana era muy superior. Lo más grave de todo era que no había ningún miembro en el Estado Mayor francés que pudiera competir con la inteligencia de von Moltke.

Su primer ejército expulsó de Alsacia, a las divisiones galas comandadas por Mac-Mahon —el héroe de la guerra de 1859—. Un segundo ejército bajo el mando personal de von Moltke avanzaba hacia la gran fortaleza de Metz y derrotó completamente a cinco cuerpos de ejército mandados por el general Bazaine. Los franceses se reorganizaron en la misma Metz, y los alemanes rodearon la ciudad. Allí cercado, este ejército francés, de 173.000 hombres, permaneció sin entrar en acción hasta el final de la contienda.

Sin embargo Mac-Mahon se había reorganizado en los alrededores de Châlons, y hubiera podido representar una grave amenaza para los prusianos si Na-



Página 72, Guillermo I con Bismarck y el mariscal von Moltke en el frente prusiano del cerco de París. Contrariamente a lo que habían pensado, la capital no fue una presa fácil. El sitio duró desde el 19 de septiembre de 1870 al 28 de enero de 1871.

Página 73, el rey de Prusia, Guillermo I, es proclamado emperador de Alemania, en la Galería de los Espejos del palacio de Versalles, el 18 de enero de 1871. (Cuadro de Anton von Werner.)

Arriba, el general Mac-Mahon, según un dibujo de G. Riccio. (Instituto di Storia del Risorgimento «Vittoriano», Roma.)

Izquierda, lucha encarnizada en el cementerio de Saint Privat (18 de agosto de 1870). Según Bismarck, la unificación de Alemania no se lograría con palabras, sino con «sangre y hierro».





poleón III no hubiera interferido. Éste ordenó a Mac-Mahon que aliviara la situación de Metz, la acción que más fácilmente podían contrarrestar los alemanes. Las fuerzas salvadoras fueron rodeadas por los alemanes en Sedán, en el Mosa. Después de intentar en dos ocasiones romper el cerco alemán, Napoleón ofreció su rendición el 2 de septiembre. El emperador se convirtió en un prisionero alemán, y Moltke y el kaiser pudieron marchar sin oposición hacia París. Diecisiete días más tarde pusieron sitio a la capital. Parecía que la guerra había llegado prácticamente al final.

De hecho, Francia aún no estaba derrotada, si bien la caída del Imperio era inevitable. La III República fue proclamada en París el día en que se tuvo noticia de la rendición en Sedán. Después de unas tentativas para abrir negociaciones con Bismarck, el ministro del Interior del gobierno provisional, León Gambetta, emprendió la tarea de llevar a Francia a una situación de movilización nacional.

El 7 de octubre abandonó París en globo para cruzar las líneas alemanas y conseguir apoyo en las provincias. Formó un nuevo ejército en el Loira y recuperó Orleans, mientras que el general Faidherbe rechazaba a los ahora sorprendidos alemanes en el norte.

Gambetta no hizo nada para levantar el cerco de París, y Bazaine permaneció absurdamente encerrado en Metz, pero la recuperación de Francia era asombrosa. Tanto, que no podía durar. Las dos secciones del ejército del Loira fueron derrotadas en Loigny y Le Mans, y el heroico Faidherbe lo fue en Saint-Quentin. En París, los alemanes no se tomaron la molestia de desperdiciar hombres en un ataque frontal, y sencillamente esperaron la rendición. Al final, los parisinos tuvieron que hacer frente a una situación de inanición.

El 23 de enero de 1871, Jules Favre, el ministro republicano de Asuntos Exteriores, negoció un armisticio. Se había constituido la Asamblea Nacional, que se declaró abrumadoramente en favor de la paz, y nombró al veterano estadista Adolphe Thiers como su ministro plenipotenciario, o sea jefe del poder ejecutivo en las negociaciones con Alemania. Mientras tanto, en París se fraguaba la rebelión popular que conduciría a la Comuna. En marzo, los rebeldes socialistas ocuparon la ciudad. A fines de mayo, Mac-Mahon la reconquistó luchando contra el pueblo casa por casa, ante una encarnizada resistencia.

La Paz de Frankfurt

Alemania quiso asegurarse unas fronteras que imposibilitaran un ataque francés (o inversamente, que posibilitaran un ataque alemán contra Francia). Fue por esto por lo que Bismarck exigió que la paz debería saldarse con la entrega de la zona situada en la orilla izquierda del Rhin, alrededor de las fortalezas de Estrasburgo y Metz. Argumentó que éstas tendrían un uso defensivo en manos alemanas, como garantía de la paz. Señaló que «en veinte guerras no hemos sido nunca los agresores de Francia, y no exigimos nada aparte de la seguridad de que no habrán más amenazas».

El acuerdo final de paz fue firmado en Frankfurt, en mayo, y Alsacia-Lorena pasó a Alemania, acordándose que las tropas alemanas permanecerían en la zona oriental de Francia hasta que se pagara la enorme indemnización de 5000 millones de francos. Las pérdidas repercutieron en Francia. Alsacia y Lorena fueron absorbidas en el II Reich, pero el error de Bismarck fue no captar que esta humillación tendría graves consecuencias, que culminaron en la I Guerra Mundial.

El nuevo Imperio alemán no era ni muy liberal ni muy nacionalista. A pesar de la Constitución, el poder lo detentaba Prusia,



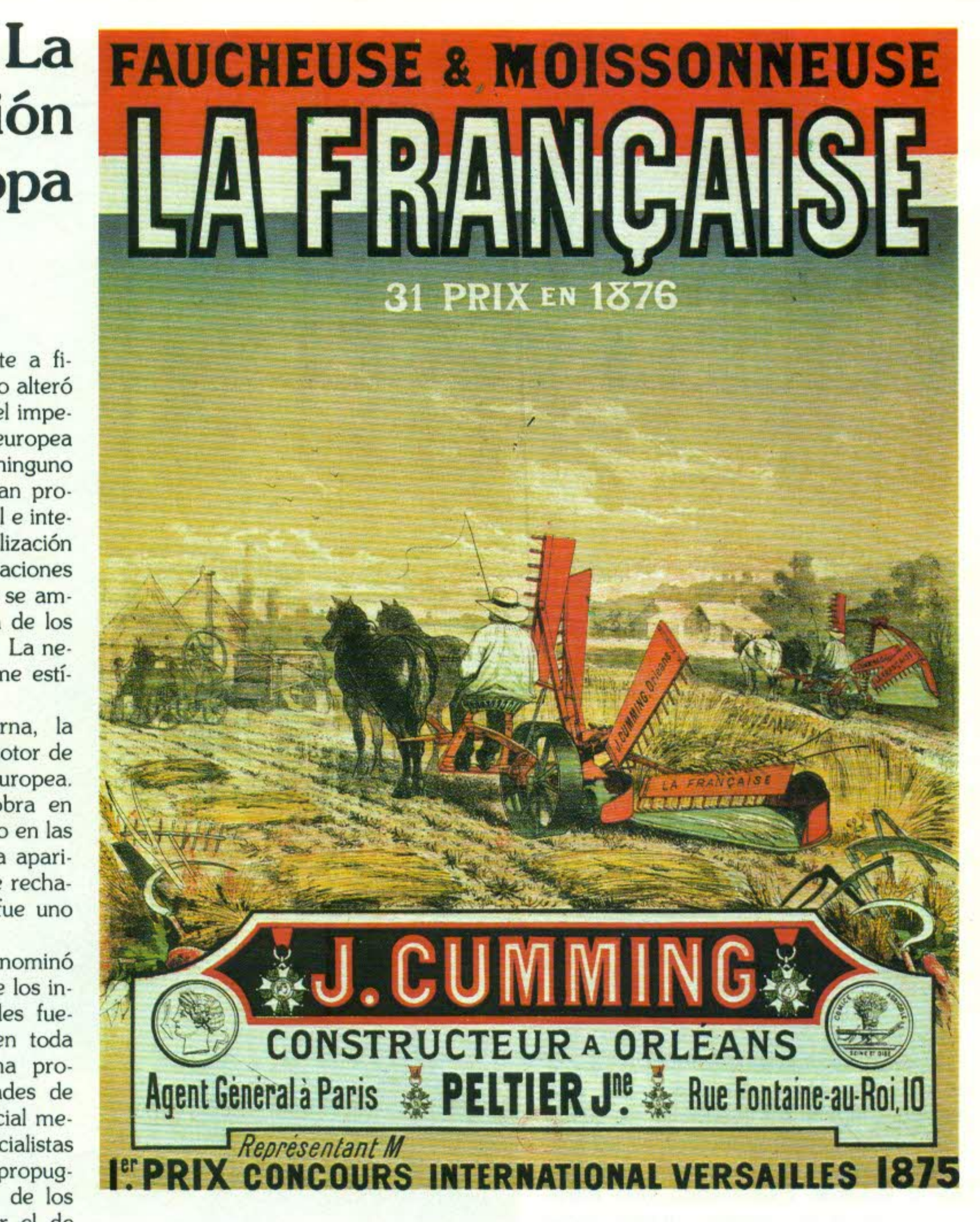
convertida por Bismarck en la mayor potencia del continente. La organización del Reich en los meses siguientes fue quizá la labor más difícil para Bismarck. Él, probablemente, deseaba evitar una unión con el sur, decadente y papista, cuando la guerra estalló, y a pesar de que cambió de idea durante el otoño, ello no significaba que todos los gobernantes alemanes desearan vincularse a Prusia. Algunos príncipes, particularmente los gobernantes más poderosos, como los de Baden, Würtemberg y Baviera, fueron muy tenaces en la defensa de sus privilegios. Luis II de Baviera sólo pudo ser convencido cuando se le permitió retener el control sobre su ejército, servicio postal y ferrocarriles.

Otro problema era inculcar al kaiser su condición de emperador de Alemania. Sus intereses eran prusianos y no alemanes, y a diferencia de Bismarck, no veía la necesidad de disfrazar la grandeza prusiana con la ficción de un imperio nacionalista. Recelaba del poder popular y sólo se convenció cuando Bismarck persuadió Luis II de Baviera para que le escribiera en nombre de los príncipes de Alemania, pidiéndole que aceptara la corona imperial.



Para el conjunto de Europa, las consecuencias de la unidad en Alemania e Italia fueron revolucionarias. Desgraciadamente, los sucesores de Bismarck no se dieron cuenta de que él, en 1870, había utilizado la fuerza sólo como instrumento de su diplomacia. A partir del momento en que poseyeron la maquinaria bélica más perfecta y organizada del mundo, los alemanes cayeron en el error de usarla para conseguir objetivos desmedidos. El resultado sería la guerra de 1914.

La modernización de Europa



Europa cambió vertiginosamente a finales del siglo XIX. El nacionalismo alteró las relaciones entre los estados, y el imperialismo posibilitó la hegemonía europea en todo el mundo. Sin embargo, ninguno de los dos factores tuvo efectos tan profundos como el desarrollo industrial e intelectual. A medida que la industrialización se aceleró, tanto en las viejas naciones como en las nuevas, las empresas se ampliaron. Europa se dirigía a la era de los trusts y el capitalismo monopolista. La necesidad tecnológica creó un enorme estímulo a la inventiva.

En 1900, la medicina moderna, la energía eléctrica, e incluso ya el motor de gasolina, eran parte de la vida europea. La industria requería mano de obra en gran escala. Esto masificó el trabajo en las urbes europeas. Ello dio lugar a la aparición de nuevas teorías sociales que rechazaban el capitalismo. Karl Marx fue uno de estos teóricos del siglo XIX.

El historiador Lewis Namier denominó a 1848 el «año de la revolución de los intelectuales». Pero estos intelectuales fueron derrotados por la reacción en toda Europa. La consecuencia fue una profunda desilusión en las posibilidades de cambiar la estructura política y social mediante reformas. Los militantes socialistas radicales aumentaron en número, propugnando la sustitución del gobierno de los monarcas y de los burgueses por el de toda la comunidad.

El más avanzado de ellos, Karl Marx, intentó crear una metodología científica para el análisis de la sociedad. Su *Manifiesto Comunista* fue publicado durante las revoluciones de 1848 y tuvo profundas repercusiones. Su hipótesis de que la revolución proletaria era el futuro de la humanidad sigue aún por confirmarse, pero su teoría de la historia y la sociedad ha afectado profundamente a las modernas ciencias sociales.

Las ciencias físicas

En el siglo XIX, la mayor parte de las facetas de la ciencia moderna habían sido ya descubiertas. La tarea era clasificarlas. Esto hizo, en 1869, el investigador ruso Dmitri Ivanovich Mendeleev. Era de origen siberiano, el catorceavo hijo de un maestro de escuela, y fue profesor de química en la universidad de San Petersburgo. Se sabía ya que la materia estaba compuesta por átomos agrupados en moléculas de diferentes formaciones, unidas a su vez de modos diversos. Mendeleev agrupó los elementos de acuerdo con sus pesos atómicos, clasificándolos desde el más ligero (hidrógeno) hasta el más pesado (mercurio). Esta clasificación sentó las bases de la química moderna y quizá fuera el trabajo más importante realizado por un científico en el siglo XIX.

Un progreso esencial se operó también en el ámbito de la física, con las investigaciones de dos científicos alemanes: Kirchhoff y Bunsen. En su investigación sobre

Arriba, cartel francés de 1876 que anuncia nuevas máquinas agrícolas.

Página anterior, arriba, pintura de Adolph von Menzel que muestra la salida de Guillermo I hacia el campo de batalla, el 31 de julio de 1870. (Nationalgalerie, Staatliche Museen Preussischer Kulturbesitz, Berlín.)

Página anterior, abajo, Jules Favre, ministro de Asuntos Exteriores de Francia, y Otto von Bismarck, firmando el tratado de Frankfurt (10 de mayo de 1871), por el que Francia pedía Alsacia y Lorena a Alemania, y pagaba una fortísima indemnización.

las propiedades físicas de la luz, desarrollaron la técnica del análisis espectral, que a su vez fue aplicada a la química. Esto condujo al descubrimiento del helio entre las materias que componen el Sol.

En 1850 otro alemán, Rudolf Clausius, catedrático de química en Berlín, a los 28 años de edad demostró la conexión entre calor y energía. Sus descubrimientos fueron seguidos por Williams Thompson, y por lord Kelvin, el gran científico británico de la época. Entre 1861 y 1862 el escocés James Maxwell, catedrático de física en Aberdeen, y posteriormente en Londres, postuló la naturaleza electromagnética de la luz. Veinte años más tarde, se comprobó experimentalmente la existencia de las ondas electromagnéticas que él había descrito, y el descubrimiento fue a la larga aplicado a la transmisión radiofónica. La moderna química orgánica fue fundada por el científico francés Jean Baptiste Dumas, tratando el estudio de los alcoholes.

El siguiente paso consistiría en aplicar todos aquellos adelantos a la industria.

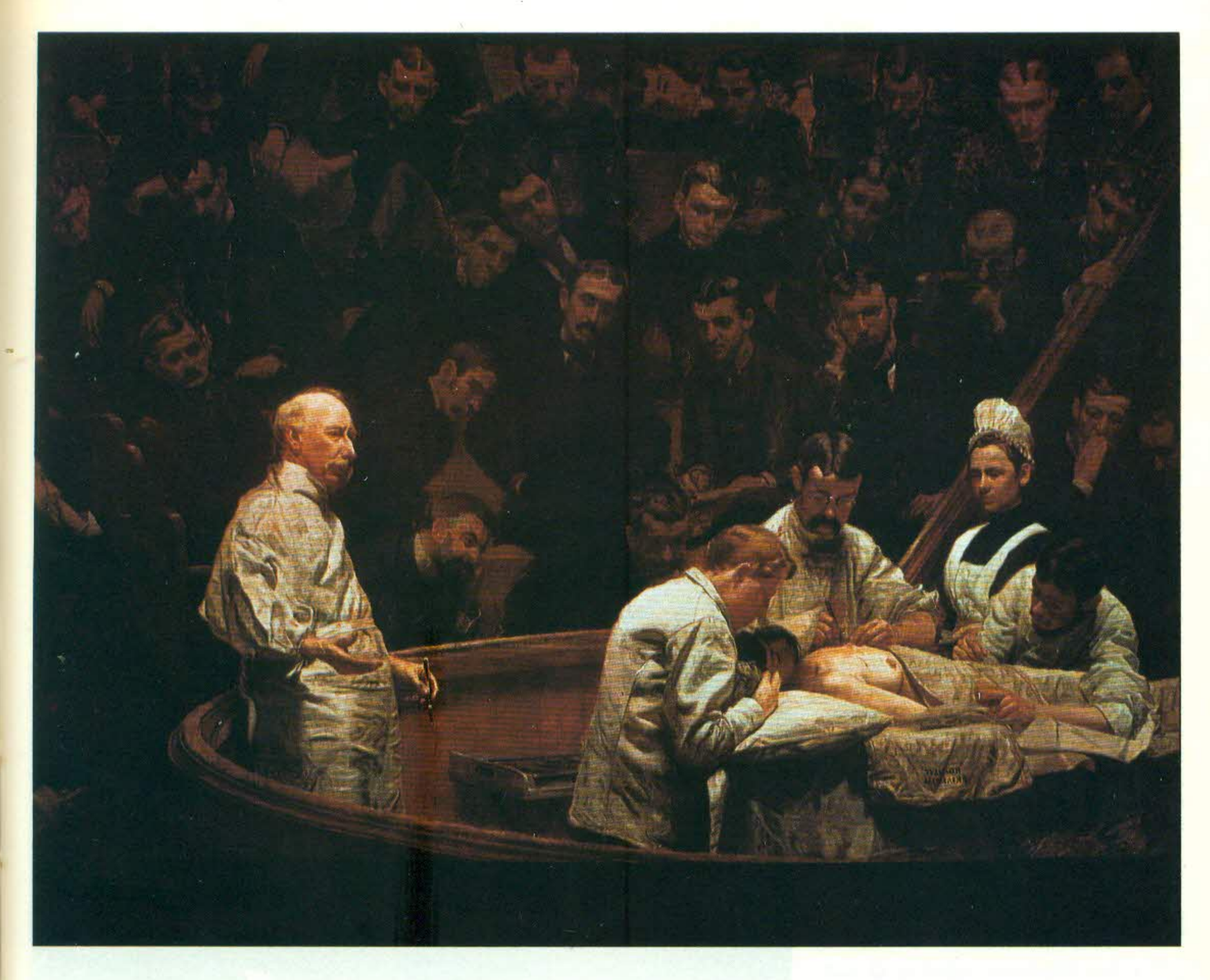
Biología y medicina

El siglo XIX también contempló avances en biología y medicina, cuando se empezó a investigar en laboratorios. Claude Bernard sugería que el cuerpo humano constituía un complejo de mecanismos interdependientes, en el que se podía experimentar con tanto éxito como en cualquier otra rama de la ciencia.

Louis Pasteur (1822-1895) fue quizás el más importante investigador en este campo. Utilizaba sus conocimientos químicos y el microscopio para resolver los problemas técnicos de los vinateros, cerveceros y lecheros. Examinando vino estropeado bajo el microscopio, encontró organismos vivos mezclados con las levaduras que producían la fermentación. Llegó a la conclusión de que esa «bacteria» era la que causaba la reacción, y extendía asimismo las infecciones en animales y seres humanos. Fue capaz de desarrollar el proceso de «pasteurización», en el que el prolongado calentamiento de los líquidos destruye las bacterias portadoras de infecciones. También descubrió que el riesgo de infección entre los animales domésticos podía ser reducido mediante la inoculación de débiles muestras bacterianas.

Había sólo un pequeño paso entre su descubrimiento y el desarrollo de los antibióticos para combatir los microorganismos causantes de enfermedades humanas, como la tuberculosis. Joseph Lister, catedrático de cirugía en Glasgow, aplicó aquellas teorías a la cirugía. En el King's





College de Londres redujo las muertes en las operaciones con el uso de los antisépticos. La obra de Pasteur había revolucionado la medicina.

Mientras, Charles Darwin trabajaba en la más controvertida de todas las teorías de la biología: la evolución. *El origen de las especies* se publicó en 1859, tras muchos años de investigaciones, desde que en 1831 iniciara su célebre viaje alrededor del mundo como naturalista, en el barco topográfico *Beagle,* de la Armada británica. Si bien trabajó a partir de la clasificación de las especies llevada a cabo por Carlo Linneo, naturalista sueco del siglo XVIII, Darwin invalidó su tesis de que las especies eran inmutables y habían sido creadas en su forma actual.

Darwin sostenía que la vida se inició al nivel más inferior posible, y que sólo aquellas especies que se adaptaron a su ambiente natural habían sobrevivido. Era la ley de la «supervivencia del más fuerte», que dirigía el proceso de selección, a traves del cual se destacó el ser humano. Creyó asimismo que no todos los humanos sobrevivirían. Influido por las teorías pesimistas de Thomas Malthus, Darwin se obsesionó con la idea de que la población sobrepasaba los recursos del mundo, y que por tanto sólo los más fuertes podrían sobrevivir. No era fácil aceptar que las personas descendían de un tronco común con los monos, y Darwin fue anatematizado. Los teólogos de todo el mundo se horrorizaron, y escribieron eruditos tratados para defender el relato bíblico de la «creación en siete días».

Tuvieron poco éxito al intentar rebatir la asombrosa «herejía» darwinista, pero los descubrimientos que hubieran hecho indiscutible la tesis de Darwin pasaron desapercibidos. Las investigaciones de Gregor Mendel, un monje de Moravia, solamente fueron reconocidas en 1900. Mendel había estudiado, entre 1858 y 1866, generaciones hereditarias de guisantes. Descubrió que sus características hereditarias aparecían agrupadas en intervalos entre las distintas generaciones.

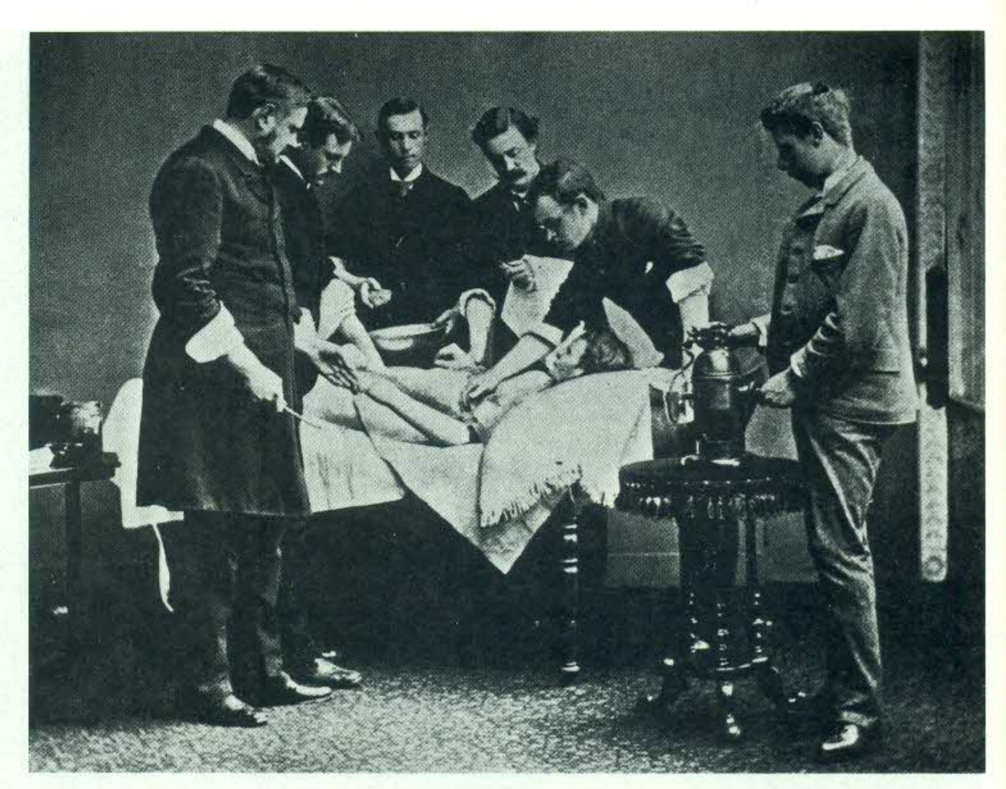
Arriba, quirófano clínico en 1889, según una pintura de Eakins. (Pennsylvania State University.)

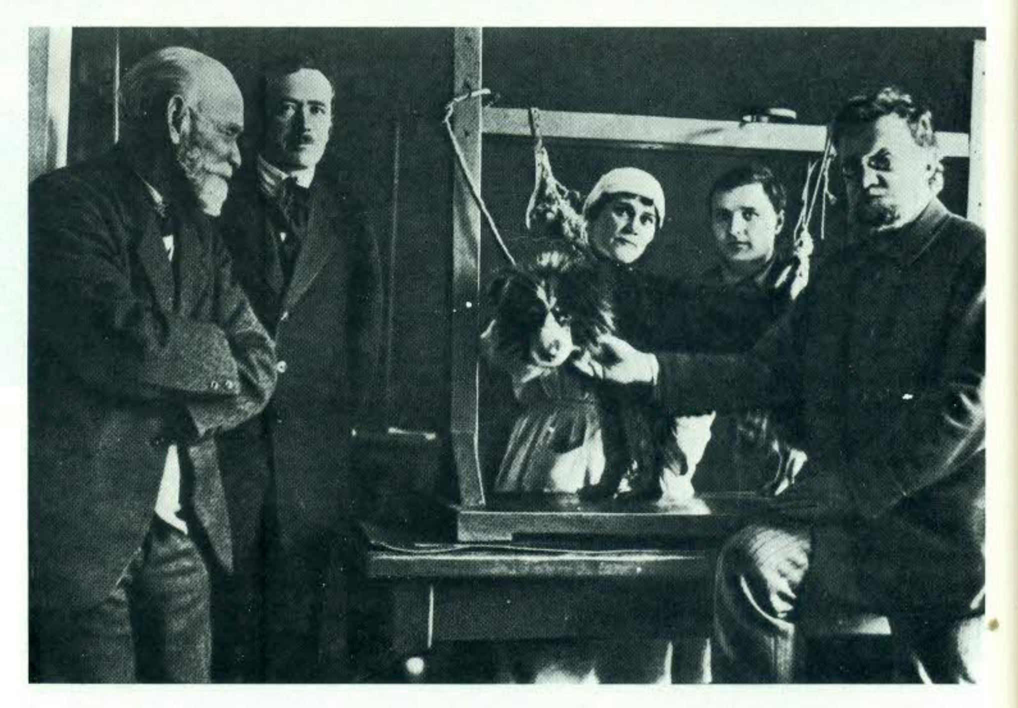
Página anterior, caricatura de Charles Darwin (1809-1882) en la época de la publicación de El origen de las especies *(1859). Su teoría de la evolución a través de la selección natural significó un cambio de perspectiva importante en la investigación científica.*

A partir de aquí fue capaz de desarrollar sus leyes sobre la herencia. No sólo los vegetales, sino también animales y humanos, transmitían sus características por herencia. Estas características cambiaban lentamente creando nuevas condiciones, según el modelo sostenido por Darwin. Treinta años más tarde, el científico holandés Hugo de Vries descubrió la obra de Mendel y confirmó sus descubrimientos. Se había creado la ciencia de la genética.

Al mismo tiempo, los perros de Pavlov hacían historia. Este biólogo ruso experimentó que, una vez acostumbrados a oír el sonido de una campana inmediatamente antes de la hora de comer, los perros salivaban siempre con el tañido de la campana, incluso cuando no había comida. Esta investigación culminó en la teoría de los «reflejos condicionados», el primer paso hacia el desarrollo de la psicología actual.

Hacia finales de siglo Sigmund Freud comenzó a escribir acerca de la psicología del sexo y de la importancia de la motivación sexual en el comportamiento humano. A partir de él se pudo afirmar que, tanto las características psicológicas como las físicas, podían pasar de una generación a otra, con lo que creó el marco para la controversia que se entablaría durante mucho tiempo acerca de qué es más determinante en el ser humano, el medio ambiente o la herencia.





La nueva ciencia

Los descubrimientos atómicos se realizaron en los últimos años del siglo XIX. En 1895, el científico alemán Wilhelm Roentgen, discípulo de Clausius, descubrió los rayos X. Tres años más tarde, Pierre y Marie Curie aislaron el primer elemento radioactivo conocido: el radio. La investigación de los Curie facilitó la labor de Ernest Rutherford sobre la estructura del átomo.

La estructura de la ciencia se revolucionó. Nuevas materias se estudiaban incluso en las universidades más tradicionales. «Leyes» científicas que habían sido aceptadas durante siglos eran ahora consideradas ridículas. Los datos se difundían con rapidez y los métodos científicos estaban sometidos a una evolución permanente. Los científicos proponían ahora una hipótesis como la mejor, y confiaban en futuros experimentos para proponer otra hipótesis superior, cuando la primera hubiera sido descartada.

En otro plano, el socioeconomista alemán Max Weber señaló que la sociedad debería ser estudiada mediante la elaboración de «tipos ideales» hipotéticos, en base a los cuales se podría valorar su realidad.

Las aplicaciones de la ciencia

A pesar del descubrimiento de nuevos metales y nuevas fuentes de energía, el final del siglo XIX era todavía la «era del carbón y el acero».

El vapor era la principal fuente de energía empleada en la industria y en las comunicaciones. Su técnica se había perfeccionado desde los días de Watt, a raíz de la introducción del motor compuesto, que aumentó eficazmente su poder al utilizar un vapor que, una vez caliente, era constantemente reciclado. A mediados de siglo, las grandes compañías privadas de barcos a vapor, que navegaban desde Liverpool, Southampton, Cherburgo y El Havre a Nueva York, reportaron enormes beneficios a sus propietarios. Hacia 1900 los navíos se convirtieron en hoteles flotantes, verdaderamente lujosos.

La turbina a vapor fue también adoptada para generar electricidad en las cen-



Izquierda, los físicos Pierre y Marie Curie que en 1898 aislaron el radio. Junto a Roentgen (rayos X), Henri Becquerel (radiactividad) y Ernest Rutherford (estudios sobre la constitución del átomo), modificaron la visión científica del mundo de la física.

Página anterior, arriba, una operación quirúrgica durante la segunda mitad del siglo XIX. Los trabajos de Louis Pasteur (microbiología) y Joseph Lister (antisepsia) revolucionaron la bacteriología y la cirugía. Con sus investigaciones se consiguió vencer la difteria, el cólera y la rabia, entre otras enfermedades.

Página anterior, abajo, Ivan Pavlov, con sus colegas y uno de sus famosos perros. Sus investigaciones y descubrimientos iniciaron los estudios sobre reflejos condicionados y teorías del comportamiento.

trales hidráulicas, pero la electricidad aún no había reemplazado al vapor como fuente energética de la industria. A comienzos de 1869 se inventó un rudimentario motor eléctrico en Bélgica. Doce años más tarde, un hombre de negocios alemán, Werner Siemens, fabricó el primer tranvía eléctrico que circuló por Berlín. Más importante para la industria fue el éxito del ingeniero francés Deprez, al conseguir transmitir energía eléctrica a través de alambres de alta tensión. La energía pronto se pudo distribuir sin grandes costos desde las centrales a las industrias situadas a cientos de kilómetros de distancia. Las fábricas podrían ser instaladas cerca de los mercados a los que abastecían, y así alejarse de las minas de carbón.

Ningún invento del siglo XIX nos parece ahora tan indispensable como la humilde lámpara eléctrica de Edison. En lo que hace referencia a las comunicaciones internacionales, los primeros cables oceánicos fueron colocados ya en la década de 1850. Cuando se completó la conexión transatlántica, Nueva York lo celebró con una exhibición de fuegos artificiales. El posterior invento de Bell, del teléfono, y el desarrollo de la radio sin cables, de Marconi, completaban el cuadro de los cambios en el ámbito de las comunicaciones.

El motor de combustión interna fue utilizado por primera vez en automóviles comerciales a motor en 1885, cuando las empresas alemanas de Daimler y Maybach, y la Benz, ofrecieron modelos al público. En ese mismo año, Gottlieb Daimler fabricó la primera motocicleta. Al cambiar el siglo, perfeccionado con el invento de la rueda neumática de Dunlop y Michelin, el automóvil comenzó a ser conocido en toda Europa.

Pero el automóvil a motor seguía siendo un juguete aristocrático en 1914. A pesar de la aplicación de las locomotoras pesadas de Rudolph Diesel a algunas zonas de transporte marítimo, la hegemonía del vapor persistió. En el año en que se inició la I Guerra Mundial, el 90% del combustible que se empleaba en la industria y en el transporte provenía del carbón.

Un mundo «pequeño»

A medida que se desarrollaba la industria, el transporte de larga distancia se perfeccionó. En 1914, los canales de Panamá y Kiel se unieron al de Suez como los canales artificiales navegables más grandes del mundo. Barcos con casco de hierro y hélices realizaban la mayor parte del transporte oceánico. También se perfeccionaron las comunicaciones ferroviarias, especialmente en Estados Unidos, donde las costas del Atlántico y el Pacífico quedaron unidas por el ferrocarril el 10 de mayo de 1869.

En Europa el sistema ferroviario se expandió rápidamente desde 1850. El mayor proyecto de todos fue el ferrocarril Transiberiano, cuya primera locomotora circuló en 1904. El largo viaje de Moscú a Vladivostok, que antes duraba varios meses, podía hacerse ahora, con buenas condiciones climáticas, en poco menos de quince días. Los trenes se hicieron más veloces. Locomotoras más ligeras y vagones más cómodos transportaban a sus pasajeros más económica y confortablemente que nunca. El peligro de accidentes disminuyó cuando los raíles de acero sustituyeron a los de hierro.

Eran pocos los europeos que podían viajar en los transatlánticos o en los grandes ferrocarriles transcontinentales, pero otros avances más modestos afectaron a toda la población. Incluso los más humildes comenzaron a usar la bicicleta para liberarse de la monotonía de la vida urbana, pero pronto la bicicleta sería reemplazada por el automóvil de motor de explosión, producido ya masivamente.

En 1900 el globo hinchado con gases más ligeros que el aire abrió la era de la aeronáutica. El sueño de volar en máquinas más pesadas que el aire había fascinado a los inventores durante tanto tiempo, que era difícil creer que fuera posible. El vuelo de los hermanos Wright sobre la costa solitaria de Kitty Hawk, en Carolina del Norte, atrajo escasa atención. A finales de 1903 el tosco aeroplano de Orville Wright, construido en el taller de su hermano, asombró a todos con su primer vuelo. Dos años más tarde, la misma máquina permaneció en el aire durante treinta y ocho minutos. El aviador brasileño Santos-Dumont, cuando realizó su primer vuelo europeo en 1906, con una máquina muy similar a una cometa, creyó sinceramente que era la primera persona que volaba en un vehículo más pesado que el aire.

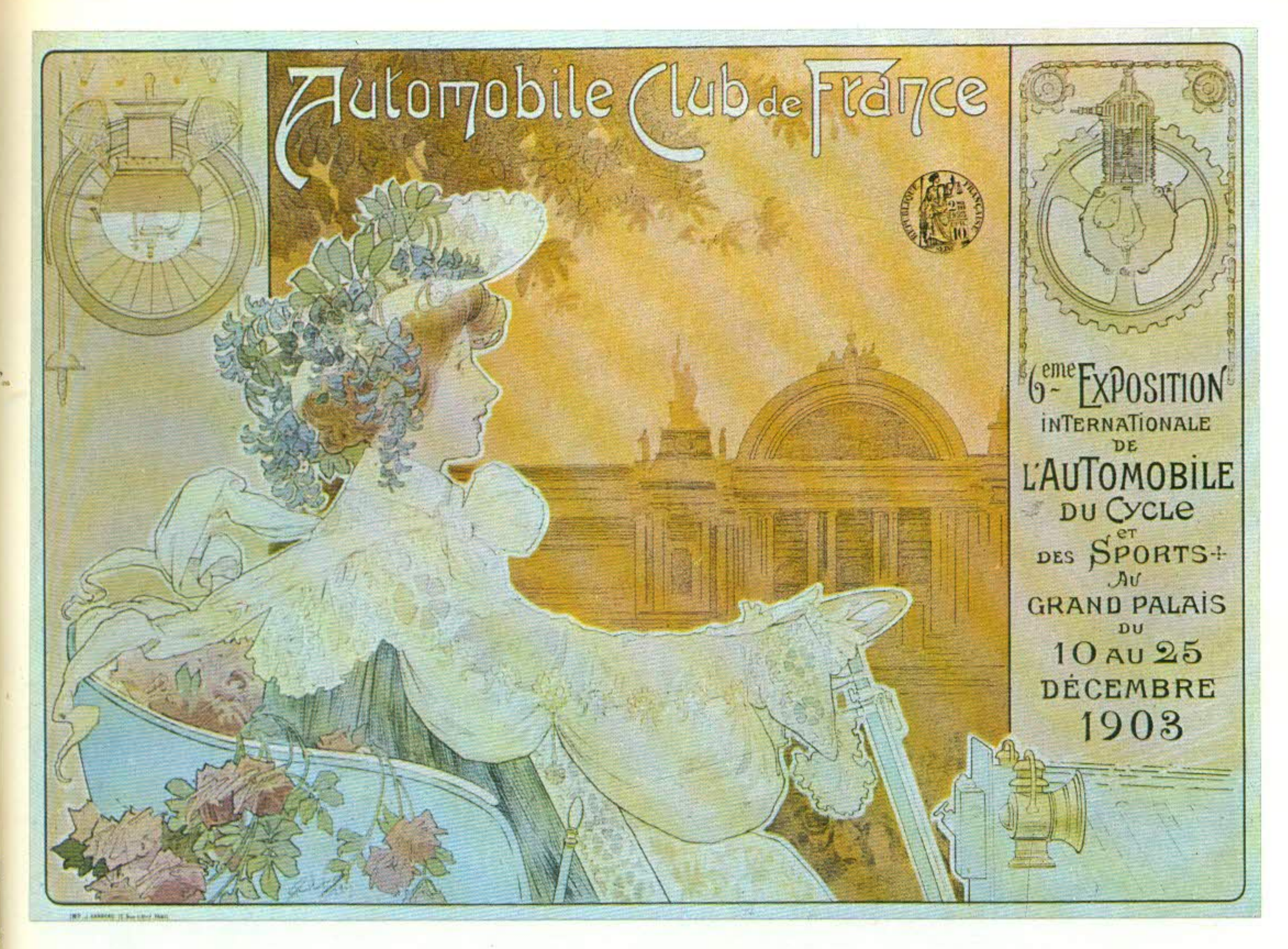
Hubo mayor entusiasmo popular cuando Blériot cruzó el canal de la Mancha entre Calais y Dover en su ingenioso pequeño monoplano, en 1909. Después de esto, volar adquirió un gran atractivo para el público. En la guerra de 1914 a 1918 las posibilidades militares de la aviación fueron al principio nimias, pero luego los aviones fueron ya utilizados como armas mortíferas.



La economía mundial

A medida que se mejoraron las comunicaciones interiores y entre las naciones, fueron especializándose la agricultura y la industria. Lo que se producía podía ahora ser transportado económica y rápidamente de una parte del mundo a la otra. Europa y América pudieron importar con facilidad materias primas, provenientes de las zonas subdesarrolladas absorbidas por el «nuevo imperialismo». La especialización se convirtió en el eje de la vida económica mundial, cuando el vapor y el acero redujeron las distancias y ensancharon el ámbito del mercado mundial.

A fines del siglo XIX, la industria se adaptó rápidamente al uso y a la manufactura de los nuevos inventos. Las comunicaciones permitieron aprovechar mejor las fuentes de materias primas y expansionar los mercados, y a su vez las fábricas se dedicaron a crear los materiales nece-



sarios para tales comunicaciones. Por otra parte, los adelantos en los procesos productivos incrementaron la producción industrial. La producción europea de acero aumentó y se abarató progresivamente desde 1855, cuando Henry Bessemer inventó el transformador que producía acero mediante el paso de aire sobre piezas de hierro fundido. Un adelanto mayor significó el proceso de Martin Siemens, que consistía en el uso de hornos encendidos con gas muy caliente, permitiendo la producción de grandes cantidades de acero templado.

Los avances en minería posibilitaron la explotación de zonas muy ricas. Enormes yacimientos de metales cada vez más importantes como cobre, estaño y zinc, fueron descubiertos en Rusia, Canadá, Estados Unidos, e incluso en África occidental. Los metales más ligeros, de importancia primordial en la industria y en la tecnología del siglo XX, se sumaron a los tradicionales. El aluminio, por ejemplo, fue aislado por primera vez en un laboratorio en 1854, por dos científicos que trabajaban independientemente, el francés Sainte-Claire Deville y el alemán Friedrich Wöhler. Este último también aisló otros dos metales, el berilio y el titanio, que posteriormente se emplearon en la obtención de aleaciones ligeras de acero.

En 1886 se realizó un descubrimiento trascendental, cuando el norteamericano Charles Hall desarrolló el método de la producción de aluminio por electrólisis. Se sabía desde hacía tiempo que el acero se podía endurecer mediante la adición de tungsteno. El duraluminio, un sustituto ligero y duro del acero, fue producido por primera vez en 1908 al combinar aluminio, cobre, manganeso y magnesio. Los metales básicos usados en la moderna tecnología eran ya asequibles, con lo que su producción dio un salto hacia delante. En 1913 la producción de acero era cerca de ciento cincuenta veces superior a la de 1850.

La industria comenzó a producir artículos hasta entonces desconocidos, pero cuya fabricación masiva podía acarrear problemas. Por ejemplo, las nacientes industrias del automóvil y del avión fueron indirectamente responsables del agotamiento del caucho en el Congo. Después de la invención de la rueda neumática por Michelin, y de la introducción de la vulcanización por Goodyear, la demanda mun-

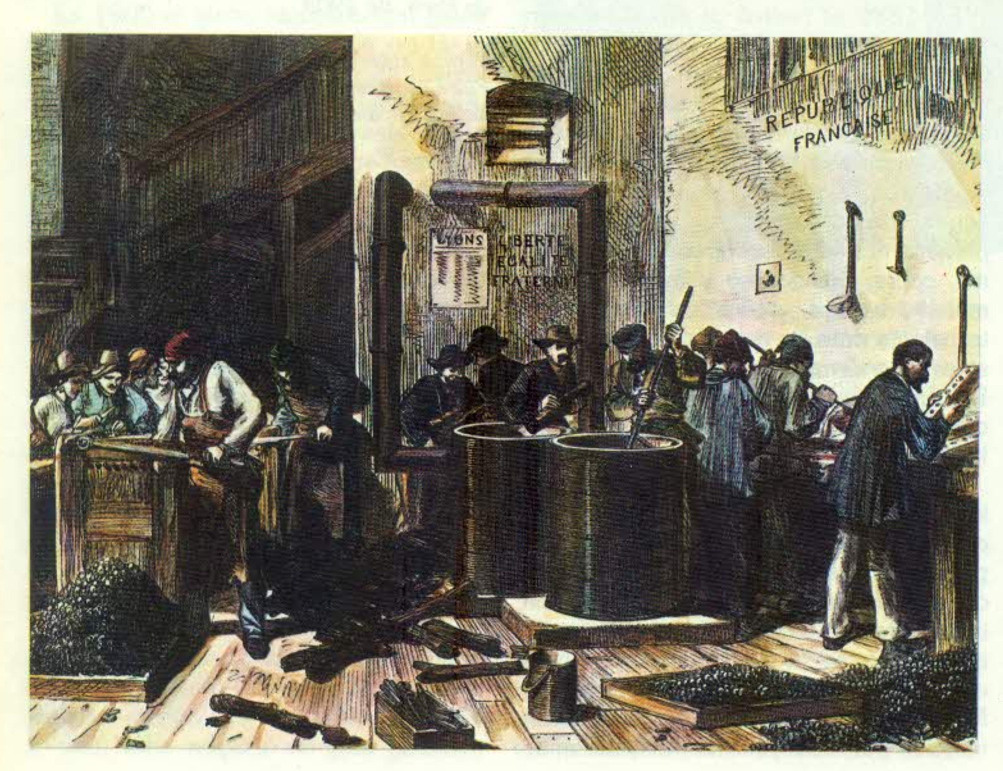
Arriba, uno de los anuncios publicitarios de estilo modernista de la Exposición Internacional del automóvil y los deportes, de París, de 1903.

Página anterior, cartel anunciador de E. Poiré, que representa el Gran Balón Cautivo de la Exposición rusa de París en 1895.

LE TRIOMPHE DE L'AVIATION

EXPOSITION D'UN MONOPLAN

GENRE TRAVERSÉE DE LA MANCHE



dial de caucho fue insaciable, y la única materia prima producida en el Congo, el caucho en bruto, se agotó.

Con resultados menos desastrosos, la inmensa industria textil británica comenzó a buscar nuevas fuentes de algodón en rama, una vez que sus principales suministros desaparecieron con la guerra civil norteamericana. India cultivaba algodón, pero en proporciones moderadas. A finales del siglo, una parte sustancial del algodón de Lancanshire provenía de Egipto, ahora una colonia británica. El perfeccionamiento en el tinte y en el diseño permitieron que los estampados en algodón se pudieran producir en cantidades cada vez más grandes, para ser vendidos en todo el mundo.

El auge de las fibras sintéticas aún tendría que esperar a los grandes complejos químicos del siglo actual, pero la industria textil había dejado atrás la vieja época de la producción artesanal. Las textiles, al igual que la mayoría de las empesas, evolucionaban hacia una era de producción



masiva, caracterizada por la sustitución de las pequeñas empresas.

Lo mismo era aplicable a la agricultura y la ganadería, tradicionalmente el coto del pequeño capital. La especialización, posible por el perfeccionamiento de las comunicaciones, fue beneficiosa, pero al principio, también costosa. Por ejemplo, la ganadería bovina australiana provenía de un área que exigía inicialmente enormes inversiones de capital. En agricultura, la nueva maquinaria y una fertilización efectiva aumentaron los rendimientos, si bien esto significó que se tenían que cultivar zonas más extensas, a fin de conseguir un beneficio económico que compensara el capital invertido. Los pequeños propietarios se arruinaron.

El hecho de que la competencia pudiera sentirse ahora a miles de kilómetros de los lugares en donde se recogían las cosechas, hizo que se acelerara el proceso. Hasta que se establecieron subsidios y aranceles, por ejemplo, era poco rentable para los agricultores europeos cultivar trigo, dado que las importaciones provenientes de América del Norte podían ser compradas a bajo precio. Los pequeños productores fueron obligados a abandonar el mercado, mientras que los poderosos diversificaban sus cultivos o comenzaban a exigir una regulación de los precios. La agricultura europea se mercantilizó. Los pequeños agricultores arruinados pudieron elegir entre trabajar para otros agricultores, irse a las ciudades, o emigrar a otras tierras.

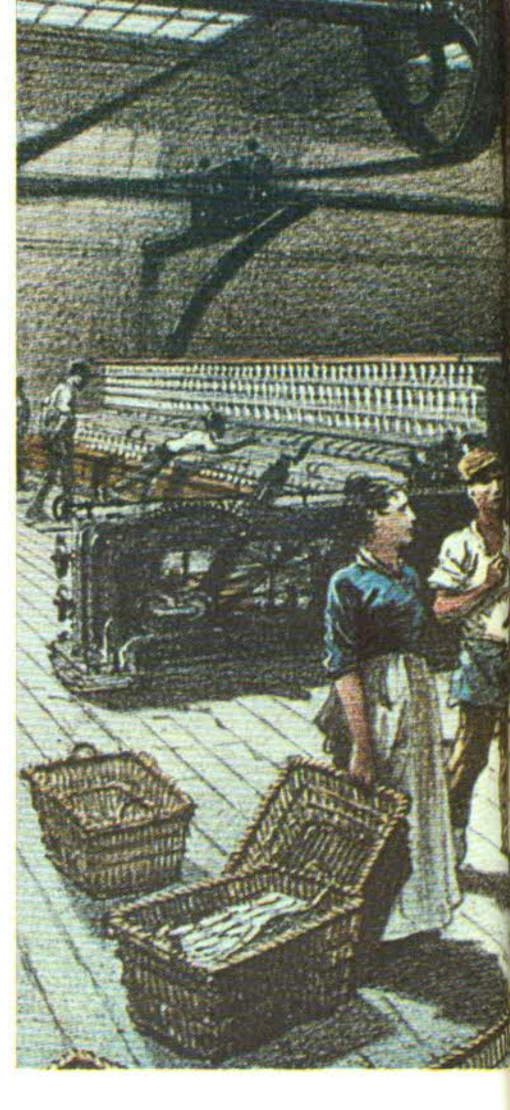
A todos los niveles, las unidades económicas aumentaban sin cesar. Los grandes trusts industriales fueron absorbiendo a un competidor tras otro, y se convirtieron en monopolios; la libre competencia había

Arriba, estandarte de un sindicato de trabajadores del mar de finales del siglo XIX. Los sindicatos han querido siempre mantener un sentido de unidad entre sus miembros. Las asociaciones obreras y gremios suelen tener una bandera o enseña que ocupa un lugar destacado en las marchas y actos festivos.

Página anterior, arriba, cartel de una exposición aeronáutica de principios del siglo XX. El motor de combustión interna hizo posible en 1903 el aeroplano de los hermanos Wright.

Página anterior, abajo, fábrica de fusiles Chassepot en Lyon, a finales del siglo XIX.





destruido a la propia competencia. A finales del siglo, en Europa había compañías que desarrollaban todas las etapas de la producción de cualquier artículo. A su vez, estas compañías obtenían el capital necesario para sus gigantescas operaciones a través de los préstamos de los trusts bancarios, que dominaban en la nueva fase del capitalismo financiero. Los banqueros exigían, a cambio de sus inversiones en las compañías, un cierto número de sus cargos de dirección. Grandes casas financieras como Morgan, Baring y Rostchild consiguieron así una participación en la mayoría de las industrias, y pudieron controlar con efectividad las operaciones de los negocios del mundo entero.

Lo único que no se podía controlar era la tendencia a producir en exceso. La sobreproducción fue la ruina del maduro sistema capitalista del siglo XIX. Cada vez que el volumen de los artículos de consumo en el mercado sobrepasaba la demanda mundial, se producía una depresión. Los años 1877, 1893, 1907 y 1929, por mencionar los ejemplos más graves, contemplaron desastres de este tipo. No se pudo hacer nada para frenar el vaivén del mundo de los negocios, que oscilaba entre el auge y la quiebra, hasta que los gobiernos intervinieron para prevenir la sobreproducción. Mientras tanto, las naciones industriales buscaban frenéticamente nuevos mercados que absorbieran sus excedentes.

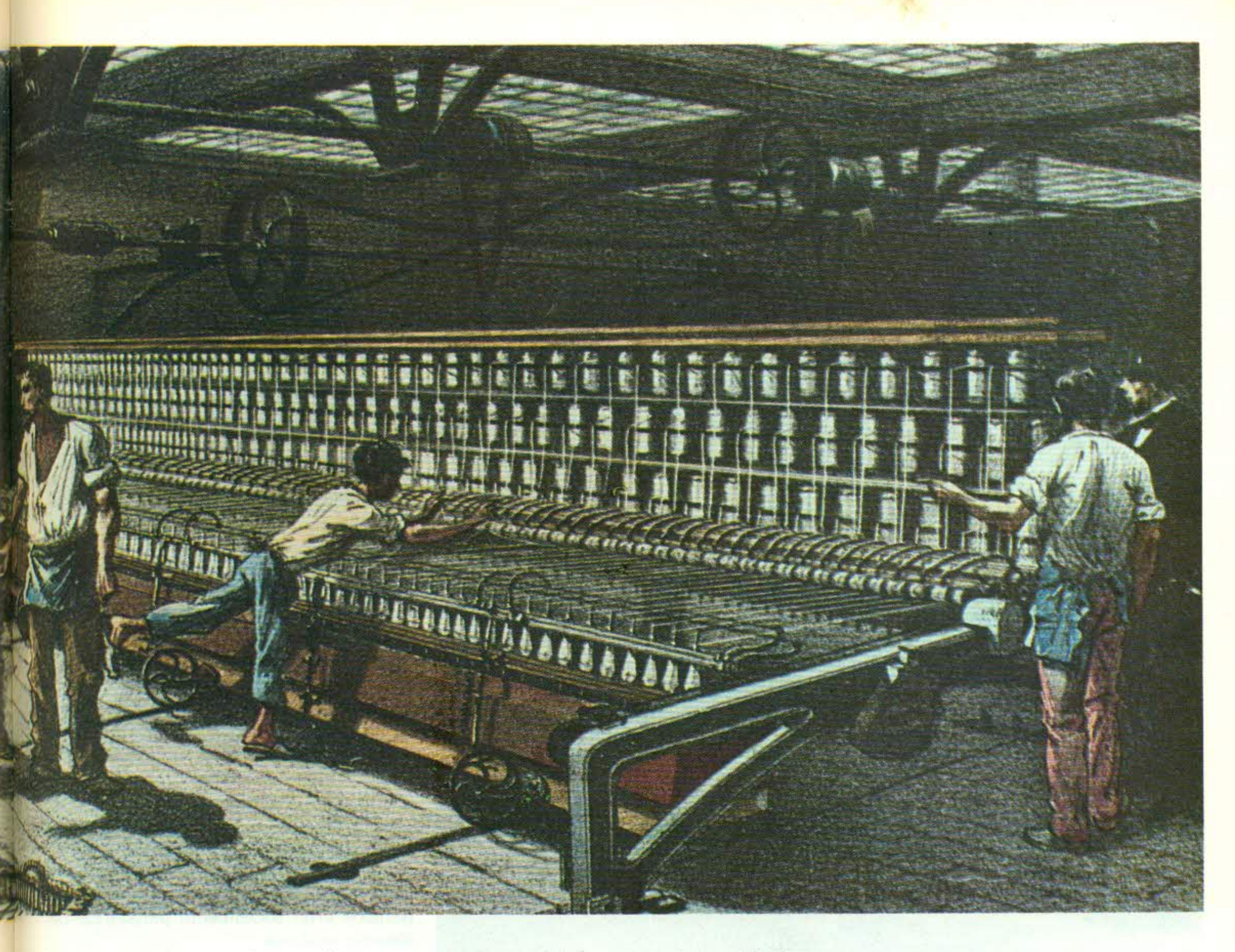
Las depresiones económicas tuvieron efectos desastrosos sobre las masas de obreros que trabajaban en las fábricas. Con cada recesión gran número de ellos se quedaban sin trabajo, y la tensión entre patronos y obreros se agravaba. La industria estaba, en aquel momento, controlada por un número muy reducido de patronos. Los pequeños empresarios se habían transformado en asalariados, y los agricultores que se habían hundido con la creciente competencia se convirtieron en obreros urbanos. Surgió un homogéneo y sólido proletariado, antagonista de los grandes industriales. Marx sostenía que el capitalismo había creado su propio verdugo. Creía también que el capitalismo estaba abocado a una crisis final, en la que no habría más mercados para absorber los excedentes.

Más tarde, Lenin sostuvo que él «nuevo imperialismo» había conseguido posponer la crisis definitiva con la anexión de territorios que se convertirían en nuevos campos para la inversión y la venta, pero una vez éstos se hubieran agotado, la revolución reaparecería. Después de una crisis prolongada, el proletariado, organizado por líderes burgueses desclasados, se volvería contra sus amos y destruiría el sistema capitalista.

Indudablemente, la aceleración de la expansión europea en ultramar estuvo hasta cierto punto relacionada con la necesidad de encontrar zonas de mercado cada vez más extensas. Con todo, la crisis definitiva que Marx y Lenin profetizaron aún no se ha producido. Lo que subestimaron fue la flexibilidad del sistema que analizaron. Así, no podían prever que el economista liberal británico John Maynard Keynes aconsejaría a los gobiernos que gastasen el máximo dinero posible, incluso si ello suponía aumentar la deuda pública, a fin de garantizar los mercados de las industrias nacionales. Tampoco podían imaginar que los capitalistas llegarían a pagar deliberadamente altos salarios, para que sus obreros pudieran comprar lo suficiente, evitando con el gran consumo el colapso provocado por la superproducción.

Hasta la aparición de las sorprendentes teorías de Keynes, la industria de Europa y de América tenía graves dificultades. Cuando los temores de la sobreproducción, o quizás los indicios de la disminución de las provisiones de oro, produjeron la alarma en las bolsas, nada fue más sencillo para aquellos que poseían reservas de dinero que comprar acciones a bajo precio y esperar a que aumentasen de valor en una coyuntura mejor. En el decenio de 1890 no había ningún impuesto sobre los beneficios del capital, pero los falsos rumores podían iniciar el pánico entre los especuladores. Con estos procedimientos, muchos individuos se enriquecieron.

En 1900, Estados Unidos contaba con más de 4.000 millonarios. También se incrementó el volumen de las fortunas individuales. En Europa ocurría exactamente



Arriba, fábrica mecánica de hilaturas en 1892. (Bibliothèque Nationale, París.)

Página anterior, cartel de las líneas marítimas belgoamericanas Red Star Line, que desde 1873 mantenían un servicio regular entre Amberes y varios puertos de América del Norte y del Sur.

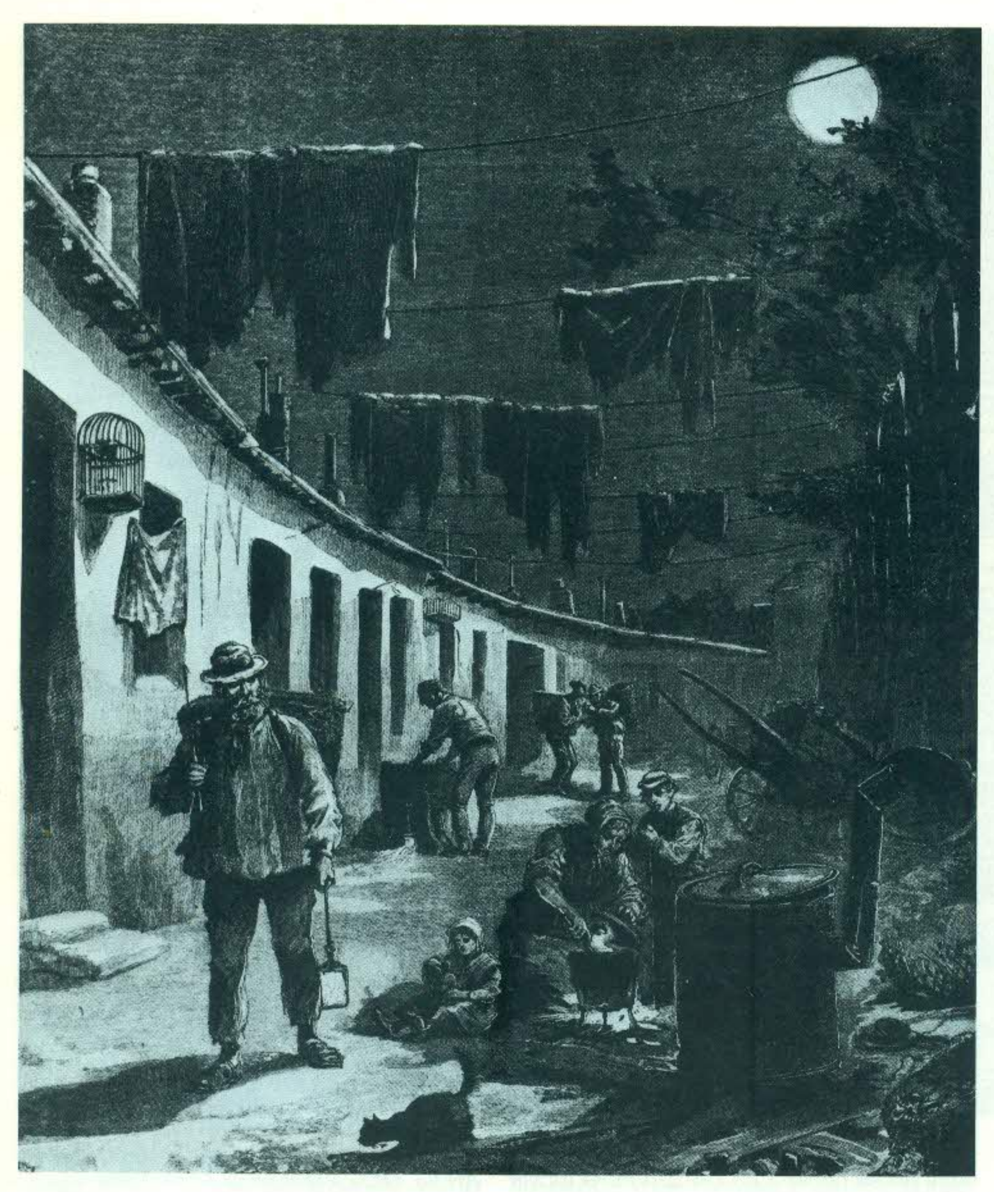
lo mismo. Marx estaba en lo cierto cuando afirmaba que el abismo entre ricos y pobres se ensancharía.

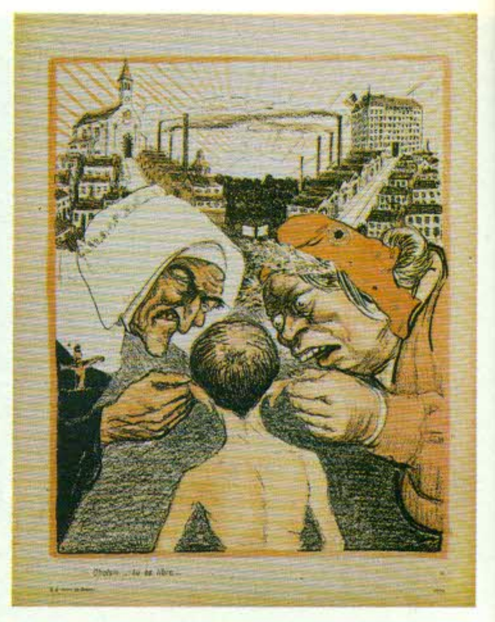
La industrialización también modificó la relación entre el medio rural y el urbano. Hasta el siglo XIX, los hombres más ricos de Europa eran terratenientes. Sin embargo, el aumento de las unidades empresariales posibilitó que hombres como Krupp –en la industria alemana del acero y el armamento–, Michelin –en la industria cauchera francesa–, Morgan –en la banca norteamericana– amasaran fortunas jamás soñadas hasta entonces. Una parte importante de las legiones de obreros que se necesitaron para hacer funcionar las fábricas provenían del medio rural. Los agricultores que no podían superar la competencia de la gran propiedad buscaron un medio de vida mejor en las crecientes ciudades industriales.

Los nuevos complejos industriales se vieron también beneficiados con la explosión demográfica del último cuarto del siglo XIX. Europa tenía en 1870 una población de 293 millones de personas, y en 1914 contaba con 490 millones. Este auge no se debió a un cambio en el índice de natalidad, sino a un asombroso incremento de la esperanza de vida. El índice de mortalidad bajó debido a las mejoras higiénicas resultantes de que la investigación médica se centrara en prevenir la enfermedad en vez de luchar contra ella cuando ya se había manifestado.

Las masificadas ciudades europeas crearon muchas dificultades a quienes tenían que gobernarlas. Por una parte, los obreros que vivían en ellas comenzaron a aunar sus esfuerzos para mejorar sus condiciones de vida, amenazando la situación de sus patronos. Un problema más inmediato era el de la salud. Los gobiernos europeos y las autoridades locales tuvieron que hacer frente a los riesgos ocasionados por la inmundicia y la superpoblación.

Hacia el final del siglo se estaba de acuerdo en que las ciudades debían ser planificadas para dar a sus habitantes, al menos, un grado razonable de luz y un espacio mínimamente adecuado. Se reconoció que el riesgo de infección provenía de la acumulación de las basuras y de las





El típico individuo de la clase media, en el decenio de 1890, no poseía ya su propia pequeña empresa, pero estaba empleado en otra mayor. También había profesionales especializados. En contraste con los obreros, ninguno de estos grupos sociales tenía la menor intención de destruir el sistema capitalista. Utilizaron sus votos para presionar sobre quienes eran más ricos y poderosos que ellos, formando para ello alianzas temporales con los obreros.

Este impulso, en la última parte del siglo, dio lugar a la organización de los grandes partidos liberales europeos. Tales partidos eran socialmente partidarios del sistema existente.

El elemento más eficaz con que contaban los obreros para luchar era su fuerza de trabajo. El objetivo era amplio: las condiciones de trabajo eran miserables, los horarios exageradamente largos, los salarios bajos y la seguridad o la esperanza de promoción inexistentes. Si bien muchos soñaban con un nuevo orden socialista en el que tales abusos no existirían, otros se unieron a los liberales para conseguir mejoras a corto plazo. Pero los liberales confiaban en el mecanismo político, en tanto que los obreros confiaban en forzar las concesiones mediante la acción directa. En consecuencia, se forjaron uniones de trabajadores que utilizaban eficazmente el arma de la huelga. A veces, contaban con el apoyo de la pequeña burguesía. En la década de 1890 fueron incluso apoyados por la Iglesia católica, que dejó a un lado su tradicional conservadurismo en un intento inteligente de alejar a los pobres del ateísmo socialista.

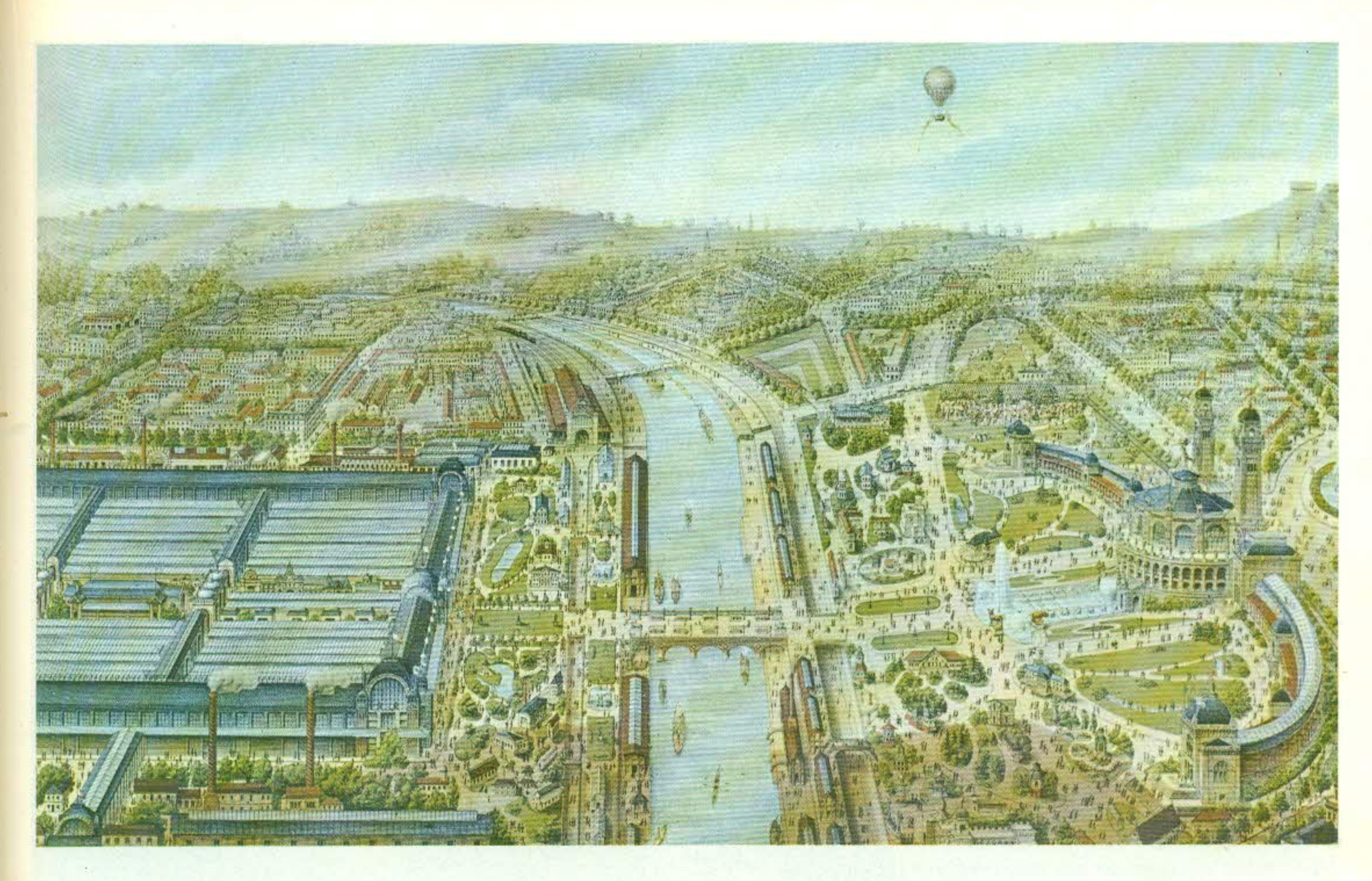
El primer problema de los sindicatos fue el que sus huelgas y su propia existencia eran ilegales en la mayoría de los países europeos. La negociación colectiva po-

aguas residuales. El suministro de agua potable era un servicio indispensable para la salud pública. A medida que el modelo de crecimiento se combinó con precauciones higiénicas más estrictas en todas las ciudades, los antiguos ciclos de epidemias, como las fiebres tifoideas y el cólera, desaparecieron gradualmente. Al mismo tiempo, se extendió el papel del Estado en el gobierno de los ciudadanos.

El ascenso del proletariado

A medida que las poblaciones urbanas aumentaban, las diferencias entre los que poseían negocios y los que trabajaban en ellos se agudizaron. Cuando los obreros fueron agrupados por el capital, se apercibieron de que tenían intereses comunes y compartían los mismos agravios contra los magnates de la industria que controlaban sus vidas. Había nacido una masiva clase obrera, que como electorado, revolucionaría la política europea posterior a la I Guerra Mundial. A finales del siglo XIX, sectores obreros comenzaron a expresar y organizar su oposición al sistema capitalista. La acción huelguística se convirtió en algo más militante, y los partidos socialistas surgieron por todo Occidente. La I Internacional, fundada en 1864, se colapsó unos años después. Luego se organizó la II Internacional, en 1889, como una expresión política del proletariado.

El movimiento socialista internacional, comprometido en destruir el capitalismo, nació del nuevo orden industrial. Este último supuso también una gran expansión de las clases medias urbanas. Sus nuevos miembros eran hombres con cierta cultura, cuyos salarios eran suficientes, aunque sus puestos de trabajo dependían de la prosperidad de la gran industria. El hecho de que la propiedad industrial se concentrara en tan pocas manos redujo las oportunidades de prosperar.



día también ser definida como «conspiración en contra del comercio». Gradualmente, los sindicatos consiguieron la legalidad y el reconocimiento de los derechos a la huelga y al piquete.

El sindicalismo

Los sindicatos de Francia eran los más radicales de Europa. Su reconocimiento, mediante el decreto de Jules Ferry en 1883, fue seguido en 1886 por la creación de la Federación Nacional de Sindicatos, de tendencia marxista. Pero los primeros progresos eran lentos. Otra ley, en 1884, prohibía la creación de sindicatos de empleados a nivel estatal, lo cual afectaba a los importantes sectores ferroviarios.

A fines de siglo, solo unos 600.000 obreros franceses poseían carnet sindical. Parte de esta debilidad era debida a la falta de unidad. Los sindicatos no sólo incluían a líderes como Jules Guesde, revolucionarios, sino también a otros únicamente interesados en utilizar los sindicatos como sociedades pacíficas de obreros, capaces de administrar los fondos y ayudas durante los períodos de desempleo o enfermedad. Tales eran los propósitos de las bolsas de trabajo, creadas en 1887 y federadas cinco años más tarde, aunque también podían ser empleadas como base de una agitación radical, anarquista o «sindicalista». Las bolsas de trabajo de organizaron en la Confederación General del Trabajo (CGT), en 1902. La división sindical afectaría durante muchos años al movimiento obrero francés.

El radicalismo dificultó a veces la vida sindical, con su rechazo del reformismo y de cualquier concesión procedente del oportunismo político. Los políticos burgueses franceses estaban aún obsesionados con los recuerdos de la Comuna de 1871, por lo que las concesiones realizadas fueron moderadas. Pero fueron también mal recibidas. Cuando el socialista Alexandre Millerand fue nombrado secretario de Comercio en 1899, su abandono en favor de la política burguesa fue considerado en los círculos obreros como una traición directa. El hecho de que se creara un nuevo departamento de Asuntos Laborales, que se aumentara el salario mínimo y que se publicara una legislación sobre el horario máximo, instituyéndose la jornada de once horas, no hizo que mejorase la reputación de Millerand.

El movimiento obrero francés era, pues, más radical que los de Gran Bretaña y Alemania. En 1906, la CGT reafirmó su fe en la huelga general a través de la Carta de Amiens. En esa época la organización estaba muy influenciada por el sindicalismo revolucionario de Georges

Arriba, complejo fabril Ansaldo, de Génova, con astilleros navales e instalaciones para la producción de locomotoras. Italia entró con algún retraso en el maquinismo industrial, en comparación con las naciones del norte.

Página anterior, izquierda, grabado que muestra la pobreza de algunos barrios parisinos a finales del siglo XIX. En esa época empezaron a dictarse algunas medidas para mejorar la salud pública en Francia.

Página anterior, derecha, caricatura que satiriza las pocas oportunidades que se abrían ante los desheredados en la sociedad industrial: la Iglesia o el Ejército.

Sorel, que contrastaba con el reformismo de las *Trade Union* británicas.

En 1914, la CGT se opuso vigorosamente a la participación obrera en la Gran Guerra. Ninguna otra organización obrera europea estaba lo suficientemente divorciada del nacionalismo burgués como para ser capaz de hacer lo mismo. Solamente en España e Italia existían movimientos obreros revolucionarios vinculados al anarcosindicalismo. En Rusia, el sindicalismo fue reconocido legalmente en 1906, pero los dirigentes siguieron en la clandestinidad para evitar a la policía zarista. En 1914, nadie preveía que sería en Rusia donde se crearía el primer estado socialista.



El socialismo internacional

En los círculos socialistas del siglo XIX, Karl Marx y Mikhail Bakunin fueron las figuras decisivas.

Las tesis de Marx sobre la historia y la sociedad, plasmadas sobre todo en el *Manifiesto Comunista* y *El Capital,* todavía son discutidas hoy. Sin embargo, ello no debe ocultar el hecho de que Marx fue un líder discutido entre los socialistas de su propia generación. En primer lugar, Marx se oponía firmemente a la cooperación con los socialistas reformistas, clericales o liberales: «El pueblo –afirmaba–, siempre que se une a ellos, descubre en sus cuartos traseros los viejos escudos de armas feudales». A pesar de ello, la oposición más seria al marxismo provino del sector anarcosindicalista del movimiento obrero. Esto fue especialmente evidente en la Primera Internacional.

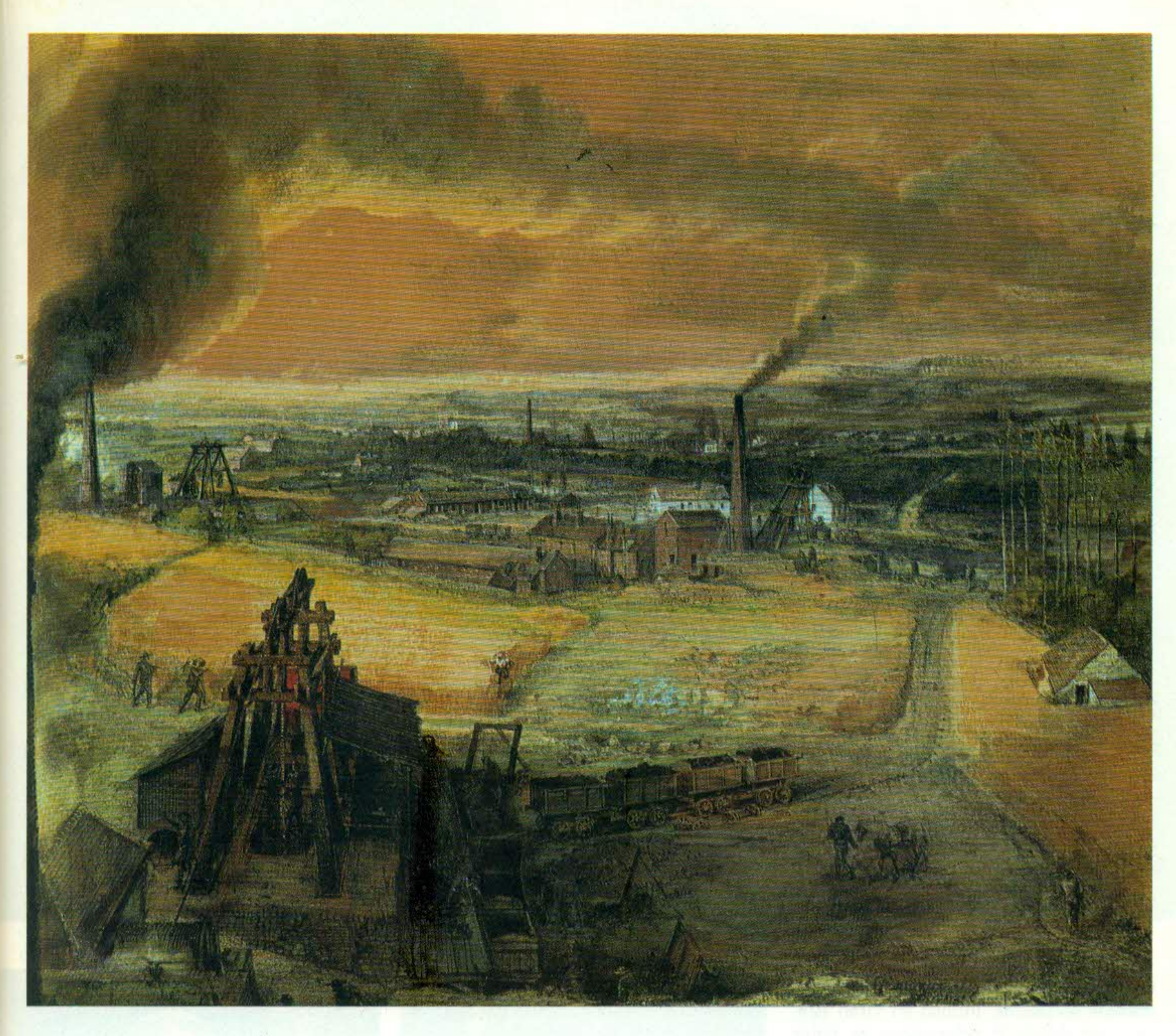
La I Internacional, llamada oficialmente Asociación Internacional de Trabajadores, se fundó en Londres en 1864. Atrajo a todas las fracciones del movimiento obrero europeo, y a pesar de sus divergencias internas tenía cerca de 800.000 miembros a finales de la década. Un número considerable de estos afiliados eran socialistas marxistas, en permanente discusión con los seguidores de Pierre Joseph Proudhon. Éste fue un autodidacta francés, que trabajaba de impresor, y consiguió dominar un gran sector del obrerismo europeo con sus ideas sobre la pedagogía de los obreros y la formación de cooperativas obreras autogestionadas como medios para atacar al capitalismo y aislar al Estado. En la I Internacional, su legado lo recogió finalmente Bakunin.

El líder de la oposición socialista libertaria contra los socialistas estatistas o marxistas era Mikhail Alexandrovich Bakunin, un revolucionario ruso de origen aristocrático. Participó en las revoluciones de 1848 y después pasó ocho años encarcelado en Sajonia. Los sajones le entregaron a los rusos, que a su vez le enviaron a Siberia. Escapó de allí, y atravesando China, embarcó en Yokohama (Japón) hacia Estados Unidos. Posteriormente llegó a Londres.

Su tesis de reemplazar los organismos estatales por comunas obreras autogestionadas soliviantó a los marxistas, partidarios de una revolución socialista rígidamente centralizada. Pero sus ideas interesaron en países donde había escasas posibilidades para una revolución como Marx la entendía, y donde la idea del federalismo socialista cuajó en amplios sectores obreros e intelectuales. Cuando Bakunin y sus seguidores aparecieron en el Congreso de la Internacional, en 1869, recibieron el apoyo de los delegados suizos, españoles e italianos, con la oposición de franceses, alemanes y británicos.

Bakunin intentó independizar la Internacional del «autoritarismo germano» de Marx. Los socialistas libertarios fueron expulsados de la Internacional en 1872, pero su influencia era tan grande que la expulsión hundió a la organización. Marx trasladó los restos de la Internacional a Nueva York, pero ésta se deshizo en 1874.

Bakunin falleció en 1876, y Marx en 1883, pero el movimiento obrero europeo continuó dividido. En la década de 1880 se fundaron los primeros partidos socialistas. En 1889 se reunieron en París delegados de todas las naciones europeas para constituir la II Internacional. Entre ellos estaban el socialista escocés Keir Hardie y el «revisionista» alemán Eduard Bernstein. Su programa era sencillo. Anunciaron que trabajarían en pos del su-



fragio universal y de mejores condiciones laborales, y realizarían un día de huelga simbólica el primero de mayo de cada año. No establecieron una sede permanente, pero finalmente se ubicaría en Bruselas en 1900.

La II Internacional había aprendido lo suficiente de la experiencia pasada sobre el intento de excluir a los anarcosindicalistas. Pero ahora, las disensiones no vendrían por los socialistas libertarios. En 1889, en París, coincidieron dos tendencias. Por un lado, los marxistas, que se identificaban con la II Internacional. Por otra parte, había un sector «posibilista» o reformista, dispuesto a trabajar en colaboración con la burguesía. Sin embargo, de momento no podían ser excluidos de la nueva Internacional.

La nueva amenaza era el «revisionismo» cuyo punto de partida era que las mejoras obtenidas por la clase obrera y la potencia del capitalismo posponían indefinidamente la revolución. El nuevo papel del movimiento obrero debía ser, pues, conseguir alzas en los salarios, y forzar concesiones en cuanto al sufragio y a las condiciones laborales, por parte de los políticos liberales.

Los revisionistas alemanes Eduard Bernstein y August Bebel se convirtieron en los principales oponentes del socialismo marxista ortodoxo. A ambos les fue fácil ilustrar sus argumentos con sus propias experiencias. Seguros de su vía constitucionalista, propusieron incluso abolir la huelga general. Los marxistas estaban dirigidos por el francés Jules Guesde, líder ahora del Partido Obrero Francés, e impregnado de cierto nacionalismo. Cada conferencia de la Internacional finalizaba con un violento intercambio de insultos y peleas, que no eran más que la expresión de las diferencias existentes.

Arriba, minas de hulla en Blanzy (Saona y Loira), hacia 1860, según una acuarela de F. Bonhomme. (Musée des Arts et Métiers, París.)

Página anterior, «5.000 pobres invitados por el rey», en Londres. Caricatura del Petit Journal *(París), de fines del siglo XIX.*

A nivel de nación también había profundas divisiones internas en los movimientos socialistas. Incluso en Gran Bretaña, en donde el reformismo se había impuesto, la Federación Socialdemócrata permanecía independiente del Partido Laborista, y aún defendía ciertas posturas revolucionarias. La situación era más grave en Francia, donde los sindicalistas habían debatido la supuesta traición del socialista Millerand al entrar en el gabinete de Waldeck-Rousseau en 1899, y los ataques de Guesde contra el moderado Jaurès se intensificaron. En Rusia, los principales oponentes de Lenin, antes de 1917, eran los mencheviques.

En el ámbito internacional, Karl Kautsky reemplazó a Bernstein como líder europeo de los revisionistas. La crisis de la Internacional se agudizó brutalmente en torno a la I Guerra Mundial.

Los revisionistas creían que el socialismo podía lograrse con métodos pacíficos. En la primera década del siglo, los partidos socialistas y las asociaciones obreras se habían convertido en verdaderas fuerzas que podían ejercer auténtica presión en el seno de la estructura capitalista de la sociedad. El futuro parecía desvincularse de los violentos revolucionarios, hasta que la tensión de la guerra aceleró La Revolución rusa de 1917.

Mientras, el revisionismo resultaba más atractivo, pues no exigía el abandono de las lealtades nacionalistas. La conferencia de la Internacional de 1912 rechazó una propuesta francesa, que defendía el uso de la huelga general como arma para evitar una guerra capitalista. Esto suponía la aceptación de que la acción directa y violenta se descartaba en favor del «socialismo evolutivo». Para un gran sector del movimiento obrero la lealtad al Estado era más importante que la lealtad a la clase.

La ya fragmentada II Internacional se colapsó definitivamente con la guerra de 1914 a 1918. Era difícil hablar de solidaridad de clase cuando los políticos socialistas de Gran Bretaña y Alemania habían votado impuestos para combatirse mutuamente.




INTERNATIONAL Working Men's Association

Intern.le Arbeiter Assoc.n — Association Intern.le des Ouvriers — Associ.ne Intern.le d'Operai

CARD OF MEMBERSHIP

This is to Certify that Cit. H. Jung was admitted a Member of the above Association in September 1864 and paid as his Annual Subscription for the year 1869 0. 2. 0.

R. Shaw Corresponding Secretary for America

Bernard Cor. Sec. for Belgium — Jules Johannard Italy

Eugene Dupont France — Anthony Zabicki Poland

Karl Marx Germany — H. Jung Switzerland

Wm Stepney Treasurer — J. George Eccarius Sec. to Gen. Council



Arriba, Mikhail Bakunin (1814-1876), teórico anarquista y máximo oponente de Marx en la I Internacional. Bakunin no creía en la «dictadura del proletariado» y sí en la destrucción del aparato estatal. Proponía la asociación de comunas socialistas y vinculadas federalmente.

Izquierda, arriba, carnet de miembro de la Asociación Internacional de Trabajadores (1869), de la I Internacional.

Izquierda, abajo, el papa Pío IX (elegido en 1846). Durante su mandato fueron incorporadas al nuevo reino de Italia todas las posesiones papales, excepto la ciudad del Vaticano.

Página anterior, arriba, huelga en unos altos hornos franceses de creosota, 1899.

Página anterior, abajo, el papa León XIII, por F. Cipolla. (Fototeca Storica Nazionale, Roma.)

La reacción clerical

Las dificultades de la II Internacional eran lógicas. El sistema capitalista había efectuado concesiones que mitigaron el ardor de amplios sectores del socialismo. El voto de la clase obrera y las reformas en las condiciones laborales en las fábricas frenaron el impulso revolucionario. Pero la estructura esencial de la sociedad europea permaneció intacta. Existía todavía una clase de hombres muy ricos y poderosos que tenían bajo su dominio el control absoluto de la industria y con poder real sobre las vidas de la gran masa de trabajadores.

Las cosas evolucionan de tal modo que incluso la Iglesia católica comenzó una campaña en favor de concesiones a los obreros, tras la muerte de Pío IX en el año 1878. Había cierto humanitarismo en la nueva orientación social eclesiástica, pero la Iglesia católica buscaba especialmente frenar el materialismo socialista que no coincidía con sus principios.

Sin embargo, antes la Iglesia católica había pasado por un período de reacción medieval, durante el largo pontificado de Pío IX. Éste fue un opositor absoluto a toda reforma, política o teológica. Después de su huida de Roma en 1848, se convirtió en uno de los defensores más importantes del viejo orden en Italia y en toda Europa. Su conservadurismo afectó profundamente a su teología. En 1854, en la bula *Ineffabilis Deus*, trazó la doctrina de la Inmaculada Concepción. Esto suponía revivir los aspectos místicos del catolicismo, acosados por el liberalismo y el socialismo.



Más arcaica aún fue la insistencia de Pío IX en reafirmar la doctrina de la infalibilidad papal. Hasta su muerte acaecida en 1878, estuvo envuelto en una lucha implacable con los católicos «galicanos», que sostenían que cada obispo debería tener cierto grado de independencia en su diócesis.

Las actitudes del Vaticano hacia los cambios operados en Europa durante el pontificado de Pío fueron resumidas en su encíclica *Quanta Cura* y en el documento *Syllabus de los errores más importantes de nuestro tiempo* (1864). El nacionalismo, el liberalismo y el socialismo, fueron rotundamente condenados. Los li-

berales rechazaron la actitud papal, y Bismarck, como respuesta al conservadurismo del papa, organizó la *Kulturkampf* ("lucha de civilizaciones") contra el Vaticano.

No era sólo el catolicismo el que reaccionaba contra los cambios del mundo moderno. Las iglesias protestantes sufrieron también el ataque de la nueva intelectualidad, particularmente de los defensores de Darwin. Más tarde, algunos teóricos religiosos se adaptaron al mundo posdarwiniano, al afirmar que las naciones cristianas protestantes habían sobrevivido por ser las más fuertes, y que su obligación era la de gobernar a otras razas y religiones –incluyendo a los católicos–, menos favorecidos en la lucha por la existencia.

La primera reacción protestante contra el darwinismo, fue muy dura. Su primera intención fue combatirlo recurriendo al fundamentalismo, sosteniendo que a partir de la lectura literal de la Biblia, las conclusiones de *El origen de las especies* de Darwin eran erróneas y pecaminosas. El mismo tipo de oposición intransigente adoptaron católicos y protestantes contra el socialismo.

Fue quizá debido al fracaso visible de semejante ataque frontal, que las iglesias comenzaron a cambiar de actitud. Si la reforma social no podía ser evitada, el plan más constructivo sería el de liberarla de su contenido ateo y ponerla bajo la supervisión de los clérigos liberales. Esta táctica fue evidente en el caso de la Iglesia católica, bajo el pontificado del sucesor de Pío IX, León XIII. Los católicos liberales, reprimidos bajo Pío IX, intentaron ahora destruir el atractivo del socialismo mediante la mejora de las condiciones de la clase obrera en las naciones católicas de Europa. Colaborando con los partidos liberales, organizaron amplios programas de educación para los obreros. Con ello, se intentaba extender la creencia de que se podía conseguir una reforma sustancial sin abandonar la religión ni las prácticas religiosas tan arraigadas entre el pueblo.

El propio León XIII teorizó el nuevo catolicismo social. Su bula *Immortale Dei*, de 1885, permitió a los católicos franceses cooperar con la Tercera República, antes condenada por El Vaticano. Con efectos de mayor alcance, la bula *Rerum Novarum* exigía concesiones para la clase obrera: «Cuanto mayor fuere la abundancia de medios procedentes de las leyes generales del país, tanto menor será la necesidad de utilizar medios especiales para aliviar a los obreros». El nuevo papa incluso animó a los católicos del sur de Alemania para reconciliarse con Bismarck, con la esperanza de destruir el *Kulturkampf*. Fue únicamente a partir de la

EL SIGLO XIX

Año	Política en Occidente	Ciencia, industria y sociedad	Política en el resto del mundo
1815	Revoluciones en Europa	Ferrocarril Stockton-Darlington (1825)	Raffles adquiere Singapur (1819) Ocupación británica de Rangoon (1824) Gran Bretaña reclama Australia (1829)
1830	Reforma parlamentaria en Inglaterra (1832) Emancipación de los esclavos en las colonias británicas (1833) Formación del *Zollverein* (1834)	Viaje de Darwin en el *Beagle* (1831) Inauguración de la línea Lyon-Saint Étienne Comienzo de la construcción del ferrocarril en Francia (1831) Faraday inventa la dinamo (1832) Robert Owen funda el primer sindicato en Gran Bretaña (1834)	Gran migración (1836) Estalla la Guerra del Opio (1839)
1840	Abolición de la ley de Cereales (1846) Pío IX, papa (1846) Año de revoluciones (1848) Víctor Manuel, rey de Piamonte (1849)	Elias Howe inventa la máquina de coser (1846)	Firma del Tratado de Nankín California es anexionada por Estados Unidos (1848) Primer viaje de Livingstone (1849)
1850	Cavour toma posesión de su cargo (1852) Proclamado el Segundo Imperio en Francia (1852) Estalla la Guerra de Crimea (1853) Garibaldi regresa a Italia (1854) Conferencia de Paz en París (1856) Conspiración de Orsini (1858) Pacto de Plombières (1858) Primera guerra austro-italiana (1859)	Primera Exposición Internacional en Londres (1851) Aislamiento del aluminio (1854) Introducción del convertidor siderúrgico de Bessemer (1856) Tendido del cable telegráfico del Atlántico (1858) Publicación de *El origen de las especies*, de Darwin (1859)	Sublevación de Tai-ping (China) (1851) El comodoro Perry llega a Japón (1851) Motín en la India (1857) Paz de Tientsin (1858) Francia ocupa Saigón (1858)
1860	Campaña siciliana de Garibaldi Emancipación de los siervos rusos por Alejandro II (1861) Primer Parlamento italiano (1861) Estalla la Guerra Civil americana (1861) Muerte de Cavour (1861) Bismarck entra en la política (1862) Sublevación polaca (1863) Prusia ocupa militarmente los ducados de Schleswig y Holstein (1864) Guerra austro-prusiana; batalla de Sadowa (1866) Sublevación romana (1867) Creación de la Confederación Alemana del Norte (1867) Candidatura Hohenzollern Guerra franco-prusiana; batalla de Sedán	Perfeccionamiento del sistema de fundición Siemens-Martin Pío IX promulga la encíclica *Syllabus Errorum* (1864) I Internacional (1864) Lister introduce los antisépticos (1865) Primer Congreso de los sindicatos británicos (*Trade Union*) (1868) Apertura del canal de Suez (1869) Primer motor eléctrico (1869) Clasificación de los elementos químicos por el ruso Mendeleev (1869) Finalizada la línea férrea de la American Transcontinental (1869)	Rusia ocupa Vladivostok Speke y Burton descubren las fuentes del Nilo (1862) Camboya se convierte en protectorado francés (1863) Rholfe cruza el Sahara (1867) Masacre de católicos en Tientsin (China)

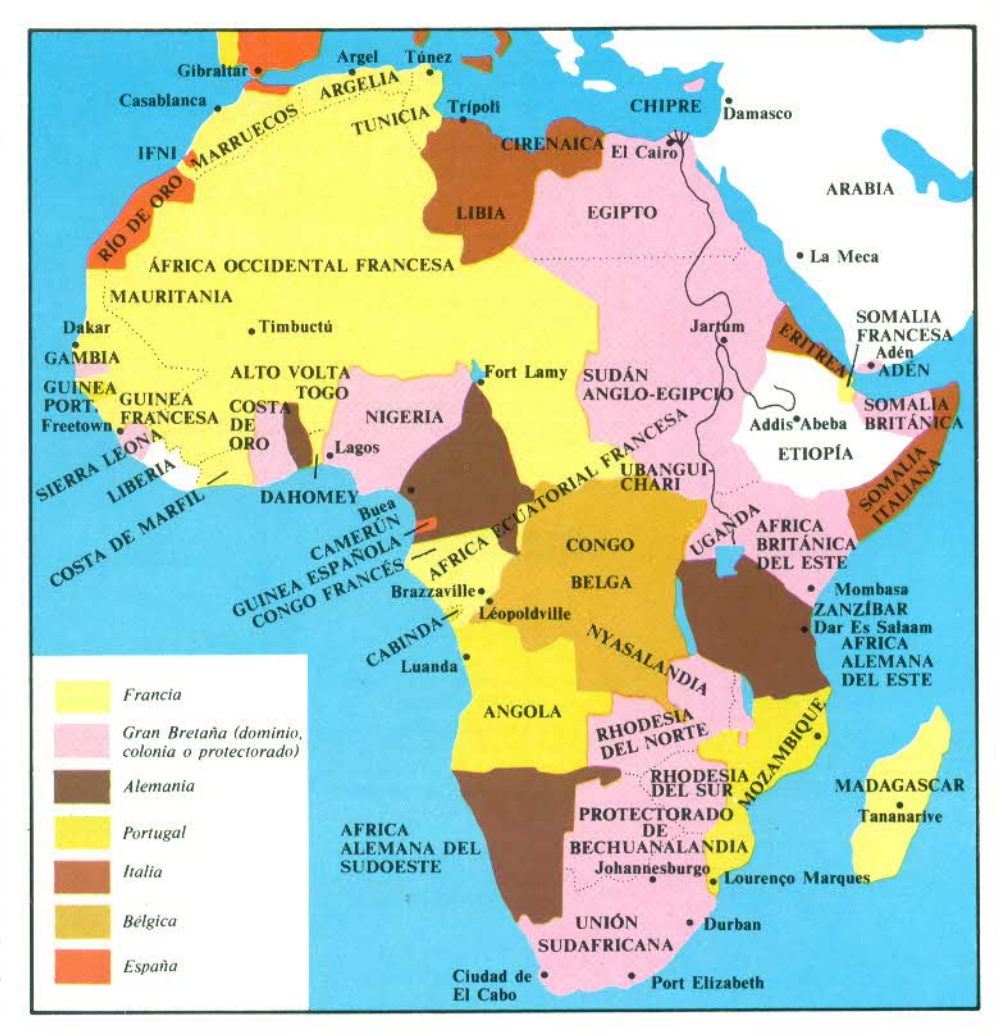
1870	Roma capital de Italia Proclamación del II Reich (1871) Gobierno de comuneros en París (1871) León XIII, papa (1878)	Escisión anarquista de la Internacional (1872) Programa de Gotha (1875) Lámpara eléctrica de Edison (1879)	Livingstone y Stanley se encuentran en Ujiji (1871) Compra británica de Suez (1875) La reina Victoria, «emperatriz de la India» (1876)
1880	Conferencia sobre el expansionismo colonial de Berlín (1884) Fin de la esclavitud de los negros en Brasil (1888)	Siemens: tranvía eléctrico (1881) Muerte de Marx (1883) Parsons: turbinas de vapor para los barcos (1884) II Internacional (1889)	De Brazza explora el Congo Revuelta bóer (1881) Gran Bretaña bombardea Alejandría y ocupa Egipto (1882) Los alemanes invaden Togo (1883) La Conferencia de Berlín prepara la partición de África (1884) Mahdistas toman Jartum (1885) Descubrimiento de oro en Transvaal (1886) Organización francesa de Indochina (1887)
1890	Fundación del Partido Laboralista de Gran Bretaña (1893) Guerra hispano-norteamericana (1898)	Fundación de la Confederación General del Trabajo en Francia (1895) Marconi: telegrafía sin hilos (1895) Roentgen descubre los rayos X (1895)	Creación de la Unión Colonial en Francia (1893) Guerra chino-japonesa (1894) Aumenta la tensión anglo-bóer (1896) Francia anexiona Madagascar (1896) Incidente de Fashoda (1898) Estados Unidos adquiere Hawaii, Filipinas y Puerto Rico (1898) Estalla la guerra bóer (1899)
1900	Primera Revolución rusa (1905) Primera *Duma* en Rusia (1906) Entente anglo-rusa (1907) Segunda crisis marroquí (1911) Atentado de Sarajevo y I Guerra Mundial (1914)	Primer vuelo de Orville Wright (1903) Finalizada la línea férrea del Transiberiano (1904) Carta de Amiens (1906) Primer vuelo europeo de Santos-Dumont (1906) Recesión del mercado de valores (1907)	Rebelión bóxer en China Paz de Vereeniging y fin de la guerra bóer (1902) Guerra ruso-japonesa (1904) Gran Bretaña y Rusia se establecen en zonas del Tibet, Afganistán y Persia (1907) Francia ocupa Casablanca (1907)

muerte de León XIII en 1903, y la elección de Pío X, cuando Roma perdió totalmente su fuerza social. Pío X, al igual que Pío IX, pasó gran parte de su pontificado combatiendo el «modernismo», excomulgando a infinidad de católicos liberales. A diferencia de León XIII, decidió abandonar las clases trabajadoras al socialismo. Su teología no estaba muy alejada de la de santo Tomás de Aquino, eminente teólogo del siglo XIII. Por ello, no es sorprendente que su bula *Pascendi* condenara al «modernismo» como «síntesis de todas las herejías».

Las iglesias católica y protestante compartieron el reconfortante impulso misionero que remitió a sus clérigos más devotos a los más recónditos rincones de la Tierra. No hay duda de que esto les sirvió para desprenderse de los jóvenes sacerdotes que poblaban las escuelas teológicas de Europa, desviándoles de la «modernidad».

Los misioneros de finales del siglo XIX formaron también parte importante del «nuevo imperialismo». Esto supuso la adhesión al cristianismo de muchas zonas paganas del globo.

El nuevo imperialismo



A finales del siglo XIX, la política extranjera de las naciones occidentales cambió su trayectoria. Antes se combatía por conseguir mercados. Ahora se hacía para anexionarse los territorios de África y Asia. La Alemania unida de Bismarck desempeñó un papel central en la lucha por África. En 1898, Estados Unidos era ya una potencia internacional, habiendo arrebatado a España las islas Filipinas y Puerto Rico.

Las viejas potencias imperiales, Gran Bretaña y Francia, se anexionaron todo el territorio que pudieron. Las naciones occidentales se abocaron en una loca carrera por alcanzar tierra sin explotar, a menudo sólo para evitar que otras lo consiguieran. El entusiasmo patriótico apoyaba tales anexiones, también relacionadas con el progreso tecnológico y la necesidad de encontrar mercados. Fue por esto por lo que en Europa occidental el patriotismo y la industrialización se combinaron para producir el «nuevo imperialismo».

Europa, África y Asia

Europa se fue expansionando desde las cruzadas. Los grandes colonizadores españoles y portugueses abrieron vías hacia Asia, África y el Nuevo Mundo. El auge de los holandeses y británicos en los siglos XVII y XVIII arruinaron ambos imperios. Luego, a su vez, los holandeses fueron acosados por otras potencias. En la primera mitad del siglo XIX, Francia y Gran Bretaña dominaban en China. También poseían colonias en las Indias Occidentales y África, mientras que Gran Bretaña gobernaba sobre Canadá, India, Australia y Nueva Zelanda. Ciertamente, la historia de la Europa moderna puede ser contemplada como una lucha constante entre las potencias, por un imperio en ultramar.

Sin embargo, después de 1880, cambió el tipo de imperio que las potencias deseaban. Las nuevas naciones y las nuevas industrias buscaban mercados y territorios en ultramar, e involucraron a Europa en sus ambiciones. El ritmo de la expansión se aceleró. Naciones como Gran Bretaña y Francia, establecidas durante largo tiempo en África, tenían que proteger sus intereses mediante el ensanchamiento de sus dominios. En África occidental, por ejemplo, los británicos se habían contentado hasta entonces con poseer unos cuantos enclaves costeros. A finales de siglo habían anexionado el territorio equivalente a Nigeria y Ghana, y habían consolidado sus asentamientos en Sierra Leona y Gambia. África fue rápidamente desmembrada. Asia se salvó de seguir la misma suerte gracias a un delicado equilibrio entre Japón, ahora un moderno estado industrial, y las potencias occidentales. América absorbió los restos del Imperio español.

La expansión estaba ligada a las nuevas necesidades del industrialismo y al auge del nacionalismo. Después de 1850, la población europea aumentó bruscamente, incrementándose la emigración. A mediados de siglo, los emigrantes provenientes del mundo agrícola llegaron masivamente a Estados Unidos y a América Latina. Después de 1880 una nueva oleada de emigrantes abandonaron las zonas más pobres del sur de Italia y de Europa oriental. Las comunicaciones se habían perfeccionado y abaratado, y los atractivos del Nuevo Mundo, tal como los describían las compañías navieras y las agencias de emigración, eran innumerables.

Muchos jóvenes de las clases cultas de las naciones involucradas en el nuevo imperialismo, se marcharon como exploradores, convirtiéndose algunos de ellos en los administradores e ingenieros que abrieron los territorios de Asia y África, anexionados por Occidente en las décadas de 1880 y 1890. La creciente curiosidad científica y el ansia de estos hombres por viajar por zonas desconocidas demostró que esta era también una época de aventuras.

La personalidad del explorador más importante de todos, David Livingstone, ilustra bien la complejidad de los impulsos de su generación imperialista. Nacido en Escocia, reunió dinero laboriosamente trabajando en una fábrica de algodón de Lanarkshire, para después ingresar en la Universidad de Glasgow. Cuando la London Missionary Society le envió a África, poseía el título de médico y sólidos conocimientos en botánica, zoología y astronomía. Convencido abolicionista, creía que abriendo África a los misioneros protestantes se acabaría con el tráfico de esclavos, que continuaba funcionando en África occidental y se incrementaba en África oriental por la zona de Zanzíbar. Livingstone realizó tres viajes principales a través de la inexplorada África, desde



1849 en adelante. En el primero de ellos atravesó el continente, explorando el curso del río Zambeze, y en el segundo descubrió el lago Nyasa.

Las actividades de los exploradores tenían buena prensa, y el último viaje de Livingstone en 1868 fue seguido atentamente en Europa y América. Cuando el explorador desapareció, *The New York Tribune*, un periódico antiesclavista norteamericano, más tarde órgano del Partido Republicano, envió a Henry Morton Stanley, su reportero-estrella, para que buscara a Livingstone. La búsqueda duró tres años. En 1871, en Ujiji, en el lago Tanganyika, el reportero saludó a un Livingstone muy enfermo y agotado. Atacado por las fiebres, Livingstone murió dos años más tarde, en 1873.

El propio Stanley continuó con la labor de exploración. Viajando desde Zanzíbar, en el este, encontró las fuentes del río Congo, y lo siguió hacia la costa. Poco después, el rey Leopoldo de Bélgica intentó ampliar sus intereses en el Congo, y junto a la súbita intervención de Alemania, precipitó el «combate por África».

Livingstone y Stanley no fueron los únicos grandes viajeros de este período. En 1880 el explorador francés Brazza ascendió por el río Ogooué desde la costa de Gabón, atravesó el territorio del Congo, y fundó el puesto de Brazzaville, más tarde la capital del Congo francés. Antes de que Stanley, Livingstone y Brazza abrieran el camino hacia el África central, se había prestado una mayor atención al descubrimiento de las fuentes del Nilo.

En 1858 la Royal Geographical Society de Londres sufragó la expedición de Burton y Speke, que descubrieron los Grandes Lagos —Tanganyika, Victoria y Alberto—, desde los cuales se confirmó posteriormente que nacía el Nilo.

A finales de la década de 1860, las rutas terrestres que cruzaban el norte de África y Sudán fueron también cubiertas por dos alemanes, Gerhard Rholfe y Gustav Nachtigal. Rholfe partió de Trípoli hasta llegar a Conakry, en Guinea, en 1867. El logro de Nachtigal fue el de descubrir una ruta desde Libia hasta el lago Chad, girando hacia el este en dirección a Jartum y retornando por el Nilo.

El interior de Asia recibió menor atención por parte de los exploradores que África. No obstante, la imaginación de los europeos estaba estimulada con las crónicas de viajes de personas como, por ejemplo, Charles Gutzlaff, un pintoresco misionero médico que fue a China. Después de 1870, los viajes del alemán Richthofen atrajeron una atención aún mayor. Otra hazaña fue la exploración de Garnier del sudeste asiático. Ascendió el río Mekong,

Arriba, explorador europeo conversando con los jefes nativos, durante una expedición al Congo. Dibujo de Pierre de Brazza.

Izquierda, Gustav Nachtigal, explorador alemán que realizó una expedición al Sahara y anexionó a su país Togo y Camerún en 1884.

Página anterior, la rivalidad en África durante el siglo XIX. En 1912, sólo Etiopía y Liberia quedaban libres de la dominación europea.



descubrió las dramáticamente hermosas ruinas del palacio khemer en Ankgor Wat y penetró en la provincia china de Yunnan. El poeta francés Rimbaud reflejó su entusiasmo por el tema en *Le bateau ivre* (*«El barco ebrio»*). De hecho, el propio Rimbaud murió explorando Abisinia. La publicidad dada a las exploraciones ayudó a preparar a los electores europeos para la posterior anexión de territorios asiáticos y africanos.

Las razones del imperialismo

Además del entusiasmo por las hazañas de misioneros y exploradores, hubo otros factores detrás del nuevo imperialismo. A veces los acontecimientos se producían por accidente, con individuos ambiciosos que se anexionaban territorios por su cuenta. Por ejemplo, la progresiva penetración francesa en Indochina se debió en parte al entusiasmo de Gallieni. Un caso parecido fue la iniciativa del oficial británico Frederik Lugard al ocupar un territorio en Uganda.

Sin embargo, es poco probable que semejantes hombres hubieran recibido el apoyo de sus gobiernos si no hubieran influenciado fuerzas más profundas. En ocasiones, éstas emergían en el territorio que iba a ser ocupado y no en Europa. En África occidental, por ejemplo, los comerciantes exigieron a sus gobiernos que intervinieran, debido a que los estados locales, en los que habían confiado su protección, se derrumbaron a causa de disturbios esclavistas. La Guerra de los Bóers se debió también en parte a razones de tipo interno. Igualmente, el avance ruso en Manchuria, donde las tropas zaristas derrotaron al final a los japoneses, obedeció en parte a la necesidad de encontrar una frontera estable. Hubo también directas motivaciones económicas ante la expansión.

Lenin, el líder de la Revolución rusa, sostuvo que el imperialismo nació debido a que el capitalismo necesitaba nuevas áreas en donde invertir para mitigar la sobreproducción en las metrópolis.

Evidentemente, la teoría leninista que vincula capitalismo e imperialismo tiene importancia. A medida que la tecnología se desarrolló, el poderío naval de las potencias se incrementó, especialmente en los casos de Japón y Alemania. Todas estas naciones consideraron que era esencial poseer grandes flotas militares para proteger sus intereses en ultramar. Estos intereses a su vez se expansionaron cuando la Europa industrial comenzó a necesitar crecientemente materias primas y a producir más y más mercancías para las cuales había que encontrar nuevos mercados. Políticos como Joseph Chamberlain, en Gran Bretaña, y Jules Ferry, en Francia, pudieron argumentar la necesidad de nuevos territorios en ultramar para evitar las crisis periódicas que acosaban a las naciones europeas.

No todos los estadistas europeos estaban en favor del nuevo imperialismo. Bismarck intentó mantener alejada a Alemania de cualquier compromiso en Asia y África, pero sus sucesores invirtieron el sentido de esta política. En Francia, Jules Ferry se opuso hábilmente a los nacionalistas que estaban determinados a tomarse la revancha contra Alemania. Algo similar ocurrió en Gran Bretaña, en donde se descubrió que lord Salisbury, que había sido primer ministro en los años en que Gran Bretaña se anexionó la mayor parte de sus nuevos territorios, se había dedicado en las décadas de 1860 a escribir, en sus ratos libres, artículos anónimos antiimperialistas para la *Saturday Review*. «El amor al imperio —concluía— es inevitablemente un amor a la guerra.»

Joseph Chamberlain y sus partidarios racistas estaban normalmente enfrentados con los líderes conservador y liberal. Chamberlain era el hijo de un manufacturero de Manchester. Convencido del destino de Gran Bretaña como sede de una «raza imperial», pensaba que Dios estaba del lado del imperio y que otras naciones y, sobre todo, otras razas eran menos dotadas. La era del nuevo imperialismo fue impetuosa, segura de sí misma y fanática. Chamberlain fue su portavoz más característico, como racista y belicista.

Si bien el imperialismo generaba dificultades con otras potencias, los problemas más graves del colonialismo británico en el siglo XIX se produjeron en el viejo imperio y no en los nuevos territorios. Ya en 1857 el gran enclave de la India se vio alterado por la rebelión. La revuelta se extendió a lo largo de la India central y de la zona media del río Ganges, destruyendo



Izquierda, mapa con todas las posesiones del Imperio Británico, publicado en 1886. El último cuarto del siglo XIX se caracterizó por la expansión colonial de los países europeos.

Página anterior, Henry Stanley (1841-1904), periodista que exploró África en busca de Livingstone. Más tarde dirigió varias expediciones y fundó el Congo belga.

todo lo que los europeos habían realizado. Aunque anunciaron su lealtad al viejo emperador mongol Bahadur Shah, los amotinados carecían de organización. Bengala y la mayoría de los estados meridionales permanecieron al margen. Al finalizar el año, la ruptura del cerco de la ciudad de Lucknow por el general Campbell dispersó a los rebeldes.

Aunque la relación entre británicos e indios fue tensa durante generaciones, el gobierno indio fue reorganizado bajo la dirección del Servicio Civil. India era todavía la posesión más rica de Gran Bretaña y el punto clave en la estrategia imperial. Se la defendió contra los franceses mediante la anexión de Birmania en 1886, y contra los rusos con un acuerdo sobre el Tíbet y Afganistán en 1907. Las comunicaciones con la India también estaban garantizadas por una línea de puntos de apoyo que se extendía desde Londres hasta Bombay: Gibraltar, Malta, Chipre, el canal de Suez, la Somalia británica, Adén y Bahrein. Igualmente, los británicos controlaban los accesos al océano Índico desde su sólida posición en el sur de África, mientras que continuaba siendo esencial el mantenimiento de la estabilidad en Egipto.

Los británicos en el Nilo

La construcción del canal de Suez fue una realización francesa, proyectada y dirigida por el saintsimoniano Fernando de Lesseps. En el decenio de 1860 era evidente que Egipto estaba bajo influencia francesa. Sin embargo, en 1875 el khedir de Egipto, Ismael Pasha, estaba en bancarrota a consecuencia de las costosas construcciones ferroviarias, y Francia tenía en esa época graves dificultades. Por ello, Disraeli pudo ayudar a Pasha comprando sus acciones personales en el canal. Así, Gran Bretaña se convirtió en su principal accionista. Más tarde surgieron complicaciones cuando Ismael Pasha canceló los intereses de las deudas egipcias. Británicos y franceses acordaron crear entonces un consorcio para obligarle a administrar más sensatamente su dinero. Finalmente, le depusieron.

Siguieron una serie de disturbios. Los franceses no intervinieron, pues sus intereses norteafricanos se expandían en Argelia. Los británicos bombardearon Alejandría por su propia iniciativa y desembarcaron una fuerza expedicionaria para disolver una rebelión. Tomaron el control del canal y de la capital egipcia. A fin de consolidar su posición, y pensando siempre en proteger la ruta hacia la India, se vieron obligados a avanzar cada vez más hacia el interior, llegando a Sudán.

En 1882 la situación se deterioró cuando un profeta musulmán, que se llamaba a sí mismo el *Mahdi*, o «el Elegido», inició una guerra santa o *jihad*. Gordon, que había ayudado a entrenar las tropas del Manchú en los combates del Taiping, estaba en Jartum, en el Nilo Blanco. Las tropas del Madhi llegaron a la ciudad en 1885 y derrotaron a los británicos, asesinando a Gordon, unos días antes de que llegara una fuerza de socorro. Finalmente,



en 1898 fueron derrotados los «derviches» de su sucesor en Omdurman. Las tropas egipcias, conducidas por consejeros británicos, ocuparon Sudán. Egipto y el canal estaban a salvo.

La Guerra de los Bóers

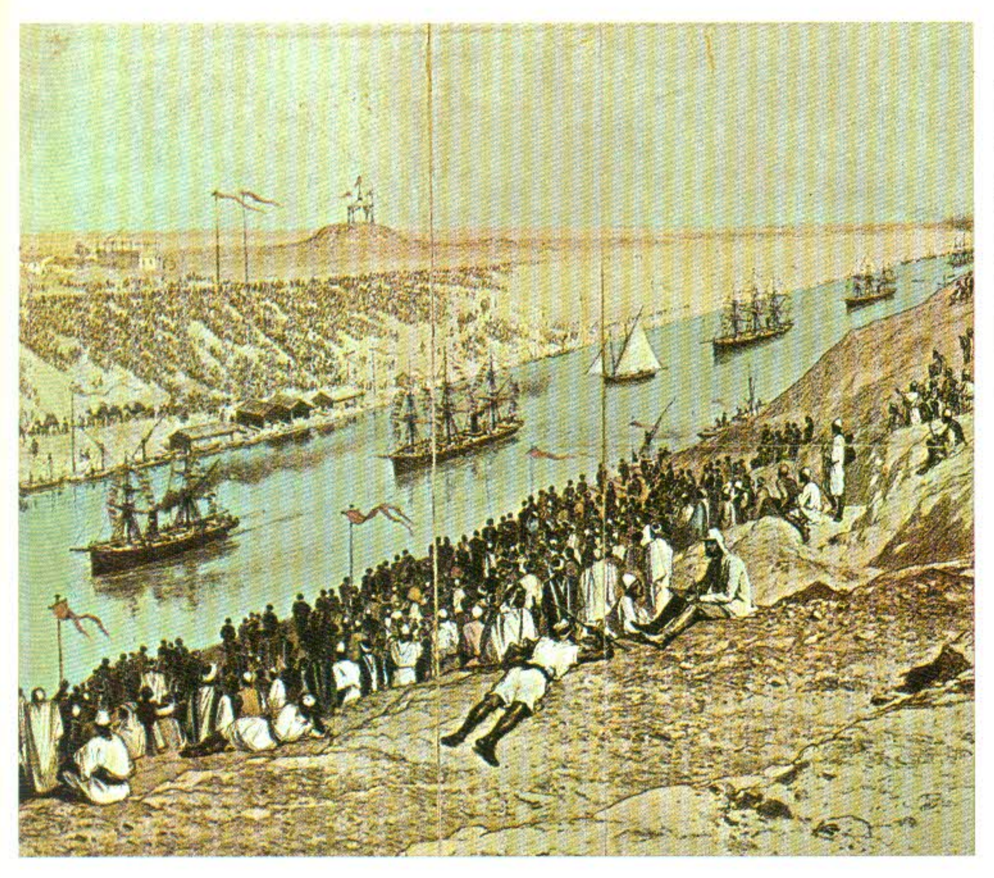
Por una coincidencia, el general británico que estuvo en Omdurman fue Kitchener, más tarde figura destacada de la Guerra de los Bóers. El control de El Cabo era tan esencial para la protección de la India como el propio canal de Suez. La Colonia de El Cabo, que les había sido arrebatada a los holandeses durante las guerras napoleónicas, controlaba la entrada al océano Índico. Desde 1835 a 1837, los granjeros de El Cabo de lengua *afrikaans* se fueron hacia el norte para escapar de la presión británica. Al alcanzar las ricas praderas, contra la sangrienta oposición de los *impis* zulúes, formaron las pequeñas repúblicas de Transvaal y del Estado Libre de Orange, reconocidas por los británicos en 1852 y 1854. Las tensiones entre los británicos y los *afrikaners* calvinistas, se incrementaron con el fracasado intento de Bartle Frere de reanexionar el Transvaal en 1881, tras la guerra zulú.

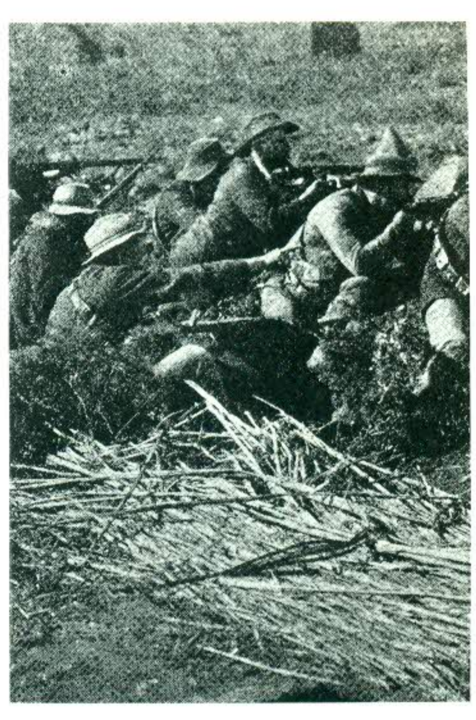
La oposición de los afrikaners contra los británicos aumentó con los descubrimientos de oro en el Witwatersrand. La gran amenaza fue el gran imperialista británico Cecil Rhodes, jefe de la Beers Mining Corporation y primer ministro de la Colonia de El Cabo entre 1890 y 1896. Soñaba con una franja de territorio británico que fuera desde El Cabo hasta El Cairo. Esto hubiera ligado la ruta de Suez hacia la India con El Cabo y hubiera hecho inexpugnable el Imperio británico en Oriente.

Este plan se vio complicado por la existencia de la República del Transvaal, y Rhodes trató de obligar a los bóers a entrar en una federación dominada por los británicos y gobernada desde Ciudad de El Cabo. Después, acosó al Transvaal anexionando los territorios circundantes. Ante la firmeza bóer, Rhodes aglutinó al sector descontento de los *uitlanders* (o extranjeros), y organizó una desastrosa marcha sobre Johannesburgo. El fracaso de la misma permitió a Alemania intervenir, denunciando el ataque británico contra la «naciente república».

Chamberlain apoyaba totalmente los planes de Rhodes y deseaba provocar la Guerra Bóer, que fue el más grave conflicto que tuvieron los británicos desde la Revolución norteamericana. Esta guerra innecesaria estalló en 1899, después de que Alfred Milner, el Alto Comisario Británico en El Cabo, hiciera demandas imposibles en nombre de los Uitlanders. Los primeros refuerzos británicos fueron rechazados, pero recobraron el territorio por la acción militar de Kitchener y John French.

Después de una encarnizada guerra de guerrillas, el presidente bóer Kruger firmó la Paz de Vereeniging en 1902. Los británicos pagaron tres millones de libras esterlinas en concepto de reparaciones para paliar los perjuicios ocasionados por su





Arriba, colonos bóers atrincherados durante el asedio a la ciudad de Mafeking.

Izquierda, inauguración del canal de Suez, el 17 de noviembre de 1869. Los trabajos habían comenzado diez años antes, bajo el gobierno de Ismail Pachá. (Estampa de la época, según una acuarela de Riou.)

Página anterior, batalla de Dogali (Eritrea), en la que 400 soldados italianos fueron exterminados, en enero de 1887. Pintura de Quinto Cenni del mismo año. (Museo del Risorgimento, Como.)

política agresiva. En 1906 el gobierno liberal de Campbell-Bannerman concedió el autogobierno al Transvaal y al Estado Libre de Orange. Cuatro años más tarde se unieron con la Colonia de El Cabo y con Natal para formar la Unión Sudafricana. Con Egipto, Birmania y África del Sur bajo control británico, la seguridad de la India estaba garantizada.

Los intereses británicos en África no se redujeron a Egipto y África del Sur. Espoleada por las actividades de otras potencias, Gran Bretaña se sumó al «combate por África» posterior a la Conferencia de Berlín de 1884. Kenya, Uganda, Nigeria, Costa de Oro, Gambia y parte de Somalia fueron anexionadas durante este período, por no mencionar territorios como Bechuanalandia, Zululandia, Pondolandia y la propia Rhodesia.

Los franceses en el norte de África

Jules Ferry siguió en Francia una política agresiva similar a la de Chamberlain, a pesar de la oposición de las izquierdas. Sin embargo, durante la década de 1890 sus ideas fueron recogidas por un grupo de presión de la Cámara conducido por el diputado de origen argelino Eugène Etienne. Trabajó con dos organismos en el exterior, el *Comité d'Afrique* y, después de 1893, la *Union Coloniale*. Fue sólo a partir de 1890 cuando Francia consiguió sus primeros éxitos al sur del Sahara.

El primer objetivo francés en África fue Argelia. Aunque había derrotado a Abd el Kadar en 1845, el programa inicial para desposeer de sus tierras a las tribus autóctonas no se inició hasta 1871, cuando se establecieron los primeros colonos provenientes de Alsacia. Argelia se convirtió técnicamente en una parte de la Francia metropolitana, pero su derecho al voto era insignificante.

La imposibilidad de conseguir la sumisión de sus tribus autóctonas no fue obstáculo para que Francia dirigiera su atención a Tunicia, que se convirtió en su protectorado en 1881, a pesar de las ambiciones de Italia al respecto.

Del norte de África afrancesado, el último sector anexionado fue Marruecos. Alegando peligro contra las fronteras argelinas, París envió en 1903 al coronel Louis Lyautey para «restablecer el orden». Marruecos quedó sometido a Francia tras la ocupación de Casablanca en 1907. A pesar de los fuertes recelos de Alemania en relación a Francia, las potencias reconocieron el protectorado francés de Marruecos en 1912. La prudente administración de Lyautey y la derrota de los nómadas tuaregs que se distribuían a lo largo de la frontera argelina aseguraron, hacia 1914, el control francés en los territorios del norte de África.





África occidental

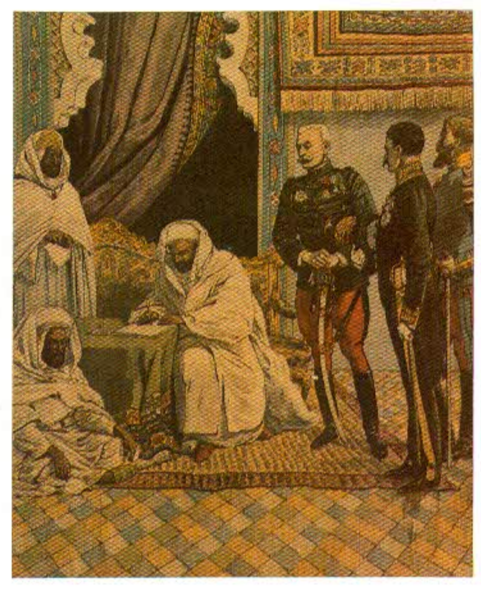
A pesar de que las anexiones continuaron a lo largo y ancho del mundo, África occidental fue el centro de las rivalidades entre las potencias imperialistas. Los británicos eran fuertes en esta zona, con enclaves en Lagos, Costa de Oro (Ghana) y Sierra Leona, y los franceses tenían bases comerciales en Senegal desde el siglo XVIII. También tenían intereses en la moderna Guinea y en Costa de Marfil, aunque no habían progresado hacia el interior.

Senegal fue la primera tierra que se convirtió en una verdadera colonia francesa. El más importante de los colonialistas franceses, Louis León César Faidherbe, fue su primer gobernador en 1853. Durante los primeros años frenó a los comerciantes senegaleses que imponían un «tributo» exorbitante a todo el comercio que pasaba por allí. También detuvo la expansión del líder musulmán Al Hajj'Umar, cuyo potente estado en el Alto Níger amenazaba con extenderse hacia el valle del Senegal. La población islámica se convirtió en un conjunto de ciudadanos leales a la República, mientras que los fusileros senegaleses llegaron a ser una de las unidades de primera categoría del ejército francés.

Faidherbe, junto a otros líderes franceses, pensó en un Imperio francés que se extendiera desde Senegal hasta el océano Índico a través de Sudán. Esta idea chocaba con los planes británicos de Rhodes para asegurar las comunicaciones desde El Cairo a El Cabo.

La lucha imperialista por África

Las conquistas modificaron las relaciones de unas potencias con otras. Los intereses del rey belga Leopoldo en el Congo, y la intervención de los alemanes, produjo el temor de que si el territorio no era pronto conquistado, no estaría disponible por mucho más tiempo. Entre 1883 y 1885, los alemanes anexionaron Togo, Camerún, las actuales Tanzania y Namibia. En el Congreso de Berlín de 1885, organizado por Bismarck, se trazaron las líneas maestras para la partición de África. El hecho de que se diera al Congo belga acceso al mar, movió a los franceses a apoderarse de una parte del territorio. Sir George Goldie, director de la Royal Niger Company, se alarmó ante el avance de alemanes y franceses hacia Nigeria, que finalmente fue posesión británica. Los franceses se adueñaron de Guinea, Costa de Marfil y Dahomey. Para mantenerles alejados de la Costa de Oro, los británicos pusieron fin en 1896 al conflicto con el reino de los Ashanti. Mientras, la preocupación británica por la presencia de Alemania en Tanzania modificó



Arriba, el sultán Muley Afiz obligado a dimitir en 1912 por el general Lyautey. Alemania había reconocido el protectorado francés el año anterior, y Lyautey se convirtió en el primer general residente de Marruecos. (Bibliothèque Nationale, París.)

Izquierda, descarga de provisiones y material de guerra en Casablanca, en 1906. Aunque teóricamente independiente, Marruecos estuvo bajo control francés desde aquella fecha.

Abajo, la apertura del canal de Suez aumentó el valor estratégico de Egipto. La emperatriz Eugenia asistió a la inauguración e hizo un crucero por el canal. Édouard Riou, para el álbum recordatorio, realizó esta acuarela, guardada en el castillo de Compiègne.

Página anterior, asesinato de un blanco durante un levantamiento en el Congo. Los explotados indígenas intentaron una y otra vez el alzamiento contra los señores coloniales.



THE RHODES COLOSSUS
STRIDING FROM CAPE TOWN TO CAIRO.

su política en África oriental. Se había declarado a Kenya «zona de influencia británica» en 1886, convirtiéndose en un protectorado en 1893.

La última potencia que entró en la disputa fue Italia, que satisfizo sus impulsos expansionistas apoderándose de Eritrea, en el mar Rojo, y de una parte de Somalia, en 1889.

La primera fase de la disputa imperialista no solucionó las rivalidades entre Gran Bretaña y Francia. En 1896 los franceses, que querían compensar su derrota ante Alemania con la formación de un imperio en ultramar, enviaron a Marchand desde el Congo para que impidiera la consolidación británica en la línea El Cabo-El Cairo mediante la anexión de la cabecera del Nilo. Marchand y su débil fuerza militar ascendieron el curso del río Ubangui en el pequeño vapor *Faidherbe*. Cuando no pudieron avanzar más, lo desmantelaron y lo transportaron a través de la jungla, con la esperanza de poderlo utilizar en el Nilo. Después de viajar durante dos años, llegaron a la estación de Fashoda, en el Nilo. Cuatro días más tarde fueron interceptados por Kitchener, con una fuerza británica muy superior.

El tacto de ambos militares evitó un conflicto a gran escala, acordando que hasta la llegada de nuevas órdenes, la bandera británica ondearía sobre la ciudad y la francesa sobre el fuerte. Sin embargo, esto no evitó la crisis, y sólo la amenaza de la guerra persuadió a Delcassé, ministro francés de Asuntos Exteriores, de que las tropas de Marchand debían retirarse. Pasada la crisis, desapareció el principal obstáculo para el entendimiento franco-británico. De ahora en adelante las dos naciones actuarían gradualmente unidas, hasta convertirse en aliados en la I Guerra Mundial.

China y el sudeste asiático

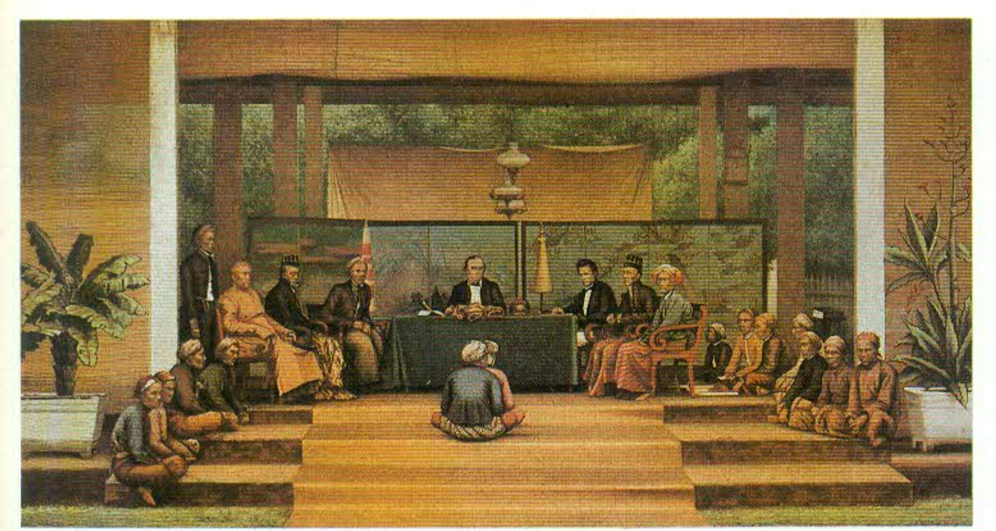
El reparto de África fue simultáneo con el de Asia. Para proteger a la India del avance francés en Indochina, Gran Bretaña se anexionó Birmania en 1886. No obstante, la penetración francesa fue matizada por el desastre de 1871 y por el hecho de que Garnier descubrió que el control del río Mekong no daba el acceso esperado a los mercados de China.

El interés se dirigió entonces hacia el río Rojo y el golfo de Tonkín. A pesar de la captura de Hanoi en 1873, el estado de Annam (al norte de Vietnam) demostró poseer una sorprendente fuerza, y la vieja ciudad no pudo ser conservada. Otro intento francés posterior por apoderarse de Hanoi fracasó en 1883. Esto hizo que Ferry y los jingoístas franceses adoptaran una política más firme. Tras el bombardeo de Foochow, en las afueras de Cantón, para acallar las protestas chinas, los franceses ocuparon finalmente Annam. Unos años después, la vecina Laos se convirtió en protectorado francés. Aunque Siam continuó independiente, Gran Bretaña y Francia se habían apoderado ya de los principales territorios del sudeste asiático.

China tuvo más suerte. Los manchúes fueron repetidamente acosados, pero seguían poseyendo el grueso de sus territorios. Con todo, la disputa por China fue provocada por los alemanes, ya que el almirante Tirpitz ocupó el puerto de Kiaochow en 1897. Los rusos se apoderaron en seguida de la valiosa rada de Port Arthur, los franceses tomaron Kwang-chow en el sur y los británicos forzaron, mediante reiteradas y alarmantes amenazas, a los chinos para que les concedieran un contrato de arrendamiento de Wei-hai-wei.

En 1898, los norteamericanos también consiguieron un firme enclave en el mar de China, al conquistar las Filipinas españolas. John Hay, el secretario de Estado, que buscaba intervenir en China, confirmó el delicado equilibrio de los intereses occidentales al anunciar (falsamente) que las potencias se habían adherido a su política de «puertas abiertas». Cualquier concesión obtenida por una potencia occidental tendría que involucrar a todos. Al año siguiente, 1900, las potencias cooperaron efectivamente en el aniquilamiento de la

rebelión de los boxers. Rebeldes anti-occidentales sitiaron la comunidad diplomática de Pekín en legación británica. Finalmente, el cerco fue levantado por una coalición internacional militar. Esta acción confirmó que, primero, las potencias no podían desmembrar totalmente China contra los intereses de cada una de las otras; segundo, que los manchúes habían perdido su fuerza y, finalmente, que Estados Unidos se había convertido en una potencia mundial.





Izquierda, arriba, Consejo territorial reunido para juzgar la acusación por robo de un indígena de Java. Preside el ayudante residente, los demás de la mesa son jefes indígenas; en el suelo curiosos y familiares. Ilustración de El Archipiélago Indio, *1877. (Rijksmuseum voor Volkenkunde, Leiden).*

Izquierda, abajo, La batalla de Paardenberg *(1900), durante la Guerra de los Bóers. Este azulejo proviene del teatro Transvaal, de Rotterdam. (Nederland-Zuid-Afrika Vereniging, Amsterdam.)*

Página anterior, dibujo de la revista satírica Punch, *titulado «El Coloso de Rodas», en un juego de palabras con el nombre de Cecil Rhodes (1853-1902), primer ministro de la colonia de El Cabo, que soñaba con asegurar el control británico en África, desde El Cairo hasta el cabo de Buena Esperanza.*



LA DEMOCRACIA Y EL NUEVO IMPERIALISMO



Introducción

Los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX son a la vez un epílogo y un prólogo.

En estos años, las formas de vida, el trabajo, y el pensamiento, sufrieron una total transformación a consecuencia del desarrollo industrial. Los primeros cambios importantes habían tenido lugar en la última etapa del siglo XVIII con la explotación del carbón, el hierro y el vapor, pero no fue hasta las décadas de 1840, 1850 y 1860 que el ferrocarril, símbolo del progreso técnico, completó la revolución industrial británica y la introdujo en los demás países. Las fábricas y los hornos eran signos visibles de una nueva época. Lo mismo ocurrió con las ciudades. Hubo también signos de movilidad social, quebrando la rigidez estamental. Las transformaciones afectaron también a países que siguieron siendo agrícolas, reestructurando sus relaciones con el resto de naciones.

Esta gran transformación no es fácil de esquematizar. En la historia de la industrialización se detectan retrasos y aceleraciones, y diferentes cronologías en el crecimiento de los diferentes países. En 1914 el proceso todavía no se había completado. Muchas de las técnicas desarrolladas entre 1870 y 1914 no habían sido totalmente explotadas, y múltiples innovaciones aún no se dejaban sentir en la vida diaria.

A largo plazo, la industrialización supuso mayor riqueza. Entre 1870 y 1900, la producción industrial mundial aumentó cuatro veces. Entre 1900 y 1914 el volumen del tráfico mundial de mercancías manufacturadas se duplicó. En consecuencia, hubieron importantes mejoras en los niveles de vida. A corto plazo, a medida que la industrialización se desarrollaba, fluctuaron los ingresos y el empleo, generándose nuevos desequilibrios económicos. Estas fluctuaciones y desequilibrios fueron estudiados cuantitativamente por personas que iniciaron la aplicación de la estadística, elaborando índices sociales y económicos –tasas de natalidad y de mortalidad, por ejemplo, o de accidentes industriales, junto a gráficas sobre precios, salarios y beneficios–.

Debido a que la mayor parte de las innovaciones anteriores a 1914 sólo empezaron a transformar la vida cotidiana en las décadas de 1920 y 1930 –energía eléctrica, automóviles y radio, por citar los ejemplos más obvios–, gran parte de la crítica latente contra la industrialización del siglo XIX y comienzos del XX promovió cierta desaceleración en el proceso. Pero la tecnología, base de la industrialización, continuó su desarrollo. Gran Bretaña, el «taller del mundo», basó su liderazgo en el carbón y el hierro. Alemania y Estados Unidos inauguraban la «era del acero».

La revolución industrial británica dependió de la libre iniciativa individual; en las posteriores revoluciones industriales, el Estado desempeñó ya un papel más importante. Lo mismo ocurrió con la ciencia. El individualismo se mostró incapaz de dirigir una industria a gran escala; así, el desarrollo industrial dependió cada vez más de la eficacia organizativa. El crecimiento industrial fue desigual, variando según la época y el país. Hacia el año 1914, Japón era el único país asiático que había experimentado una «revolución industrial».

A consecuencia de la evolución en los transportes y la pujanza de las finanzas, apareció una economía internacional entre los años 1870 y 1914, en la que Europa, con su población creciente y su avanzada tecnología, desempeñó un papel predominante a escala mundial. Cuando la I Guerra Mundial estalló, el 60% de todas las mercancías manufacturadas eran exportadas por tres países europeos, y aunque Gran Bretaña ya no era el taller del mundo, Londres continuaba siendo el centro de las transacciones económicas internacionales.

En 1914 quedó trágicamente patente que las técnicas utilizadas para la construcción de máquinas y la fabricación de artículos de consumo, podían también ser aplicadas para la fabricación de armas destructivas. Y el proceso se aceleraría hasta nuestros días.



Izquierda, taberna típica del este de Londres en el siglo XIX.

Página anterior, elegante desfile liberal de los alumnos de las escuelas municipales (23 de agosto de 1878), organizado por el «Comité de la Ligue de l'Enseignement». Pintura de Jan Verhas. (Koninklijk Museum voor Schone Kunsten, Bruselas.)

La consolidación de la democracia en Gran Bretaña y Francia

Gran Bretaña fue la pionera del nuevo industrialismo. Desde finales del siglo XVI, Inglaterra era una nación comerciante, rica y poderosa. Durante los siglos XVII y XVIII había librado una serie de guerras, a raíz de las cuales construyó un gran imperio comercial y territorial en el extranjero, que le permitió aventajar a sus rivales de Europa occidental. Los manufactureros británicos tuvieron la oportunidad de producir para un mercado exterior casi ilimitado y para la propia población británica en rápido crecimiento.

El liderazgo industrial lo asumieron los manufactureros del algodón. Las mejoras realizadas en la maquinaria textil durante la segunda mitad del siglo XVIII aumentaron espectacularmente la producción. Las nuevas máquinas, movidas a vapor, y los hombres, mujeres y niños que las manejaban fueron concentrados en fábricas. En el siglo XIX se liberalizó el comercio. Podían importarse a precios ventajosos materias primas y alimentos. Los ferrocarriles revolucionaron las comunicaciones del país y en 1850 Gran Bretaña era el «taller del mundo».

El coste social pagado por la industrialización fue elevado. Los empresarios hicieron grandes fortunas, pero las primeras generaciones obreras sufrieron las consecuencias de un crecimiento desmedido. Tuvieron que adaptarse a un estilo de vida distinto, a la dura y monótona rutina de la disciplina fabril, a horribles y sombrías chabolas en los suburbios, con el permanente temor de perder el trabajo. Para ellos la nueva época no fue nada prometedora.

Desde finales del siglo XVIII, los obreros más sensibilizados comenzaron a organizarse para respaldar sus exigencias, y tuvieron violentos conflictos con la autoridad. Los trabajadores agrícolas sufrían también la gran transformación de su mundo rural hacia una producción agrícola a gran escala. Y asimismo manifestaron sus protestas. La contrapartida social del industrialismo era, pues, la revolución social.

Sin embargo, los crecientes temores de las clases propietarias no se vieron finalmente confirmados. Gran Bretaña permanecería como uno de los pocos países, como Estados Unidos y Japón, en donde las tensiones sociales provocadas por la industrialización no desembocaron en una crisis política.

En comparación con las otras naciones, Gran Bretaña se industrializó lentamente, y los problemas sociales correlativos emergieron también con lentitud. No se produjo una súbita agravación de las tensiones, como en la Rusia zarista. Su sistema político, como el de Estados Unidos y los países escandinavos, demostró ser flexible, permitiendo una libertad mayor que la usual en esa época en la mayoría de países. Las organizaciones políticas, las





asociaciones obreras y la literatura social actuaron como válvula de escape.

Las clases dirigentes contaban con hombres inteligentes y cultos, capaces de conseguir que el Parlamento otorgara concesiones temporales a las clases trabajadoras. Las reformas políticas de la primera mitad del siglo XIX fueron insuficientes, pero engendraron optimismo sobre las posibilidades del sistema político para evolucionar y cambiar las condiciones de vida. Fue significativo que gran parte de aquellas reformas fueran promovidas por Robert Peel, hijo de un gran industrial algodonero, el primer jefe de gobierno de la nueva clase burguesa industrial.

En la década de 1850 la industrialización propició un aumento del poder adquisitivo y una variedad mayor de artículos. Poco a poco, la industrialización rompió las barreras psicológicas y se consolidó.

Los dirigentes británicos podían mirar los cien años precedentes como un período histórico triunfal. Iniciaron una revolución industrial y se habían convertido en la nación más próspera del mundo. Habían realizado los cambios políticos y sociales necesarios para evitar las revoluciones que asolaron la mayor parte de Europa en 1848, y podían declarar que eran el estado más estable del mundo que controlaba un inmenso imperio comercial y territorial.

Palmerston y Gladstone

Las ganancias de la industrialización, en consecuencia, no fueron únicamente de índole material; también reforzaron inmensamente el poderío económico que apuntalaba el protagonismo mundial de Gran Bretaña.

El símbolo político de la grandeza británica fue lord Palmerston, quien, entre 1830 y 1865, fue la figura más influyente en la dirección de su política exterior. Utilizó el poder con gran habilidad para conseguir aquello que la mayor parte de sus conciudadanos identificaban con los intereses de la nación: la seguridad del Imperio, el desarrollo del comercio y la expansión del modelo político británico.

Palmerston fue un modelo peligroso para los estadistas extranjeros. El incidente más famoso de su carrera fue un hecho trivial. En 1850, lanzó un ultimátum y envió una escuadra naval a Grecia para obtener una compensación en favor de un individuo cuya propiedad había sido destruida por una revuelta y que afirmaba ser ciudadano británico. Sus críticos sostenían que aquello fue un gesto escandaloso. Palmerston replicó que un ciudadano británico, se encontrara donde se encontrara, debía tener la misma protección que la que los ciudadanos del Imperio romano contaron en su día. Esto era pura retórica, pero proporciona un claro ejemplo de su moral nacionalista.

Los años de 1860 y 1870 fueron décadas en las que la mayoría de los gobiernos europeos experimentaron una modernización cuyo centro de autoridad se alejaba de la monarquía absoluta. A ello contribuyó la experiencia generalizada de la revolución en 1848 y una serie de guerras.

Aunque su economía era la más desarrollada del mundo, Gran Bretaña necesitaba modernizarse. La Constitución, el servicio civil, el sistema legislativo, la educación y el ejército ya no respondían a las necesidades de una sociedad industrial con obligaciones a escala mundial. El tercer cuarto del siglo XIX aportó una reforma radical de las principales instituciones del país.

La cuestión más candente era la de la reforma parlamentaria. La primera reforma del Parlamento, en 1832, apenas afectó el predominio de la pequeña aristocracia terrateniente en la Cámara de los Comunes. Pero fue el primer paso, y des-

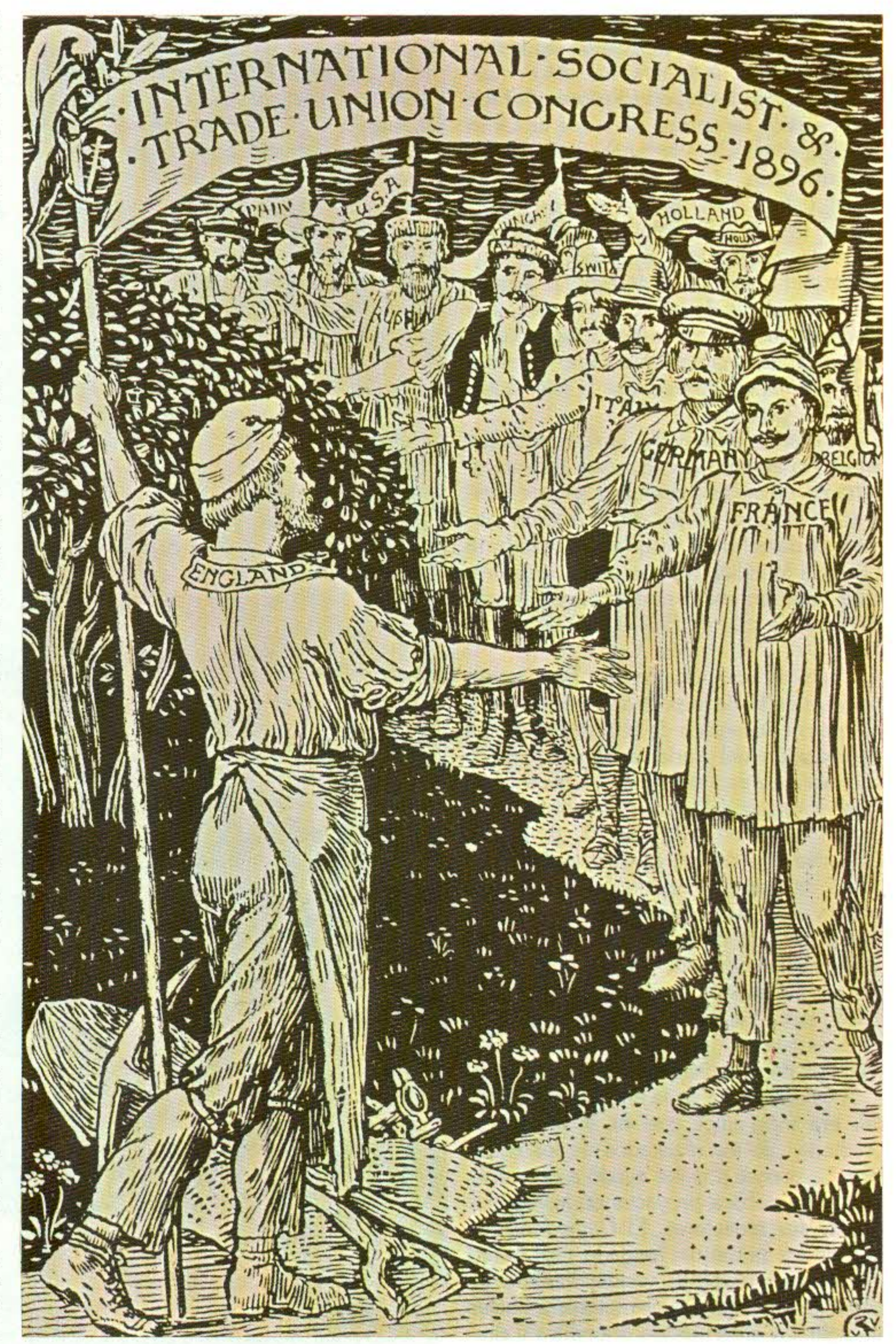
pertó las ansias de los que deseaban un cambio realmente profundo en la representación parlamentaria. Hacia la década de 1850 había consenso, entre los líderes políticos, acerca de la inevitabilidad de una futura reforma en una sociedad que evolucionaba con rapidez. Pero también profundos desacuerdos sobre la forma en que debía de realizarse.

Durante aquel período la política de los partidos cambiaba continuamente. El Partido Conservador de Robert Peel se escindió en 1846 debido a su decisión de rechazar las *Corn Laws,* que durante décadas habían protegido a los agricultores británicos de tener que competir con importaciones de grano más baratas. A causa de la escasez de patatas en Irlanda, Peel se deshizo de esta última gran barrera para el libre comercio. Durante los siguientes veinte años los oponentes de Peel en el Parlamento constituyeron un nuevo Partido Conservador –una sección conservadora del partido, bajo la creciente influencia de Benjamin Disraeli–. En esos mismos años surgía un nuevo Partido Liberal como resultado de una compleja alianza entre los grandes terratenientes whig, los partidarios de Peel en el asunto de las *Corn Laws* y los radicales. Su líder era William Ewart Gladstone, que como ministro de Hacienda introdujo una serie de reformas que eliminaron los aranceles y redujeron los gastos gubernamentales. La política británica en las décadas de 1860 y 1870 estuvo dominada por la rivalidad entre Gladstone y Disraeli.

En 1860 ambos partidos estaban alarmados ante la creciente agitación popular a favor de la reforma parlamentaria. El resultado fue la decisión de Disraeli en 1867, la *Second Reform Act*, que dio el derecho al voto a todos los cabezas de familia varones de las ciudades. Esto significaba que la mayor parte de los votantes urbanos provendrían en el futuro de las clases trabajadoras.

Las esperanzas que tenía Disraeli de que estos nuevos votantes obreros apoyaran a los conservadores demostraron ser prematuras, pues en las elecciones generales del año siguiente los liberales volvieron al poder. Entre 1868 y 1874 el gobierno del primer ministro Gladstone promulgó una serie de reformas: el voto para las elecciones parlamentarias sería secreto; se proyectó proporcionar una educación elemental a todos los ciudadanos; los tribunales se reorganizaron para obtener mayor eficacia; la contratación de funcionarios se realizaría mediante oposiciones. El ejército, tras su pobre demostración en la Guerra de Crimea, fue totalmente reorganizado: se establecieron regimientos de tierra y se abolieron los azotes y la práctica de comprar graduaciones. Consecuentemente, las instituciones británicas se democratizaron.

El principio de la democracia era relativamente nuevo para la política británica. La idea de que cada ciudadano tenía derecho a votar y de que la autoridad del gobierno descansaba sobre el consentimiento de la mayoría popular era de origen francés y norteamericano. Aunque la democracia política no era un derivado de la industrialización, fue en las zonas industrializadas donde las clases obreras se organizaron con más efectividad para exigir sus derechos políticos. La participación di-



Arriba, cartel de Walter Crane para la Internacional socialista y el Congreso de las Trade Unions, en 1896.

Página anterior, izquierda, William Gladstone (1809-1898), primer ministro británico, pintura de autor desconocido. (Museo del Risorgimiento, Milán.)

Página anterior, derecha, Bejamín Disraeli (1804-1881), estadista británico que concedió el derecho de voto a la clase obrera.

recta de toda la población en la política aparecía, pues, como derivación del industrialismo.

Después de la *Second Reform Act* fue sólo cuestión de tiempo para que en Gran Bretaña se instalara la democracia formal parlamentaria. La *Franchise Act* de 1884 y la *Redistribution Act* de 1885 fueron las lógicas prolongaciones de los principios reconocidos en 1867. La *Franchise Act* concedió el derecho al voto a los trabajadores de las zonas rurales, y la *Redistribution Act* reordenó las circunscripciones de manera que cada miembro del Parlamento representase al mismo número de personas.

La representación del pueblo británico en el Parlamento no equivalía todavía al sufragio universal masculino y, por desgracia, ninguna mujer de la nación obtuvo el derecho al voto hasta pasada la I Guerra Mundial. No obstante, Gran Bretaña tenía en esos momentos una masa electoral de más de 5.000.000 de votantes.

Tanto la composición del Parlamento como el estilo de la política británica cambiaron con la llegada de la democracia. La composición del Parlamento se modificó con lentitud, aunque los candidatos de la clase obrera consiguieron ya cierto apoyo. Gladstone en 1879-1880, y Joseph Chamberlain, radical de Birmingham, en 1885, buscaron el apoyo del nuevo electorado realizando personalmente campañas a lo largo del país. Establecieron un estilo que el resto de líderes políticos se vieron obligados a seguir. Después de 1867, tanto los liberales como los conservadores avanzaron a tientas hacia nuevos modelos de organización de sus partidos.

A consecuencia de la ampliación electoral, era más difícil que en el pasado la predicción de los resultados de los comicios. La prensa popular ayudó a organizar la opinión pública proyectando las opiniones de sus redactores. El *Daily Mail* fue uno de los primeros; fundado por Alfred Harmsworth en 1896, vendía diariamente cerca de un millón de ejemplares a finales de siglo. La presentación dramática y simplista de los asuntos más candentes de la actualidad internacional, convirtió la política en algo excitante.

Las clases dirigentes de la Gran Bretaña victoriana habían conseguido una importante proeza de ingeniería política. La estabilidad política era rara en una época de revoluciones sociales y económicas. Durante un tiempo la historia del siglo XIX pareció confirmar la creencia de que era posible un progreso estable y pacífico, pero a medida que el siglo avanzaba, se acrecentaron las dudas y se comenzó a recelar del gobierno británico y de la sociedad en general, en un momento en que el equilibrio del poder político se inclinaba a favor de la clase obrera.

Sin embargo, la realidad no justificó las pesimistas prediccioness de 1867, ya que las nuevas clases con derecho al voto supieron distanciarse de las exigencias revolucionarias.

También había recelos acerca del futuro del Imperio británico. Éste continuaba siendo la envidia de sus rivales, que lo contemplaban como la clave de la riqueza de Gran Bretaña. Los británicos eran conscientes de la vulnerabilidad del Imperio. La propia unidad del Reino Unido se veía amenazada por el descontento irlandés, y otras amenazas barruntaban a fines del siglo XIX cuando Rusia, Francia, Alemania y Estados Unidos penetraban en Asia y África. La tarea de defenderse se hizo cada vez más costosa e incierta en cuanto al éxito. La supervivencia de Gran Bretaña como máxima potencia mundial peligraba.

El sindicalismo

El auge del sindicalismo obrero, la formación de un Partido Laborista y la aceptación de la idea de que el Estado debería responsabilizarse del bienestar de sus ciudadanos más pobres, demostraron la adaptación del sistema político británico a la nueva sociedad.

Los obreros británicos habían sido los pioneros del sindicalismo durante la primera mitad del siglo. Fue un proceso largo y lento. Una economía en expansión y la aparición de una clase obrera especializada crearon las condiciones adecuadas para que la campaña sindical tuviera éxito. La Unión de Asociaciones de Mecánicos («Amalgamated Society of Engineers»), creada en 1851, supuso un nuevo modelo para el movimiento obrero, debido al gran número de sus afiliados, a los amplios fondos económicos y a su organización a escala nacional. Los beneficios





Izquierda, distribución de sopa a la población de Malinas durante la primera Guerra Mundial. Pintura de Rik Verheyden. (Ayuntamiento de Malinas, Bélgica.)

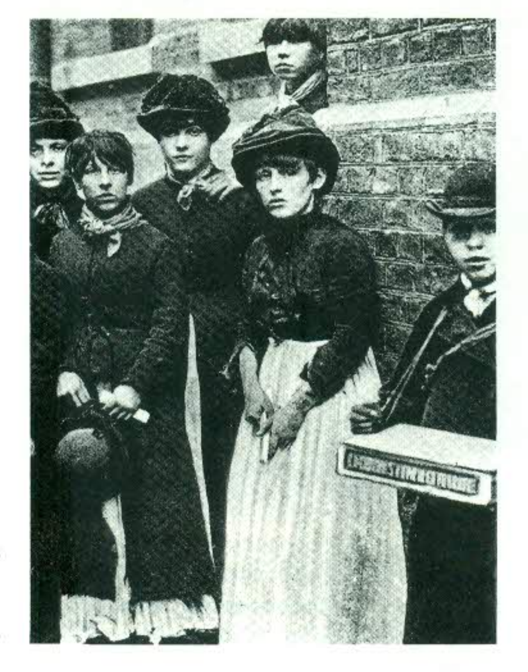
Abajo, miembros de la Unión Matchmakers (1888).

Página anterior, certificado de socio de la Unión de Trabajadores del gas y de los obreros en general de Gran Bretaña e Irlanda (1889).

económicos del asociacionismo obrero se hicieron evidentes a un número cada vez mayor de proletarios.

En 1868, el *Trade Union Congress* fue el primer foro nacional donde poder discutir problemas laborales, constituyéndose en 1871 un «comité parlamentario» que trataría de convencer a los miembros del Parlamento de su viabilidad. Esta idea demostró ser efectiva, puesto que la legislación promulgada por el gobierno de Gladstone en 1871 y el de Disraeli en 1875 reflejaron el nuevo clima de la opinión, al reconocer a las *Trade Unions* como «instituciones británicas» con un *status* legal.

De hecho, sólo una minoría de trabajadores, en su gran mayoría cualificados, estaba representada por las asociaciones obreras. Para muchos obreros tales asociaciones eran instituciones integradas en el sistema. En las décadas de 1880 y 1890 se desarrolló un «nuevo unionismo», con una nueva generación de líderes sindicales como Ben Tillett y Tom Mann, que organizaron a la gran masa de obreros sin cualificar. Sus estrategias eran más agresivas y su pensamiento político a menudo socialista. La gran huelga del muelle de Londres de 1889 permitió a los estibadores obtener su exigencia de ganar seis peniques por hora de trabajo.



El Partido Laborista

El «nuevo unionismo» amplió las filas del movimiento obrero, pero asustó a la burguesía. Las asociaciones patronales se oponían cada vez más a sus actividades, y los tribunales sentenciaban siempre contra los sindicalistas. La legalidad de los piquetes, esenciales para el éxito de las huelgas, fue puesta otra vez en duda. Se culpó a las *Trade Unions* del declive de la competitividad de la industria británica porque aumentaban los costos y se resistían a las innovaciones.

Hacia finales de siglo los líderes sindicales eran conscientes de su debilidad política. Desde la década de 1860 habían contado con ser capaces de persuadir a los liberales y, más indirectamente, a los consevadores, para que se preocuparan

7e ANNÉE. — No 12 Prix: 10 Centimes 19 MARS 1897

René MAIZEROY

GIL BLAS

ILLUSTRÉ, HEBDOMADAIRE

Amuser les gens qui passent, leur plaire aujourd'hui et recommencer le lendemain. — J. JANIN, *préface de GIL BLAS.*

Le P'TIOT, par MAURICE GUILLEMOT

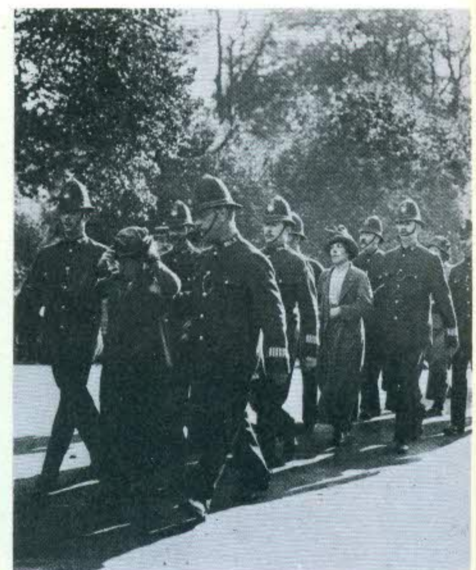
Steinlen

en el Parlamento por sus intereses. Desde 1885 los hombres de la clase obrera elegidos para el Parlamento formaban junto a los liberales. Entonces se consideraba impracticable la creación de un nuevo partido político que representara los intereses de la clase obrera. Ahora, incluso los líderes sindicales más moderados dudaban.

La exigencia de un nuevo partido había nacido a partir del resurgimiento del socialismo británico en 1880. Los grupos socialistas más influyentes de esta época fueron la Federación Socialdemócrata («Social Democratic Federation») y la Sociedad Fabiana («Fabian Society»). La Federación Socialdemócrata, dirigida por H.M. Hyndman, era una organización marxista propensa a la idea de la revolución. La Sociedad Fabiana, cuyos miembros más famosos eran Bernard Shaw y Beatrice y Sidney Webb, rechazaba el marxismo revolucionario y confiaba en «impregnar» los partidos existentes con ideas socialistas.

En 1893, representantes de varios clubs obreros y sociedades socialistas se reunieron en Bradford para fundar un Partido Laborista Independiente. Su programa era claramente socialista, pero su objetivo principal era conseguir el mayor apoyo posible de la clase obrera y, especialmente, de las *Trade Unions.* Su figura más destacada fue Keir Hardie, un minero escocés que en los años anteriores había sido el primer obrero que lograba ser miembro del Parlamento independientemente de los partidos dominantes.

Aunque el Partido Laborista Independiente tuvo poca fortuna en las votaciones, sus actividades sirvieron para que



cambiara la opinión de las *Trade Unions.* En el Congreso de 1889 se decidió estudiar la manera de establecer un grupo aparte en el Parlamento. En 1900 los sindicatos se unieron al Partido Laborista, a la Federación Socialdemócrata, y a los fabianos para crear un Comité de los Representantes Obreros. Su secretario era Ramsay MacDonald, que posteriormente sería primer jefe de gobierno laborista.

Muchos líderes sindicales se mostraron escépticos, pero les decidió el asunto Taff Vale, en 1901. En ese año la Cámara de los Lores confirmó una demanda de la Compañía de Ferrocarriles Taff Vale contra el Sindicato de Empleados Ferroviarios, a causa de los perjuicios ocasionados a la propiedad del ferrocarril, en una huelga convocada por el sindicato. Se ordenó al sindicato pagar 23.000 libras esterlinas en compensación, lo cual provocó un gran resentimiento entre los sindicalistas al considerar la sentencia como un intento para eliminar las huelgas. En las elecciones generales de 1906 el malestar que había creado el caso Taff Vale permitió la vuelta de veintinueve miembros parlamentarios, que constituyeron el nuevo Partido Laborista.

La cuestión de la pobreza

A través de los sindicatos y del Partido Laborista actuaron los más activos miembros de las clases trabajadoras. Gradualmente, los partidos tradicionalistas determinaron que era prudente adelantar algunas de las exigencias laboristas y atacar los males de la pobreza.

El liberalismo del siglo XIX creyó que el Estado debía interferirse lo menos posible en la vida de sus ciudadanos. Ello re-



Izquierda, alumnos de un jardín de infancia en Londres, a finales del siglo XIX. En esa época se estableció un sistema de educación primaria y hasta 1944 no fue obligatoria la enseñanza secundaria en el Reino Unido.

Página anterior, izquierda, representación de la pobreza, en un dibujo de Théophile Steinlen.

Página anterior, derecha, sufragistas arrestadas en Hyde Park, Londres. El movimiento en favor del voto femenino fue creciendo de 1906 a 1914. En 1918 se concedió a las mujeres de 30 años y diez años más tarde a las mayores de 21 años.

dundaría en beneficio de todos, pues permitiría a cada individuo rendir el máximo de su capacidad. Sin embargo, a fines de siglo era evidente que dejar que el sistema se autorregulase suponía un costo muy elevado en sufrimientos humanos. Investigadores como Charles Booth, en Londres, y Seebohm Rowntree, en York, realizaron estudios sobrecogedores sobre la extensión y profundidad de la miseria en un país que era famoso por su riqueza. El conocimiento de que casi una tercera parte de la población de Londres —la ciudad más rica del mundo— vivía en la miseria, en la suciedad y en el desamparo, estremeció a la opinión pública. Ante la amenaza socialista que proponía soluciones radicales a favor de las víctimas de la pobreza —que ahora podían votar—, conservadores y liberales reconsideraron la cuestión de la intervención estatal en la economía.

Pero la tradición era muy fuerte, y liberales y conservadores se mostraron cautos acerca de la reforma social. Disraeli había escrito elocuentemente en sus días de juventud sobre las «dos naciones» en que estaba dividido el país, separadas por la frontera de la pobreza, y durante su segunda administración (1874-1880) se legisló un programa moderado: un decreto sobre las fábricas, para una mayor protección de mujeres y niños; otro sobre higiene pública, y uno más que facultaba a las autoridades locales para la eliminación de los barrios bajos.

Entre 1885 y 1905, Gran Bretaña fue gobernada casi ininterrumpidamente por los conservadores, lord Salisbury y Arthur Balfour, quienes no aportaron mejoras, excepto en el campo de la educación. La educación elemental fue gratuita en 1891. Con ello, se ponía la educación al alcance de todos los niños de la nación, pero su salud y bienestar cotidiano permanecieron en situación precaria.

Tras la subida al poder de los liberales, en 1906, se subió el primer peldaño del «Estado benefactor», si bien durante la segunda mitad del siglo XIX hubo gobiernos municipales emprendedores que actuaron sobre muchas ciudades británicas para sanearlas, creando servicios higiénicos, transportes y suministros de agua, gas y electricidad.

Durante su existencia como partido minoritario, muchos liberales llegaron a aceptar que el Estado debería responsabilizarse directamente del bienestar de sus ciudadanos. En la campaña electoral de 1906 (la primera para el Partido Laborista) denunciaron a los conservadores por su incompetencia en la Guerra de los Bóers y presentaron una plataforma que exigía la promulgación de medidas favorables para la organización de los asuntos laborales y un programa de leyes sociales. Los liberales obtuvieron una importante mayoría y comenzó una nueva era para Gran Bretaña. El liberalismo de Gladstone fue sustituido por el radicalismo de hombres como David Lloyd George, dominados por una preocupación mucho más profunda respecto del bienestar económico y social de las masas.

A pesar de la oposición de la Cámara de los Lores, los liberales consiguieron promulgar en 1907 leyes que autorizaban



a los Consejos de los Condados a adquirir tierras idóneas, como pequeñas propiedades agrícolas, y luego venderlas o arrendarlas a trabajadores agrícolas o a otras personas que desearan trabajar la tierra. La medida legislativa más importante de 1908 fue la ley que regulaba el pago de pequeñas pensiones a personas de más de 70 años cuyos ingresos anuales no excedieran de 31 libras y 10 chelines. En el verano de aquel mismo año, Lloyd George, que era ministro de Hacienda, visitó Alemania e hizo un estudio del sistema alemán de seguros estatales sobre enfermedad, accidentes y vejez. Profundamente impresionado por lo que vio, presentó en 1911 una ley que suponía la puesta en marcha de un sistema nacional que aseguraba a la población obrera contra la enfermedad y, en cierta medida, contra el desempleo. Los británicos asumían lo que el gobierno paternalista del Imperio alemán realizó veinte años antes.

Lores y sufragistas

El «salto en el vacío» hacia la democracia fue menos arriesgado de lo que temieron las viejas clases dirigentes. Una parte mayoritaria del nuevo electorado de masas era tan consciente de la posibilidad de progresar, como lo habían sido las clases medias después de 1832. Con todo, la lentitud con que los dos partidos políticos tradicionales aceptaban la idea de redistribuir la riqueza, generó tensiones en los años previos a 1914. Muchos sindicalistas comenzaron a confiar más en la enérgica actuación en la propia industria, que en sus representantes políticos en la Cámara de los Comunes, y una oleada de huelgas asoló el país de 1911 a 1912. Los ferrocarriles y los muelles se paralizaron y hubo choques violentos con la policía y el ejército. El movimiento huelguístico cesó gradualmente, y el sindicalismo revolucionario —el uso de las huelgas para fomentar la lucha de clases y cambios políticos— no cristalizó como filosofía del movimiento obrero británico.

El objetivo político fundamental de este período fue limitar el poder de la Cámara de los Lores, que, a causa de su carácter hereditario, no estaba sujeta al control popular. Siempre dominada por los conservadores, dificultaba las legislaciones liberales. Después de 1906, y a pesar de que los liberales habían obtenido, por primera vez desde 1880, una masiva mayoría electoral, los Lores continuaron con sus tácticas obstruccionistas.

El enfrentamiento, largo tiempo esperado, entre los Comunes y los Lores surgió en 1909. El primer ministro liberal, Henry Campbell-Bannerman, fue obligado a dimitir, sucediéndole Herbert Asquith, que a su vez fue sucedido en su cargo de ministro de Hacienda por Lloyd George. A causa del coste de las pensiones para los ancianos y de otras leyes sociales, y del incremento enorme de los gastos navales ocasionados por la rivalidad con Alemania, Lloyd George tuvo que hacer frente inmediatamente a un gigantesco déficit. En su presupuesto de 1909 propuso hacer uso de antiguas formas tributarias como el impuesto sobre la renta, el impuesto sobre el patrimonio, e impuestos de lujo sobre el licor y el tabaco; pero, además, propuso un impuesto adicional sobre las fortunas más cuantiosas. Otro modo de aumentar los ingresos fue un impuesto sobre la venta de tierras, que, evidentemente, sufrió la encarnizada oposición de los terratenientes, muchos de los cuales estaban en la Cámara de los Lores. Durante seis meses este presupuesto, cuyo objetivo primordial era declarar la guerra a la pobreza, fue debatido intensamente en el Parlamento, hasta que finalmente se aprobó.

Una vez superada la batalla sobre el presupuesto, los liberales se centraron en el objetivo primordial de limitar el poder de los Lores. En abril de 1910 el go-



Izquierda, desahucio de unos campesinos irlandeses. La pobreza de Irlanda frente a la prosperidad británica provocó grandes resentimientos y la exigencia de un gobierno autónomo; es decir, la disolución de la unión con Gran Bretaña.

Página anterior, grabado de 1857 del Illustrated London News *que muestra a emigrantes irlandeses abandonando su hogar. Entre 1841 y 1861 la población se redujo de más de 8 millones a menos de 6 millones. Irlanda fue azotada por el hambre, la enfermedad y la emigración, que se dirigió con preferencia a Estados Unidos.*

bierno Asquith presentó una ley que abolía el derecho de los Lores a vetar los presupuestos y establecía el procedimiento de que cualquier proyecto legislativo que fuera sucesivamente aprobado en tres sesiones de los Comunes, se convertiría en ley, a pesar del veto de los Lores, siempre que transcurrieran dos años entre la primera lectura del proyecto y su aprobación final. Los Lores cedieron después de las elecciones generales de 1910, que de hecho fueron un referéndum sobre aquella ley. Con ello se eliminó una anomalía evidente en el sistema democrático británico, y la Cámara de los Lores, al igual que la corona, se convirtió en una institución suntuaria. La crisis se resolvió pacífica y democráticamente.

Otra cuestión constitucional, durante esos años, fue la lucha por la consecución del derecho de las mujeres al voto. Al igual que la mayor parte de las otras democracias nacientes, el sexo era más importante que la clase social a la hora de determinar quién debería quedar excluido del derecho al voto. En 1903, Emmeline Pankhurst fundó un movimiento que promovió una campaña para extender el voto a la mujer. Al principio, sus partidarias se contentaban con manifestarse, pero ante el fracaso de su pacifismo, pasaron a la acción violenta. La campaña fue interrumpida por la guerra de 1914, en donde el papel de la mujer cobró una importancia social primordial.

La cuestión irlandesa

Gran Bretaña era un Estado multinacional en un siglo eminentemente nacionalista. Escoceses y galeses encontraron beneficiosa la unión con los ingleses, pero no así los irlandeses, excepto la minoría protestante del norte de la isla. No obstante, eran pocos los partidarios de la independencia total. Se intentó buscar una fórmula de cooperación, pero sin resultado positivo. El momento clave había sido el período de 1845-1849. Irlanda tenía una población en rápido crecimiento que su primitiva agricultura no podía alimentar. Casi la mitad de los irlandeses dependían del cultivo de la patata. Las malas cosechas eran frecuentes, aunque locales, pero en 1845 todo el país se vio afectado por la plaga de la patata. Fue en respuesta a esta crisis que Robert Peel derogó las *Corn Laws* y tomó medidas de ayuda más directas. En 1846 la plaga reapareció y la consecuencia fue el hambre, tratada pésimamente por los sucesores de Peel. Como secuela del hambre aparecieron el tifus y otras enfermedades. Alrededor de un millón de irlandeses, de una población de 8.000.000, murieron de hambre o de enfermedad, y un número similar se vio obligado a emigrar a América. El horror de esos años caló hondo y produjo gran amargura. Hubiera sido necesario un estadista imaginativo para tender un puente sobre el abismo que separaba a los irlandeses del resto de Gran Bretaña. Gladstone fue ese estadista. Antes que los otros políticos de su generación se dio cuenta de la magnitud del problema y del peligro de dejarlo sin resolver. Desde el momento en que se convirtió en primer ministro, en 1868, hasta su retirada de la vida pública en 1894, realizó repetidos esfuerzos para reconciliar a los irlandeses e incluirlos en el Reino Unido. Podría haber convencido a los irlandeses, pero fra-

casó con los ingleses, reacios a las medidas que proponía.

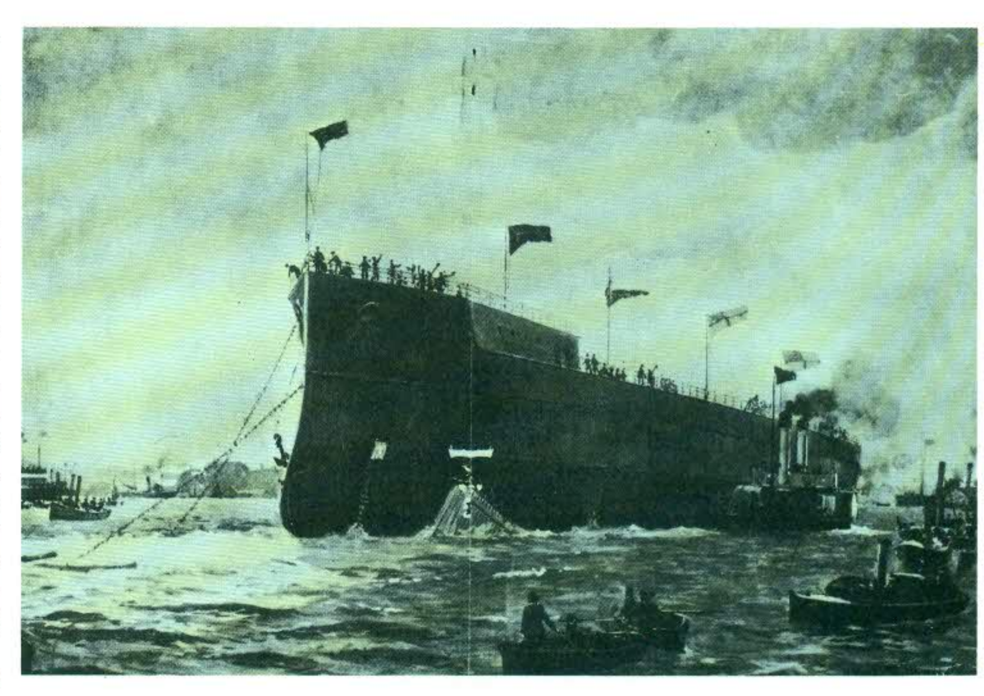
La suficiencia inglesa respecto de los irlandeses se vio cuestionada en la década de 1860 por las actividades de una organización nacionalista revolucionaria, la Fenian Brotherhood. La opinión pública aceptó el hecho de que era necesario hacer algo. Las primeras medidas reformistas de Gladstone obtuvieron ahora el apoyo general. Una ley promulgada en 1870 abordó el problema básico de Irlanda tratando de evitar que los terratenientes explotasen a los humildes arrendatarios que formaban la mayor parte de la población. Si bien fue un primer paso importante para resolver el problema de la tierra, dicha ley no fue suficiente y no proporcionó ninguna seguridad sobre los arriendos equitativos, la fijación de la tenencia de tierra o la venta libre de ésta a los arrendatarios irlandeses.

En 1881, Gladstone hizo aprobar otra ley que reconocía la doble propiedad de la tierra y creaba una comisión para mediar entre el señor y el arrendatario, lo cual contribuyó en gran manera a solucionar el problema agrario.

En esta época los nacionalistas irlandeses de la Cámara de los Comunes exigían una *Home Rule* para Irlanda, y en 1875, Charles Stewart Parnell, que iba a asumir pronto el liderazgo del Partido Nacionalista, obtuvo un escaño en la Cámara de los Comunes. También aceptó la presidencia de la Liga de la Tierra, en Irlanda, que se había organizado para unir a campesinos y políticos contra los propietarios, y que empleaba métodos violentos de represalia contra todo el que tomase posesión de una tierra de la que se hubiera deshauciado a un arrendatario.

En 1885, Gladstone, cuya segunda ley (1861) se había mostrado ineficaz, se convenció de que la *Home Rule* era la única vía para resolver el problema irlandés. Su cambio de actitud dividió al Partido Liberal, aliándose los que se oponían a la *Home Rule* con los conservadores y formando los Unionistas Liberales. El más destacado de los Unionistas Liberales fue el gran radical Joseph Chamberlain. La mayor parte del pueblo británico era hostil a la *Home Rule,* y, aparte de un breve período (1892-1895), los liberales no alcanzaron el poder hasta 1906. Lo mismo ocurrió con el Partido Nacionalista Irlandés, que había sido una fuerza dominante en la política británica de la década de 1880, empezando a declinar su influencia a partir de 1890, cuando Parnell fue obligado a abandonar su dirección después de ser acusado en un pleito por adulterio.

Los Lores frustraron dos proyectos de *Home Rule* presentados por Gladstone, pero sólo pudieron retrasar el tercer proyecto, que fue aprobado por segunda vez por los Comunes en 1913. En esta época, en Irlanda se precipitó la crisis. Los protestantes del Ulster, bajo el liderazgo de Edward Carson, anunciaron su determinación de oponerse a la *Home Rule.* De aquí nació una hostilidad religiosa que todavía presiste en Irlanda del Norte.



El gobierno liberal de Asquith tuvo que hacer frente a la amenaza de rebelión del sector protestante del Ulster, donde se creó una fuerza de choque, los Voluntarios del Ulster, y en el sur surgieron organizaciones similares de signo contrario. La guerra civil parecía inminente; la oposición conservadora en la Cámara de los Comunes se mostró dispuesta a colaborar con los protestantes. Por otra parte, en marzo de 1914 algunos oficiales del ejército británico en Curragh, una gran base militar cercana a Dublín, declararon que renunciarían a sus graduaciones antes de sumarse a medidas militares en contra del Ulster. Se esperaba que el proyecto de ley de la *Home Rule* sería aprobado por tercera vez en mayo de 1914, y Gran Bretaña parecía abocada a la guerra civil. La nación se salvó del desastre a causa de otro: el 4 de agosto de 1914, Gran Bretaña entró en la Gran Guerra. La *Home Rule* se convirtió en ley en septiembre, pero para contentar a los protestantes del Ulster, se aprobó otro proyecto de ley en Westminster, retrasando hasta el fin de la guerra la entrada en vigor de la *Home Rule.*

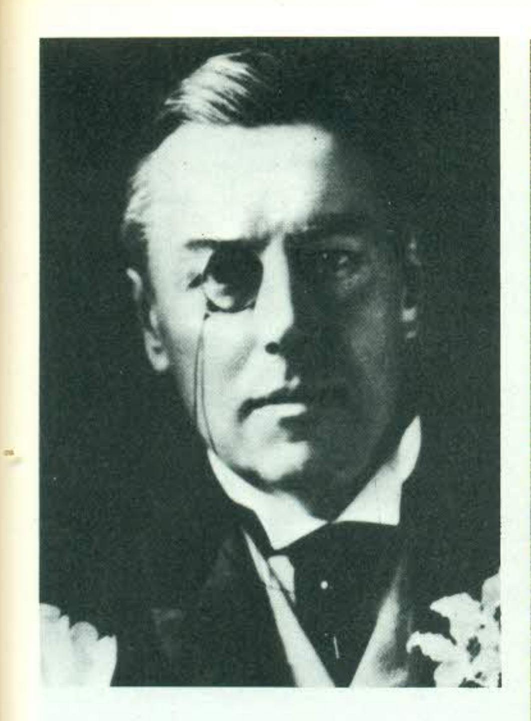
Finalmente, Gran Bretaña perdió la causa de la unidad irlandesa. Tras un período de violencia y salvaje represión durante la I Guerra Mundial, se concedió la independencia a Irlanda, a excepción del Ulster, firmándose en 1921 un tratado que establecía el Estado Libre Irlandés.

Las amenazas contra el Imperio británico

El Imperio británico se expansionó en los últimos quince años del siglo XIX. Un profundo sentimiento de poder embargó al pueblo británico. Su Imperio era mucho mayor que cualquier otro y comprendía unos 400 millones de personas, casi una cuarta parte de la población mundial de aquel momento.

Sin embargo, el Imperio era demasiado extenso como para ser defendido por una nación de 40 millones de personas, tradicionalmente poco dispuestas al militarismo. Estuvo a salvo mientras las otras potencias fueron débiles o inactivas, pero los nuevos intereses imperialistas de las naciones europeas y de Estados Unidos colocaron al Imperio en una situación delicada. La adquisición apresurada de numerosos territorios africanos fue propiciada por el temor de que Francia, Alemania e Italia ocuparan zonas estratégicas de un continente vital para la defensa de las colonias asiáticas. La crisis de Fashoda había asegurado el control del valle del Nilo y, por tanto, de Egipto y el canal de Suez. Sin embargo, más importante para las comunicaciones con la India era el cabo de Buena Esperanza. Entre 1899 y 1902, Gran Bretaña intentó eliminar obstáculos combatiendo a la República de Transvaal y al Estado Libre de Orange, poblado por bóers de descendencia holandesa. Desencadenó una lucha terrible y larga contra una pequeña nación de granjeros, logrando finalmente una amarga victoria.

La Guerra de los Bóers estalló cuando el temor por la expansión rusa en Asia



llegaba al máximo. Rusia, tras la Guerra de Crimea, inició una frenética campaña de rearme y expansionó sus fronteras en Asia central. En la década de 1890 intentó industrializarse rápidamente y reducir la distancia respecto a Alemania y Gran Bretaña. El avance ruso en Asia hacía prever el dominio ruso en China, y Gran Bretaña, acosada por la agitación interna de la India (1857), consideró que el equilibrio político asiático se inclinaba ventajosamente hacia Rusia, por lo que se alió con Japón en 1902. Las invasiones rusas de Corea y Manchuria despertaron las aprensiones japonesas, que precipitaron la guerra al atacar a la flota rusa en Port Arthur. En menos de siete meses Japón asombró al mundo derrotando a Rusia y demostrando su fuerza como nueva potencia imperialista.

El fervor imperialista británico se tradujo en la decisión de reforzar el Imperio mediante unas relaciones políticas y económicas más estrechas. Joseph Chamberlain, ministro de Colonias entre 1895 y 1903, trabajó por la expansión en África. Mientras, colonias autónomas como Canadá y Australia, se inclinaron por una mayor independencia. En 1903, Chamberlain intentó fomentar la unidad proponiendo un gran acuerdo comercial preferente en el seno del Imperio. Esto significaba una restricción del libre comercio con otros países, es decir, atentaba contra una de las claves de la prosperidad victoriana. La renuncia de Chamberlain a promover la reforma arancelaria dividió al Partido Conservador y preparó el terreno para la vuelta de los liberales al poder en 1906. El Imperio continuó siendo vulnerable y acosado por rivales altamente peligrosos.

El desafío industrial

La alarma acerca del futuro del Imperio británico era prematura, pero ya se vislumbraban las dificultades para mantener unidas unas posesiones tan dispersas. Sin el dominio del mar, Gran Bretaña podía ser bloqueada e invadida. Así, el gran desarrollo de la flota alemana a comienzos del siglo XX supuso el primer desafío importante para la seguridad de Gran Bretaña, desde los tiempos de Napoleón.

Gracias a su industrialización, durante la segunda mitad del siglo XIX Alemania se convirtió en el estado más rico y poderoso de Europa. Con la construcción de

Arriba, mineros franceses en un bar (1911).

Izquierda, Joseph Chamberlain (1836-1914), ministro de Colonias británico, practicó una política imperialista y proteccionista.

Página anterior, botadura en Portsmouth del HMS Dreadnought *(10 de frebrero de 1906), que era el primero de una serie de acorazados rápidos que colocaron a Gran Bretaña al frente del poderío naval.*



una armada que estuviera a la altura del ejército, el almirante Von Tirpitz confiaba en hacer de Alemania una potencia mundial. El almirante Fisher, de Gran Bretaña, respondió con un revolucionario navío de guerra, el *Dreadnought*, botado en 1906, y que superaba todos los barcos de guerra. Fue un triunfo para la tecnología británica, pero el costo de la carrera armamentista naval era alto, y la tarea de obtener fondos preocupó seriamente a Lloyd George. Los alemanes tenían que hacer frente a preocupaciones similares para financiar su esfuerzo armamentista. La industrialización había encarecido la guerra.

Gran Bretaña resolvió sus disputas en ultramar con Francia en 1904 y con Rusia en 1907, decidiéndose a cooperar cada vez más con ambas potencias, aliadas entre sí contra Alemania. Las conversaciones con los franceses acerca de la utilización del pequeño ejército profesional, que el ministro de la Guerra, R.B. Haldane, había reformado con tanta eficiencia a partir de 1906, marcaron la progresiva aceptación británica de una acción enérgica para detener a Alemania.

En el siglo XIX, el industrialismo convirtió a Gran Bretaña en el gigante de los estados, pero era imposible mantener el liderazgo permanentemente. Se produjo un declive en el auge de la actividad industrial británica cuando aparecieron recién llegados, como Alemania y Estados Unidos. Incluso si la economía británica hubiera respondido satisfactoriamente, el empuje industrializador de los estados rivales hubiera deteriorado la capacidad de defensa del Imperio. El carácter global de éste generaba adversarios por todas partes. La tarea iba más allá de sus fuerzas.

El fin del Segundo Imperio francés

Francia se dirigía mucho más lentamente que Gran Bretaña hacia una sociedad industrial urbana. Alrededor de 1870, cuando la mayoría de británicos vivía en ciudades, dos tercios de franceses aún lo hacían en el campo. Junto a los belgas, los franceses fueron los primeros en adoptar los métodos británicos de producción, y durante el siglo XIX experimentaron las tensiones sociales que suelen acompañar el cambio económico. Francia estaba menos industrializada que Gran Bretaña, pero la presión de las tensiones sociales fue mayor debido a que los franceses estaban profunda y amargamente divididos por cuestiones políticas. Entre 1815 y 1870 hubo dos monarquías, dos repúblicas y un imperio.

Napoleón III, cuyo régimen surgió de la revolución de 1848, intentó acelerar el progreso industrial con la construcción de una red ferroviaria y el fomento de un comercio más libre. El cambio engendró descontento, pero Napoleón III utilizó los plebiscitos para mostrar que la mayoría de franceses aceptaba su régimen. Si bien es posible que tratara la problemática política francesa mejor que sus predecesores, lo hizo a costa de comprometerse peligrosamente en los asuntos extranjeros.

La guerra con Prusia en 1870 fue la continuación de una serie de fracasos diplomáticos. El ejército prusiano estaba, en general, mejor equipado y organizado que el francés, y mucho mejor dirigido. Los ejércitos de Napoleón III fueron rápidamente aplastados cerca de la frontera, y los prusianos marcharon sobre París. Su régimen estaba demasiado debilitado para poder resistir la derrota militar, especialmente cuando cometió el error de dirigir personalmente el ejército, y fue capturado por los prusianos en Sedán. El 4 de septiembre de 1870 estalló la revolución en París y se proclamó una República.

En las guerras revolucionarias de finales del siglo XVIII la Primera República había salvado a Francia del invasor. Se esperaba que la Tercera República realizara el mismo milagro y a punto estuvo de ocurrir así. La personalidad más pintoresca, en el gobierno republicano provisional, era un joven abogado, León Gambetta. Cuando los prusianos sitiaron París a fines de septiembre de 1870, escapó en globo para organizar la resistencia en las provincias. Las grandes y estusiastas fuerzas voluntarias que organizó desconcertaron a los prusianos, prolongaron la guerra y restauraron la dignidad francesa, pero no llegaron a inquietar seriamente el dominio prusiano sobre Francia. Tras un sitio agonizante de cuatro meses, el Gobierno de Defensa Nacional firmó un armisticio de tres semanas, ignorando las protestas de Gambetta. París se rindió. La Asamblea Nacional, elegida rápidamente, acordó negociar con Bismarck en Versalles. La paz con Alemania supuso la pérdida de Alsacia-Lorena.

Aunque la nueva República había fracasado en la tarea de salvar a Francia del invasor, evitó la revolución social –una perspectiva más temida aún por la burguesía francesa–. Las elecciones de febrero de 1871 condujeron a una Asamblea Nacional muy conservadora, la mayor parte de la cual estaba a favor de volver a algún tipo de monarquía. Adolphe Thiers, un veterano político que había prevenido a Napoleón III en contra de la guerra con Prusia, se convirtió en jefe de Estado y fue encargado de negociar la paz. Una parte del país la deseaba, incluso si resultaba humillante, pero las masas parisinas discrepaban. Había sufrido lo peor de la guerra, y parte de sus ciudadanos, incondicionalmente republicanos, se sintieron ofendidos por los acuerdos de paz pactados por la Asamblea monárquica. Cuando la Asamblea Nacional, todavía en Burdeos, privó a la Guardia Nacional de su paga y sus armas, París se sublevó.

Las fuerzas ocupantes prusianas fueron espectadoras de un segundo sitio de París,



dirigido ahora por tropas del gobierno francés. Los revolucionarios de París asumieron el control de la insurrección. Representaban diferentes ramas del republicanismo y del socialismo, pero estaban unidos en su aversión hacia la burguesía, la Iglesia católica y los restos de la vieja aristocracia. Dominaron el gobierno municipal de emergencia, elegido el 26 de marzo de 1871, autodenominándose la Comuna. El gobierno y sus partidarios consideraron la Comuna como una amenaza para la propiedad y el orden social. Como defensores de ambas cosas la atacaron con una decisión salvaje, y tras encarnizados combates callejeros y la ejecución de unos 20.000 revolucionarios, la Comuna fue derrotada.

Los principales efectivos de la insurrección fueron los obreros industriales. Los regímenes políticos habían hecho poco para aliviar sus duras condiciones de vida, y no era sorprendente que buscaran la ayuda de los revolucionarios. Su protesta de 1848 también había sido aplastada brutalmente. Este segundo derramamiento de sangre en una misma generación intensificó el odio clasista y proporcionó al socialismo europeo una leyenda de gran fuerza emocional. El triunfo de Thiers socavaría a largo plazo la estabilidad social que en un principio parecía asegurar.

Destruidos sus opositores más peligrosos, el gobierno se concentró en recuperarse de la derrota ante los alemanes. El tratado de paz era duro. Francia tenía que pagar una indemnización de 5.000 millones de francos, aceptar la presencia de tropas alemanas hasta que hubiera pagado, y renunciar a las provincias de Alsacia y Lorena con sus ricos recursos económicos y su casi millón y medio de habitantes.

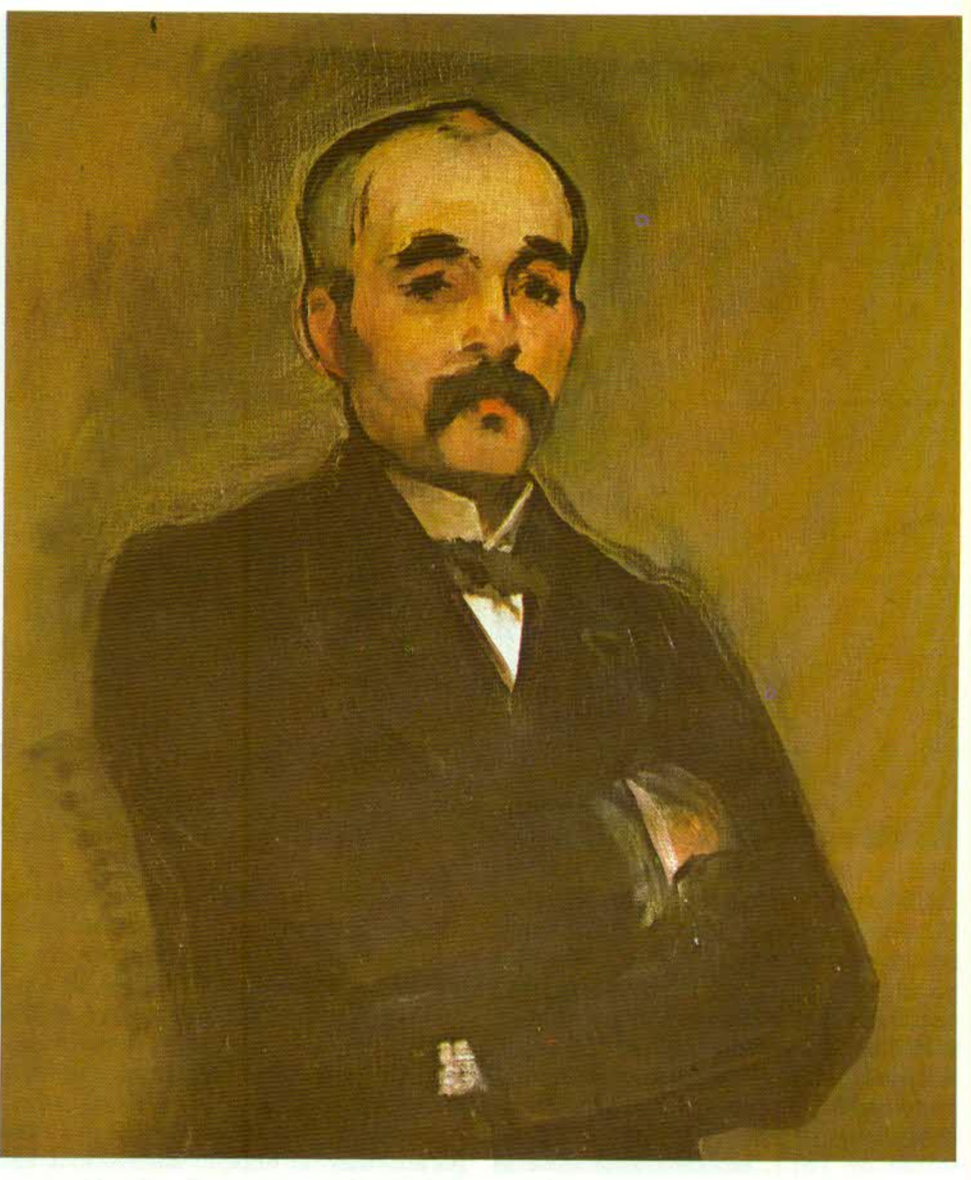
La victoria de 1870 capacitó a Prusia para formar un Imperio alemán más allá de la Confederación de Estados Alemanes del Norte, que habían combatido junto a los Estados del Sur de Alemania contra Francia. Alemania se encontraba en plena revolución industrial, que consolidaría rápidamente su condición de potencia más poderosa de Europa. Las perspectivas francesas para recuperar las provincias de Alsacia y Lorena parecían relativamente remotas.

Con todo, el renacimiento de Francia fue veloz. Thiers fue una figura tranquilizadora para los franceses de mentalidad conservadora, reafirmando la confianza que tenían depositada en él al evitar la innovación y el experimento. Esto hizo mucho más fácil la obtención de grandes empréstitos públicos necesarios para saldar la indemnización y, como consecuencia de ello, los franceses tuvieron la satisfacción de presenciar la evacuación de las tropas alemanas de su suelo en 1873. La renovada capacidad financiera de Francia permitió el inicio de la reconstrucción y modernización de su ejército a mediados de la década de 1870.

Arriba, episodio de la Comuna de París en la plaza de la Concordia, en un cuadro de la época, firmado por Boulanger.

Página anterior, El Té, *litografía del siglo XIX, por Achille Devéria. (Bibliothèque Nationale, París.)*





República o monarquía

Sin embargo, no estaba claro que la Tercera República sobreviviera. Después de la derrota de la Comuna, parecía que al final renacería la monarquía. Thiers había sido ministro al servicio del rey Luis Felipe, derrocado en 1848, y la Asamblea Nacional elegida en febrero de 1871 era predominantemente monárquica.

Los partidarios de una vuelta a la monarquía constitucional no estaban, sin embargo, de acuerdo sobre quién debía ser el monarca. Algunos apoyaban la dinastía de los Orleáns en la persona del nieto de Luis Felipe; otros optaban por la vieja dinastía borbónica y el nieto de su último rey, Carlos X, que fue sucedido por Luis Felipe en 1830. El candidato borbónico no aceptaría la tricolor como bandera de Francia, a causa de sus orígenes revolucionarios, y sus partidarios sabían que esta actitud sería inaceptable para una abrumadora mayoría de franceses. Todas estas dudas destruirían las perspectivas de una monarquía en Francia.

El tiempo estaba a favor de la República. Thiers se apercibió de que una república dividiría menos a los franceses que cualquier otro régimen, siempre que fuera conservadora en su política. Los monárquicos, indignados, insistían en que Thiers fuera reemplazado como presidente por el mariscal Mac-Mahon, que evitaría cualquier decisión irrevocable sobre la futura forma de gobierno en Francia hasta que los monárquicos acordaran quién sería el rey. Lo decidieron demasiado tarde. Francia no podía continuar indefinidamente sin Constitución. En 1875 la Asamblea se puso de acuerdo respecto a las leyes constitucionales, pero estaban expresadas de tal manera que evitaban llamar al régimen con el nombre de República. Un diputado llamado Wallon introdujo dicho término en una enmienda, que, a consecuencia de las disputas que provocó en las filas monárquicas, fue aprobado por un voto de mayoría. La República era una realidad.

Las primeras elecciones parlamentarias bajo la nueva Constitución se celebraron en 1876. Los monárquicos consiguieron una ligera mayoría en el Senado y los republicanos obtuvieron mayoría en la Cámara de Diputados. Una crisis constitucional dio entonces a la República la oportunidad para consolidarse. El mariscal Mac-Mahon cesó al primer ministro republicano, nombrando a un realista, y convocó nuevas elecciones en 1877 utilizando el gobierno todos los medios de presión a su alcance para asegurar una mayoría monárquica. Fracasaron, pues Thiers y Gambetta unieron sus fuerzas en una gran campaña en favor de la República. Mac-Mahon aceptó el veredicto del electorado y dimitió. La Tercera República sobreviviría hasta 1940.

Una razón por la que la República obtuvo tan amplio apoyo fue el hecho de que, durante la década de 1879-1889, los republicanos moderados controlaron la Cámara de Diputados, mostrándose coherentes y unidos frente a los excitados y divididos monárquicos. El republicanismo se liberó de sus recuerdos revolucionarios y asumió los intereses de las clases adineradas en un país en donde predominaban los campesinos propietarios. Su conservadurismo y respetabilidad lo consolidó.

El único cambio drástico se produjo respecto a la Iglesia católica. El anticlericalismo cimentó la unidad de los republicanos. Uno de los líderes más destacados, Jules Ferry, estaba decidido a acabar con el control de la Iglesia sobre la educación. Los niños de la nación tenían que crecer como ciudadanos leales a la República; no tenían que ser educados por una Iglesia tradicionalmente favorable a la monarquía. Las leyes educativas de 1880-1881 tenían ese objetivo.

En contraste con los gobiernos de Gran Bretaña y Alemania, la Tercera República francesa no dio prioridad a la reforma social. El ritmo lento de la industrialización en Francia hacía menos urgente la cuestión, pero no se la podía aislar de los cam-

bios rápidos que se producían fuera. El retroceso económico mundial en la década de 1870 afectó a Francia, pues las importaciones masivas de grano barato norteamericano afectaron gravemente su economía agraria. En 1880 había un gran descontento contra el régimen republicano.

El desencanto hacia la República se expresó a través del apoyo al pintoresco general Boulanger, que fue nombrado ministro de la Guerra en 1886. Los enemigos de la República le describían como un «nuevo Bonaparte», conduciendo a una Francia revitalizada contra Alemania. En 1887 la respetabilidad de la República se vio en entredicho cuando el presidente dimitió acusado de corrupción. Apoyado por varios grupos derechistas, como la Liga de Patriotas, Boulanger se convirtió en candidato para las elecciones a la Cámara de Diputados dondequiera que se celebraran comicios complementarios, siendo los últimos en un distrito electoral de París, en enero de 1889. Las masas parisinas, descontentas con la República, le urgieron para que asumiera el poder, pero su indecisión permitió que los republicanos cerraran filas, y Boulanger abandonó el país, suicidándose dos años más tarde.

Boulanger demostró ser un tigre de papel, pero el apoyo que consiguió tan fácilmente era una grave advertencia para los republicanos. La antigua amenaza realista, borbónica y orleanista, se desvanecía rápidamente. La tradición napoleónica estaba mucho más viva.

Fue alguno de los partidarios de Boulanger quien desenterró el «escándalo de Panamá». Ferdinand de Lesseps, que una generación antes se había hecho famoso con la construcción del canal de Suez, intentaba desde 1881 construir un canal, en Panamá, que uniera los océanos Atlántico y Pacífico. El proyecto resultó un fracaso costoso, y en 1889 su Compañía del Canal de Panamá quebró. En sus últimos esfuerzos para evitar la crisis, la Compañía intentó conseguir dinero con la aprobación parlamentaria. En 1892 se descubrió que muchos diputados, incluyendo a algunos ministros, habían sido sobornados para votar a favor de las propuestas de la Compañía. Dos financieros judíos habían organizado el soborno.

El escándalo afectó seriamente la reputación de la República y proporcionó una mayor consistencia a las aseveraciones de corrupción impulsadas por la oposición derechista. La crisis confirmó la aparición de una «nueva derecha» en Francia. Sus líderes eran fuertemente nacionalistas y antisemitas; acusaban a la República de permitir a los judíos corromper la nación y sus tradiciones.



El *affaire* Dreyfus

La batalla entre la nueva derecha francesa y las fuerzas del republicanismo derivó en un gran error judicial. El ejército no desempeñaba un papel directo en la política y se consideraba el instrumento leal de cualquier gobierno que surgiera del proceso democrático. Pero sus más altos grados contaban con hombres que hubieran preferido tener una forma de gobierno monárquico y clerical. Por ello, los republicanos observaban al ejército con recelo. En esa situación estalló el asunto Dreyfus.

En 1894 el capitán Alfred Dreyfus fue acusado de espiar para Alemania y condenado a cadena perpetua en la isla del Diablo, durísimo penal cercano a la costa de Guayana. Al principio, el caso no fue discutido, excepto por el origen judío del condenado. Dreyfus era el primer judío que llegó a ser oficial del Estado Mayor. Su aparente traición pareció justificar la práctica generalizada de excluir a los judíos, y encendió la pasión contra los judíos franceses.

Arriba, el general Georges Boulanger (1837-1891), en el momento en que parte hacia su mando en provincias, en 1887, asegurando que volverá. Intentó un golpe de estado, pero fue abandonado por los que tenían que apoyarle y se suicidó.

Página anterior, izquierda, Adolphe Thiers (1797-1877), primer presidente de la III República, retratado por Bonnat.

Página anterior, derecha, Georges Clemenceau (1841-1929), primer ministro francés que estrechó vínculos con Inglaterra para una política enérgica frente a Alemania, y estimuló las energías del país en la I Guerra Mundial hasta el triunfo total (detalle de un retrato realizado por Édouard Manet).

En 1896 el coronel Picquart, recién nombrado jefe del contraespionaje, descubrió que Dreyfus era inocente y que el verdadero espía era otro oficial llamado Esterhazy. El ejército cometió entonces el tremendo error de ocultar la verdad. A través de Picquart la historia llegó a los círculos políticos, y un pequeño pero influyente grupo comenzó una campaña a favor de Dreyfus. El ejército sometió precipitadamente a Consejo de Guerra a Esterhazy y le absolvió. La reputación del ejército era considerada más importante que la suerte de Dreyfus.

En su ansiedad por evitar un escándalo las autoridades militares habían actuado desastrosamente. La opinión pública era inicialmente contraria a Dreyfus, y el gobierno no deseaba ningún roce con el ejército; pero una brillante campaña parlamentaria y de prensa, llevada por el político radical Georges Clemenceau, el novelista Zola y otros intelectuales, obligó finalmente a reconsiderar el caso en 1898. El ministro de la Guerra descubrió que los documentos que culpaban a Dreyfus habían sido falsificados por un oficial del servicio de inteligencia, el coronel Henry, que fue arrestado, suicidándose posteriormente. El reconocimiento de la inocencia de Dreyfus era cuestión de tiempo.

Pero había muchas otras cosas en juego aparte de la suerte de Dreyfus. La confusión era total. Para la mayoría de monárquicos, católicos, nacionalistas y antisemitas, era evidente que un grupo «corrompido» de republicanos intentaba ayudar a un «traidor judío» a escapar de su justo destierro. Para los republicanos más radicales y anticlericales, así como para los socialistas y miembros de la extrema izquierda, era evidente que las fuerzas reaccionarias de la Iglesia y el ejército habían condenado a un inocente como parte de su campaña para socavar la República. El debate sobre Dreyfus se convirtió en la ocasión para liberar las emociones políticas reprimidas. El establecimiento de la culpabilidad o de la inocencia de Dreyfus determinaría un triunfo propagandístico en favor de la derecha o la izquierda.

La derecha difícilmente podía ganar, pues Dreyfus era inocente. El ejército condenó nuevamente a Dreyfus en una revisión del caso, en 1899, pero este fue rápidamente «perdonado» y liberado. Su rehabilitación formal se produjo en 1906. Durante la controversia, los gobiernos republicanos, en un principio, apoyaron la versión militar para, gradualmente, adoptar una actitud dubitativa, lo que probablemente coincidía con el sentir de la gran mayoría de votantes franceses. En consecuencia, la derecha perdió apoyos.

Por otra parte, los republicanos demostraron una vez más su habilidad para unirse cuando el régimen estaba en peligro, ya que, en el clímax de la crisis, el escritor nacionalista Déroulède fracasó con un golpe de Estado. La República había durado mucho más que cualquier otro régimen desde la Revolución francesa de 1789. El caso Dreyfus mostró que la República tenía importantes enemigos, pero también que les podía vencer fácilmente.

Anticlericalismo

La coalición de republicanos moderados y radicales que el primer ministro Waldeck-Rousseau formó en la Cámara de Diputados en 1899, sobrevivió a la crisis de Dreyfus. En esta coalición, conocida por el «Bloque», los radicales llevaban ventaja sobre los moderados, los cuales tuvieron el predominio en la década de 1880 y se habían apoyado a veces en elementos hostiles a la República. Las pasiones levantadas por el caso Dreyfus les crearon dificultades, y los radicales, que creían en la «republicanización» de Francia, pasaron a ser el grupo político dirigente. El ministro de la Guerra fue autorizado a promocionar a los oficiales leales a la República, y se revitalizó el viejo anticlericalismo.

Muchos católicos en Francia deseaban terminar con la hostilidad eclesiástica contra la República, pero eran minoritarios. Incluso cuando el papa León XIII apoyó la reconciliación a comienzos de la década de 1890, la respuesta de la mayoría de los obispos franceses fue fría. El odio al republicanismo y lo que había representado desde los tiempos de la Revolución francesa estaba profundamente arraigado. La visión de una Francia unida por el catolicismo liberal y el republicanismo moderado se desvaneció. Tras el asunto Dreyfus, la República y la Iglesia parecían destinadas a chocar entre sí.

Entre 1899 y 1905 se lanzó una nueva ofensiva contra el poder de la Iglesia, siendo disueltas la mayoría de las ricas e influyentes órdenes religiosas y cerrados sus colegios. La muerte del papa León XIII en 1903 hizo aún más difícil la reconciliación, ya que su sucesor, Pío X, fue intransigente y poco diplomático, y ofendió incluso a los republicanos que le eran adictos. Las relaciones entre París y el Vaticano se deterioraron y finalmente las relaciones diplomáticas se rompieron.

En 1905 el gobierno francés dio el último paso para liquidar el Concordato de Napoleón con el papa, fundamento de las relaciones Iglesia-Estado desde 1801. El Estado y la Iglesia estaban ahora separados, y ésta perdió su estatuto y sus rentas oficiales. Cuando el papa se negó a aceptar la Ley de Separación, las propiedades de la Iglesia fueron confiscadas.



De este modo, la Iglesia perdió su capacidad para intervenir en política. En contrapartida, la República se consolidó. La pérdida de riqueza que sufrió la Iglesia no fue en conjunto perjudicial para la vida espiritual, y su influencia persistió, aunque con menos fuerza.

El desarrollo industrial

Absorbidos por el anticlericalismo, los partidos republicanos tuvieron poco tiempo para la reforma social. Incluso los radicales, que hablaban de ella, hicieron poca cosa cuando tuvieron oportunidad. Se hubiera socavado fatalmente al apoyo electoral a la República si ésta hubiera decidido imponer contribuciones a la mayoría campesina en beneficio de las clases obreras. El impuesto sobre la renta, por ejemplo, no fue introducido hasta la I Guerra Mundial.

La industria francesa continuó expandiéndose, pero no lo suficiente para que la población industrial fuese mayoría, ni tampoco para situar a Francia a la altura de Alemania, Gran Bretaña o Estados Unidos. Francia tenía ciertas desventajas, al poseer menos recursos naturales, como hierro y carbón, y un índice menor de crecimiento demográfico. No había premura en superar estas desventajas, desde el momento en que la agricultura francesa podía atender las necesidades de la población. Francia no sólo podía autoalimentarse sino que era el tercer exportador mundial de cereales. Su reputación para fabricar mercancías lujosas como muebles, sedas, joyas, cosméticos y vestidos elegantes seguía intacta. La tradición por los negocios familiares aún prevalecía en-



tre la mayoría de industriales. Sacrificar la buena vida en pos de un beneficio material mayor chocaba con la tradición francesa. El tipo de actitud social que fomentó las empresas gigantes de Alemania y Estados Unidos era raro en Francia, así como el hecho de que el gobierno urgiera el desarrollo de grandes corporaciones en interés de la riqueza nacional –tal como ocurría en la Rusia zarista– era también ajeno a las intenciones de la República.

Debido a ello, la clase obrera industrial era electoralmente minoritaria. En contraste con los obreros británicos e, incluso, con los alemanes, tenían pocas perspectivas de poder mejorar sus condiciones de vida a través de la política convencional. Mientras que los movimientos obreros de Gran Bretaña y Alemania fueron gradualmente absorbidos por el sistema político existente antes de 1914, los obreros franceses se radicalizaron revolucionariamente.

El resurgir del socialismo francés

La derrota de la Comuna en 1871 destrozó el movimiento socialista francés. Pero a los pocos años comenzó a resurgir, y en 1800 se vió estimulado por una amnistía en favor de los comuneros enviados al exilio. Al igual que en su período inicial, el socialismo francés estaba doctrinariamente muy dividido. La principal distinción entre los líderes socialistas, como en el resto de Europa, involucraba a los marxistas y reformistas. Los marxistas, guiados por Jules Guesde, creían en la preparación de los obreros para destruir el capitalismo. Los reformistas se inclinaban por ejercer presión a través de los canales políticos convencionales para conseguir mejoras inmediatas de las condiciones laborales y una transferencia gradual del poder a las clases obreras.

Arriba, ilustración contemporánea de una marcha de los mineros durante la huelga de abril de 1906, en el norte de Francia.

Página anterior, dibujo de la época del proceso, que muestra la crucifixión del capitán Alfred Dreyfus (1859-1935). El general Mercier, ministro de la Guerra, que aceptó la falsa evidencia acusatoria, es el que le ofrece la esponja con vinagre.





Los socialistas tuvieron éxito en las elecciones de 1893, después de que el «escándalo de Panamá» hiciera tambalear a la República. Los 49 diputados socialistas que fueron elegidos incluían a Guesde y a los dos reformistas más capacitados, Jean Jaurés y Alexandre Millerand. En 1899, Millerand se convirtió en ministro de Comercio del gobierno Waldeck-Rousseau formado para afrontar el desafío a la República durante el caso Dreyfus. A pesar de conseguir legislar reformas que aseguraban un salario mínimo y que reducían el horario laboral de los empleados públicos, el hecho de que Millerand aceptase un cargo en un gobierno burgués escandalizó a un amplio sector del movimiento socialista.

En 1905 los socialistas superaron sus diferencias para formar un partido unido. La influencia de Guesde era fuerte y descartó la cooperación con los republicanos radicales del gobierno. Sin embargo, las viejas fricciones nunca desaparecieron, y en vísperas de la guerra de 1914 el socialismo francés perdió a su líder más moderado, Jaurés, víctima de un atentado. Los parlamentarios socialistas eran una gran fuerza dentro de la política francesa, pero sus esperanzas de conseguir el poder seguían siendo escasas.

Los ciudadanos proletarios de Francia tenían una larga tradición de conseguir resultados rápidos mediante la violencia revolucionaria. Los derramamientos de sangre de 1848 y 1871 habían hecho más profundos los odios clasistas y engendrado la desconfianza hacia los líderes políticos burgueses. Dudaban de conseguir el socialismo a través de los métodos parlamentarios y no deseaban esperar la lejana revolución prometida por el marxismo. La escisión entre las asociaciones obreras y el Partido Socialista, en profundo contraste con lo que ocurría en Gran Bretaña y Alemania, debilitó aún más al socialismo francés.

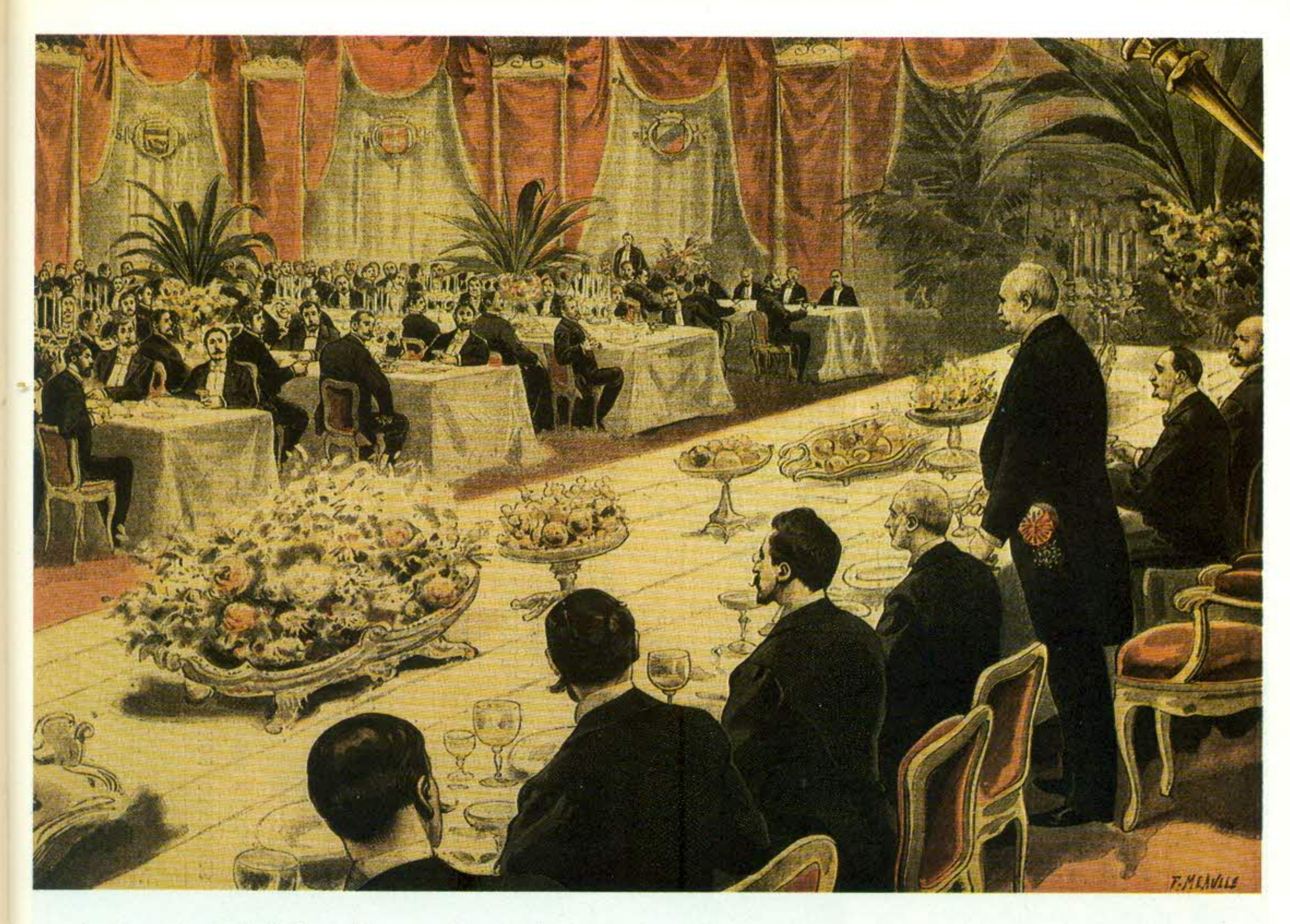
Cuando los sindicatos obreros fueron legalizadas en 1884, no se consideraban meras organizaciones para mejorar las condiciones del trabajo, sino agentes del cambio revolucionario. El sindicalismo se apoyaba en la huelga general para paralizar la sociedad capitalista y para que los obreros consiguieran el poder. Los sindicatos serían entonces las unidades básicas de la futura sociedad socialista fundada en cooperativas de productores. El sindicalismo revolucionario fue adoptado originariamente en 1892, reafirmado más tarde explícitamente en la Carta de Amiens, en 1906, después de que los sectores revolucionarios derrotaran a los partidarios de cooperar con los parlamentarios socialistas.

Entre 1906 y 1909 se produjo una oleada de huelgas que culminaron en una fallida huelga general. Los sindicalistas revolucionarios eran una minoría –medio millón a fines de siglo y un millón en 1909, en un país de 39.000.000 de habitantes–, pero, concentrados en las ciudades principales, podían promover graves desórdenes. El gobierno Clemenceau actuó implacablemente contra los huelguistas. Cuando nuevas huelgas se produjeron en 1910, el sucesor de Clemenceau, Aristide Briand, que en su juventud abogó por la revolución, militarizó a los ferroviarios que habían paralizado las comunicaciones.

Las controversias ideológicas y la violencia eran rasgos propios de un país que se industrializaba lentamente y cuyos políticos no se adelantaron a las dificultades con reformas sociales. La posibilidad de una mayoría parlamentaria socialista parecía tan remota, que en la Cámara se producían debates interminables cuando se presentaba algún programa de acción reformador. Era lógico que surgiera un sentimiento fuerte, a veces explosivo, de impotencia entre los obreros más políticamente conscientes. Por ello, durante un tiempo los anarquistas eligieron el camino de la violencia. El modelo se repitió en muchos otros países de Europa como resultado de una industrialización lenta sin las adecuadas reformas sociales.

Los problemas del Imperio

Bajo la Tercera República, Francia edificó el segundo imperio colonial más extenso del mundo. Indochina, Madagascar y enormes zonas del África noroccidental, incluyendo Tunicia y Marruecos, fueron conquistadas o convertidas en protectorados. La posesión de un imperio se convirtió en una importante vía para compensar al pueblo francés de la humillación por la derrota de 1870. Soldados frustrados y



otros hombres de acción hallaron fama y fortuna durante la expansión imperialista. El énfasis puesto en el norte de África era natural para un estado ansioso de asegurar su flanco mediterráneo.

En teoría, los franceses favorecían la asimilación de sus súbditos coloniales, a los que, gradualmente, permitirían beneficiarse de la ciudadanía metropolitana y adoctrinarían con los valores de la «civilización francesa». Uno de los administradores coloniales más destacado, Lyautey, resumió el ideal al declarar que «Francia es una nación de 100 millones de habitantes». A medida que el Imperio se ampliaba, la idea de una nación inmensa acabó por convertirse en factible, y la idea de asimilar una élite autóctona para cooperar con los franceses en las tareas de gobierno, cobró realidad.

En cualquier caso, para la mayor parte de franceses, el Imperio era de importancia secundaria ante los asuntos de Europa. Los sueños de revancha o los temores de una nueva invasión alemana fueron siempre, en último término, más importantes que la expansión imperialista en ultramar. Los dos ministerios de Jules Ferry cayeron acusados de haber desviado las energías nacionales a ultramar –en 1881 con la toma de Túnez, y en 1885 con la conquista de Indochina–. En 1882 el gobierno francés rehusó unirse con Gran Bretaña en una expedición a Egipto, lo que determinó el comienzo del largo predominio británico sobre el valle del Nilo y el canal de Suez. La crisis de Fashoda en 1898 y la retirada de los franceses ante la posibilidad de una guerra, mostró que el razonamiento que sustentó la decisión de 1882 continuaba siendo válido. A pesar de sus enormes logros imperiales, la República descartó la tradición napoleónica de las aventuras extranjeras en gran escala, y el nuevo Imperio francés se articuló con pocos riesgos de entrar en conflicto con otras potencias.

Francia y la amenaza alemana

La «cuestión alemana» obsesionó a la Tercera República a lo largo de su historia. La obsesión arrancaba de la invasión de 1870, que se repetiría en 1940. El dilema de Francia a partir de 1871 era que ningún gobierno francés podía pensar

Arriba, banquete de la Société de Commerce, en París, hacia 1920.

Página anterior, izquierda, Jean Jaurès (1859-1914), líder socialista francés, en un mitin contra la ampliación del servicio militar (mayo de 1913). Un año después fue asesinado, cuando intentaba infructuosamente mantener la unidad en la II Internacional.

Página anterior, derecha, huelguistas en camino hacia una asamblea en París (1909). Aunque la izquierda estuvo en el Gobierno después de 1905, la división entre «parlamentarios» y «socialistas» nunca fue superada.

en abandonar Alsacia-Lorena definitivamente, a pesar de que la superioridad militar de Alemania y su asombroso desarrollo industrial y comercial eran tan grandes que evitar la guerra era una necesidad de primer orden.

Ni la seguridad ante una futura invasión ni la revancha eran viables sin aliados, pero durante los primeros veinte años de su existencia la Tercera República permaneció aislada. El canciller alemán, Bismarck, estaba decidido a que Francia permaneciera en su aislamiento y negoció alianzas con Austria-Hungría, Rusia e Italia. La única potencia europea importante que quedaba era Gran Bretaña, considerada por los franceses como su mayor enemigo después de Alemania.

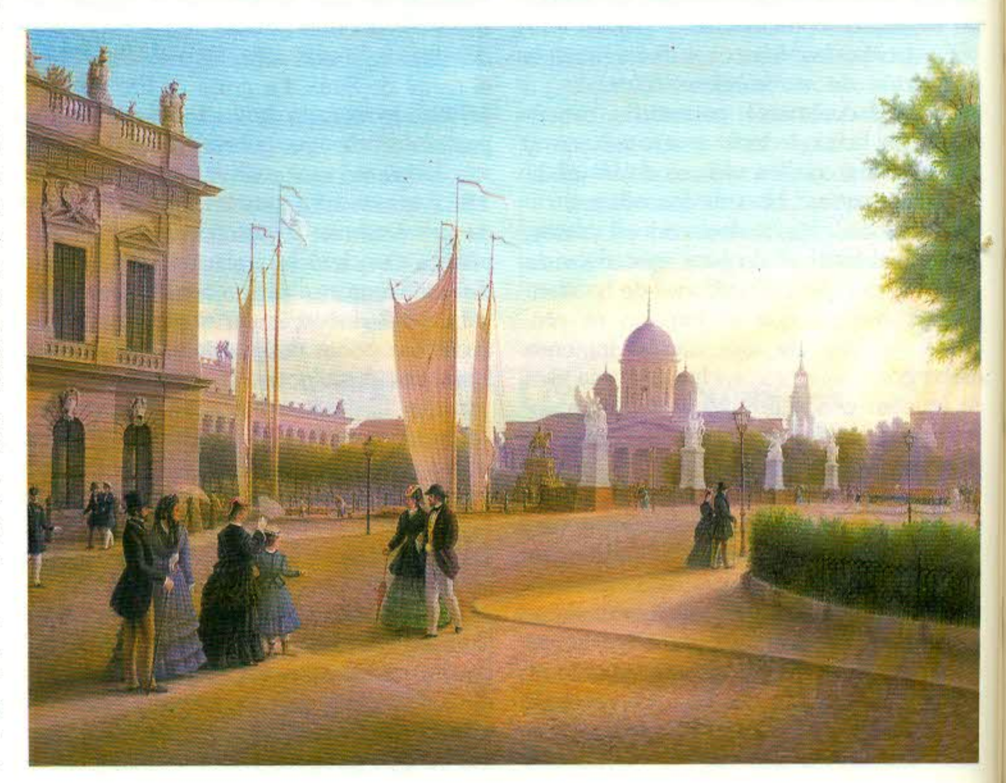
La oportunidad de Francia para romper su aislamiento se presentó en 1890, cuando cesó Bismarck y sus sucesores intentaron simplificar las obligaciones alemanas. Incautamente rompieron la alianza con Rusia, dejando a ésta aislada y amenazada por los dos mismos estados cuyo poder amenazaba a Francia: Alemania y Gran Bretaña. La alianza entre Francia y Rusia era obvia, pues Alemania vacilaría en desencadenar una guerra en dos frentes.

El único obstáculo era el odio del zar hacia las repúblicas y el hecho de que París fuera el centro de revolucionarios rusos en el exilio. Se le contentó con la detención en París, en mayo de 1890, de un gran grupo de revolucionarios. Por otra parte, desde 1888, Rusia, desesperadamente necesitada de capital extranjero, había conseguido empréstitos muy beneficiosos en París apoyados por el gobierno francés. Los elementos para una *entente cordiale* existían ya.

El importante acuerdo colonial de 1890, entre Gran Bretaña y Alemania, convenció a París y a San Petersburgo de que sus dos principales enemigos estaban a punto de materializar una alianza. En julio de 1891 una escuadra naval francesa visitó Kronstadt, una fortaleza báltica rusa. Durante los festejos, el zar Alejandro III permaneció con la cabeza descubierta mientras una banda rusa interpretaba La Marsellesa, el himno de la Revolución francesa. Las negociaciones continuaron, y en enero de 1894 se firmó una alianza defensiva. Sin embargo, poco después, Gran Bretaña no sólo solucionó sus diferencias con Francia y Rusia, sino que se distanció de Alemania, en los años anteriores a 1914.

La República permitió a Francia alcanzar una prosperidad creciente. Con todo, fracasó a la hora de solucionar dos problemas fundamentales. Al igual que los otros estados europeos, Francia se involucró en un mundo desgarrado por la rivali-







dad imperialista, forjando frágiles alianzas que acabaron por provocar la guerra. La Tercera República también fracasó en la tarea de unir la nación. Persistió la hostilidad de la derecha, bajo la poderosa influencia de Charles Maurras, cuyo periódico nacionalista, *Action Française*, apareció por primera vez en 1899. Y la implacabilidad con que los partidos republicanos se enfrentaron a los huelguistas hizo que la izquierda socialista se sintiera aún más resentida.

En consecuencia, la Tercera República tuvo siempre un aire de provisionalidad a pesar de su larga existencia, y tanto desde el punto de vista de la historia francesa como de la historia mundial, es probable que sólo sea recordada por la serie extraordinaria de pintores que trabajaron en Francia durante estos años. La exhibición de pintores impresionistas en 1874 señaló una revolución en el arte. Monet, Toulouse-Lautrec, Degas, Renoir, Cézanne, Van Gogh, Gauguin, Matisse, Picasso y muchos otros grandes pintores contribuyeron a este pasmoso desarrollo artístico. Los escritores franceses de la época fueron igualmente fértiles en la creación de formas literarias, tales como la poesía simbolista de Rimbaud y Mallarmé y la novelística naturalista de Zola y Maupassant. Fue en París donde materializaron su impacto revolucionario el ballet ruso de Diaghilev y la música de Stravinsky. París fue más que nunca la capital cultural de Europa. Los audaces experimentos de sus artistas contrastaron con las acciones convencionales de sus estadistas.

Arriba, Moulin Rouge, *célebre cuadro de Henri de Toulouse-Lautrec que es una muestra de la despreocupación de la «belle époque», a fines del siglo XIX y principios del XX.*

Página anterior, arriba, dama muniquesa de la burguesía en una estampa del siglo XIX.

Página anterior, abajo, vista de Berlín, capital de Prusia, hacia 1870, por Wilhelm Brücke.

Asia en el siglo XIX



En la época de la Guerra de Crimea, China y Japón se vieron obligadas a adaptarse a la realidad ineludible de la superioridad militar occidental. La reacción de China fue lenta e ineficaz, mientras que la de Japón fue vigorosa, con una revolución dirigida desde arriba, pero conducida de un modo más sistemático que en Rusia. Tan distintas reacciones conformaron la historia de Asia durante los siglos XIX y XX.

A mediados del siglo XIX, cerca de la mitad de la población mundial vivía en Asia. Eran en su mayoría campesinos, reduciéndose la actividad industrial a trabajos artesanales. A finales del mismo siglo, media parte de aquella población estaba ya bajo dominio europeo y norteamericano. Comprando las manufacturas producidas por éstos, los países asiáticos se vieron expuestos a la penetración de las ideas democráticas y nacionalistas que desembocarían en los movimientos independentistas del siglo XX. Con todo, se desarrolló una pequeña industrialización autóctona, incluso en la India, en donde el dominio británico revolucionó las comunicaciones con una vasta red ferroviaria. A pesar de que los gobernantes británicos impulsaron nuevas leyes, el tradicional tipo de vida indio no ofreció ningún estímulo a la empresa privada. Además, los dirigentes europeos no tenían interés en animar la competitividad hacia sus industrias nacionales y miraron los territorios coloniales como mercados aprovechables y como grandes fuentes de materias primas para sus propias fábricas.

La revolución industrial fortaleció en Asia a las naciones que ya tenían posesiones allí, y estimuló a otras a poseerlas. Británicos, franceses y rusos ampliaron sus imperios, y alemanes y norteamericanos participaron en la lucha imperialista en los últimos años del siglo. Los viejos «mandatarios» en Asia –españoles, portugueses y holandeses– desarrollaron menor actividad, pues no estaban en la vanguardia de la industrialización. El agresivo imperialismo occidental tuvo ahora graves implicaciones para los pocos estados asiáticos que permanecían independientes. Persia, Afganistán y Siam eran los más débiles, aunque mantuvieron su precaria existencia como estados-tapón –los dos primeros entre los imperios ruso y británico, Siam entre la India británica y la Indochina francesa–. La posición de China y Japón fue la que más varió a causa de los imperios extranjeros que les rodeaban.

El Imperio chino se había destacado durante siglos sobre el resto de Asia. Era un Estado centralizado poderoso y extenso producto de una de las civilizaciones más importantes del mundo. La Europa medieval aprovechó la ciencia y la tecnología chinas, entonces las más avanzadas del mundo. La revolución científica de los siglos XVI y XVII permitió a Europa adelantar a China, pero no fue hasta el siglo XIX que China se vio perturbada. Hasta entonces, los emperadores chinos se consideraban el centro del orden mundial. Trataron a los pequeños estados belicosos de Europa occidental que habían construido imperios comerciales en Asia, con la desdeñosa tolerancia que un gigante podía demostrar hacia ruidosos pigmeos. Serenamente confiados de su superioridad cultural y de su poderío invulnerable, los chinos se negaron a negociar con los gobiernos europeos en términos de igualdad. Lo máximo que concederían serían limitados privilegios comerciales en la costa o en la frontera.

Japón había sido muy influida por la civilización china, pero, en términos políticos, su Estado era muy diferente. Su emperador era una figura decorativa, y el poder real descansaba en una aristocracia guerrera comandada por un *shogun*, o generalísimo. Mientras China despreciaba el mundo «bárbaro» de Europa, Japón lo temía. La actividad de los comerciantes y misioneros europeos durante el siglo XVI había perturbado la sociedad japonesa. A partir del siglo XVII las clases dirigentes de Japón prohibieron los contactos con el mundo exterior, excepto con China y Holanda, la última de las cuales había sido más discreta en su empleo de los contactos comerciales que otros estados europeos.

El desafío de Occidente

Entre 1833 y 1860, Gran Bretaña obligó a China a abandonar su postura tradicional y a aceptar un código de comportamiento internacional de acuerdo con los intereses comerciales europeos y norteamericanos.

La demanda de té chino, así como de porcelana y sedas, era elevada, y los comerciantes británicos habían conseguido la mayor parte de tan lucrativo comercio. China era una nación autosuficiente, y su gobierno nunca consideró el comercio con el exterior como algo indispensable. Los negociantes extranjeros fueron autorizados a actuar únicamente en los puertos de Cantón y Macao, y obligados a operar bajo condiciones altamente desfavorables. Dichos comerciantes se resignaron en vista de los enormes beneficios que podían sacar, pero al mismo tiempo presionaron al gobierno británico para que ne-



gociara con los chinos la mejora de las condiciones comerciales. Los representantes británicos que viajaron a Pekín en 1793 y en 1816 fueron rechazados por el emperador, que no veía ninguna necesidad de hacer concesiones a un Estado que nada tenía que darle a cambio.

La situación varió cuando los comerciantes extranjeros se apercibieron de la existencia en China de una demanda casi inagotable de opio. En la década de 1830 más de la mitad de las exportaciones británicas a China consistían en opio. Estaba prohibido importar opio en Cantón, pero mediante profusos «regalos» a los mandarines locales fue posible pasar la droga de contrabando a través de los oficiales cuyo trabajo era el de confiscarla. Sus sueldos eran bajos, mientras que los beneficios del tráfico eran enormes, y los traficantes británicos se dieron cuenta de que podían vender todo el opio que fueran capaces de transportar allí.

Los efectos de la operación sobre la población china fueron desastrosos. Los primeros informes de los misioneros mencionaban que incluso las tripulaciones de los juncos costeros trabajaban por tandas para entrar luego en un sopor provocado por la droga. Se arruinaba la salud del pueblo. En 1839 el emperador Tao Kuang decidió nombrar un alto comisario para que tratara la situación en Cantón. La persona a la que eligió era un oficial competente, Lin Tse-hsü, virrey de Hunan. Obligó a los traficantes a entregar todo el opio que poseían y, posteriormente, destruyó un millón de *chin* (cerca de 4.000.000 de libras esterlinas).

Esta enérgica acción desencadenó la guerra. El comisario Lin continuó el bloqueo de Cantón en contra de los contrabandistas de opio, y en el verano de 1840 una potente fuerza naval británica, con algunos buques a vapor, apareció frente al puerto. Después de cerrarlo, se apoderó de la cercana ciudad de Tonghai, sumiendo en la confusión a las defensas imperiales. Tras un intento negociador, bombardeó Cantón. El emperador poco podía hacer ante la mayor potencia naval del mundo. A pesar de que la resistencia continuó hasta 1842, el resultado era evidente. La prohibición que pesaba sobre el opio en Gran Bretaña no fue un obstáculo para que el gobierno de la reina Victoria protegiera a quienes lo introducían de contrabando en China. Después de que las tropas británicas ascendieran por el río Yang-Tse hacia Nankín, el emperador Tao Kuang pidió la paz, finalizando la Guerra del Opio con el Tratado de Nankín, en 1842.

Este fue el primero de los onerosos «tratados» entre China y Occidente, y otorgó a los comerciantes británicos las concesiones que deseaban. Éstas no incluían únicamente la protección para su sórdido contrabando, sino también una verdadera igualdad comercial, sin la humillante presunción de la superioridad china. Los traficantes británicos obtuvieron libres derechos comerciales en cinco puertos, los más importantes de los cuales fueron Shanghai y Cantón. Se cedió Hong-Kong a Gran Bretaña y se pagó una indemnización de 5.000.000 de libras esterlinas.

Derechos parecidos fueron concedidos inmediatamente después, mediante otros tratados, a franceses y norteamericanos. La Guerra del Opio evidenció que los chinos no podían mantenerse distanciados de

Arriba, ceremoniosa firma del Tratado de Nankín (1842), mediante el cual Gran Bretaña obtenía una posición dominante en el comercio con China.

Página anterior, dibujo satírico de Gillray en el que se caricaturiza a lord Macartney, embajador británico en China, en el momento de pedir permiso, en actitud sumisa, para comerciar con el Celeste Imperio.

Occidente. Quizá fue el cambio más importante en 2.000 años de historia china.

La revuelta del Taiping

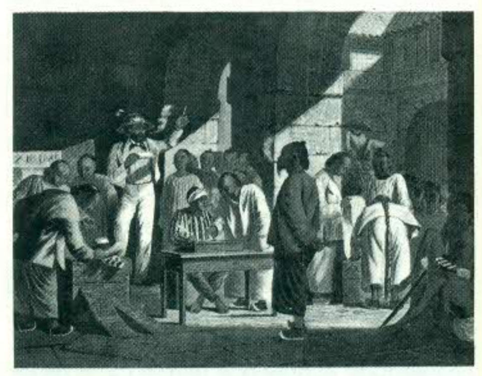
Pocos chinos se apercibieron del significado de aquellos hechos, aunque el poderío Manchú declinaba radicalmente. Aprovechando sus dificultades, los muchos enemigos de la dinastía se unieron en contra de ella. La amenaza más importante con la que tuvieron que enfrentarse fue la del Taiping, primer movimiento nacionalista moderno de China. Mantuvo a raya a las tropas imperiales durante trece largos y sangrientos años, o sea desde 1851 hasta 1864.

El líder del Taiping era Hung Hsiu-ch'üan, un estudiante cantonés. Cuando comenzó a fomentar el desorden entre los descontentos, la población inmigrante en la China meridional, afirmaba que aquel era el hermano menor de Cristo. Con todo, era mucho más que un simple predicador. Su mensaje incluía exigencias de una serie de medidas sociales radicales, incluyendo una mejora del estatuto de la mujer y la distribución igualitaria de la tierra y de toda otra forma de propiedad —se dirigía, naturalmente, a una población campesina frecuentemente al borde de la inanición—. Predicaba también una vuelta a la sencillez en la religión, con la prohibición del opio, el alcohol, el tabaco y la prostitución. Incluso la larga coleta que se llevaba en la China manchú debía ser cortada.

En 1851, Hung fue proclamado líder del *T'ai-p'ing t'ien-kuo*, o «Reino Celestial de la Paz Absoluta». Había iniciado la mayor revuelta campesina de la historia moderna, que pretendía de paso eliminar la influencia europea que el decadente Imperio manchú había estimulado. El Taiping tomó la ciudad de Nankín en 1853, mientras que Shangai caía en manos de otras sectas.

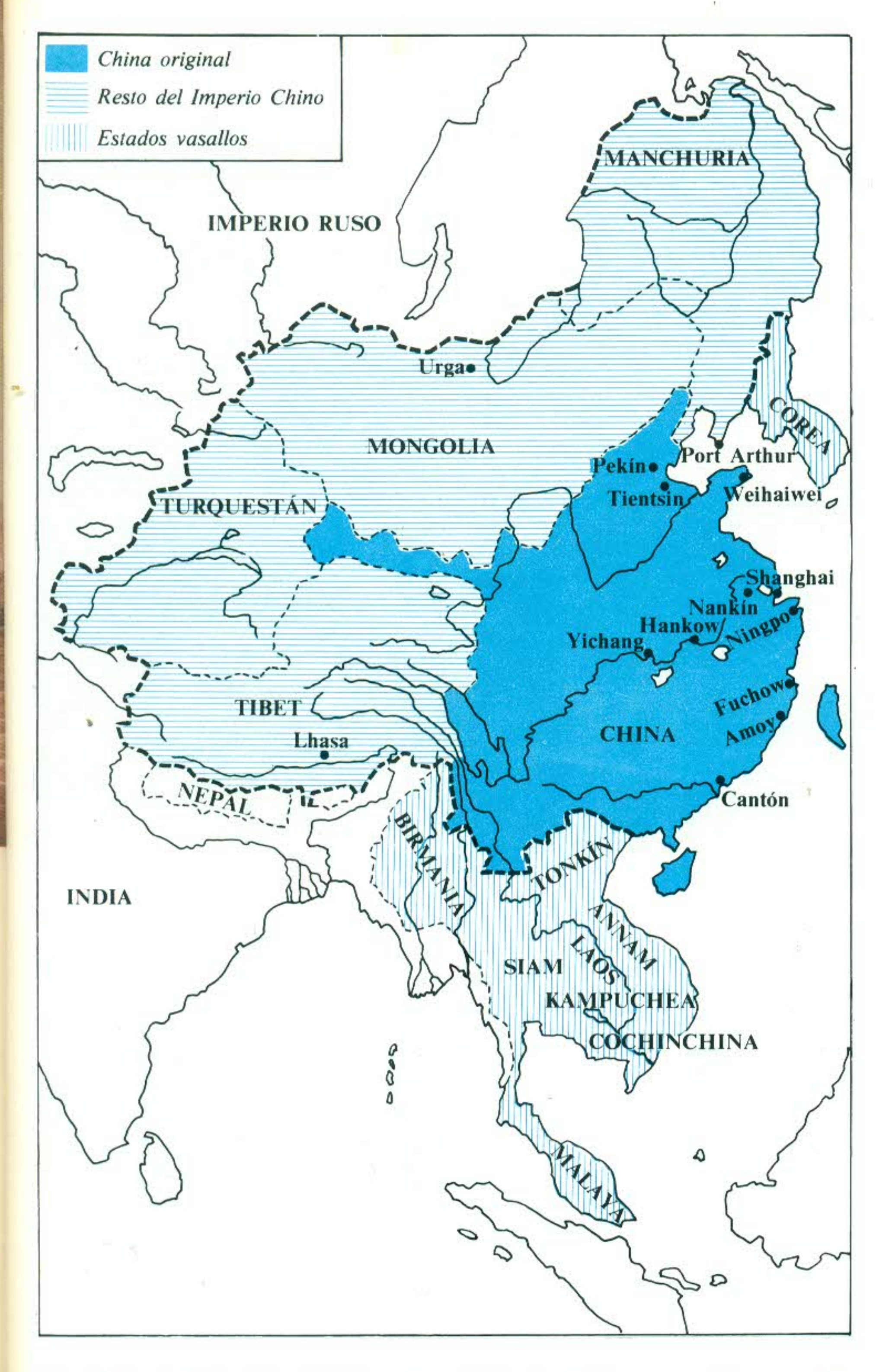
Sólo los occidentales podían salvar a la decadente dinastía. Hacia 1862 las tropas imperiales se encontraban bien entrenadas por consejeros como «Chino» Gordon, juntándose con mercenarios europeos en el «Ejército Siempre Victorioso» que rechazó la ofensiva del Taiping. En el año 1864 la rebelión llegó a su fin, y Hung murió suicidándose. Sus seguidores, desunidos, se atomizaron poco después en grupos de bandidos.

Las lecciones del malogrado movimiento Taiping fueron bien aprendidas por los revolucionarios chinos del siglo siguiente, particularmente por Sun Yat Sen y Mao Tse-Tung.



La Guerra del *Arrow*

Mientras la revuelta Taiping seguía su curso, los comerciantes occidentales se dedicaban a su monótona tarea de aumentar beneficios. Desgraciadamente para ellos los chinos no deseaban comprar ningún producto manufacturado de Occidente. Los comerciantes atribuyeron el hecho a la mala voluntad de los líderes chinos y al atraso de su pueblo. Su solución fue la de penetrar cada vez más hacia el interior del país y presionar al gobierno central en el propio Pekín. Tales fueron los objetivos de la Guerra del *Arrow*, denominada así por un junco de propiedad británica que fue confiscado por oficiales chinos después de haber



Izquierda, el Extremo Oriente a mediados del siglo XIX.

Página anterior, arriba, el cañonero británico Nemesis, uno de los primeros buques blindados, atacando a juncos chinos durante la Guerra del Opio, que finalizó con el Tratado de Nankín.

Página anterior, abajo, comerciantes británicos en Cantón. Debido a la presencia occidental, la administración china fue perdiendo poder gradualmente.

dado refugio durante algún tiempo a un pirata local.

Aquel «insulto», en 1856, produjo una rápida reacción. Británicos y franceses tomaron Cantón al año siguiente, y la resistencia china se derrumbó mucho más rápidamente que en la Guerra del Opio.

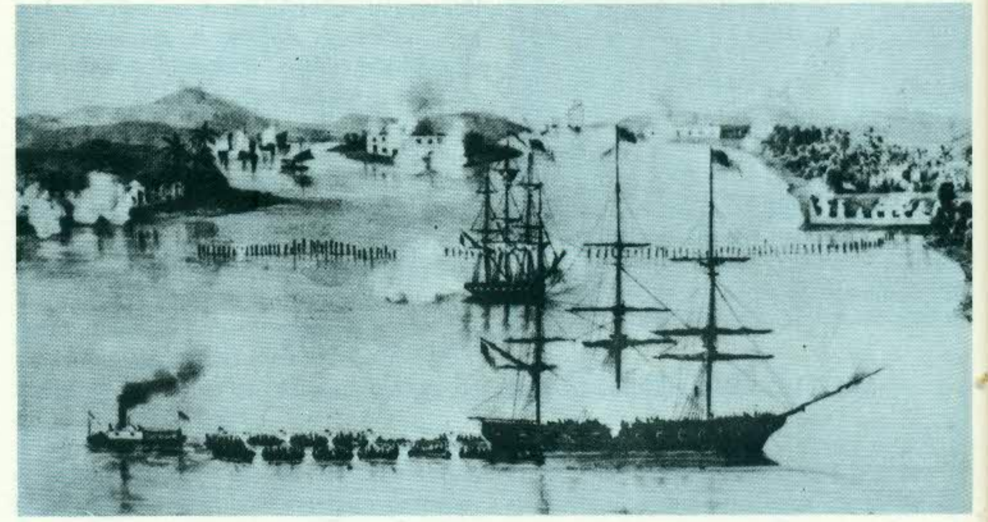
Por la Paz de Tientsin, en 1858, Gran Bretaña y Francia recibieron nuevos privilegios. Se abrieron otros once puertos, garantizándose la navegación libre en el Yang-Tse. El corazón comercial chino yacía desguarnecido. Los traficantes y comerciantes extranjeros recibieron también derechos de jurisdicción especial, que les protegía de las leyes civiles y criminales de China.

La lamentable posición de los manchúes empeoró. Tras nuevas escaramuzas, lord Elgin avanzó sobre Pekín y saqueó el hermoso Palacio de Invierno. El subsiguiente Tratado de Pekín creó las legaciones occidentales en la capital china, rechazadas siempre en el pasado. Ahora Occidente podía tratar directamente con el gobierno imperial, a fin de conseguir

cualquier privilegio que deseasen. China se había rendido a Occidente.

Las naciones europeas podían comerciar ahora en China imponiendo sus propias reglas. La vieja esperanza Manchú de que los desagradables bárbaros extranjeros pudieran ser aislados en unos cuantos puertos se desvaneció. Una gran parte de la China costera se había convertido ya en una colonia europea, y sus ciudades más destacadas se abrían a cualquier extranjero que deseara visitarlas. Los *hong* occidentales, zonas comerciales delimitadas, se multiplicaron, incluso a miles de kilómetros tierra adentro. Los chinos fueron tratados con desprecio, como una raza sometida que había sido conquistada en guerra abierta. Algunas partes de las zonas comerciales europeas mostraban letreros en los que se leía «Ni perros ni chinos».

El campesino chino siguió su vida miserable. No había diferencia entre la opresión de un europeo o la de un Manchú. Pero la humillada aristocracia y las clases ilustradas desconfiaban de una civilización que parecía ser superior únicamente en el armamento. Los europeos eran violentos y vulgares. De hecho, la población europea que vivía en los puertos tuvo constantes conflictos con la población china. Quizás el peor de ellos fue la masacre de



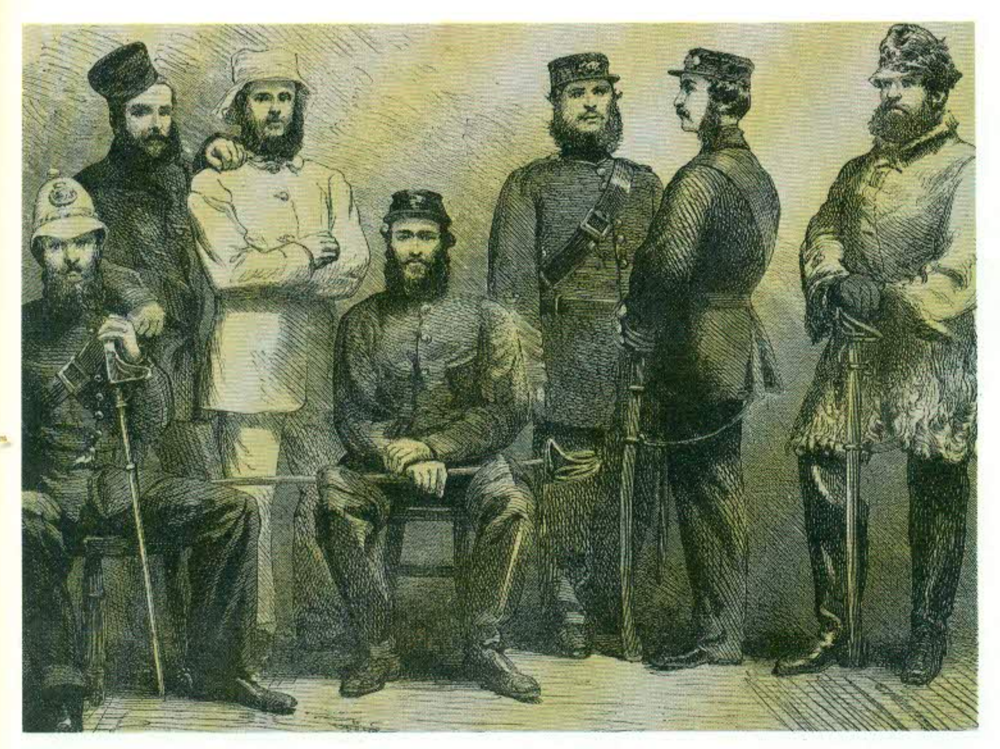
misioneros católicos franceses en Tientsin, en 1870. Los clérigos intentaron conseguir conversos de manera poco diplomática, comprando niños.

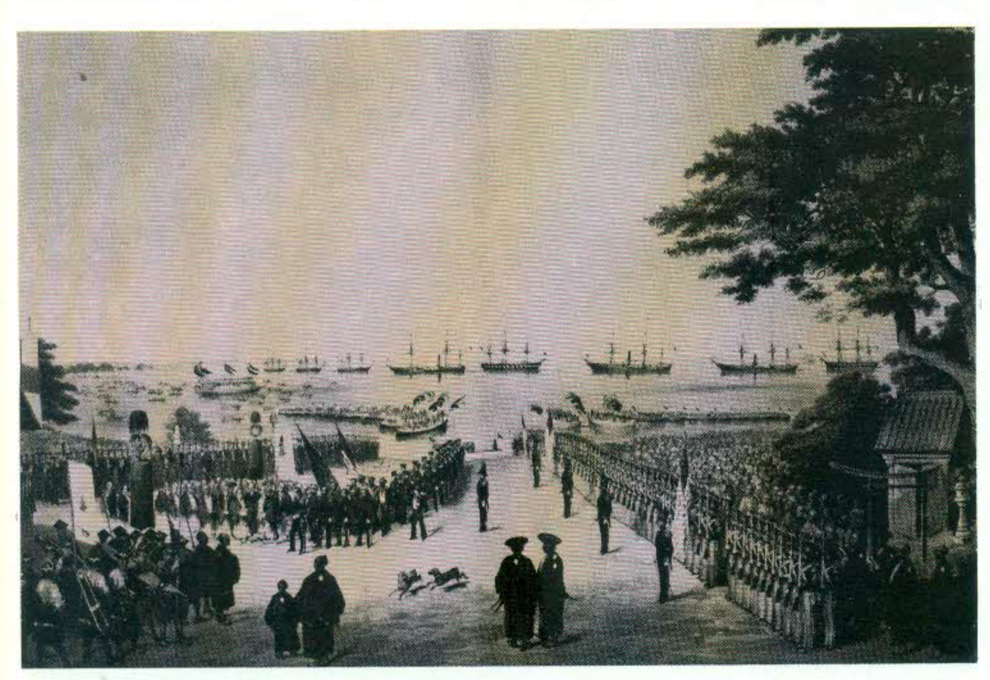
Cuando llegaron rumores de que los sacerdotes los asesinaban, el resultado fue la destrucción de toda propiedad que perteneciera a la misión y el asesinato de muchos franceses.

Este tipo de incidentes se sucedieron abundantemente durante el largo período de las concesiones, e insinuaban la revolución nacionalista que provocaría el surgimiento de la China de nuestro siglo.

La transformación de Japón

Como en China, el desafío occidental llegó a Japón en un momento en que el viejo orden estaba siendo minado desde





Izquierda, arriba, guardia de la legación de Gran Bretaña en Pekín (1863). Durante la década de 1860, China se vio tan mediatizada por la influencia británica que se sentía colonizada.

Izquierda, abajo, el comodoro Matthew Perry desembarcado en Yokohama el 8 de marzo de 1854. Excepto para unos pocos comerciantes holandeses, el comercio con el Japón estaba prohibido a todas las potencias occidentales desde el siglo XVII.

Página anterior, arriba, comerciante de lámparas de Pekín, en una estampa occidental.

Página anterior, abajo, ataque occidental al puerto de Cantón durante la Guerra del Arrow.

su interior. Desde los comienzos del siglo XVII el shogun provenía de las filas de la familia Tokugawa, que proporcionó a Japón dos siglos y medio de paz y mantuvo un control estricto sobre los grandes señores feudales, los daimyo, y sus colaboradores militares, la privilegiada clase guerrera de los samurai. Durante este período, los samurai fueron animados a convertirse tanto en hombres del saber como de la guerra. Este hecho demostró ser peligroso cuando los doctos samurai comenzaron a cuestionar la legitimidad del gobierno de los Tokugawa. El estudio de libros europeos, que se podían importar siempre que no propagaran el cristianismo, aumentó las dudas sobre el acierto de mantener a Japón aislado del mundo.

Además, se formó una burguesía comercial y se desarrolló la vida urbana (Yedo, la futura Tokio, contaba con una población de un millón de habitantes en el siglo XVIII). Los financieros dirigían la economía japonesa, basada ya en el capitalismo. La amenaza proveniente de Estados Unidos y Europa aceleró la revolución política. Con su prestigio muy debilitado por el aislamiento del país, el shogun tuvo que afrontar la creciente oposición de los daimyo y los samurai, especialmente los de Choshu y Satsuma, de Japón occidental. Cuando, en 1867, un muchacho de 15 años de edad subió al trono como emperador Meiji, el shogun Keiki le devolvió

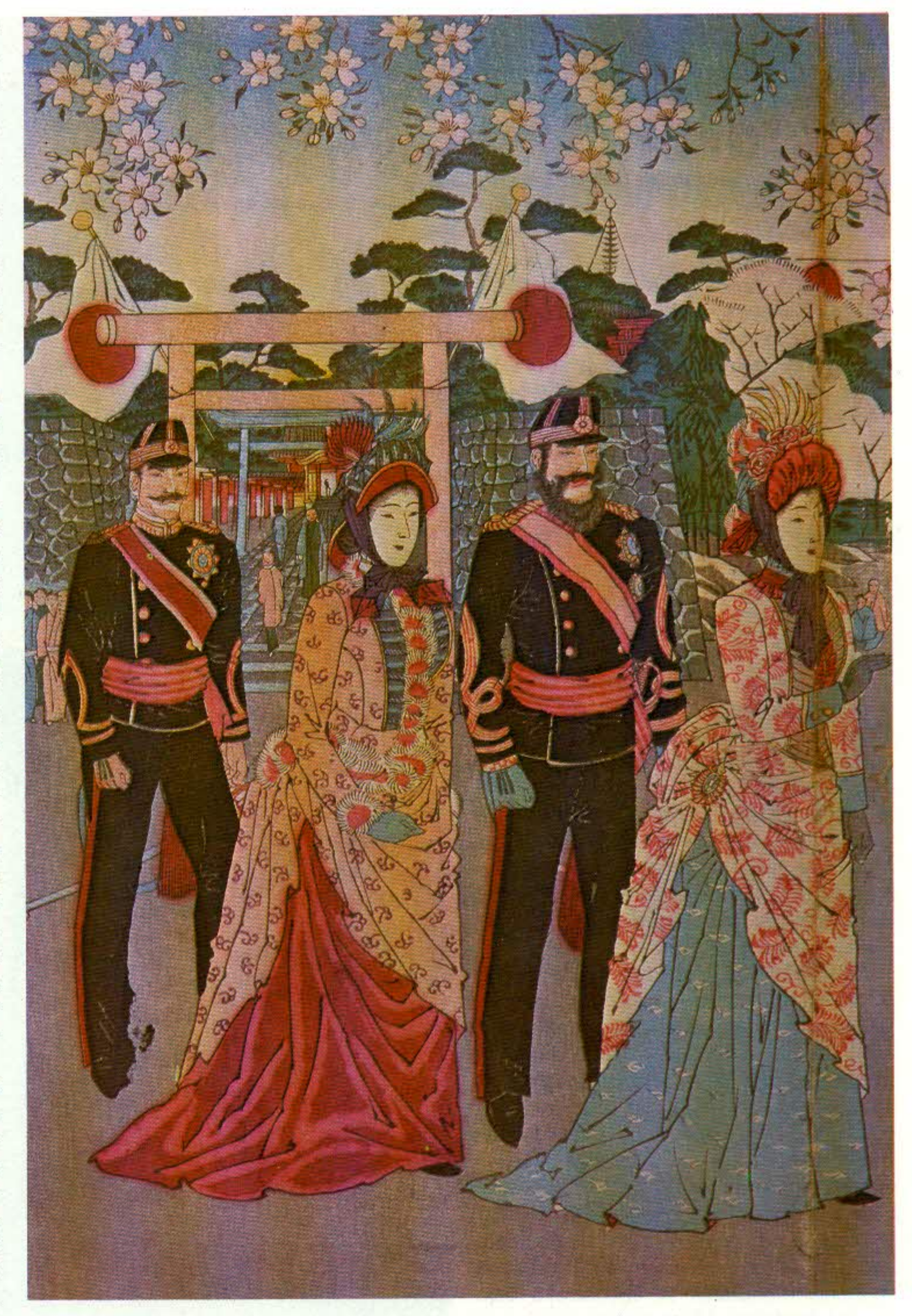

宝市亭
升成
文鎮舎
蟹雄

el poder, confiando en que se convertiría en la figura dirigente del nuevo régimen. Sin embargo los adversarios del shogun estaban determinados a impedirlo e intentaron expulsar a toda la familia Tokugawa del poder. Un grupo samurai, comandados por Saigo Takamori, de Satsuma, proclamó en enero de 1868 un gobierno provisional en nombre del emperador. Las fuerzas de Keiki se opusieron y fueron derrotadas. La corte imperial se trasladó al castillo del shogun en Yedo, ciudad que en el futuro iba a ser conocida como Tokio.

Los verdaderos dirigentes de Japón fueron un grupo de jóvenes y vigorosos samurai, empeñados en un renacimiento del poderío japonés a través de una revolución desde arriba. Abolieron el feudalismo tras convencer a los principales daimyo de que lo hacían en favor de los intereses del Estado. Crearon un ejército en base a reclutamientos, siguiendo el ejemplo francés, para reemplazar a las clases guerreras profesionales de las que ellos mismos formaban parte. Con este ejército pudieron aniquilar una rebelión samurai comandada por el propio Saigo Takamori, que creía que las reformas estaban destruyendo las tradiciones japonesas. Los nuevos gobernantes reorganizaron las finanzas estatales de acuerdo con la práctica occidental y construyeron una red nacional de escuelas y universidades con el objetivo de crear ciudadanos leales, patriotas y eficientes de todas las clases sociales de la sociedad. Occidentalizaron su sistema político y económico, intentando evitar tratados comerciales desfavorable y anulando los existentes.

Además de estas radicales medidas, los jóvenes samurai patrocinaron una revolución industrial. Debido a que los burgueses japoneses eran remisos a arriesgar su capital en inversiones industriales, el gobierno construyó ferrocarriles, introdujo los servicios postal y telegráfico, tomó el control de las minas y los astilleros, creó fábricas modelo y prestó dinero a personas deseosas de invertir en fábricas. Los reformadores hicieron todo lo posible para acelerar la industrialización en Japón, ya que en sus viajes al extranjero observaron que ello era el secreto de la grandeza nacional y de la expansión imperialista.

Sin embargo, la oligarquía samurai sentía menos entusiasmo por las instituciones políticas de Occidente. Creían que una rápida modernización tenía prioridad sobre un gobierno representativo y unas instituciones democráticas, que podían obstaculizarla, pero tras varios conatos de revueltas, la oligarquía aceptó la idea de una Constitución. Se proyectó en 1881 y fue promulgada en 1889, siguiendo el modelo de la prusiana, con el emperador manteniendo el control sobre la política exterior y las fuerzas armadas y provisto de una gran independencia ante el Parlamento en cuestiones económicas. El Parlamento sería elegido únicamente por un sector mínimo de la población. Los derechos del súbdito fueron delimitados en una Constitución que no era muy distinta a la que Nicolás II otorgó al pueblo ruso en 1906. No obstante, mientras el zar ejerció el poder con resultados desastrosos, en Japón el emperador permitió a los líderes samurai posteriores a 1868 gobernar en su nombre, medida que tuvo éxito. Sin embargo, cuando surgieron los partidos polí-



Arriba, pintura japonesa de finales del siglo XIX donde se observa la creciente occidentalización de las modas en el Imperio del Sol Naciente.

Página anterior, campesinos japoneses (1841), en una estampa con caracteres ideográficos, por Yashima Gakutei, de Yedo (el Tokio actual).

ticos en la década de 1880, los oligarcas japoneses tuvieron crecientes dificultades para dominarlos.

En un plazo de veinte años Japón había conseguido articular el aparato básico de la civilización industrial. Pero entonces aparecieron las exigencias inevitables a favor de la democracia. Un pequeño Partido Socialista, ilegal, surgió en los primeros años del siglo XX. Al igual que prusianos y rusos, los dirigentes de Japón aplacaron las exigencias de reformas políticas democráticas con una espectacular política exterior; ello permitió mantener la Constitución de 1889 hasta 1946, salvo la introducción del sufragio universal en 1925.

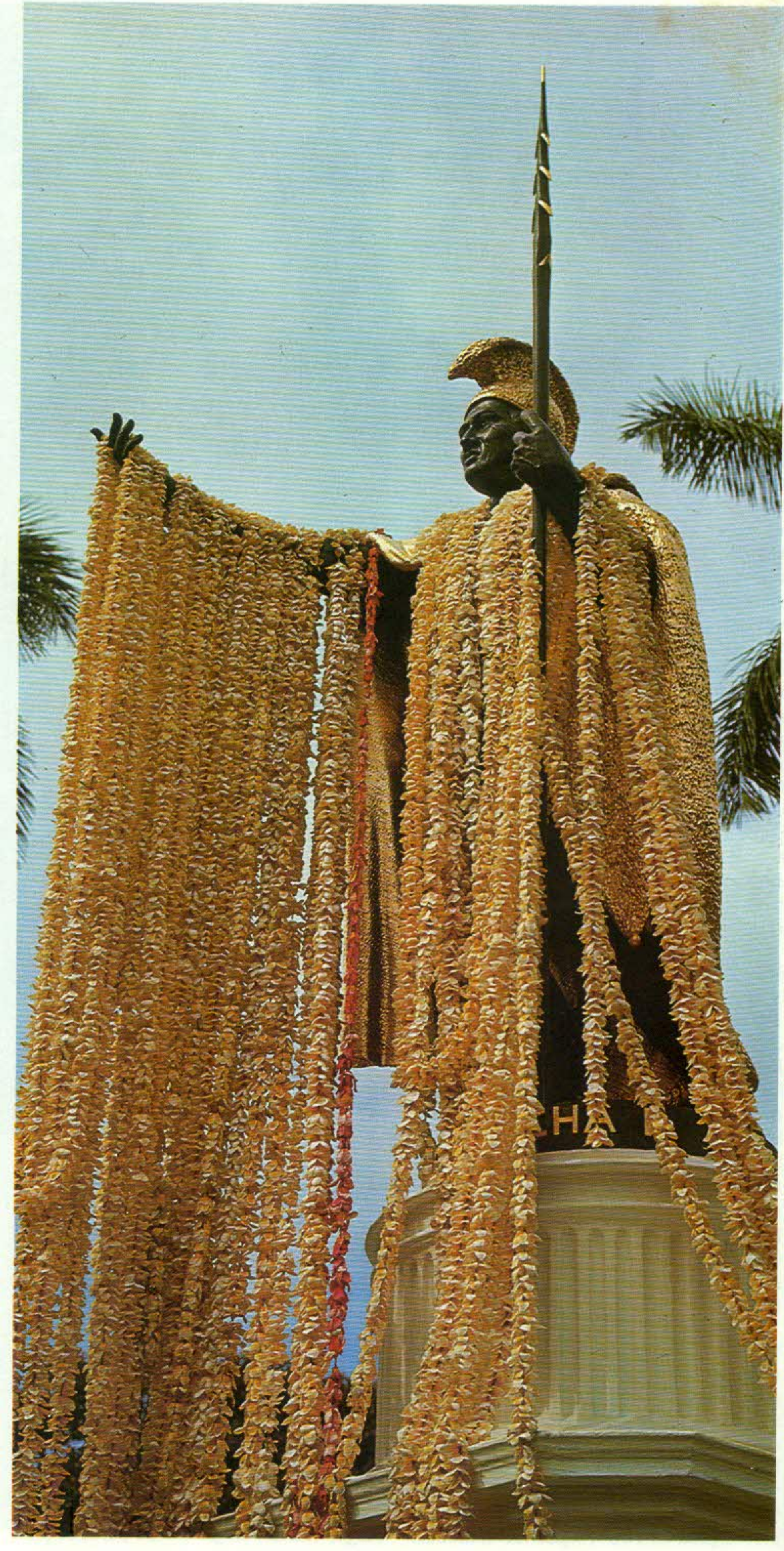
Las tierras menores de Asia

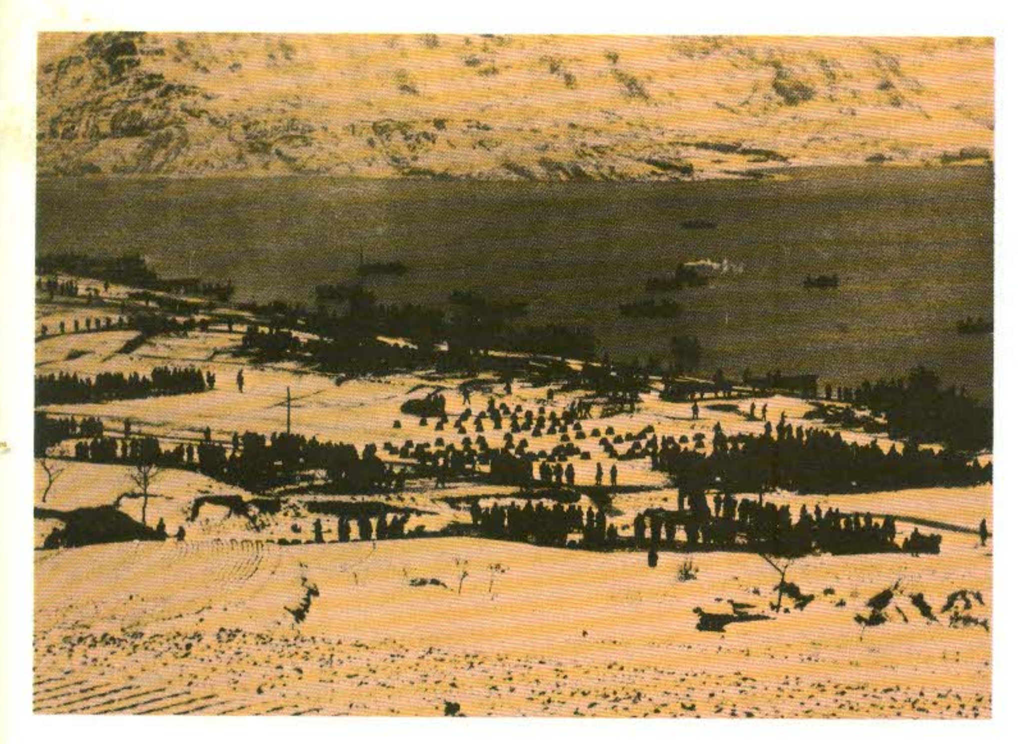
Mientras, las naciones occidentales se anexionaban sistemáticamente los reinos más pequeños, concretamente aquellos que controlaban los accesos al Mar de China. Tanto Francia como Gran Bretaña intentaban apoderarse del mayor número de posesiones posibles sin desmembrar a la propia China. Los británicos tenían la ventaja de contar con una gran base en la India, y actuaban presionados por el temor de que cualquier otra potencia obtuviera el control estratégico sobre los accesos al océano Índico.

En 1819, el pintoresco aventurero Stamford Raffles había ocupado Singapur. Los británicos tenían ahora una trinchera desde la cual controlar el tráfico con Extremo Oriente. Más adelante fijaron su atención en Birmania, un país sacudido por conflictos internos. Preocupados como siempre por sus intereses indios y obsesionados por asegurar los accesos a China, aprovecharon los incidentes fronterizos de la época para intervenir. Rangún fue ocupada en 1824 y hacia 1852 toda Birmania meridional se encontraba bajo control británico. Unos treinta años más tarde, en 1885, toda Birmania había sido anexionada. Al otro lado de la frontera estaba la provincia china de Yunnan.

El avance británico se aceleró ante el temor de las actividades francesas en Asia sudoriental. Cuando Francia se sumó a la carrera hacia China y sus mercados, optó previamente por consolidar sus bases en Indochina. Los misioneros y comerciantes franceses trabajaban desde hacía tiempo en Siam y Vietnam, procurando conseguir el apoyo gubernamental de París.

Sin embargo, durante muchos años el sudeste de Asia era algo demasiado lejano para unos gobiernos franceses acosados por infinidad de problemas internos. Úni-





Izquierda, tropas japonesas desembarcando en China en 1894. La rápida occidentalización del Japón en la segunda mitad del siglo XIX fue acompañada de un agresivo imperialismo.

Página anterior, estatua de Kamehameha I con guirnaldas de flores, en Honolulú. Este rey fue el primero de una antigua dinastía de las islas Hawaii (fines siglo XVIII - XIX), que comprende cinco reyes.

camente Napoleón III prestó atención al prestigio de Francia en ultramar. La discrepancia entre vietnamitas y cristianos promovía continuos incidentes. Uno de ellos proporcionó el pretexto para atacar Hanoi. Annam (norte del Vietnam) fue obligada a ceder lo que más tarde sería Conchinchina, primera colonia francesa en el sudeste de Asia.

Conchinchina incluía el delta del Mekong, punto de partida de una vía fluvial hacia China. Si conseguían el control sobre todo el curso del río, las ganancias que se alcanzarían a expensas de otras potencias europeas serían fabulosas. Tal fue el principal objetivo de la política francesa en el sudeste asiático en la década de 1860.

En 1863, Camboya se convirtió en protectorado francés. Sin embargo, con gran pesar del gobierno galo, el gran explorador François Garnier regresó de una expedición del Mekong hacia arriba, anunciando que el río no conducía a ninguna zona cercana a los prósperos territorios de China. El camino hacia los mercados chinos seguía siendo el río Rojo, que desemboca en el golfo de Tonkín.

Recuperados del desastre de la guerra con Prusia, los franceses comenzaron a buscar nuevamente una ruta interior hacia China. En 1885, Tonkín, Annam y Laos formaban, junto a Camboya y Conchinchina, el enclave colonial francés. En 1887 se reorganizó como Indochina Francesa.

El único estado del sudeste asiático superviviente era Siam (o Thailandia), que aprovechó la rivalidad entre franceses y británicos. Comprimida entre Birmania e Indochina, se convirtió en una especie de estado-tapón o «tierra de nadie», en donde ninguno de sus poderosos vecinos occidentales podía arriesgarse a anexionar territorios para no provocar un conflicto mayor.

Los Mares del Sur

El dominio completo de Europa sobre el Extremo Oriente se completó con la ocupación de las islas del Pacífico Sur. Después de los viajes de exploración del capitán Cook, las grandes sociedades misioneras británicas, especialmente la London Missionary Society y la Anglican Church Missionary Society, enviaron varias expediciones a los Mares del Sur. Sus motivaciones eran casi totalmente religiosas, aunque algunos comerciantes confiaban en que podrían vender balas de algodón manchesteriano a los isleños, una vez los misioneros les convencieran de que la desnudez era pecaminosa. Trabajando desde la colonia británica en Australia, los misioneros fundaron establecimientos en Tahití, Fidji, las Marquesas y las Nuevas Hébridas. Las misiones norteamericanas fueron muy activas en Hawai.

Los misioneros católicos no tardaron en aparecer. Tras los viajes de Dumont d'Urville en 1826 y 1827, el gobierno francés dio su apoyo a misiones en Tahití, Samoa, las Marquesas y Nueva Caledonia, y pronto se produjeron disputas entre católicos y protestantes. En Tahití, la hostilidad entre ellos provocó un incidente a escala internacional entre británicos y franceses en 1844. Finalmente, Napoleón III anexionó Nueva Caledonia en 1853,



convertida en una colonia para delincuentes, similar a la colonia penal británica en Australia, o al establecimiento siberiano en la Rusia zarista.

La atmósfera de las islas pacíficas en los primeros años de colonización —su belleza, tranquilidad y exuberancia vegetal—, fue magistralmente descrita por Herman Melville y luego, mucho más tarde, por Joseph Conrad. Ambos coincidieron en que el impacto occidental sobre los sencillos isleños fue desastroso.

Japón derrota a China

Japón demostró su papel de gran potencia al derrotar a China y a Rusia en la disputa por Corea. El reino de Corea era uno de los estados colindantes a China que pagaba un tributo regular a Pekín. Birmania, Siam y Laos eran otros de esos estados. Gran parte de la frontera coreana limitaba con China, pero también tocaba la punta suboriental del Imperio ruso, en las cercanías de Vladivostok, y Japón se encontraba sólo a unas millas.

Desde el siglo XVI, Corea era una nación satélite de China. Sin embargo Japón decidió hacer de Corea un país abierto. En 1875 un incidente que afectó a buques de guerra japoneses, a la altura de la costa coreana, desembocó en una amenaza de guerra desde Tokio. El gobierno coreano cedió y firmó un tratado comercial por el que abría tres puertos coreanos a los comerciantes japoneses. China no intervino, pero en los años siguientes su ministro de Asuntos Exteriores, Li Hung-chang, intentó reafirmar la influencia china en la capital coreana, Seúl.

Entonces comenzó una batalla por el predominio sobre Corea. En el interior de ésta, grupos políticos rivales apoyaban a Pekín y a Tokio. Sin embargo, Rusia comenzó en 1891 a construir su gran ferrocarril Transiberiano, y Japón lo consideró como el primer paso de un programa ruso de expansión imperialista en Asia oriental, llegando a la conclusión que había de actuar rápidamente.

Además, los nuevos partidos políticos japoneses creaban dificultades en el Parlamento, por lo que los líderes gubernamentales se apercibieron de que una guerra victoriosa uniría la nación y serviría a los intereses nacionales anticipándose a Rusia.

El pretexto para desencadenar la guerra fue fácil. La rebelión estalló en Corea, en 1894, como resultado de un movimiento religioso. El Tong Hak era una sociedad que pretendía preservar las tradiciones espirituales de Oriente contra las influencias occidentales mediante la reconciliación del budismo, el confucianismo y el taoísmo. Socialmente, apeló al oprimido campesinado. Cuando el ejército coreano fracasó en su intento de aniquilar la rebelión, China y Japón enviaron tropas, aunque China rechazó la idea japonesa de unirse en una acción para reformar Corea. A finales de julio de 1894, Japón estableció un gobierno projaponés en Seúl, hundió un navío que transportaba refuerzos chinos a Corea y atacó allí mismo a las fuerzas chinas.

Japón era abrumadoramente superior en tierra y mar. Derrotada la armada china, introdujo tropas en Corea y también en la provincia china de Manchuria. En la primavera de 1895 los ejércitos japoneses marchaban hacia Pekín. Li Hung-chang pidió la paz. El Tratado de Shimonoseki marca un hito histórico en la historia de Asia, ya que China, que había aceptado con reticencias la superioridad militar de Occidente, se alertó ante la realidad de que la occidentalización había transformado a Japón en una amenaza importante. El contraste entre el viejo orden chino y el nuevo orden japonés asumió unas dimensiones trágicas.

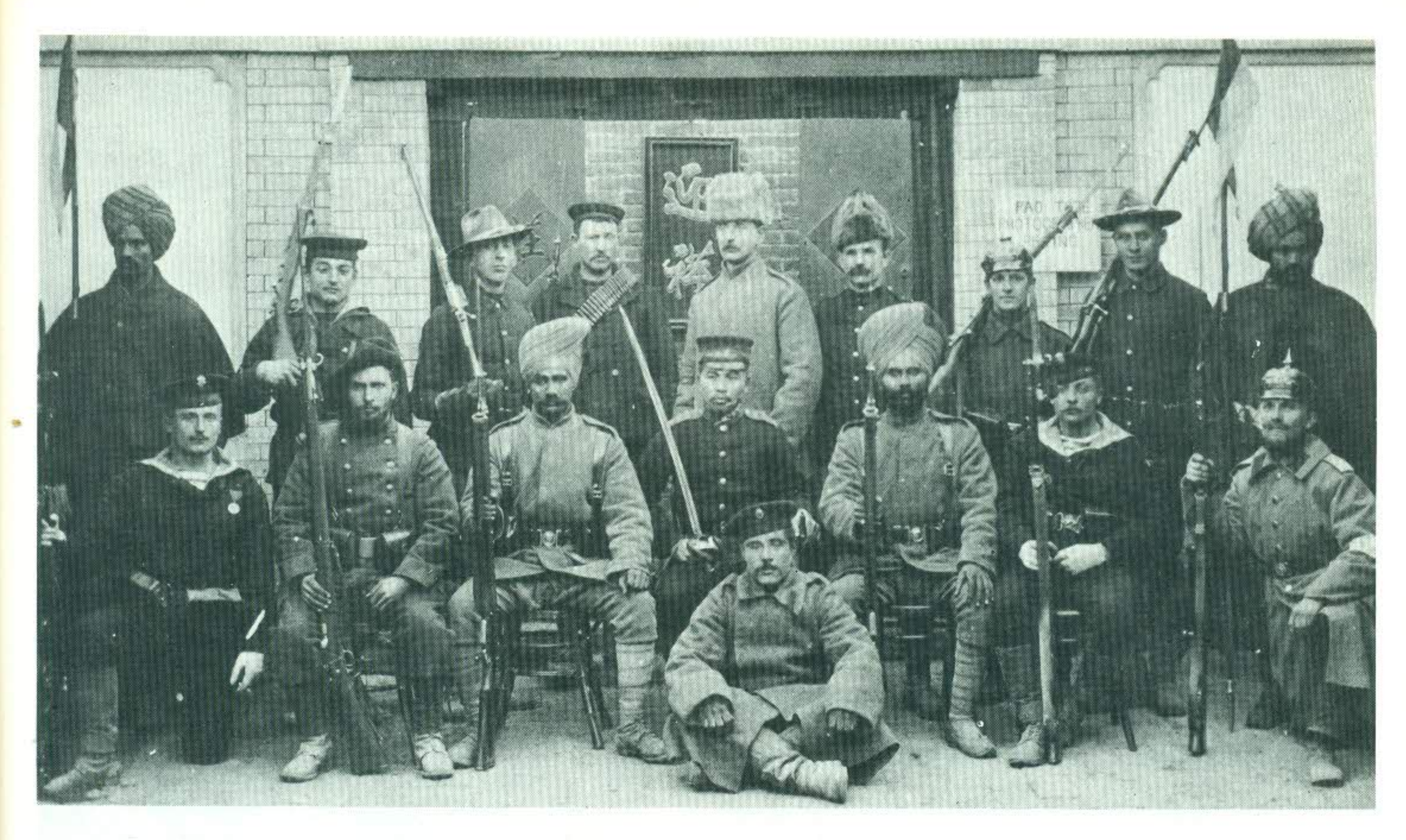
El cerco contra China

El Tratado de Shimonoseki exigía de China el pago de una fuerte indemnización a Japón por el coste de la guerra, otorgaba a éste nuevos derechos comerciales, así como las islas de Formosa y la parte septentrional de Manchuria, que albergaba la importante base naval de Port Arthur.

Las disposiciones del tratado no agradaron a Rusia, que planeaba dominar Manchuria, y puso inmediatamente en marcha una operación diplomática de rescate para evitar que China tuviera que ceder la península. Francia, como aliado de Rusia, estaba de acuerdo, mientras que Alemania alentó a Rusia para que complicara su política lo más lejos posible de la frontera alemana. Japón se había agotado con la guerra, a pesar de su victoria, y no estaba en situación de resistir la acuciante presión de las potencias de Europa. Finalmente, renunció a la reclamación de la península.

Sin embargo China tuvo que pagar un precio de su operación de salvamento, mayor que el exigido por los japoneses. Aparte de Gran Bretaña, las potencias no tomaron demasiado en serio a Japón y dieron por sentado que su fácil victoria





demostraba únicamente la excelente situación de China para ser dominada. Los chinos, poco dispuestos a importar capital extranjero para modernizarse, no tenían ahora otra alternativa que solicitarlo, facilitando la expansión europea en sus tierras. Una alianza defensiva con Rusia, en 1896, permitió a ésta construir una sección del Transiberiano a través de Manchuria.

Las otras potencias cercaron a China. En 1898, Alemania se apoderó de la bahía de Kiaochow argumentando que en esa zona habían sido asesinados dos misioneros alemanes. Rusia se apoderó de la península de Liaotung y de Port Arthur, devueltos por Japón. Francia y Gran Bretaña obtuvieron también bases navales y obligaron a China a conceder contratos de arriendo duraderos sobre esos territorios. Las potencias negociaron entre sí sus «esferas de influencia» en China, a fin de poder explotar el país sin llegar a la violencia. Estados Unidos, consciente de su marginación en el reparto territorial, intentó persuadir a las otras potencias que aceptaran una política abierta. La repuesta que obtuvo fue totalmente ambigua.

China pareció hallarse al borde de la desmembración, pero sobrevivió porque sus enemigos eran hostiles entre sí. Gran Bretaña y Japón decidieron ahora evitar que Rusia obtuviera el máximo beneficio de la situación, hecho que lograron plenamente.

La sublevación de los bóxers

Al principio, los acontecimientos parecían favorecer a Rusia. La disputa de 1898 produjo graves trastornos en el interior de China. Cuando la confusión amainó, Rusia parecía hallarse más cerca de transformarse en la potencia dominante en Asia. La llamada rebelión de los bóxers fue un movimiento popular dirigido contra los extranjeros y, más especialmente, contra los cristianos. Su nombre provenía de una organización secreta, la Sociedad de los Puños Virtuosos, conocidos popularmente como bóxers, que había atacado anteriormente a la dinastía Manchú y ahora dirigía su atención hacia el imperialismo occidental y los cristianos. El rencor existente entre los campesinos de la China septentrional contra el comercio europeo y la ocupación de territorios, fue ahora sutilmente estimulado por el gobierno.

Durante algunos meses de 1898 pareció que China comenzaba al fin a realizar reformas radicales. El emperador Kuang Siu se sintió atraído por la modernización. El más influyente de los reformadores era Kan Yeu Wei, que pretendía reconciliar la modernización al estilo occidental con las doctrinas de Confucio. Entre junio y septiembre de 1898 el emperador y sus consejeros introdujeron importantes cambios. Confiaban en reformar el sistema de ac-

Arriba, miembros de las fuerzas internacionales enviadas a Pekín en 1900 para ayudar a sofocar la sublevación de los bóxers y mantener la influencia occidental en Oriente.

Página anterior, arriba, combate de la Guerra chino-japonesa (1894-1895), en una ilustración de la época.

Página anterior, abajo, la emperatriz viuda Tseu Hi (que gobernó con este cargo desde 1861), adornada con insignias manchúes. Como regente controló China durante casi cincuenta años e intentó oponerse con todas sus fuerzas a la influencia occidental.



ceso a la burocracia oficial, que era el núcleo vital de la tradición china de gobierno, para vincularlo más a los problemas presentes. Se fundó la Universidad de Pekín, se reorganizó el ejército y se abolieron muchas sinecuras.

La Reforma de los Cien Días afectó a demasiados intereses inmovilistas. Aunque se la suponía retirada, la emperatriz Tseu Hi continuaba ejerciendo una gran influencia y organizó una conspiración palaciega que acabó con el emperador en prisión, sus consejeros en el exilio o muertos, y la mayor parte de las reformas revocadas. El triunfo de la reacción parecía completo.

Fue Tseu Hi quien vio en los rebeldes bóxers el medio para expulsar a los extranjeros. En 1900, los bóxers alcanzaron Pekín y sitiaron las legaciones extranjeras de la ciudad, y el embajador alemán y otros diplomáticos fueron asesinados.

Con la vida de sus embajadores en peligro, los enemigos de China organizaron una brigada internacional con tropas japonesas, rusas, británicas, francesas y alemanas. En el verano de 1900, Pekín fue capturada y levantado el cerco contra las embajadas. Tseu Hi y sus partidarios abandonaron la capital, mientras que Li



Hung-chang fue reclamado para que pactara con los invasores.

Por el Protocolo de los Bóxers, de 1901, las potencias obligaban al gobierno chino a castigar a los oficiales considerados responsables del movimiento nacionalista, a pagar una fuerte indemnización y aceptar la permanencia de tropas extranjeras para vigilar las legaciones y la ruta entre Pekín y el mar.

La intervención extranjera para aplastar a los bóxers desacreditó a la larga a la dinastía Manchú. Al final, Tseu Hi fue consciente de la inevitabilidad de las reformas que había intentado impedir durante tanto tiempo. Ella y sus sucesores pretendían ahora recuperar el tiempo perdido: los sistemas de comunicación y educación fueron modernizados; se planificaron de un modo más sistemático que en el pasado las reformas del ejército y de la burocracia oficial; se proyectó una Constitución similar a la japonesa, que daba al emperador amplios poderes. Sin embargo, era demasiado tarde. La dinastía Manchú se hundiría pronto con el advenimiento de la revolución.

La cuestión de los bóxers reforzó la posición de Rusia en Manchuria, que fue ocupada oficialmente como parte de la «acción de vigilancia» extranjera. Los «acuerdos» para retirar sus tropas después de la rebelión eran ambiguos. En 1903, Rusia eludió su compromiso de retirarse y, además, aclaró que deseaba convertir Manchuria en protectorado. Japón habría asentido al control ruso sobre Manchuria siempre que Rusia aceptara el predominio japonés en Corea. La independencia de Corea fue estipulada en el Tratado de Shimonoseki en 1896, y Japón estaba lo suficientemente versado en terminología imperialista como para asumir que las otras potencias entenderían que esto era el preludio de la dependencia coreana de Japón. Rusia demostró no entenderlo así. Sus dirigentes pagarían caro el haber subestimado el poderío japonés.

La batalla por Asia oriental

El objetivo principal de Japón era establecer su control sobre Corea. Su victoria de 1895 le enfrentaba a Rusia, ahora su enemigo principal. Tanto Japón como Rusia se ganaron la animosidad de los coreanos por sus torpes intentos de injerencia en la política coreana. Había rumores en Tokio y San Petersburgo de que sectores políticos rusos y japoneses favorecían un pacto entre los dos gobiernos a expensas de Corea.

Ito Hirobumi, el estadista japonés propulsor de la Constitución de 1889, maniobró en pos de una alianza con Rusia, según la cual los dos países se repartirían el poder en el Asia oriental. Yamagata Aritomo, creador del nuevo ejército japonés,

Arriba, pintura bóxer que representa a los diplomáticos extranjeros prisioneros cuando eran conducidos ante una corte marcial (1900).

Página anterior, liberación de la legaciones en Pekín, durante la Guerra de los Bóxers.



se oponía a ello, pues pensaba que más pronto o más tarde Japón tendría que combatir a Rusia por la hegemonía en Asia oriental.

La opinión de Yamagata era la más popular, avalada por el resentimiento de los japoneses contra Rusia, Francia y Alemania, que les privaron de los botines de la guerra de 1895. Su indignación llegó al máximo en 1898, cuando Rusia obligó a China a arrendarle la península de Liaotung.

A medida que crecía el convencimiento de la inevitabilidad de la guerra con Rusia, Japón se preparaba diplomática y militarmente. Había solamente un aliado definido: Gran Bretaña, el principal enemigo de Rusia en Asia. Los británicos habían dominado el comercio chino en el siglo XIX, pero sus perspectivas peligraban por el éxito de sus rivales en la consecución de concesiones económicas de China durante el decenio de 1890. La potencia que más temía Gran Bretaña era Rusia. Si Rusia conseguía el predominio económico sobre China y lo utilizaba para asegurar su control sobre la política china, el equilibrio político en Asia se decantaría rápidamente contra Gran Bretaña. Intentó, y fracasó, tanto pactar con Rusia, como movilizar el apoyo alemán contra los rusos. Así, para Gran Bretaña y Japón era el aliado evidente. Después de que Ito intentara en vano conseguir una alianza con Rusia, Japón y Gran Bretaña se pusieron de acuerdo. Según los términos de su

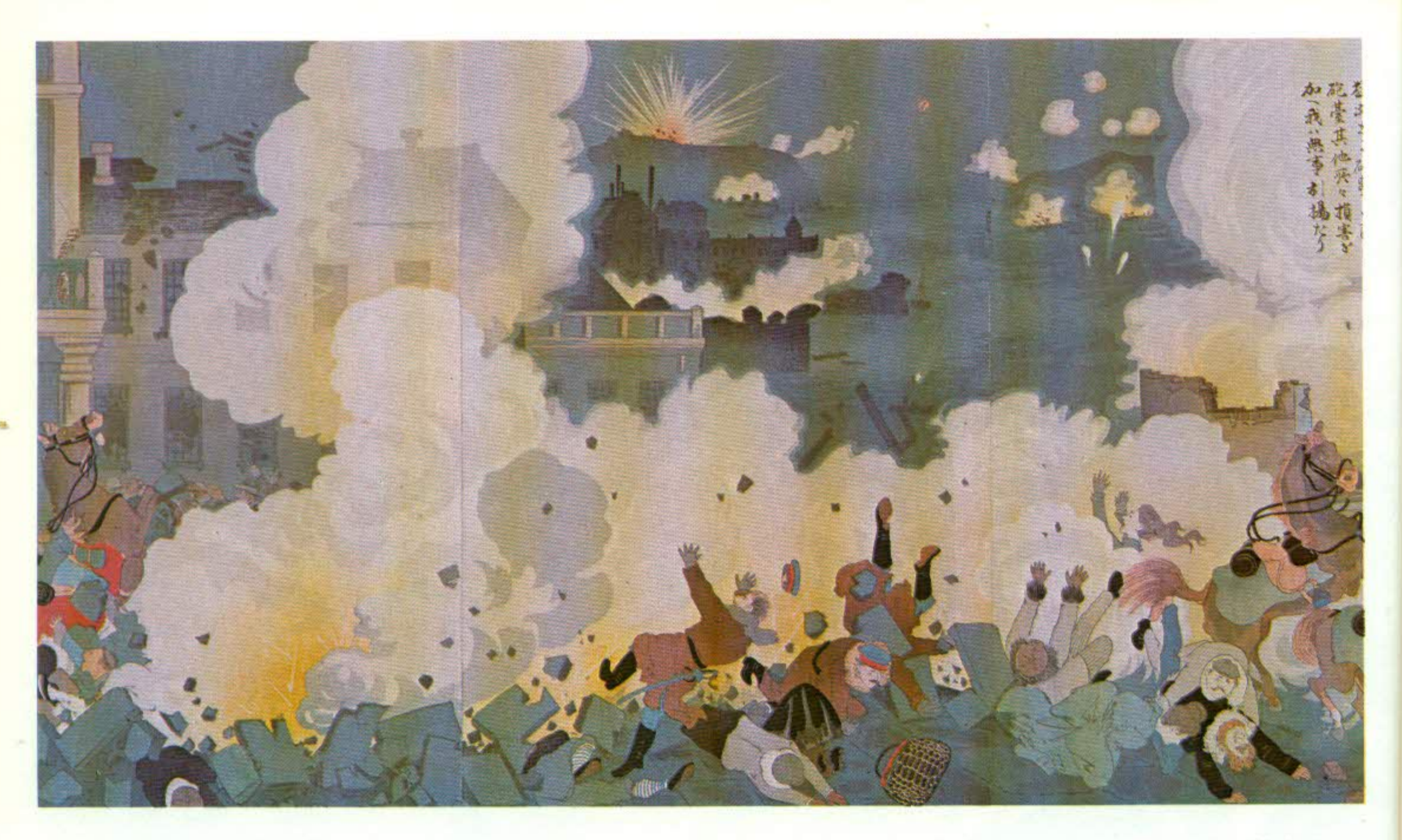


alianza de 1902, si Japón se veía involucrada en una guerra con Rusia, Gran Bretaña trataría de evitar que ninguna otra potencia interviniera, mitigando los temores japoneses de un pacto adverso como el de 1895. Los británicos nunca habían compartido el escepticismo de los otros estados acerca de la fuerza real de Japón. Sabían de la potencia de una nación insular con una flota poderosa, y su opinión sobre la armada japonesa era alta. Sin embargo, el respaldo al imperialismo japonés en Asia tuvo un alcance mucho mayor del que Gran Bretaña imaginó. Cuarenta años más tarde, su Imperio en Asia tuvo que enfrentarse a un golpe mortal dado por su antiguo aliado.

Soldados japoneses al ataque en Antung, sobre el río Yalu, en mayo de 1904. Grabado japonés.

El triunfo de Japón

El paso del tiempo favorecía a Rusia. El ferrocarril Transiberiano estaba a punto



de completarse, y Rusia estaría pronto en situación de transportar grandes efectivos militares al Lejano Oriente. Por otra parte, era claro que este país no daría a Japón vía libre sobre Corea.

A finales de 1903, Japón se había decidido a combatir, y en febrero de 1904 atacó por sorpresa a la flota rusa en Port Arthur. Su plan era infligir una fuerte derrota inicial a Rusia, conocedores los japoneses de la superioridad de los recursos rusos. Japón no podía afrontar una guerra de desgaste. Confiaba en un rápido triunfo como el conseguido contra China.

Los cálculos japoneses funcionaron bien y sus tropas consiguieron rápidamente el control de Corea, invadieron Manchuria y cercaron a las fuerzas rusas en Port Arthur. En agosto de 1904, en la batalla del mar Amarillo, el almirante japonés Togo obligó a replegarse en Port Arthur a la flota rusa, mientras que otra flota japonesa mantuvo cercada a la escuadra rusa en Vladivostok. Japón obtuvo el control del mar y Rusia perdió la oportunidad de interceptar las comunicaciones japonesas. El sitio de Port Arthur duró casi un año, y ambos bandos sufrieron elevadas bajas. Varios intentos rusos para auxiliar a la base fracasaron, y tras un asalto masivo japonés, dirigido por el general Oyama en enero de 1905, los rusos capitularon.

La derrota supuso un duro golpe al prestigio zarista y fue un factor importante de la Revolución de 1905. En el mes de marzo de este mismo año, Japón obtuvo una gran y costosa victoria en Mukden. A ésta, siguió el aniquilamiento de la flota del Báltico por el almirante Togo en mayo, la cual había navegado alrededor del mundo en un intento desesperado por recuperar para Rusia la iniciativa en la guerra. Pero Japón estaba agotando sus recursos y propuso la mediación, que Rusia aceptó.

El Tratado de Portsmouth dio a Japón el derecho a dominar Corea, el control de la península de Liaotung, de Port Arthur y del sector del ferrocarril que los rusos habían construido en Manchuria. También obtuvo el control de la mitad de las islas de Sajalín.

Al igual que la victoria franco-británica sobre Rusia en la Guerra de Crimea, la victoria japonesa sobre China mostró que una nación pequeña podía derrotar a una grande siempre que su economía fuera más avanzada. Pero tanto Rusia como Japón habían alcanzado estadios similares en su progreso industrial. La diferencia entre ambos países estaba en que el sistema político japonés era más adecuado que el zarista para proveerse de líderes militares y civiles. Con todo, la victoria era tan peligrosa para Japón como para la Alemania imperial. Intentó ocultar las debilidades del Estado y propagó un sentimiento de excesiva confianza. El Tratado de Portsmouth puso a Japón en el trágico camino hacia Pearl Habour e Hiroshima.

La guerra ruso-japonesa fue un hito importante en la historia mundial. Un estado asiático había derrotado a una de las grandes potencias de Europa y anunciaba el fin de un orden internacional dominado exclusivamente por Europa. El poderío económico y militar engendrado por la industrialización dejó de ser un monopolio de los pueblos de raza blanca.

Sun Yat Sen

La revolución desde arriba había convertido a Japón en una potencia mundial de primera línea, y sus líderes más enérgicos y con mayor capacidad de adaptación, habían obligado a la vieja clase dirigente a aceptar criterios modernos. Inversamente, en China, la resistencia a las reformas sociales y políticas abrió vías a la revolución desde abajo. Tras la rebelión de los bóxers hubo una profusa propaganda revolucionaria. Sectores de la población se sentían altamente ultrajados por un régimen que toleró que la nación China sufriera la humillante invasión extranjera.

En 1905 se formó el T'ung Meng Hui, movimiento que aglutinó a todas las organizaciones revolucionarias de China, atacando a la dinastía Manchú por su fracaso al no aprender de Occidente y, a la vez, por no haberse resistido a sus abusos. El T'ung Meng Hui fue fundado por estudiantes y su líder era Sun Yat Sen.

Sun Yat Sen, hijo de un campesino, nació en 1866 cerca del centro comercial portugués de Macao, en la China meridional. Adquirió una educación de carácter occidental en una escuela anglicana de Hawai, prosiguiendo su instrucción en Cantón y Hong-Kong, y licenciándose finalmente como médico. Durante esos años se dio cuenta de que era necesaria una revolución contra el gobierno corrupto de los manchúes.

Durante sus viajes a Europa y Estados Unidos, Sun Yat Sen consiguió una publicidad involuntaria para su causa cuando, en 1896, la embajada china en Londres se involucró en un incidente internacional al mantenerle prisionero durante diez días.

Cuando fundó la T'ung Meng Hui en 1905, Sun Yat Sen tenía gran experiencia organizativa y la dotó de una ideología revolucionaria. Los «Tres Objetivos del Pueblo» eran: la unidad de la nación china, una forma de gobierno democrática y republicana, y la redistribución de la tierra entre los campesinos. Consideró que esta revolución se desarrollaría después de un período de cambios. La introducción de la democracia a nivel nacional completaría el proceso revolucionario.

La asimilación en el ejército de las ideas revolucionarias fue crucial para el éxito de los planes de Sun Yat Sen, todavía oscuros para los campesinos de China. Los revolucionarios se vieron obligados a actuar antes de estar preparados, al estallar, en octubre de 1911, en Hankow, graves disturbios. Las tropas sublevadas ocuparon la ciudad, proclamaron un gobierno provisional e incitaron a la rebelión general.

Los manchúes llamaron a Yuan Shek'ai, quien aceptó asumir el mando si le facilitaban alguna solución política de compromiso. La dinastía aprobó finalmente la idea de una monarquía constitucional al estilo británico e hizo primer ministro a Yuan.

Mientras, los revolucionarios establecieron en el sur de China un control tan firme como el que tenía Yuan en el norte. Sun Yat Sen volvió del exilio para convertirse en presidente del gobierno provisional en enero de 1912. Apercibido de la fortaleza de Yuan, se ofreció a cederle su puesto y le propuso que se convirtiera en el presidente de una República. Yuan, deseoso de conseguir el máximo poder para sí, aceptó la propuesta de Sun, y los manchúes, desasistidos, accedieron a la abdicación del emperador, un niño de 6 años de edad. A mediados de febrero del año 1912 murió la última de las grandes dinastías chinas. Los revolucionarios habían alcanzado su objetivo de establecer una República.



Izquierda, cabezas de ejecutados, colgadas a la vista del pueblo para dar ejemplo, durante la revolución china de 1911.

Página anterior, una escena de la guerra ruso-japonesa, en una estampa nipona.

Sin embargo, el resto del programa revolucionario de Sun Yat Sen estaba lejos de su materialización. Yuan pretendía instrumentalizar la revolución para convertirse en el amo de China, no para democratizarla.

En 1913 se eligió un Parlamento bajo la Constitución republicana. Sun Yat Sen organizó un nuevo partido, el Kuomintang, en un intento de luchar en las elecciones y de unir las fuerzas del republicanismo divididas por las diversas opciones. El Kuomintang triunfó en las elecciones, pero casi inmediatamente chocó con Yuan. La lucha parlamentaria desembocó en una rebelión, que Yuan aplastó. El Kuomintang fue disuelto y Sun Yat Sen volvió al exilio. El dictador murió en 1916, después de tratar de convertirse en emperador, y China cayó bajo el control de una serie de «señores de la guerra» o jefes militares que se habían aprovechado de la descomposición del viejo orden para forjarse pequeños imperios en las provincias. De esta manera China entró en un período de conflictos y desórdenes que prosiguieron hasta el triunfo del movimiento comunista de Mao Tse-Tung en 1949.



Estados Unidos: desarrollo industrial e imperialismo

De todos los hechos relevantes acontecidos en Asia entre los años 1895-1905 ninguno fue tan fundamental como la intervención de Estados Unidos, que hasta entonces había contado poco en los asuntos mundiales. La significación de la Guerra Civil norteamericana, librada entre 1861 y 1865, no pareció a los europeos muy importante, pero la victoria de los nordistas supuso que Estados Unidos sobreviviría como nación y que sus industrias en rápido desarrollo y su población en expansión contribuirían a hacer de ella una potencia mundial a finales del siglo XIX.

La guerra civil se inició porque los estados sudistas sintieron que eran una minoría injustamente discriminada por el gobierno federal en Washington y, más específicamente, por los estados nordistas. El problema fundamental entre el Norte y el Sur fue el de la esclavitud de los negros, que el Sur consideraba esencial para su economía y su modo de vida. Para el Norte, la desaparición del esclavismo era una parte inevitable del progreso económico y social.

En 1860 el nuevo Partido Republicano eligió a Abraham Lincoln presidente. El partido se había constituido para llevar adelante un programa de altos aranceles y desarrollo económico a escala nacional. El ala radical del partido, a la que no pertenecía Lincoln, era antiesclavista. El Sur contempló la elección de Lincoln como un desafío y diez estados sudistas se separaron de la Unión en 1861, hecho que provocó la guerra civil.

Reconstrucción

En el transcurso de la lucha, el presidente Lincoln había utilizado los poderes del «estado de guerra» para abolir el esclavismo mediante la *Emancipation Proclamation* de 1863. Después dio prioridad a la reconstrucción y a la unidad nacional, y aunque fue asesinado en abril de 1865, en los últimos días de la guerra, su sucesor, Andrew Johnson, compartió la misma actitud. No obstante, contaba con la oposición de los republicanos radicales en el Senado y en la Cámara de Representantes, que creían que el Norte debía utilizar su victoria para imponer gravosas condiciones sobre el Sur.

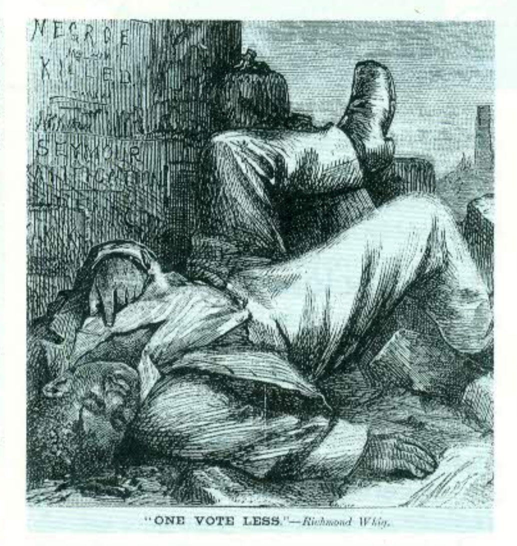
La mayor parte de la población del Norte pensó que el Sur tenía que pagar un duro castigo por una guerra tan costosa. En el Sur, la reconstrucción supuso el es-

Izquierda, arriba, familia de esclavos liberados en una plantación de Carolina del Sur en 1862. La libertad no les reportó grandes ventajas, ya que las fuentes de riqueza y el racismo estaban contra ellos.

Izquierda, abajo, grabado de Thomas Nash, publicado en el Harper's Weekly *de Nueva York, tras un incidente en las elecciones presidenciales de 1868, en el que fue muerto un negro que pretendía votar.*

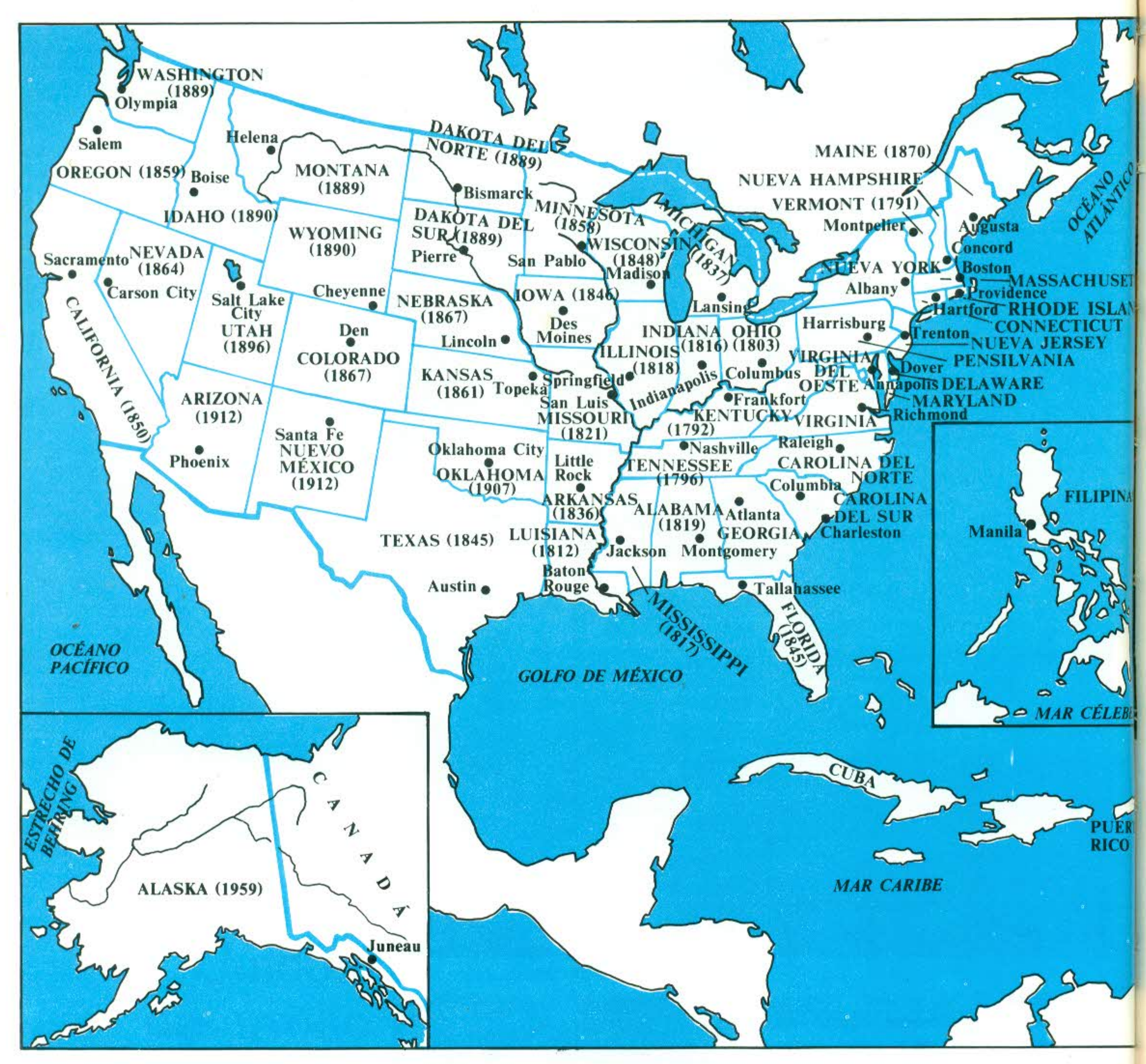
Página anterior, pintura que representa los primeros sondeos petrolíferos en el sur de Estados Unidos.

tablecimiento de los esclavos liberados como ciudadanos efectivos, cuyos votos podían ser usados para elegir nuevos cuerpos legislativos en cada uno de los estados, en donde se esperaba que se adoptarían constituciones estatales democráticas. En concreto, la reconstrucción supuso la puesta en vigor de la Catorceava Enmienda a la Constitución norteamericana, que abolía el esclavismo en todo el país y convertía al gobierno nacional en el guardián del derecho de cada persona a «la vida, la libertad y la propiedad».



"ONE VOTE LESS."—*Richmond Whig.*

Los líderes radicales como Thaddeus Stevens aspiraban a que en el Sur imperase un sistema de gobierno más democrático y humano. Al principio tuvieron éxito, pero en el Norte, el entusiasmo popular por la reforma se desvaneció con el tiempo. Tras la retirada de las últimas tropas federales de los territorios de Luisiana y Carolina del Sur, en el año 1877, los estados sudistas asumieron plenamente su autogobierno.



A causa del fracaso de la reconstrucción radical, los negros se encontraron en una situación insegura, como ciudadanos de tercera clase. Inmediatamente después de la Guerra Civil sociedades secretas como el Ku Klux Klan se dedicaron a aterrorizar a los negros, creando un ambiente de pesadilla. A finales de siglo, las asambleas legislativas del Sur hallaron métodos más sistemáticos para mantener a los negros «en su lugar» —como la necesidad de pagar impuestos para votar, privándoles así de su derecho, la segregación en los transportes públicos y colegios, etcétera—.

Con el tiempo, apareció una pequeña burguesía negra, y su líder, Booker T. Washington se concentró en la educación de los negros para mejorar su bienestar económico.

Inmigración

Más de 30.000.000 de inmigrantes llegaron a Estados Unidos durante el siglo XIX provenientes de todos los países europeos y de algunos asiáticos. Las minorías nacionales no resultaron ser un peligro y los inmigrantes fueron asimilados fácilmente.

La mayor parte de Europa se industrializaba demasiado lentamente para soportar una población en rápido crecimiento, y el ansia de tierras condujo a millones de personas a las espaciosas ciudades y llanuras norteamericanas. Entre la Guerra Civil y 1890, la mayor parte de los inmigrantes fueron alemanes, irlandeses, británicos y escandinavos. Ente 1890 y 1914 procedían principalmente de Italia, Austria-Hungría y Rusia. Como la inmigración aumentaba, se impusieron ciertas restricciones, especialmente cuando la inmigración china y japonesa se hizo masiva en la costa oeste.

Las oportunidades ofrecidas por la industria norteamericana explican en gran medida la rápida asimilación de la mayor parte de los inmigrantes. Éstos, probablemente, comenzaron a trabajar en los niveles inferiores de las empresas, pero pronto ascendieron en el escalafón social.



El sistema educativo norteamericano superó el problema de las lenguas y adoctrinó a los niños de los recién llegados sobre los derechos y deberes de su ciudadanía. Los partidos, republicano y demócrata, estaban hambrientos de votantes, e involucraron al inmigrante en la vida política.

Ferrocarriles

A principios del siglo XIX, Estados Unidos era una sociedad completamente agrícola. Entre 1830 y 1860 la industrialización se desarrolló rápidamente. A causa de los altos costos de la mano de obra, los industriales norteamericanos asimilaron las máquinas y técnicas del otro lado del Atlántico, que ahorraban gran cantidad de energía humana. En la época de la Guerra Civil, Estados Unidos era el segundo país manufacturero del mundo, después de Gran Bretaña.

Al igual que en Rusia, las dimensiones del país hicieron del transporte de mercancías un problema importante, únicamente solucionado con una red de ferrocarriles. En Estados Unidos la primera línea férrea transcontinental, comenzada en 1863, fue el resultado de la actividad de dos empresas: una partía de Chicago, la Union Pacific Railway; y la otra, la Central Pacific, se dirigía hacia el este, desde California. En 1869 ambas líneas se unieron en Utah, tras vencer dificultades.

Arriba, desarrollo de los ferrocarriles en Estados Unidos después de la Guerra Civil. La red que cubría el país se incrementó de 56.000 kilómetros en 1865 a 400.000 en 1916.

Izquierda, inmigrantes italianos en Ellis Island, centro de recepción de los recién llegados en el puerto de Nueva York. Se calcula que entraron unos 12 millones de personas en Estados Unidos entre 1892 y 1924.

Página anterior, crecimiento de Estados Unidos de América. Después de su victoria sobre España, en 1989, los Estados Unidos obtuvieron Filipinas, Guam y Puerto Rico. Cuba también se convirtió en un protectorado norteamericano.

El triunfo del capitalismo





Aunque la población urbana continuó siendo menor que la rural hasta después de la I Guerra Mundial, el hecho más impresionante de la historia norteamericana entre el final de la Guerra Civil y 1914 fue el asombroso crecimiento de la industria. Cuando entró en la Gran Guerra, en 1917, Estados Unidos había rebasado a las demás naciones industriales en el volumen de producción manufacturera, y poseía ya los más elevados ingresos *per cápita* del mundo.

Las grandes corporaciones de negocios que emergieron a finales del siglo XIX empequeñecieron a las de Europa. Estados Unidos ofrecía oportunidades incomparables para construir grandes imperios industriales. Surgieron industriales inteligentes y ambiciosos, como John D. Rockefeller y Andrew Carnegie, que entendían el mundo de los negocios como una lucha sin cuartel en la que sobrevivía el más fuerte; ambos sobrevivieron como los más fuertes, con sus industrias del acero y el petróleo, y ambos creyeron que era su obligación emplear su enorme riqueza en beneficio de toda la nación. Su filantropismo alcanzó el mismo nivel gigantesco que sus empresas industriales.

El gran objetivo de la política norteamericana en los diez años posteriores a la Guerra Civil fue que la reconstrucción impusiera a los derrotados estados sudistas la necesidad de la libertad para todos sus ciudadanos. El general Grant, héroe nordista en la Guerra Civil, asumió la presidencia en 1868 y apoyó a los radicales en su entusiasmo por reformar el Sur.

Sin embargo, tras las elecciones presidenciales de 1876, el nuevo presidente, Rutherford B. Hayes, se inclinó por acabar con las disensiones. Con el declive de las influencias radicales en el Partido Republicano, los dos partidos principales se hicieron más conservadores. Los republicanos, que ganaron todas las elecciones presidenciales entre 1860 y 1912 excepto las de 1884 y 1892, emergieron como un partido de clases medias, siendo apoyados por los obreros. Se asemejaban, pues, con los liberales británicos. Sin embargo, a fines del siglo XIX tendieron a vincularse cada vez más con los intereses de las grandes empresas.

Los demócratas, que sólo obtuvieron un presidente en esos años (Grover Cleveland), pero que frecuentemente eran mayoritarios en las dos cámaras del Congreso, tenían una política similar a los republicanos. La experiencia del radicalismo republicano hizo que el Sur fuera sólidamente demócrata durante los cien años siguientes, defendiendo los derechos de las viejas clases propietarias. El Partido Demócrata era también el partido de los granjeros, que creían que sus intereses eran sacrificados al creciente poderío de la industria. Por encima de todo, los demócratas defendían los derechos de los estados contra el poder del gobierno federal en Washington. Aún quedaba lejano su papel como el gran partido reformista del *New Deal,* con Franklin D. Roosevelt.

Los presidentes, en estos años de conservadurismo, fueron hombres honestos y eficientes, pero no dejaron huellas en la sociedad norteamericana. Mientras que el nombre de Abraham Lincoln se difundió por todo el mundo, Hayes, James Garfield, Chester Arthur, Grover Cleveland y William McKinley adquirieron poca fama fuera de su país. Dos de ellos fueron asesinados: a Garfield le sucedió el prudente pero poco espectacular Chester Arthur, y McKinley —muerto por un anarquista en 1901—, fue sucedido por su dinámico vicepresidente, Theodore Roosevelt. Con la presidencia de Roosevelt, Estados Unidos tenía, por primera vez desde 1865, un líder de talla mundial. La energía de Roosevelt, que alarmó a muchos de sus colegas republicanos, puso fin a la era del conservadurismo.

Roosevelt subió al poder en una época en que fuertes minorías estaban descontentas con la manera en que el país era gobernado. Tanto los obreros industriales como los granjeros tenían motivos de queja contra el sistema; y aunque fracasaron en su intento de cambiarlo, su comportamiento fue lo suficientemente notorio como para que se prestara atención a una reforma.

La industrialización en Estados Unidos no fue acompañada por el crecimiento correlativo del asociacionismo obrero, y los patronos disfrutaron de una posición más sólida que los de Europa en esos mismos





Arriba, niña trabajando en una fábrica de algodón del sur de Estados Unidos, en 1900. Los sindicatos se organizaron muy lentamente y nunca llegaron a tener el poder de los de Europa.

Izquierda, estampa de La apuesta perdida, *de Joseph Klir. En Chicago, en las elecciones al Congreso de 1892, el candidato perdedor, entre republicanos y demócratas, debía arrastrar sobre un carro al ganador (ganaron los demócratas).*

Página anterior, arriba, encuentro de los dos tramos del primer enlace transcontinental ferroviario, en Promontory, Utah, el 10 de mayo de 1869.

Página anterior, abajo, La canción del alambre que habla, *de Henry F. Farny. El telégrafo y el ferrocarril significaron un gran avance para las comunicaciones con los estados del oeste norteamericano, pero destruían la vida cotidiana de los indios. (The Taft Museum, Cincinnati.)*

años. Los millones de inmigrantes les abastecieron de una fuerza de trabajo acostumbrada a un nivel de vida más bajo y, en consecuencia, menos exigente. La «filosofía nacional» favorecía el individualismo, y se veía a las asociaciones obreras como elementos perturbadores del proceso de desarrollo de la libre empresa. La burguesía era hostil a la organización de sindicatos, y la comunidad agrícola tenía poco interés o simpatía por los problemas de los obreros fabriles. Los obreros más militantes, especialmente aquellos que adquirieron experiencia política en Europa, tendieron a convertir sus acciones en actos violentos cuando las demandas pacíficas fracasaron. Incidentes como el motín en el Haymarket (Chicago), en 1886, en donde más de cien personas fueron muertas y heridas, exasperaron aún más a la opinión pública y desalentaron al obrero medio en su presión para el establecimiento de sindicatos.

La corriente principal del movimiento obrero norteamericano abandonó cualquier intento para desempeñar un papel político al modo de los obreros europeos. Los *Knights of Labour* (Caballeros del Trabajo), creados en 1869, pretendían construir una organización obrera a escala nacional para todo tipo de trabajadores. Resultó demasiado amplia, abierta y falta de disciplina, como para evitar la acción de la patronal, dispuesta a utilizar un ejército de esquiroles y mafiosos para malograr las huelgas. Sin embargo, asociaciones más pequeñas, de trabajadores especializados, tuvieron más éxito. El más influyente de los líderes que salió de este tipo de organización fue Samuel Gompers, de la *Cigarmakers Union.* Londinense de nacimiento, Gompers creó su sindicato en base a una unión muy estrecha y disciplinada, con un fondo nacional y beneficios sociales. En 1886 una serie de estos pequeños sindicatos se unieron para formar la *American Federation of Labour* (Federación Americana del Trabajo), con Gompers como presidente.

En el período anterior a la I Guerra Mundial la Federación Americana del Trabajo sólo representaba a un sector de los trabajadores norteamericanos. Los largos horarios laborales y la inseguridad que soportaban la mayoría, no disminuyeron por la acción del sindicalismo. Hacia finales de siglo se produjeron una serie de espectaculares huelgas, que rebasaron al sindicalismo de Gompers.

Los empresarios utilizaron métodos brutales, lo que sirvió para que influyentes sectores de la sociedad sintieran mayor simpatía hacia los problemas de los trabajadores. Esta simpatía fue un aspecto del progresismo que Theodore Roosevelt representaba.

El Partido Populista

Era curioso que en la sociedad industrial más floreciente del mundo los sectores agrarios tuvieran mayor fuerza política que los industriales. Mientras los obreros de las ciudades pretendían reformar la industrialización en beneficio propio, los granjeros se oponían al sistema capitalista en su globalidad. Por ejemplo, se oponían a los dueños de los ferrocarriles que no respetaban los derechos de los granjeros en las zonas a través de las cuales pasaban los ferrocarriles. Durante los períodos de depresión económica, los granjeros culpaban a los financieros de la costa oriental de los altos tipos de interés y del inadecuado sistema de créditos. En 1892 los

granjeros formaron el Partido Populista.

Los populistas denunciaron al sistema capitalista por «inmoral», y, en concreto, exigieron una reforma monetaria. Tanto los líderes del Partido Demócrata como los del republicano estaban de acuerdo en la necesidad de un patrón oro, ya que una economía industrial debía tener una moneda «sana» si se quería atraer a los inversores extranjeros. El debate sobre la cuestión se intensificó a causa de una depresión a mediados de los años 1890. En 1896 los demócratas sufrieron muchas tensiones internas acerca de la cuestión monetaria, nominando candidato presidencial para ese año a William Jennings Bryan, cuyas espléndidas y emocionales diatribas contra la tradicional prudencia financiera contenían las famosas palabras de «no crucifiquéis a la humanidad en una cruz de oro».

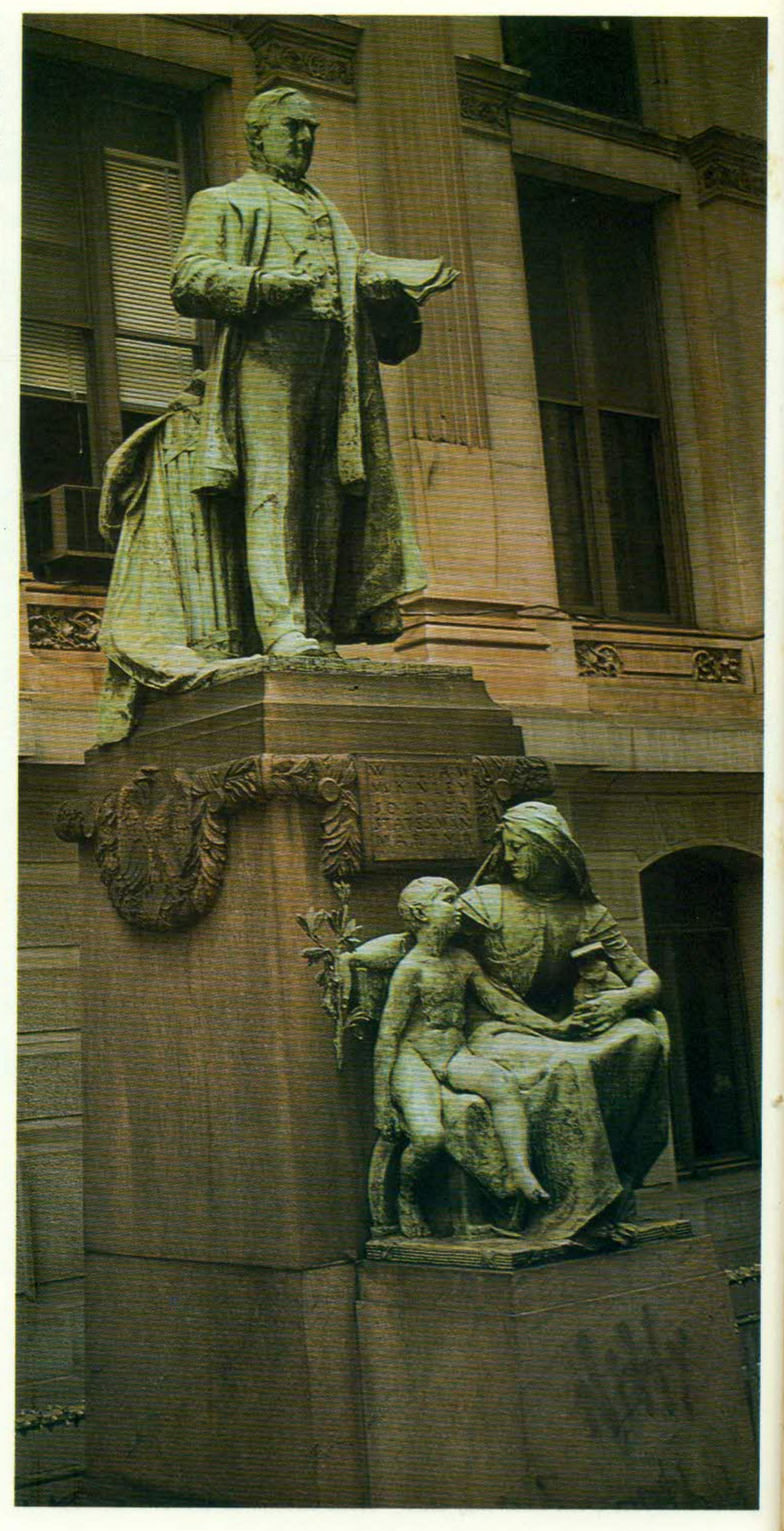
Los populistas habían conseguido un notable triunfo al persuadir a los demócratas para que adoptaran su política. Pero su triunfo duró poco, al perder Bryan la elección ante el candidato republicano, líder del «dinero sano», William McKinley. La inmensa riqueza bancaria y de las sociedades anónimas de Estados Unidos fue conseguida por los republicanos para contrarrestar la propaganda populista y la poderosa oratoria de Bryan. Además, el país se recuperaba de la depresión.

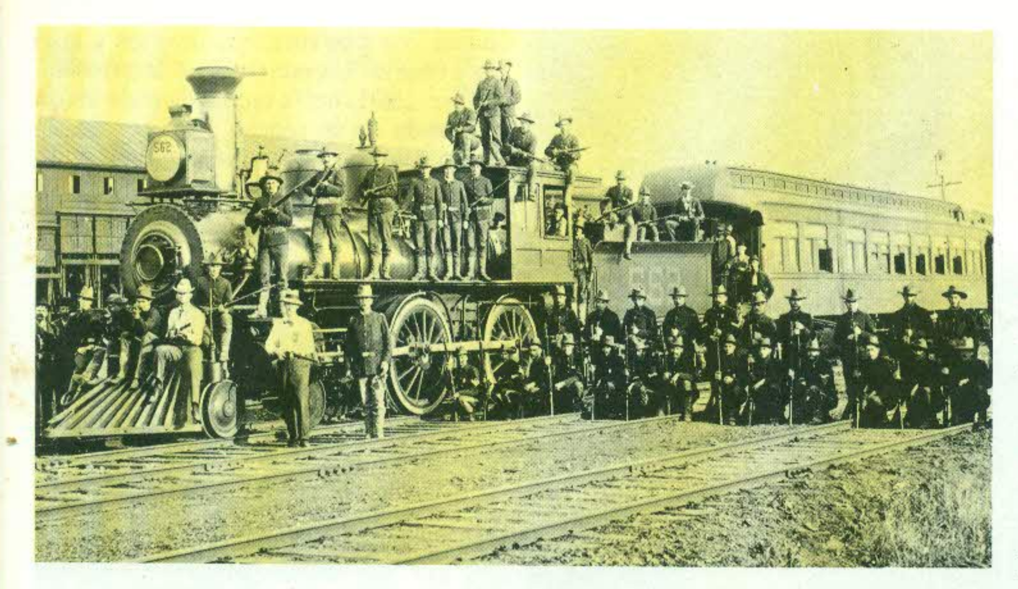
Cualesquiera que fueran los méritos del patrón oro, cuya importancia fue probablemente exagerada, la derrota de Bryan fue un hecho significativo en la política norteamericana. El país agrícola fue derrotado por el industrial. Hacia fines del siglo XIX, el futuro de Estados Unidos estaba en la industrialización.

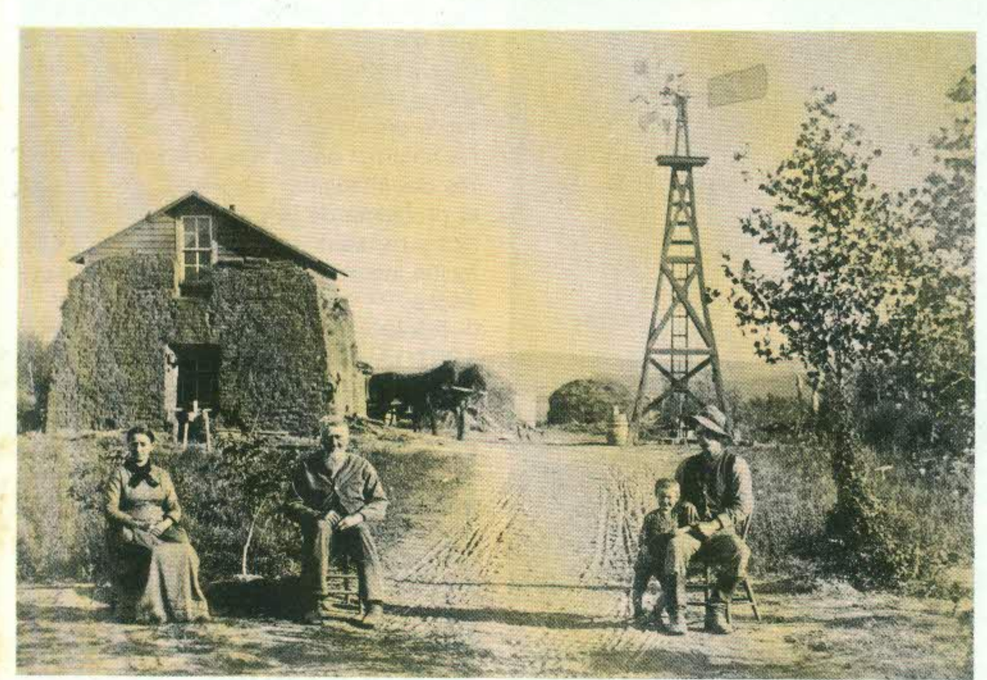
Progresismo

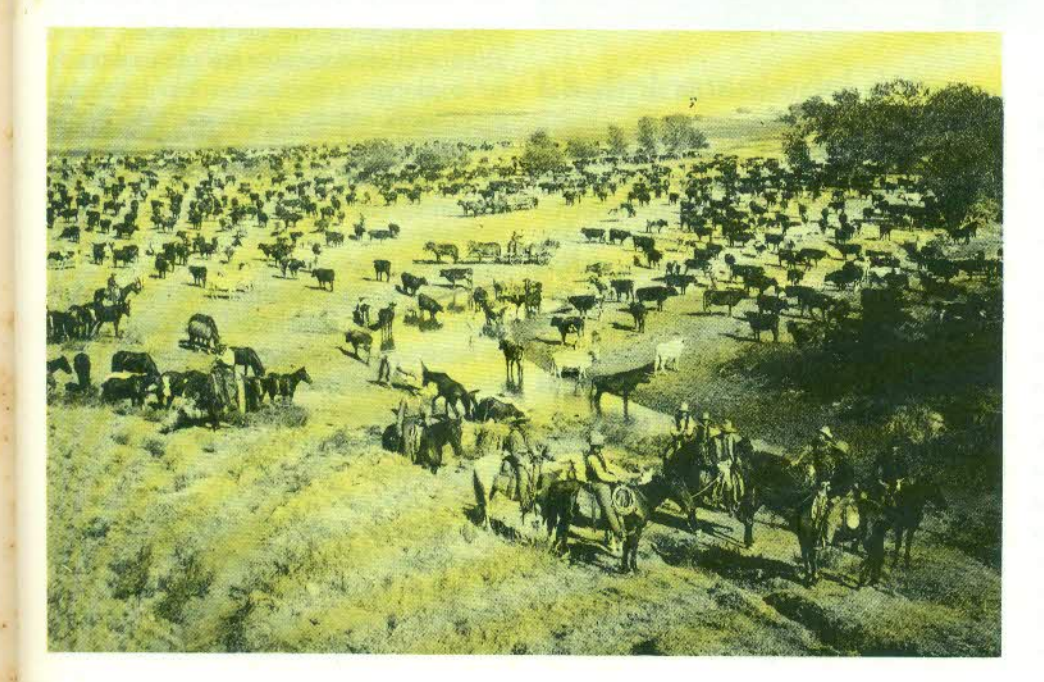
La protesta granjera había fracasado y el sindicalismo se desarrollaba lentamente. Un movimiento socialista dirigido por Eugène Debs promovió cierto interés, pero nunca fue un serio contendiente político. Sin embargo, el fracaso del populismo agrarista y del socialismo no significó que la opinión pública se sintiera satisfecha. Con el cambio de siglo, surgió un influyente movimiento reformista conocido como Progresismo.

El Progresismo nació del descontento por la forma en que las gigantescas sociedades anónimas se enriquecían a expensas de toda la comunidad. Para muchos intelectuales la idea de la «supervivencia de los más capaces» era inhumana. La vieja generación de capitalistas liberales se sentía ofendida por la nueva y despiadada raza de opulentos magnates. Los periodistas sensacionalistas destacaron el reverso







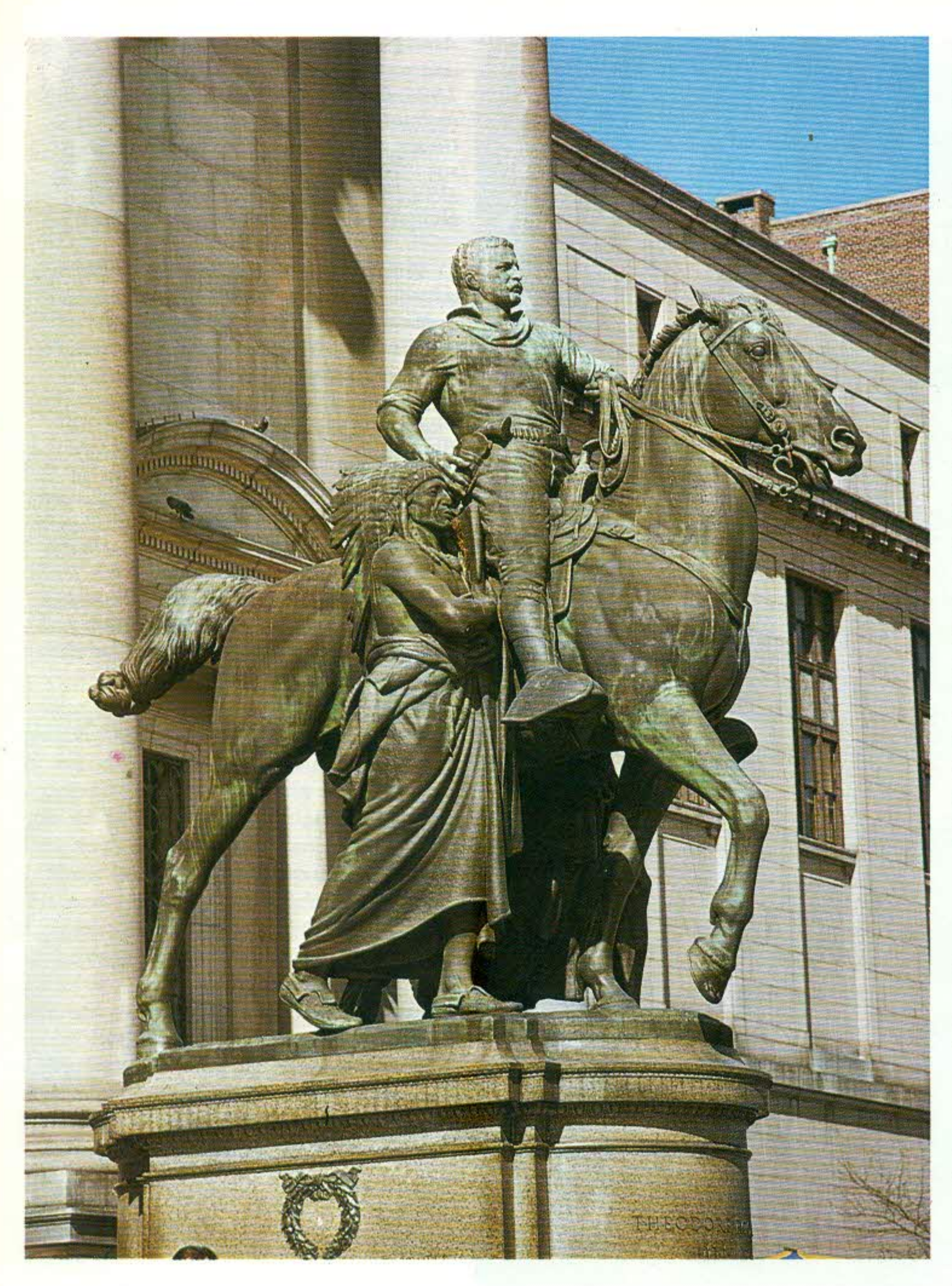


Arriba, tropas estadounidenses protegiendo un tren durante la huelga ferroviaria de 1894. George Pullman, creador del coche restaurante y otras innovaciones en los trenes, construyó un pueblo modelo para sus empleados pero se negó a rebajar los alquileres. Los empleados se declararon en huelga y sus convoyes fueron boicoteados.

Centro, alquería de Nebraska a finales de la década de 1880. En esta época hubo un gran desarrollo de la agricultura y las grandes praderas abastecían a las ciudades del este gracias a los ferrocarriles.

Abajo, ganaderos con sus reses en 1902. Aunque el mito todavía perdura, la realidad del salvaje oeste sólo duró un cuarto de siglo, pues las granjas extendieron el cultivo por las llanuras y los ganaderos introdujeron métodos industriales en sus explotaciones.

Página anterior, estatua de William McKinley (1843-1901), presidente de los Estados Unidos, ante el ayuntamiento de Filadelfia.



de la medalla del mundo de los grandes negocios, con historias de corrupción y de todo tipo de abusos, ayudando a extender la opinión de que la sociedad norteamericana se estaba descontrolando.

El Progresismo no buscaba cambios radicales. Sus seguidores pretendían democratizar más la política y hacer que los hombres de negocios fueran tan sensibles para los intereses públicos como para los privados. También estaban a favor de una labor legislativa que limitara las horas de trabajo y que compensara económicamente a los trabajadores en los accidentes laborales. Los progresistas buscaron las causas de la corrupción de la vida política y social en la inmigración y en el alcohol, iniciándose campañas para restringir la inmigración y prohibir la venta de alcohol. El sector más liberal del movimiento trabajó a favor del derecho de la mujer al voto.

Este movimiento moderado, y desde luego burgués, contribuyó a erradicar la corrupción en la vida política norteamericana. Un éxito importante fue la adopción del sistema de elecciones «primarias» en muchos estados como respuesta a la exigencia de que tenían que ser los votantes los que intervinieran en la nominación de los candidatos en vez de dejarla en manos de las corruptas «maquinarias» de los partidos. En general, los logros del Progresismo estuvieron a tono con sus modestos objetivos.

El Progresismo se benefició de la bala asesina que acabó con la carrera presidencial de McKinley y que puso a Theodore Roosevelt en la Casa Blanca. Éste era una figura enérgica, pintoresca e inquieta con intereses muy diversos y gran entusiasmo. Cuando subió a la presidencia, en 1901, había escrito diversos libros, trabajado en un rancho y como asistente en la Marina. Luego fue gobernador del estado de Nueva York y vicepresidente de Estados Unidos. Siempre enfocó de un modo positivo el trabajo y atacó con ardor la corrupción y la ineficacia.

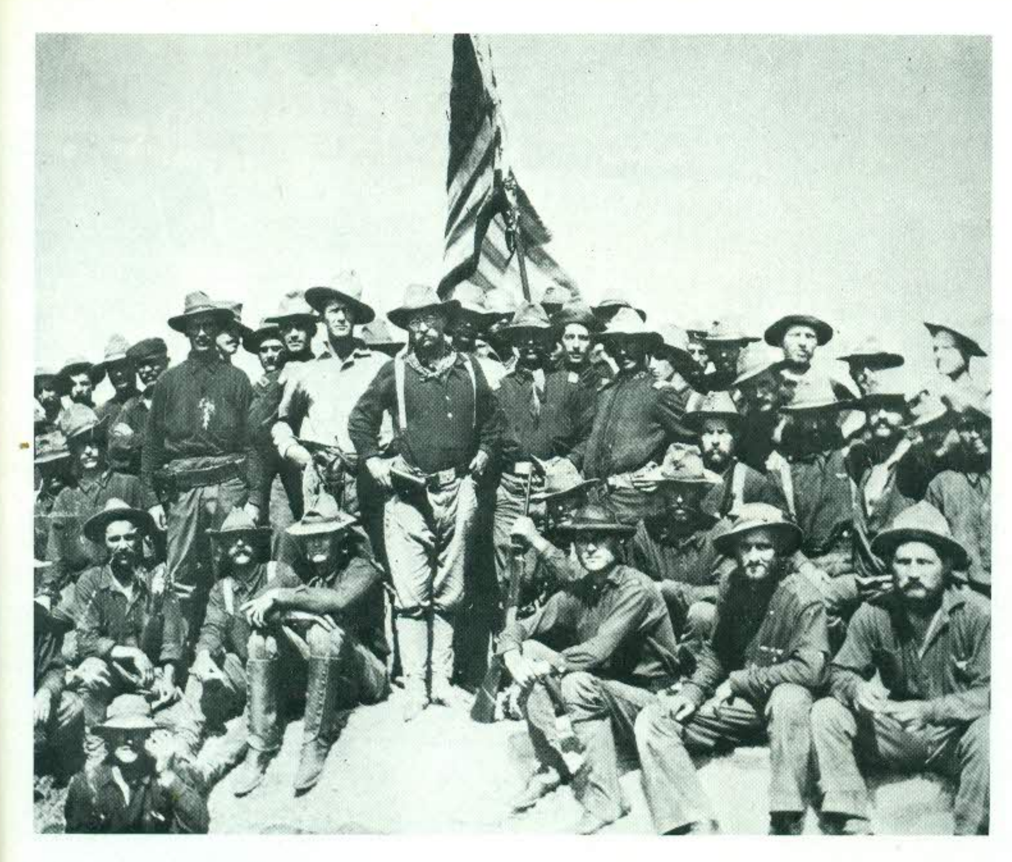
Roosevelt fue un presidente apropiado para una era imperialista, muy diferente de los administradores conservadores de las décadas precedentes. Creía que con su cargo podría conseguir que las grandes sociedades anónimas mejorasen su relación con los intereses públicos, e investigó los «trusts» monopolistas. En un uso sin precedentes de su cargo ejecutivo, Roosevelt intervino en una importante huelga de las minas de carbón en 1902 para conseguir que ambas partes aceptaran un arbitraje. Además, instituyó el control federal sobre las tarifas de los ferrocarriles, cortando así los abusos. La conservación de los recursos fue otro de los puntos de interés del infatigable Roosevelt, que afrontó el problema de la protección de bosques, ríos y recursos naturales frente a la explotación indiscriminada de las empresas privadas.

Roosevelt estuvo en el poder desde 1901 hasta 1908, tras ser reelegido en 1904 con el apoyo popular masivo. Consiguió poner orden en la peligrosa jungla del capitalismo y hacer de esto una causa sobre la que futuros presidentes volverían a insistir.

El imperialismo en América Latina

La aproximación de Roosevelt a los asuntos internacionales fue tan espectacular como su contacto con los problemas domésticos. Al igual que el resto de las potencias industriales, a finales del siglo XIX, Estados Unidos estaba dominado por un fervor imperialista.

Durante el siglo XIX se había dedicado lógicamente a extender sus fronteras dentro del continente norteamericano. Las guerras indias entre 1862 y 1886 fueron el resultado de la invasión de los colonos blancos en los territorios de caza de tribus indias, sioux y cheyenne. Después de que los numerosos ataques indios contra los campamentos de colonos fuesen brutalmente repelidos, la población india fue persuadida u obligada a establecerse en zonas estipuladas por el gobierno federal. La guerra con México en 1846-1848 había obligado a los mexicanos a reconocer la soberanía de Estados Unidos sobre



Izquierda, el coronel Theodore Roosevelt (1858-1919) y sus «Rough Riders» (rudos jinetes) en San Juan de la Colina (Cuba), durante la guerra contra España, en 1898.

Página anterior, estatua de Theodore Roosevelt, presidente de Estados Unidos, frente al Museo de Historia Natural de Nueva York.

Texas y a cederle Nuevo México y California. Los colonos se habían desplazado hacia el oeste durante el siglo XIX, pero a finales de siglo la frontera estaba «cerrada». Estados Unidos buscaba ahora nuevas zonas para conquistar con su inmenso poder militar y económico.

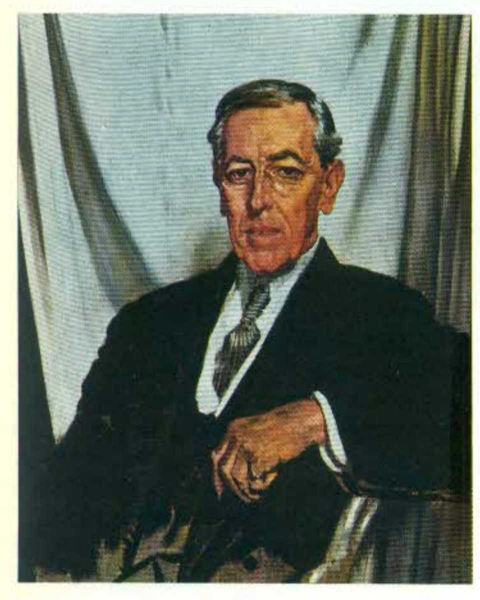
Antes de que el fervor imperialista se manifestara, ya se habían ocupado algunas bases navales del Pacífico, como Midway y Pearl Harbour. La guerra con España, en 1898, desató las pasiones imperialistas en América. España era una víctima especialmente idónea, un intruso europeo en el patio trasero de América, que poseía Cuba y las Filipinas. Era también un poder colonial reaccionario. En 1895, Estados Unidos apoyó firmemente a los cubanos en su rebelión contra España. La opinión norteamericana estaba exaltada por la violencia desarrollada tan cerca de sus costas, y la idea de una guerra de liberación se hizo popular. La misteriosa explosión que destruyó el navío de guerra norteamericano *Maine*, en La Habana, excitó aún más los sentimientos. En abril de 1898 el Congreso fue prácticamente unánime al declarar la guerra.

La facilidad con que Estados Unidos obtuvo la victoria era predecible, dada la debilidad de España y la distancia que la separaba de su colonia cubana. En agosto de 1898 se negoció la paz. España evacuó Cuba y entregó Puerto Rico y las Filipinas a Estados Unidos. La anexión de Filipinas, cuya población, rebelada contra España, había establecido su propio gobierno, produjo grandes dudas y provocó un gran debate, pues algunos lo consideraron un acto de colonialismo. Las dudas eran sinceras, pero el fervor imperialista fue más fuerte. El argumento de una «misión civilizadora», tan familiar para los oídos europeos, resultó el pretexto adecuado para convencer al Senado de que ratificara el tratado firmado en París en 1898. Cuba fue evacuada después de que los cubanos aceptasen una limitación de su libertad para dirigir sus asuntos, lo que hizo de la isla una especie de protectorado estadounidense.

La diplomacia del dólar

El imperialismo norteamericano cobró un estilo espectacular cuando Roosevelt se convirtió en presidente, quien ya había jugado un importante papel en la planificación y participación de la guerra contra España. Roosevelt era un imperialista convencido por motivos morales y políticos. Aceptaba la idea de que la época en la que vivía se caracterizaba por el reparto del mundo entre las naciones más civilizadas, y el deber de Estados Unidos era unirse a la tarea civilizadora. Si no lo hacía, perdería el tren en la carrera por el poder y la influencia en los asuntos mundiales.

Roosevelt se concentró principalmente en América Latina. Una decisión verdaderamente espectacular tuvo como objetivo



el canal de Panamá. El intento de Lesseps de construir un canal que uniera los océanos Pacífico y Atlántico fracasó por un escándalo financiero. Ahora Estados Unidos propuso seguir adelante con el proyecto. En 1901 consiguió deshacerse del convenio por el que había acordado unirse a Gran Bretaña en la construcción del canal y su administración. Colombia, a través de cuyo territorio iba a pasar el canal, aplazó la ratificación del acuerdo mediante el cual Estados Unidos obtendría el control perpetuo de la zona del canal. Roosevelt, molesto por el obstáculo, alentó una revuelta en Panamá, que se declaró independiente de Colombia. El gobierno norteamericano pagó indemnizaciones a la República de Colombia y a la nueva República de Panamá y obtuvo a cambio el control de la Zona del Canal. Éste fue abierto al tráfico en agosto de 1914.

Tras la expedición de británicos, alemanes e italianos a Venezuela, para cobrar deudas pendientes, Roosevelt, con el fin de evitar futuras interferencias, adoptó la Doctrina Monroe. Ésta, tal como la proclamó Monroe en 1823, señalaba que la colonización o intervención europea en América serían consideradas como actos hostiles contra Estados Unidos. En 1904, Roosevelt afirmó el derecho de Estados Unidos a actuar como «gendarme nacional» en el continente americano. En 1907 sus tropas intervinieron en Santo Domingo.

A escala mundial, Rossevelt medió en la guerra ruso-japonesa y con ello indicó a las otras potencias la voluntad imperialista norteamericana en el destino del Asia oriental. En 1906, Roosevelt acordó apoyar una conferencia para zanjar las diferencias entre Alemania y Francia sobre Marruecos, y envió representantes a la conferencia de Algeciras. En 1908 ordenó que la flota circumnavegara el planeta para demostrar su poderío naval.

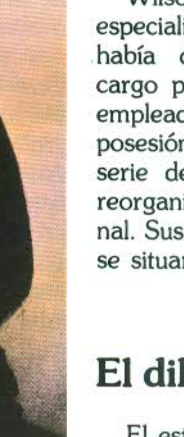
La escisión republicana

Roosevelt fue sucedido en 1908 por su secretario de Estado, William Howard Taft, a quien eligió él mismo. Taft se distanció del progresismo de la administración anterior. Su administración sería memorable por un hecho no político. En 1909 la Ford Motor Company en Detroit, en el estado de Michigan, produjo el «Modelo T», el primer automóvil barato y estandarizado para ser construido en una cadena de montaje.

Cuando dejó su cargo en 1908, Roosevelt marchó a una expedición de caza mayor a África y luego realizó una gira triunfal por varias capitales europeas. Volvió a Estados Unidos y halló al Partido Republicano amenazado por una escisión a consecuencia de la nominación presidencial de 1912. Estimulado por el entusiasmo con que fue recibido, Roosevelt desafió a Taft para la nominación presidencial en 1912, pero la convención republicana estaba controlada por los conservadores,







Izquierda, arriba, campamento indio en una reserva. Los pieles rojas se vieron privados de sus antiguas tierras y sus bisontes. Hasta 1924 no les fueron concedidos los derechos legales y la ciudadanía.

Izquierda, centro, tropas estadounidenses en Santo Domingo. Durante los años del cambio de siglo el imperialismo de Estados Unidos se extendió por el Caribe y la América Latina.

Izquierda, abajo, Toro Sentado (hacia 1831-1890), jefe sioux en el año 1885. Su muerte a manos de la policía india condujo a la matanza de Wounded Knee (Rodilla Quebrada).

Página anterior, arriba, los indios atacan al ejército americano.

Página anterior, abajo, retrato oficial de Woodrow Wilson (1856-1924), presidente de Estados Unidos que propugnó la creación de la Sociedad de Naciones.

que eligieron a Taft. Roosevelt condujo a sus partidarios fuera de la convención y organizó su propio Partido Progresista. Se presentó a la reelección con una plataforma de reformas de la vida política e industrial.

En la campaña electoral a tres bandas que siguió, Roosevelt y Taft se enfrentaron al candidato demócrata, Woodrow Wilson, que obtuvo una gran victoria sobre sus rivales. Como siempre, las inclinaciones del voto de los ciudadanos norteamericanos no favorecieron a los terceros partidos.

Wilson era un académico que se había especializado en leyes y en historia, y que había desarrollado teorías acerca del cargo presidencial y de cómo podía ser empleado para las reformas. Tras tomar posesión de su cargo, en 1913, exigió una serie de reformas: medidas anti-trust y reorganización del sistema bancario nacional. Sus intervenciones en América Latina se situaron en la tradición de Roosevelt.

El dilema de Wilson

El estallido de la guerra en Europa, en 1914, cogió a Wilson por sorpresa. Había concentrado mucho más su atención en la política interior que en los asuntos internacionales, y su conocimiento de los problemas europeos era superficial. Inmediatamente envió a su amigo y consejero, el coronel House, para que recogiera datos sobre la situación. Para Estados Unidos la única actitud posible era la neutralidad.

Sin embargo, le fue imposible permanecer como espectador. Los aliados necesitaban su ayuda en materias primas, municiones y manufacturas, y la industria norteamericana estaba impaciente por suministrarlas. Inevitablemente, Wilson se vio atrapado entre la necesidad de ceder a los intereses internos y la de promover la paz. Venció la primera opción y el país entró en guerra contra Alemania.

El impacto de la modernización en las naciones europeas



Las crisis internas alemanas

El Imperio alemán de Bismarck se caracterizaba, como la Norteamérica de Roosevelt y Wilson, por reformas internas moderadas y un imperialismo matizado. El desarrollo alemán se parecía en algunos aspectos al de Estados Unidos, pues experimentó en la primera mitad del siglo XIX un continuo crecimiento de la industria, y en la segunda mitad una expansión que le situó como uno de los estados más poderosos del mundo. Alemania, como Estados Unidos, era una federación de estados con diferentes tradiciones, y éstas y otros motivos de descontento produjeron unas divisiones internas que los dirigentes del Imperio nunca pudieron resolver.

Sin embargo, en otros aspectos el Imperio alemán era un tipo de estado muy diferente. Bismarck y sus sucesores tuvieron que hacer frente a muchos más problemas que cualquier presidente norteamericano después de la Guerra Civil. La unidad alemana se alcanzó mediante una guerra en la misma década en que la unidad norteamericana era confirmada también por la guerra.

En el siglo XIX el número de estados alemanes era de 39, con el predominio de Austria y Prusia. Austria tenía una dinastía germana y el liderazgo tradicional entre los estados alemanes, si bien estaba dividida en 17 provincias y abarcaba varias nacionalidades además de la alemana –checos, polacos, eslovenos, italianos, croatas, servios y una gran comunidad de judíos establecidos principalmente en Viena–. En la primera mitad del siglo XIX, la idea de aglutinarse todos los estados alemanes en un gran imperio de Europa central interesaba a un pequeño número de alemanes políticamente sensibilizados. Las ideas nacionalistas impregnaban el ambiente, y las ventajas económicas de una Alemania unida sin barreras comerciales o políticas se hacían evidentes a medida que el comercio y la industria se desarrollaban.

Tales ideas cristalizaron en la práctica cuando el rey de Prusia, bajo la inspiración del enérgico ministro Otto von Bismarck, desafió a Austria en la década de 1860. Prusia derrotó a Austria en 1866 y creó la Confederación Alemana del Norte. Tras la derrota de Francia, Prusia dio un paso más y colocó en su órbita a los estados alemanes meridionales. En enero de 1871 se proclamó el Imperio alemán, que unía a todos los alemanes a excepción de los que vivían bajo la dinastía Habsburgo en Austria.

Si bien el nuevo Imperio era una federación de los diversos estados alemanes, lo que Bismarck había creado era un Imperio prusiano. Hasta su abandono del poder en 1890, Bismarck fue el verdadero dirigente de Prusia y Alemania. Sin embargo, la Constitución señalaba al emperador como la figura clave de la vida política, y en 1888 ascendió al trono un monarca decidido a hacer uso de su poder. Guillermo II se convirtió en emperador de Alemania, cesando a Bismarck en 1890. Ya fuese el emperador o el canciller quien gobernara, el grupo social más influyente de Prusia eran los *junkers*, la vieja aristocracia terrateniente del este del río Elba. Dominaban en la corte, en el ejército y en la administración civil, y fueron siempre considerados por los emperadores como el fundamento de su régimen. Bismarck era, desde luego, un junker. Los junkers y su rey dominaban Prusia, y Prusia dominaba Alemania. El resultado era que el estado industrial más dinámico de Europa estaba controlado por una de las más reaccionarias aristocracias europeas. En este aspecto, Alemania estaba más cerca de Rusia que de Gran Bretaña y totalmente alejada de Estados Unidos.

Alemania también se diferenciaba de Gran Bretaña y Estados Unidos en la problemática estratégica impuesta por su geografía. El acceso al mar y el control de éste permitieron a Gran Bretaña y Estados Unidos sentirse seguras durante el proceso del cambio industrial. Japón, una vez construida su moderna flota, tuvo una ventaja parecida. Alemania no. Ella estaba cercada por otras potencias importantes. A pesar de ser más fuerte que cualquiera de ellas, una coalición de Francia, Rusia y Austria sería invencible. Polonia había sido ya desmembrada entre sus vecinos. Prusia estuvo a punto de seguir el mismo camino, pero su militarismo lo evitó. Así pues, a pesar de sus enormes recursos y de su probada potencia, los dirigentes del Imperio alemán estaban inquietos por los latentes peligros circundantes.

Bismarck procuró imponer disciplina y unidad en el país combinando una ligera represión con reformas moderadas. En el exterior, intentó asegurarse de que Alemania fuera siempre miembro de una coalición potente, con el fin de que difícilmente pudiera ser víctima de una de ellas. Sus sucesores abandonaron su moderación con resultados desastrosos.

Los miembros más preclaros de la aristocracia alemana eran conscientes de que su posición les permitía enfrentar a los



nuevos burgueses con el naciente proletariado industrial. Bismarck estudió la manera cómo Napoleón III había utilizado en Francia el sufragio universal para reforzar el orden social existente. Los junkers tenían la idea de que las masas eran conservadoras cuando se impedía la acción de los agitadores sobre ellas, y cuando sus condiciones sociales eran mejoradas por un gobierno paternalista. Era el mismo pensamiento que influyó al zar ruso tras la revolución de 1905.

Como siempre, Bismarck puso en práctica la idea con más imaginación y osadía que cualquier otro hombre de Estado. El *Reichstag*, la cámara baja del Parlamento imperial, fue elegido por sufragio universal. La Confederación fue establecida en 1867, año en que Gran Bretaña había otorgado, precavidamente, el derecho al voto a los trabajadores mejor pagados de las ciudades y a los agricultores que tenían sus tierras en arriendo de los distritos rurales. Bismarck podía permitirse el lujo de ser más audaz que Disraeli. La composición de la británica Cámara de los Comunes determinaba quién era el que gobernaba en Gran Bretaña, mientras que el más democráticamente elegido Reichstag tenía escaso poder auténtico. Los ministros del gobierno eran responsables ante el emperador, no ante el Reichstag, que podía oponerse a la legislación pero con mínimo control sobre el presupuesto y el ejército. Además, la concesión del sufragio universal en un país tan dividido como Alemania creó numerosos partidos políticos que el gobierno manipulaba a su antojo. La cámara alta del Parlamento, o *Bundesrat*, fue proyectada para representar los estados, y no su pueblo, y estaba compuesta de delegados nombrados y destituidos arbitrariamente por los gobiernos estatales que representaban.

Los diversos estados que componían la federación tenían también sus propias asambleas, siendo el *Landtag* prusiano el más importante de estos cuerpos. Se elegía con igual representación a tres clases de electores –los más ricos, los medianamente adinerados y el resto–. Este tipo de sufragio produjo unas asambleas liberadas de la tutela junker, pero éstos estaban siempre preparados para dar un golpe de Estado que acabara con la limitada democracia.

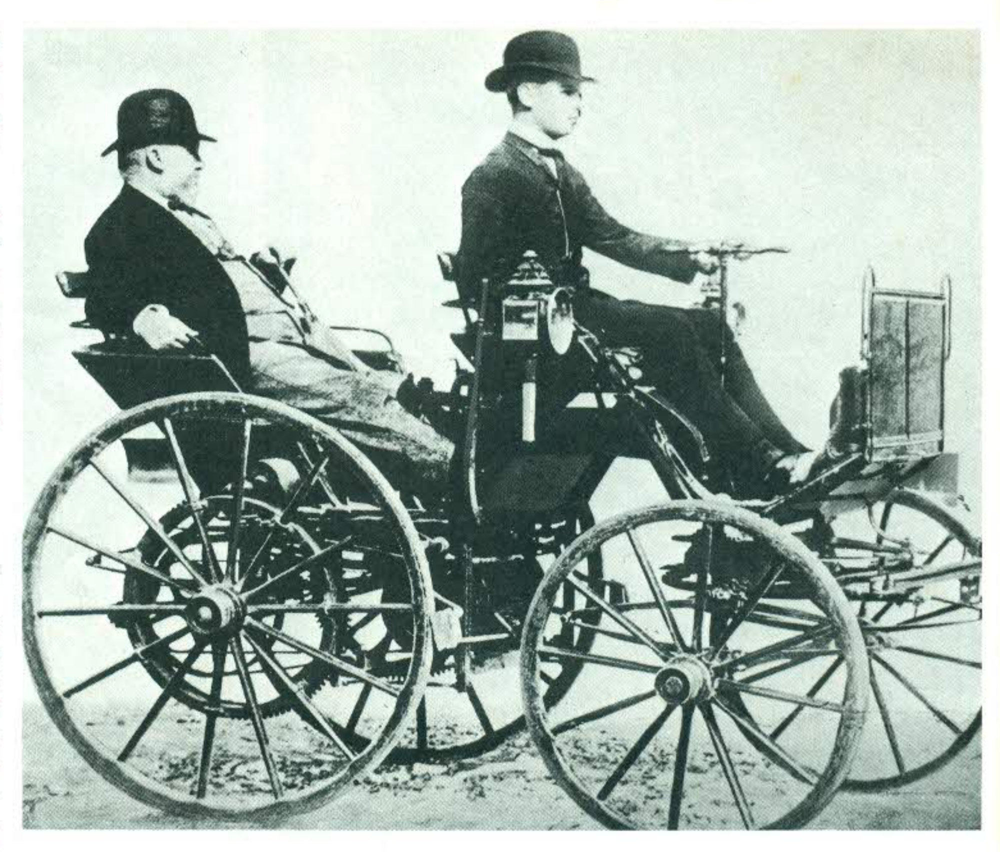
La burguesía alemana, muy notable tras el inicio de la industrialización, no deseaba combatir por una democracia más amplia. Su temor al socialismo, y la satisfacción con que muchos de sus miembros acogieron la posibilidad de acceso limitado a los privilegios de la vieja nobleza, demostraban su naturaleza de burguesía aristocrática. El sistema de gobierno imperial era lo suficientemente democrático como para permitir que las presiones pudieran tener éxito en casos excepcionales,

Arriba, pintura que representa el restaurante del Jardín Zoológico de Berlín, favorito de la alta burguesía alemana hacia 1890.

Página anterior, instrucción en un cuartel hacia 1880. Aunque el II Reich poseía un Parlamento semidemocrático, el ejército permaneció junto a la burocracia y los terratenientes, conformados bajo una influencia conservadora.

pero el interés primordial del poder estaba en el crecimiento industrial y en la creación de la mayor cantidad posible de riqueza. El movimiento obrero organizado no tenía ninguna posibilidad de dificultar al capitalismo.

Así, el sistema semi democrático de Bismarck eliminó la cuestión que tradicionalmente había unido a las masas del pueblo alemán contra la vieja clase dirigente: la existencia de una asamblea libremente elegida. Patronos y obreros podían disputar entre sí en el Landtag, mientras que el emperador y sus junkers se mantenían al margen.



El *Kulturkampf*

El principal objetivo de Bismarck fue mantener siempre unido al viejo estado prusiano frente a las amenazas interiores y de sus rivales exteriores. En la década de 1860 sus victorias sobre Austria y Francia unieron la nación con un fervor nacionalista en una época en que los liberales alemanes intentaban convertir a Prusia en un estado genuinamente parlamentario.

Por otra parte, la proporción de católicos aumentaba, lo cual preocupaba al Estado, mayoritariamente protestante. La religión fue una de las fuerzas que unía a Prusia, pero ahora Bismarck estaba obsesionado con el progreso de los católicos, más leales a Roma que a Berlín. Sus temores se confirmaron cuando el Partido del Centro Católico emergió como el segundo en fuerza en las elecciones al Reichstag. Estaban dirigidos por un político particularmente habilidoso, Ludwig Windthorst, a quien Bismarck odiaba.

En 1871, Bismarck acometió la empresa de someter a las Iglesias, la católica y la protestante, a la autoridad del Estado y hacer de éste la institución más importante en todos los asuntos tanto políticos como religiosos. En 1872 la campaña se extendió con la expulsión de los jesuitas. En mayo de 1873 el doctor Adalbert Falk, que había sido nombrado ministro prusiano de Asuntos del Culto (los colegios y las iglesias estaban administrados por cada estado individual, y no por el Imperio), introdujo una serie de medidas anticatólicas conocidas como las Leyes de Mayo. Con ellas, el gobierno prusiano podría vetar los nombramientos eclesiásticos, supervisar la educación del clero, controlar la disciplina de la Iglesia sobre el clero y restringir la libertad religiosa en general. En 1875 se suspendieron las subvenciones a aquellas sedes que se resistían a las nuevas leyes, y hacia 1877 muchos obispados y parroquias se encontraban vacantes y los obispos y sacerdotes en prisión o exiliados.

El ataque de Bismarck contra los católicos y sus discursos contra el Partido del Centro en el Reichstag eran muy populares entre los liberales alemanes. La denuncia del papa Pío IX en 1864 contra la modernidad fue seguida, en 1870, con el dogma de la infalibilidad de las decisiones papales sobre asuntos de fe y moral. Se identificó a la Iglesia católica como el enemigo de la razón y el progreso. Para Bismarck, la «guerra» religiosa era como un *Kulturkampf,* es decir, la lucha entre las culturas rivales.

La resistencia del clero católico fue dura. Se impusieron multas y encarcelamientos, pero no se persuadió a los obispos y sacerdotes de la necesidad de ajustarse a las leyes de Falk. Cuanto más se resistían, más convencidos estaban Bismarck y los protestantes alemanes de que tramaban una conspiración contra el Imperio inspirada por el papa y la Francia católica. Fue en este tiempo en que los tradicionalistas franceses tenían grandes esperanzas en una restauración de la monarquía, y Bismarck creía que una monarquía francesa iniciaría una guerra de revancha contra Alemania. En 1875 hubo indicios de que Bismarck se preparaba para esa guerra.

La campaña contra los católicos fue inútil. El Partido del Centro no desapareció y después de cinco años de *Kulturkampf,* Bismarck cambió de actitud. La muerte del papa Pío IX en 1878 y la personalidad conciliadora de su sucesor, León XIII, le dio la oportunidad de alcanzar un acuerdo y liquidar el contencioso. Falk dimitió en 1879. Las Leyes de Mayo entraron en una vía muerta y fueron revocadas al poco tiempo. En 1883 el *Kulturkampf* desapareció.

La amenaza socialista

Una de las razones que impulsaron a Bismarck a liquidar sus litigios con el catolicismo fue las amenazas representadas por el socialismo alemán.

En la década de 1860, con la revolución industrial alemana en pleno auge, se habían formado dos partidos obreros. La Asociación General de los Trabajadores Alemanes la fundó Ferdinand Lasalle, quien creía en la consecución pacífica del socialismo a través de la democracia política. Cuando los votos de la clase obrera fueran una mayoría, se permitiría la entrada al socialismo. Bismarck estaba interesado en las ideas de Lasalle como un medio de desviar las energías políticas de la clase obrera hacia canales pacíficos y mantuvo conversaciones secretas con él. Un partido marxista rival se formó en 1869. Karl Marx había enviado a Wilhelm Liebknecht a Alemania para que organizara allí a los obreros, tras la fundación, en 1864, de la I Internacional. En 1869, con la ayuda de August Bebel, Liebknecht había conseguido el apoyo necesario para crear el Partido Obrero So-

cialdemócrata. En 1875 se unieron con el grupo de Lasalle en el Congreso de Gotha.

Bismarck se sintió más alarmado por el «socialismo internacional» que por el «catolicismo internacional». Pensó en llegar a una alianza con las potencias conservadoras para actuar contra las conspiraciones revolucionarias. Estaba decidido a que el Reichstag aprobara leyes que persiguieran a los socialdemócratas. Aquí se encontró con dificultades, pues los liberales desconfiaban de medidas que luego podían ser utilizadas contra ellos. Una de las ventajas que obtuvo Bismarck con la abolición del *Kulturkampf*, fue el apoyo del Partido del Centro a su legislación antisocialista.

La campaña de Bismarck se vio ayudada por dos atentados que sufrió el emperador en 1878. Aunque los presuntos autores no fueron socialistas, Bismarck utilizó los incidentes para dibujar un tenebroso cuadro de amenazas revolucionarias. La ley antisocialista de 1878 prohibía los mítines públicos y otras actividades políticas socialistas.

Al igual que los católicos, los socialdemócratas se fortalecieron con la persecución.

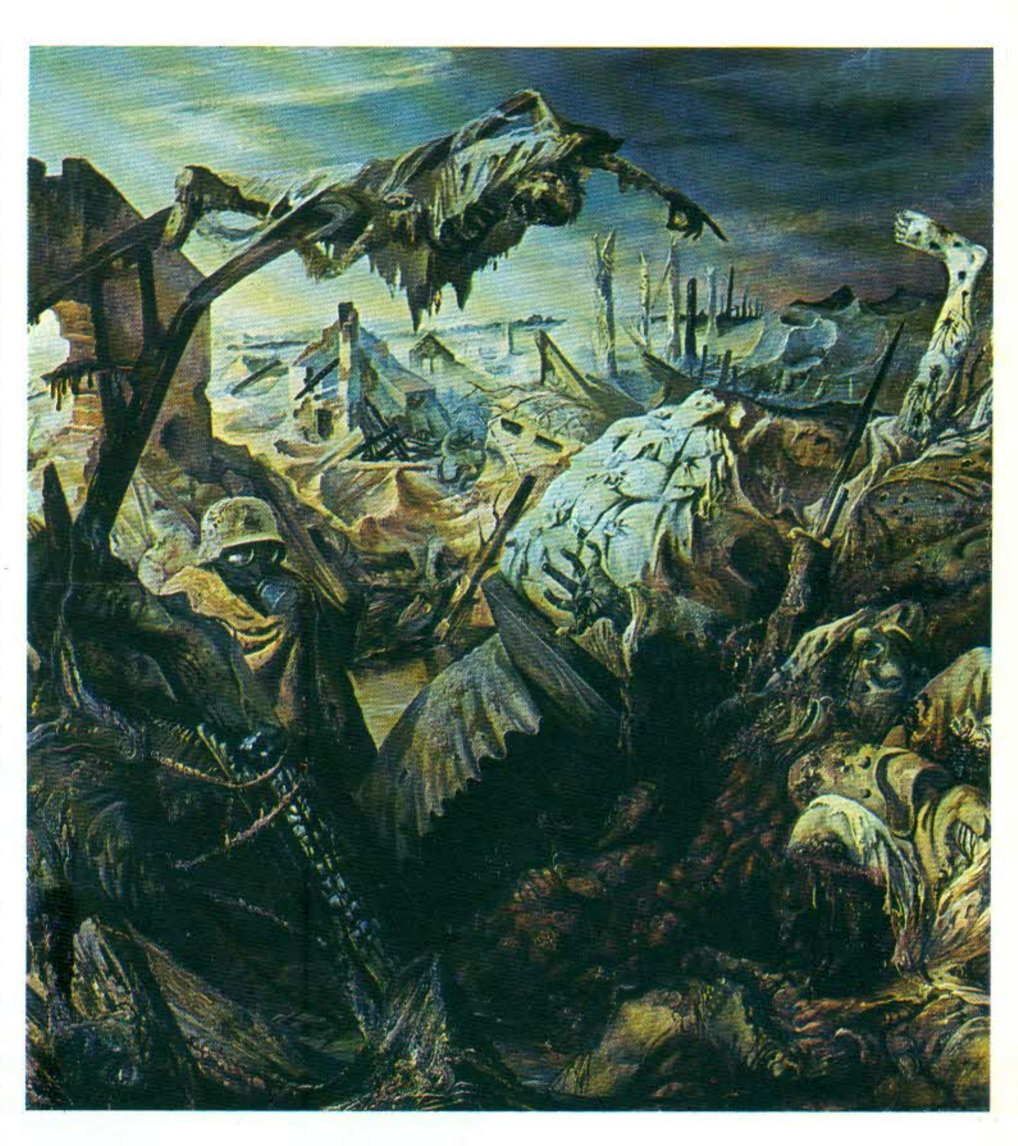
Después de que Bismarck fuera obligado a dimitir en 1890, la ley antisocialista fue olvidada. El Partido Socialdemócrata se reorganizó en 1891 con un programa revolucionario basado en esquemas marxistas. Pero el ardor revolucionario de los socialdemócratas era superficial. En las elecciones al Reichstag los socialdemócratas aumentaron su fuerza hasta que, en 1912, se convirtieron en el partido mayoritario. Detrás de las proclamas revolucionarias y a pesar de las acciones provocativas del gobierno y los patronos, los socialdemócratas llegaron gradualmente a formar parte del *establishment*.

El cambio de clima lo resumían los escritos de Eduard Bernstein, un influyente socialista alemán que elaboró una teoría revisionista del pensamiento de Marx. Bernstein afirmaba que el socialismo no resultaría de la descomposición del capitalismo, como Marx había predicho. El capitalismo había aprendido a adaptarse a las crisis. Puesto que el capitalismo conducía a una distribución más equitativa de la riqueza, las tensiones sociales amainarían y la sociedad evolucionaría hacia el socialismo. Aunque las opiniones de Bernstein fueron condenadas, en la práctica, el Partido Socialdemócrata actuó constantemente en esa línea.

Bismarck comprendió que el mejor antídoto del socialismo que tanto temía era que el Estado suministrara los suficientes servicios sociales como para contrarrestar los impulsos revolucionarios. La vieja idea del dirigente como «padre del pueblo» que alivia sus sufrimientos, era todavía muy fuerte. Bismarck contó con el apoyo de los junkers para sus proyectos sociales.

Comenzó en 1881 con un proyecto de ley sobre accidentes laborales. Los liberales se opusieron a su legislación por considerarla «socialista». Sin embargo, más tarde Bismarck consiguió hacer efectivas sus medidas: En 1882 se aprobó un proyecto de ley sobre seguros de enfermedad, el de accidentes laborales entró en vigor en 1884 y en 1889 introdujo una ley de pensiones a la vejez.

La legislación social de Bismarck poseía el viejo espíritu paternalista, pero lo cierto es que las medidas propuestas eran acordes con las necesidades de una era industrial. Era un programa imaginativo, precursor del Estado social del siglo XX.



Arriba, detalle del tríptico de La Guerra, *de Otto Dix.*

Página anterior, Gottlieb Daimler (1834-1900) en uno de sus primitivos vehículos. Él y Karl Benz construyeron el primer automóvil de motor, que rápidamente fue mejorado en Europa y Estados Unidos.

El imperialismo germánico

A partir de 1871, Bismarck se apercibió de que la época de las victorias fáciles

había pasado, aunque Alemania era ya la potencia más poderosa de Europa. Consecuentemente, invirtió los veinte años siguientes en pactar y persuadir al resto de Europa de que Alemania se sentía satisfecha con el *status* existente en Europa.

Así pues, el nacionalismo alemán se orientó hacia la expansión en ultramar, aumentando la agitación en favor de una activa política colonial. Libros y panfletos glorificando el imperialismo proliferaron a lo largo y ancho de Alemania, satisfaciendo la creencia popular de que una gran potencia no podía carecer de un imperio. Bismarck, que no sintonizaba con estos argumentos, ante el fanatismo popular, creyó que una política exterior imperialista reforzaría el espíritu de unidad nacional, en una fase complicada por las campañas contra católicos y socialdemócratas.

En 1882 prometió protección a un comerciante alemán, Lüderitz, si adquiría, en África sudoccidental, territorios dominados por otra potencia. Fue el primer paso de una campaña imperialista espectacular que supuso para Alemania la obtención de un considerable imperio en África y en el Pacífico en el plazo de pocos años.

La construcción de un imperio colonial fue un deseo popular, y las espectaculares hazañas de exploradores como Karl Peters estimularon la imaginación y el orgullo del pueblo alemán. Sin embargo, las colonias resultaron de poco valor económico, y los alemanes comenzaron a sentirse engañados y recelosos de las otras potencias, que parecían conseguir más beneficios de sus colonias. Esta actitud era peligrosa.

Los sucesores de Bismarck abandonaron su moderada política imperialista, ya que el enorme crecimiento del poderío alemán proporcionado por la industrializacion varió las necesidades económicas.

La hegemonía conseguida por Alemania sobre países como Rusia, Francia y Austria-Hungría durante la segunda mitad del siglo XIX era muy sólida. Su población aumentó rápidamente de 40.000.000, en 1870, a 66.000.000 en 1913. En los primeros años de la década de 1880 había tantos alemanes dedicados a la industria como a la agricultura, y en 1907 la proporción era del doble para la industria. La producción alemana de carbón, hierro y acero —las industrias clave en la revolución industrial del siglo XIX— se equiparaba con la producción británica. Alfred Krupp había construido su acería en Essen, convirtiéndola en una de las mayores del mundo. Alemania era un país de primera línea en la construcción naval. En los sectores eléctricos y químicos su posición era particularmente vanguardista. La industria automovilística fue iniciada por hombres como Gottlieb Daimler, que patentó su pequeño motor de combustión interna de gran velocidad y que en 1890 fundó la compañía de automóviles Daimler.



Alemania no sólo había alcanzado al pionero del industrialismo, Gran Bretaña, sino que estaba en la vanguardia del progreso al entrar en el siglo XX.

Prusia había desempeñado un papel importante en el despegue industrial de Alemania. En la primera mitad del siglo XIX, el gobierno prusiano creó una unión aduanera, el *Zollverein*, para eliminar las barreras para el comercio originadas por tantas fronteras alemanas. A fin de mejorar el transporte entre sus diseminadas provincias, Prusia estimuló el establecimiento de una red de ferrocarriles. Luego se impulsó la pedagogía técnica que aportaría mas tarde ricos dividendos. En 1866 se construyó el canal de Kiel, que unía el mar del Norte con el puerto de Kiel y el Báltico. La anexión prusiana de Alsacia-Lorena, tras la guerra con Francia en 1870-1871, le permitió contar con importantes depósitos de mineral de hierro.

Las compañías anónimas florecieron a mediados de siglo, y más tarde en Alemania, como en Estados Unidos, surgieron gigantescas empresas industriales. Las grandes compañías tendieron cada vez más a cooperar entre sí hacia finales de siglo, uniéndose en asociaciones conocidas como *cartels*, que fijaban los precios, se repartían el mercado y evitaban la superproducción. La gran corporación eléctrica alemana AEG era un claro ejemplo. Los bancos fueron importantes para el crecimiento industrial, proporcionando créditos a los inversores, ayudando a organizar los *cartels*, financiando proyectos exteriores y participando en la marcha de las industrias. El capitalismo floreció en el estado prusiano controlado por una monarquía y una aristocracia preindustriales.

Guillermo II

En 1890, Bismarck se vio obligado a abandonar la cancillería tras una disputa con el joven kaiser Guillermo II. Sus sucesores —Caprivi, Hohenlohe, Bulow y Bethmann-Hollweg— fueron personas de menor habilidad y más fácilmente manipulables por el emperador, que era inteligente e imaginativo, aunque impetuoso.

Nada más producirse la dimisión de Bismarck, el gobierno inició un viraje político que desembocaría en la guerra de 1914. Rehusó renovar la alianza con Rusia, firmando el Tratado de Heligoland con Gran Bretaña. La alianza con Rusia había sido considerada por Bismarck como crucial para la seguridad alemana. Sabía que Francia sería siempre un enemigo en tanto ésta continuase controlando Alsacia-Lorena, pero que Alemania podía confiar en derrotar a Francia siempre que ésta estuviera aislada.

Para asegurarse de distanciar a Viena y París, Bismarck negoció una alianza con Austria-Hungría en 1879, que duró hasta la I Guerra Mundial. Bismarck sabía también que una alianza entre París y San Petersburgo podía ser temible. El «canciller de hierro» había conseguido formar una alianza de los tres emperadores entre 1881 y 1887. Cuando sus dos aliados disputaron por los Balcanes, hizo un pacto separado con Rusia. Fue este último tratado el que Guillermo II se negó a renovar en 1890.

Los motivos del emperador eran lógicos. La política de Bismarck era complicada y escasamente operativa. No era fácil tener relaciones amistosas con dos potencias tan enfrentadas como Rusia y Austria-Hungría. Una combinación de Alemania, Austria-Hungría, Italia (que se había unido a las otras dos en 1882) y Gran Bretaña podía ser suficiente para frenar a Francia y Rusia. Bismarck fracasó en su intento de establecer una alianza con Gran Bretaña, pero Guillermo II y sus ministros continuaron con la idea. El acuerdo de Heligoland fue lo suficientemente espectacular como para que Francia y Rusia se convencieran de que Gran Bretaña se había unido a la Triple Alianza por motivos pragmáticos. Rusia comenzó a moverse para aliarse con Francia, la cual salió así de su aislamiento. La política de Bismarck se desvaneció.

La Alemania de Guillermo II no pudo asimilar la alianza franco-rusa, que ella misma propiciara. No podía arriesgarse a una guerra en dos frentes, en Rusia y Francia, sabiendo que la ayuda británica en una lucha de ese calibre sería escasa. Aunque no existía ningún fundamento real para una alianza, Guillermo II pensaba que los británicos se verían obligados finalmente a aceptar un acuerdo según los términos propuestos por Alemania.

El sentimiento imperialista creció en Alemania en la década de 1890. Guillermo II estaba imbuido de él. La nueva generación alemana pensaba en unos términos globales semejantes a los de los británicos, norteamericanos y rusos. Alemania se preocupaba cada vez menos de lo que podría ocurrir en Europa y se interesaba más por ser una de las potencias imperialistas. No eran suficientes unas cuantas colonias y, a partir de 1898, la política exterior del kaiser se orientó en la consecución de «esferas de influencia» y de un extenso Imperio en ultramar.

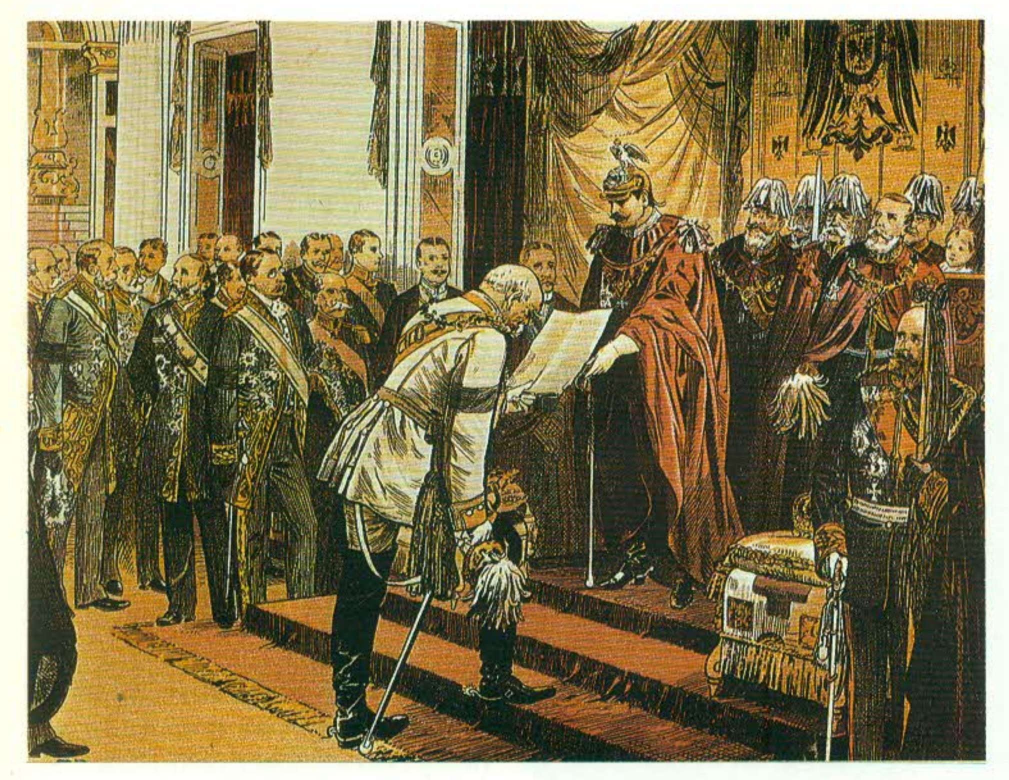
Así, Alemania se sumó a la batalla por las «concesiones de China». En 1898 el almirante Alfred von Tirpitz puso en práctica sus planes para construir una gran flota. El financiamiento alemán del ferrocarril de Bagdad, que uniría Constantinopla con el golfo Pérsico, era un signo fehaciente de su influencia en el Imperio otomano. En 1905, Alemania se interesó por Marruecos.

El programa naval de Tirpitz alarmó a Gran Bretaña, y los acuerdos firmados entre Gran Bretaña y Francia, en 1904, y entre Rusia y Gran Bretaña, en 1907, inclinaron el equilibrio político y debilitaron la situación de Alemania en Europa. El apoyo de Alemania a Austria-Hungría en los Balcanes y su creciente influencia en el Imperio otomano empeoraron sus relaciones con Rusia. La crisis marroquí de 1905-1906 demostró el aislamiento de Alemania, y su reputación se vio aún más dañada con la rebelión contra el gobierno alemán en el África sudoccidental. El Partido del Centro Católico, que desde el final



Arriba, Francisco José I (1830-1916), emperador de Austria y rey de Hungría, con su Corte en las escaleras del palacio de Schönbrunn, en junio de 1857. (Schloss Schönbrunn, Viena.)

Página anterior, Guillermo II (1859-1941), rey de Prusia y emperador de Alemania, que fue derrotado en la I Guerra Mundial.





del *Kulturkampf* había apoyado al gobierno a cambio de valiosas concesiones, se opuso entonces y se unió a los partidos de tendencia izquierdista en la no concesión de fondos para la guerra colonial, exigiendo una reforma de la administración.

En 1907 el canciller von Bulow celebró unas elecciones generales que estuvieron dominadas por la cuestión de la política mundial de Alemania. Las organizaciones nacionalistas e imperialistas trabajaron arduamente al electorado. La afirmación de von Bulow, de que Alemania no se podía convertir en una potencia mundial porque el gobierno sufría la presión de los partidos de la oposición, surtió efecto y los socialdemócratas, a los que se atacaba por considerarlos «antinacionales», fueron derrotados y perdieron la mitad de sus escaños en el Reichstag.

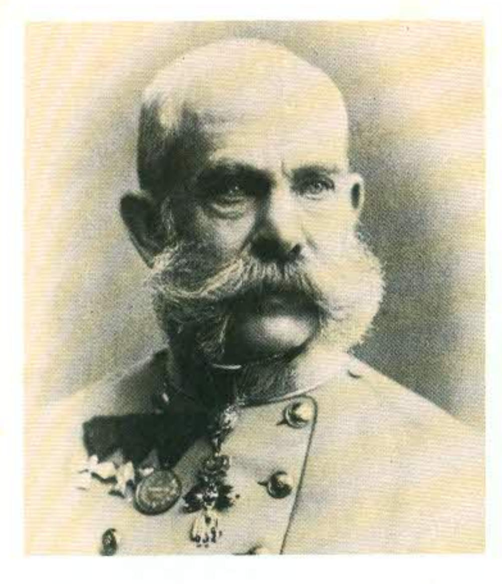
La invocación del nacionalismo tuvo éxito. El electorado apoyó claramente la idea de Alemania como potencia mundial, y el avance socialdemócrata cesó. No había ninguna duda de que el sentimiento nacionalista e imperialista era fuerte en todos los sectores de la sociedad. En los años siguientes, y a pesar de la intensificación de las dificultades industriales, el gobierno pudo mantener unida a la nación con una hábil política expansionista.

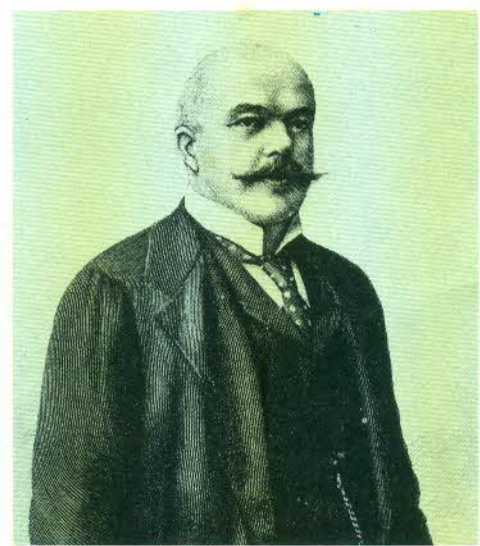
Era un consuelo peligroso. Las crisis se sucedían una tras otra, el ejército alemán pensaba ya en una futura guerra. Los líderes políticos soñaban con una Europa en la que las fronteras alemanas se extenderían tan lejos como fuera necesario para asegurar la tranquilidad de la nación. Una vez segura en Europa, Alemania podría ocupar el lugar apropiado en el escenario mundial. En 1914 sucumbieron a sus sueños.

El Imperio Habsburgo después de 1848

Tanto Alemania como Rusia gobernaban sobre otras nacionalidades, especialmente los polacos. La presencia de activos nacionalistas políticos polacos causaba permanentes trastornos. Bismarck intentó «germanizar» las provincias polacas del Imperio y los zares «rusificar» sus diversos grupos no rusos, de los que surgirían muchos de los revolucionarios más destacados.

Sin embargo, ni Alemania ni Rusia tenían que tratar con nacionalidades tan diversas como las que estaban integradas en el reino de los Habsburgo: alemanes, húngaros, checos, polacos, croatas, servios, italianos, rutenios, rumanos, eslovacos y eslovenos. Aunque la dinastía Habs-







burgo era de origen alemán, y los alemanes eran el grupo predominante en el Imperio, en términos numéricos los alemanes constituían menos de la cuarta parte de la población. La nacionalidad que seguía en orden cuantitativo eran los húngaros, que hasta 1848 fueron quienes más dificultades plantearon a los Habsburgo. Sin embargo, en 1848, cuando la revolución afectó a la mayor parte de estados europeos, las otras nacionalidades vieron la posibilidad de su independencia.

El Imperio Habsburgo casi se desintegró como consecuencia de los levantamientos de 1848, pero no se hundió definitivamente hasta 1918, cercano ya el final de la I Guerra Mundial. En sus setenta años en el poder el emperador Francisco José, que había ascendido al trono en 1848, intentó desesperadamente mantener unido el Imperio. Fracasó porque libró tres guerras y las perdió.

El Imperio sobrevivió en 1848-1849 porque el ejército pudo aplastar a los rebeldes checos e italianos y recuperar Viena, y porque las tropas rusas ayudaron a derrotar a los húngaros. Francisco José, en la década de 1850, intentó consolidar la victoria sobre las nacionalidades rebeldes mediante un sistema supercentralista de gobierno directo desde Viena. Funcionarios civiles alemanes, y policías también alemanes, fueron encargados de mantener el orden en naciones no alemanas, suprimiéndose los derechos y privilegios nacionales. El ministro del Interior, Alexander Bach, fue encargado de la «germanización» del Imperio.

En 1859 la guerra estalló con Piamonte y su aliado, la Francia de Napoleón III. El motivo era el control Habsburgo de Italia, y la derrota significaba la reducción del dominio imperial a Venecia, y que una Italia unida podía llegar a ser una realidad peligrosa para el Imperio. La derrota de Austria estimuló a los húngaros a resistir contra la germanización en un momento en que el gobierno Habsburgo no estaba en posición de reforzar su política.

Siguió un estado de emergencia en el que Francisco José se vio obligado a considerar la posibilidad de establecer un sistema estatal de gobierno federal, permitiendo que cada nacionalidad del Imperio tuviera una autonomía garantizada por sus «constituciones históricas». En 1860 se restauraron las antiguas Dietas regionales, pero ello no satisfizo a nadie, siendo restablecida la Constitución en febrero de 1861, modificada con la existencia de una Cámara representativa en Viena.

Austria se había convertido en un estado constitucional, pero la hostilidad húngara persistió. La perspectiva de una nueva guerra era evidente: ahora contra Prusia. Francisco José sabía que entrar en una nueva guerra contra unos húngaros dispuestos a rebelarse sería como luchar con una mano atada a la espalda. Inició negociaciones con Francis Deák, el más destacado líder de la nobleza húngara, pero antes de alcanzar un compromiso estalló la guerra con Prusia, en el verano de 1866.

El compromiso de 1867

La primera de las guerras de Francisco José, en 1859, destruyó el poder de los Habsburgo en Italia y les obligó a considerar esencial un acuerdo con los húngaros. La segunda guerra desastrosa del emperador se libró por el liderazgo de Alemania y fue rápidamente ganada por los ejércitos prusianos comandados por Helmuth von Moltke. Considerando la facilidad de la victoria prusiana, los términos que impuso Bismarck fueron suaves: dominio prusiano del norte de Alemania y el paso de Venecia a Italia, que había sido aliado de Prusia en la guerra.

Arriba, Europa entre 1871 y 1914. El Congreso de Berlín (1878) reajustó las fronteras de los Estados balcánicos. Se creó Bulgaria, confirmándose la independencia de Servia, Rumania y Montenegro. En 1908 Austria se anexionó Bosnia y, después de la Guerra de los Balcanes (1912-1913), Albania se hizo independiente, así como Grecia y Servia.

Arriba, izquierda, el emperador Francisco José I en 1890. Su benevolente autocracia se hundió a principios del siglo XX.

Arriba, centro, el conde Badeni. Primer ministro de Austria (1895-1897). Su reconocimiento del checo como lengua oficial provocó la resistencia de los germanohablantes y el emperador tuvo que destituirlo.

Página anterior, arriba, Otto von Bismarck con Guillermo II. Estampa de la época.

Página anterior, abajo, funerales del mariscal Patrice de MacMahon (1808-1893), presidente de la República Francesa, en la portada de una revista contemporánea.

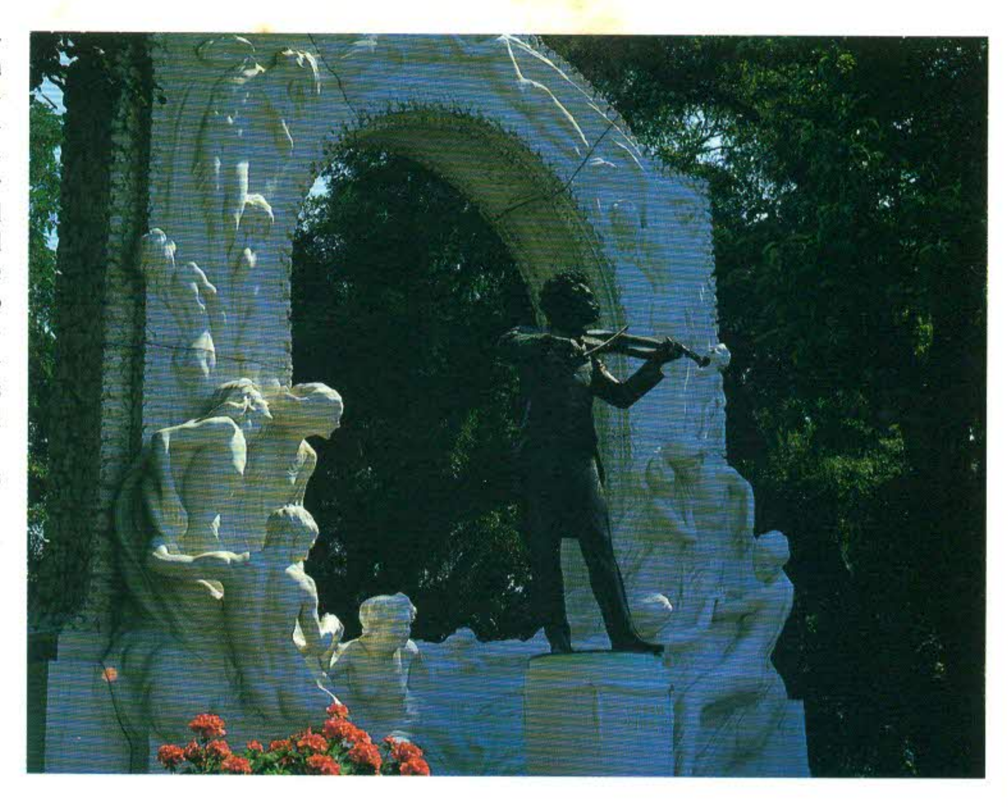
Tras la firma del tratado de paz, Francisco José reanudó las negociaciones con los húngaros, sabiendo que no podía regatear las condiciones. El compromiso suponía que Hungría tendría su propia Constitución, aunque aceptando al emperador Habsburgo como «rey de Hungría». El pacto quedaba lejos de las exigencias del pueblo húngaro, pero era mucho más de lo que Francisco José hubiera concedido antes de la guerra con Prusia. La característica esencial del tratado, aceptado formalmente en 1867, era que creaba tres gobiernos en el Imperio Habsburgo. El «gobierno central» lo integraban el emperador y tres ministros comunes –Asuntos Exteriores, Fuerzas Armadas y Finanzas–. El «gobierno de Austria», basado en la Constitución de Febrero, con el emperador como monarca constitucional y con un complicado sistema de Dietas representativas en Viena y en las provincias, que se elegían a través de un procedimiento de voto aún más complejo. El «reino de Hungría» era también una monarquía constitucional, con un Parlamento bicameral elegido de modo que asegurara el predominio húngaro. Las asambleas de los condados tendrían control nominal sobre los asuntos locales.

Esta «monarquía dual» de Austria-Hungría sobrevivió hasta el final de la I Guerra Mundial. Convirtió a húngaros y alemanes en las nacionalidades hegemónicas en el seno del Imperio, a expensas de los eslavos, que numéricamente constituían casi la mitad de la población.

Francisco José se dedicó ahora a consolidar su dinastía, recelando de los alemanes que formaban parte del Imperio. Constituían sólo una tercera parte de la población, y el emperador se sintió alarmado por la lealtad que demostraban hacia el nuevo Imperio Alemán del Norte.

A los pocos años, austríacos y húngaros diferían sobre el enfoque dado a la cuestión de las nacionalidades. En Austria, Francisco José continuó introduciendo leyes para evitar la tensión entre alemanes y eslavos. Checos y polacos ocuparon cargos en el ministerio del Conde Eduard Taaffe, que estuvo en el poder desde 1879 hasta 1893. El sucesor de Taaffe como primer ministro fue el conde Badeni, un terrateniente polaco. En 1907 introdujo el sufragio universal en Austria. La dinastía Habsburgo parecía consolidarse en Austria.

En Hungría, los moderados fueron reemplazados por el Partido Liberal de Kálmán Tisza, que venció en las elecciones de 1875 y que permaneció en el poder durante los siguientes quince años. Tisza, que era un orador de muchos recursos y un político hábil e implacable, utilizó su poder para consolidar la hegemonía de los magiares en la mitad del Imperio. Con nuevas leyes educativas intentó obligar a los niños de otras nacionalidades el aprendizaje de la lengua magiar, mientras que el gobierno daba los pasos necesarios para desarraigar otras lenguas y culturas. No mucho tiempo después el magiar fue declarado lengua oficial del gobierno. Este proceso de «magiarización» encontró resistencia en eslavos y rumanos, pero fomentó también exigencias entre nacionalistas mucho más extremistas para que se produjera una ruptura total con Viena. Francisco José contestó a estas exigencias proponiendo el sufragio universal. Éste erradicaría del poder a la nobleza magiar.



El problema yugoslavo

Italia nunca había renunciado a la posibilidad de recuperar los pequeños territorios italianos aún en poder de los Habsburgo. Rumanía, independiente desde 1878, deseaba Transilvania, donde los rumanos estaban sometidos al gobierno húngaro. El mayor peligro era Servia, que confiaba unir el pueblo eslavo meridional bajo la monarquía servia de una manera muy parecida a como Piamonte había unido Italia. Puesto que muchos de los eslavos meridionales vivían en Austria-Hungría ese programa sólo se podía llevar a cabo a expensas de los Habsburgo. Fue la determinación de detener a Servia en su fomento de la revolución en sus provincias sudeslavas lo que decidió a la Monarquía Dual a intentar la destrucción del poderío servio en los Balcanes. El asesinato, en junio de 1914, del heredero al trono Habsburgo por un estudiante servio, le proporcionó el pretexto. Tras lanzar un ultimátum inaceptable al gobierno servio e insistir en que era responsable del asesinato de Sarajevo, los austríacos declararon la guerra el 28 de julio y, de esta manera, precipitaron la I Guerra Mundial, que significó el final del Imperio, con su desmembramiento en pequeños estados independientes.

Probablemente, fue innecesaria tan drástica solución. Aunque había un gran descontento en Austria-Hungría, como en cualquier otro estado, sólo una minoría de extremistas deseaba disolver el Imperio. Probablemente no se hubiera podido idear una solución satisfactoria para todas las nacionalidades, alemanes, húngaros, eslavos y rumanos, pero el Imperio podía haber ido sorteando las dificultades hasta que la creciente prosperidad hiciera su efecto habitual de reconciliación.

Francisco José no fue una figura romántica. Su hijo, Rodolfo, murió con su amante, María Vetsera, en circunstancias misteriosas, en su pabellón de caza en Mayerling.

Quizás lo más atractivo del Imperio fue la floreciente vida artística e intelectual centrada alrededor de Viena, que desde mediados del siglo XVIII había sido la capital musical del mundo. Gustav Mahler, Anton Bruckner, Richard Strauss, Arnold Schoenberg, Alban Berg, Johann Strauss y Franz Lehar son algunos de los compositores que trabajaron en Viena durante la





Arriba, el príncipe Rodolfo (1858-1889) en su lecho de muerte, en Mayerling.

Izquierda, la Ringstrasse de Viena en 1891.

Página anterior, monumento a Johann Strauss, en el Stadtpark de Viena.

última parte del siglo XIX y comienzos del XX. Y fue también en Viena donde Sigmund Freud desarrolló sus revolucionarias teorías psicoanalíticas.

Portugal

Los acontecimientos de Portugal siguieron un modelo muy parecido al de los de España. El resultado de las guerras napoleónicas se tradujo en disputas acerca de la clase de Constitución que se debía adoptar.

En el año 1826 el trono pasó a una niña, María y su tío, Don Miguel, desempeñó el mismo papel que en España el tío de Isabel, Don Carlos. María fue derrocada en 1828, y Miguel se convirtió en monarca absoluto. Como Don Carlos, fue derrotado en la década de 1830 por los partidarios de María, ayudados por británicos y franceses, y María reinó hasta 1853.

Así pues, se desarrollló un sistema partidista igual al de Cánovas: los conservadores «regeneracionistas» acordaron alternarse con los liberales progresistas en el poder. Después de la subida al trono de Carlos I, en 1889, su comportamiento escandaloso perjudicó la reputación de la monarquía. Ante el creciente descontento, Carlos I suprimió el gobierno parlamentario en 1906 y dio poderes dictatoriales a Joao Franco. En 1908, Carlos y su hijo mayor fueron asesinados, y su segundo hijo, Manuel II, reinó durante dos años. Un movimiento republicano que había adquirido fuerza desde 1880, recibió el apoyo del ejército en el año 1910, y el rey huyó al exilio.

En estas circunstancias fue proclamada una República que ofreció ciertas soluciones al atraso económico. Por otra parte, el sindicalismo comenzó a ser asimilado por la pequeña clase obrera de las ciudades, y Lisboa experimentó su primera huelga general en 1912.

En un aspecto, la historia de Portugal en ese período diverge totalmente de la de España: mientras ésta perdió la mayor parte de su Imperio en ultramar y obtuvo sólo ganancias menores en el noroeste de África, Portugal expandió enormemente sus posesiones africanas, en Angola y Mozambique. Asimismo evitó un enfrentamiento directo con Gran Bretaña, comparable al de la guerra hispano-norteamericana, cuando en 1890 cedió a un ultimátum británico y desistió de unir aquellos dos territorios africanos.

La unificación italiana

Tras la guerra de 1859, Austria controlaba solamente Venecia. Cuando Garibaldi y sus Camisas Rojas ocuparon el sur de Italia, Cavour se aseguró de que su propio monarca, Víctor Manuel de Piamonte, fuera el beneficiario. El reino de Italia se proclamó en 1861, dominándolo Piamonte del mismo modo que Prusia dominaba el Imperio alemán.

Italia se unió a través de la combinación de una guerra espectacular, una diplomacia tortuosa y una propaganda nacionalista romántica. La unificación italiana fue uno de los episodios más heroicos y atractivos de la historia del siglo XIX, pero el resultado de la unificación defraudó las esperanzas italianas, ya que



durante una generación Italia fue tratada «paternalmente» por los demás estados europeos.

Se necesitaron diez años para consolidar la labor unificadora. En 1861 sólo Venecia y Roma, sostenidas por Austria y el Papado respectivamente, permanecían fuera del reino de Víctor Manuel. En 1866, Italia consiguió el control de Venecia, tras haberse aliado con Prusia en el último duelo con Austria. En 1870 las tropas italianas entraron en Roma y la convirtieron en la capital de la nueva Italia. De hecho, Venecia fue ganada por las armas prusianas y no por las italianas, y Roma fue ocupada en 1870 sólo porque el protector del papa, Napoleón III, retiró sus tropas para hacer frente a la invasión prusiana de Francia. En resumen, Italia debía su éxito a las armas prusianas.

El papel de Italia en la política internacional decayó a medida que transcurrió el tiempo. Los italianos carecían de expectativas imperialistas para compensar las crecientes dificultades sociales y económicas. El trágico contraste entre la prosperidad del norte y la triste pobreza del sur, y la creciente brecha entre ricos y pobres, auguraban un futuro comprometido.

El líder guerrillero Garibaldi y el organizador revolucionario Giuseppe Mazzini desearon siempre motivar a la población en la tarea unificadora, pero los políticos piamonteses, que detentaban el poder, no eran demócratas, sino liberales ultracautelosos que creían que lo mejor era dejar que Italia se desarrollase a un ritmo lento.

La política italiana estuvo en manos de un pequeño electorado y unos políticos con muy limitadas ideas reformistas. Cavour, que hubiera podido promover ciertos cambios, murió en 1861, y sus colegas conservadores dominaron la escena política desde 1861 a 1876. El más capaz de ellos fue Quintino Sella, y su hábil conducción de las finanzas de la nación, mediante un programa de impuestos rigurosos y de reducción del gasto gubernamental, equilibró el presupuesto. Hacia 1876 la Hacienda se estabilizó y el país poseía una marina y un ejército modernizado. Se construían ferrocarriles y se iniciaba la industrialización. Pero el costo social fue gravoso. Los altos impuestos no fueron acompañados por ninguna medida que aliviara las privaciones del pueblo, y los electores comenzaron a impacientarse.

En 1876 la derecha fue derrotada y reemplazada por las izquierdas que no efectuaron ningún cambio radical. El primer jefe de gobierno de la izquierda fue Agostino Depretis, que ocupó su cargo desde 1876 a 1887. Era un hombre moderado que extendió el derecho al voto censitario, aunque fue más conocido por sus éxitos en la manipulación de los resultados electorales y por su habilidad en organizar coaliciones parlamentarias de apoyo a su política.

Crispi y el imperialismo italiano

La figura más importante de la política italiana entre los años 1887 y 1896 fue Francesco Crispi. Éste era más radical que la mayoría de sus colegas de la izquierda, y cuando se convirtió en primer ministro reformó el código penal, la salud pública, y abolió la hasta entonces obligatoria educación religiosa. Las relaciones entre el gobierno italiano y el papa, confinado en el Vaticano desde la anexión de Roma, empeoraron.

Lo que más destacó durante el gobierno de Crispi fue su agresiva política en ultramar. El país tenía pocos recursos naturales, y la falta de carbón y de hierro eran especialmente perjudiciales. Por otra parte, Italia tenía nulas posibilidades de conseguir el control del Trentino, la zona de habla italiana que permanecía todavía bajo dominio Habsburgo, pues Europa pasaba por un período de estabilidad. Por ello, Italia tendría que satisfacer sus apetitos territoriales en otras zonas.

La dirección lógica era expandirse hacia el norte de África y aumentar su influencia mediterránea. Como consecuencia de la anexión francesa de Túnez, en 1881, al año siguiente se alió con Alemania y con su antigua enemiga, Austria, para formar la Triple Alianza.

Crispi asumió con firmeza esta alianza y estrechó aún más sus relaciones con Gran Bretaña. Utilizando esta combinación como un escudo contra Francia, se preparó para penetrar en África. Crispi señaló la costa del mar Rojo como la posible zona de expansión italiana. En 1887 las actividades italianas condujeron a una guerra con Etiopía, trágica y costosa para los imperialistas, que sufrieron una desastrosa derrota en Adowa, en 1896. Crispi se vio obligado a reconocer la independencia etíope y a reducir las ambiciones italianas a la colonia costera de Eritrea. El desastre acabó con la carrera política de Crispi.

Los sucesores de Crispi prepararon con más cuidado la siguiente conquista colonial. Pretendían obtener Trípoli, la provincia turca situada al este de Túnez, en la costa africana. Tras años de sondeos diplomáticos, los italianos declararon finalmente la guerra a Turquía en el mes de octubre de 1911, confiando que ninguna otra potencia europea intervendría. La victoria de Italia sobre Turquía y la ocupación de Trípoli estimuló las fuerzas del nacionalismo italiano, si bien la victoria reflejó más la debilidad turca que la fortaleza italiana.

El atraso económico contribuyó al fracaso de la política imperial de Italia, y viceversa, la excesiva atención que el gobierno dedicó al exterior, desvió sus energías para fomentar el progreso económico. En la época de la unificación los campesinos italianos vivían en un estado de continua pobreza e inseguridad. La industria no empezó a desarrollarse hasta los años 1880, e incluso entonces lo hizo lenta y dificultosamente, y la red ferroviaria que se construyó después de la unificación era pequeña. Significativamente, uno de los primeros éxitos fue la creación de una industria armamentista.

Los levantamientos campesinos en Sicilia, en la década de 1890, fueron reprimidos brutalmente por Crispi, introduciéndose a continuación leyes contra las organizaciones anarquistas y marxistas. En 1898 hubo luchas callejeras en Milán, y los líderes socialistas fueron severamente penados. El rey Humberto de Italia fue asesinado por un anarquista en 1900. En los primeros años del siglo XX hubo grandes huelgas en las ciudades industriales del norte. Hacia 1914, cuando las elecciones volvieron a mostrar la creciente fortaleza del socialismo, Italia estuvo otra vez paralizada por las huelgas y los derramamientos de sangre.

Giolitti

Estos años de desorden en la industria y en el campo fueron también el período en que Italia se orientó hacia una democracia parlamentaria. En 1903, Giovanni



Izquierda, el asesinato de Humberto I, rey de Italia, en 1900.

Página anterior, Francesco Crispi, primer ministro italiano, en un grabado del siglo XIX. (Istituto di Storia del Risorgimento «Vittoriano», Roma.)

Giolitti llegó a primer ministro y durante más de una década controló la política italiana. Hizo concesiones a la Iglesia católica, que en el pasado había sufrido la oposición encarnizada de los liberales; introdujo leyes para mejorar las condiciones de trabajo y cortó los impuestos sobre los alimentos, en un intento por conseguir el apoyo socialista. Los socialistas fueron invitados a participar en el gobierno. En 1912 concedió el sufragio masculino.

Italia iniciaba una revolución industrial, pero Giolitti tuvo que plegarse a las exigencias imperialistas de los nacionalistas. Éstos fueron satisfechos con la guerra contra Turquía en 1911-1912, pero ello supuso unos impuestos crecientes en el país y nuevas dificultades industriales. Su política tendente a neutralizar la lucha entre capital y trabajo tenía pocas posibilidades de éxito sin un largo período de paz. La única manera de consolidar un gobierno parlamentario sobre una base sólida era asociarlo con la prosperidad de la nación. La participación de Italia en la I Guerra Mundial detuvo momentáneamente la agitación obrera y campesina, pero, a la larga, creó las condiciones que presagiaban el ascenso del fascismo y la dictadura de Mussolini.

Los nuevos estados balcánicos

El impacto de la industrialización en los estados relativamente poco desarrollados de los Balcanes fue gravoso. Después de que la mayor parte de las naciones balcánicas obtuvieran su independencia del Imperio otomano durante el siglo XIX, se vieron expuestas a convertirse en apéndices de los poderosos estados de Europa. Lo que más les afectó no fue el desarrollo industrial en sus propios países, que continuó siendo lento, sino la inevitable influencia sobre sus modos de vida de una civilización industrial foránea.

La creciente debilidad turca y el empuje del nacionalismo produjeron la rebelión: Grecia se independizó en 1830; Servia, Montenegro y Rumania fueron reconocidas como estados independientes en 1878; Bulgaria declaró su independencia en 1908, aunque en la práctica era libre desde hacía más de veinte años. Los albaneses musulmanes se liberaron en 1912. Turquía había sido casi totalmente expulsada de Europa.

El precio de la independencia fue alto. Los Balcanes continuaron siendo una zona turbulenta, con fronteras muy complejas. Para poder rearmarse, los nuevos estados solicitaron amplios empréstitos de los estados europeos industriales. Los impuestos fueron una vez más la fuente de ingresos para costear el rearme. Para pagarlos, los campesinos tenían que vender a elevados precios sus productos en el mercado europeo o consiguiendo préstamos con altos tipos de interés.

El reino griego continuó bajo tutela extranjera a lo largo del siglo. Su monarca fue nombrado de acuerdo con los deseos de las grandes potencias, que en tres ocasiones habían impedido que el país entrara en guerra, salvándose de las consecuencias de la derrota ante Turquía en 1897. Sus finanzas estaban, después de esa guerra, sometidas a control internacional, y prácticamente en bancarrota.

Servia, Montenegro, Rumania y Bulgaria fueron más autosuficientes que Grecia. Entre 1905 y 1907, Servia resistió con éxito la agresión arancelaria austríaca. Los intereses imperialistas de las grandes potencias en los Balcanes empujaron a los pequeños estados nacionalistas a elaborar sus propios proyectos imperialistas, con los desastrosos resultados de 1914.

Los Jóvenes Turcos

En su lucha por la supervivencia durante el siglo XIX, el otrora potentísimo Imperio otomano había introducido una serie notable de reformas siguiendo los ejemplos occidentales, cuyo punto culminante fue la proclamación de una Constitución en 1876 por Midhat Pasha. Era dudoso que esas reformas fueran suficientes para hacer frente a sus problemas, pero el movimiento fue interrumpido por el sultán Abdul Hamid. El Imperio otomano volvió a un período de inmovilismo y tiranía. En 1908 una organización revolucionaria, los Jóvenes Turcos, que contaban con un fuerte apoyo en el ejército del sultán, trataron de tomar el poder. El sultán restableció la Constitución de Midhat

EUROPA, ASIA Y ESTADOS UNIDOS DE 1848 AL 1914

Año	Europa occidental y central	Rusia y Asia	Estados Unidos
1850	Primera Exposición Mundial en Londres (1851)	Rebelión en Taiping	
	Segundo Imperio en Francia (1852)	Guerra de Crimea (1853)	
		Guerra en China (1856)	
	Convertidor de acero Bessemer (1856)	Motín en India (1857)	
			Primer pozo de petróleo (1859)
1860	Instauración del reino de Italia (1861)	Emancipación de los siervos en Rusia (1861)	Guerra Civil (1861)
	Primer barco de guerra de acero, fabricado en Gran Bretaña (1861)		Pistola revólver de Gatling (1861)
			Proclamada la Emancipación (1863)
	I Internacional (1864)	Rebelión polaca (1863)	
	Torpedo autopropulsado de Whitehead (1864)		
	Sistema Siemens-Martin para tratar el acero (1866)		Asesinato de Lincoln (1865)
	Batalla de Sadowa (1866)		Las Catorce Enmiendas (1866)
	Segunda Reforma Parlamentaria en Gran Bretaña (1867)		Tendido del cable transatlántico (1866)
			Compra de Alaska (1867)
	Compromiso austro-húngaro (1867)		Reformas en la Norteamérica británica (1867)
	Primer volumen de *El Capital* de Marx (1867)		
	Nobel descubre la dinamita (1867)	Restauración de los Meiji en Japón (1868)	
			Inauguración del primer ferrocarril transcontinental (1869)
1870	Dogma de infalibilidad papal		
	Creación del Imperio alemán (1871)		
	Comuna de París (1871)		Colonización de Alabama (1872)
	Primera República española (1873)		
	Programa de Gotha (1875)		
	Constitución de la Tercera República francesa (1875)		
	Restauración de la monarquía en España (1875)	Constitución de Turquía (1876)	
		Guerra entre Rusia y Turquía (1877)	Teléfono de Bell (1876)
	Congreso de Berlín (1878)		
	Alianza austro-alemana (1879)		

1880	Sociedad Fabiana (1883) Tercera reforma electoral realizada por Gladstone en Gran Bretaña (1884) Ametralladora de Maxim (1884) Motor a petróleo de Daimler (1885) Primer motor de automóvil de Benz (1885)	Asesinato del zar Alejandro II (1881) Crisis en Penjdeh (1885) Congreso Nacional de India (1885)	Finaliza la construcción del ferrocarril Canadian Pacific Railway (1885)
	II Internacional (1889)	Constitución japonesa (1889)	Primer Congreso Panamericano (1889) Constitución de la República en Brasil (1889)
1890	Dimisión de Bismarck Caso Dreyfus (1894)	Hambre en Rusia (1891)	Partido Populista (1892)
		Alianza franco-rusa (1894) Guerra chino-japonesa (1894)	Marconi inventa la telegrafía sin hilos (1895) Disputa de fronteras en Venezuela (1895)
	Motor Diesel (1897) Artillería francesa de tiro rápido (1898) Primera ley naval de Tirpitz (1898)	China arrienda territorios (1898) «Cien Días de Reforma» en China (1898)	Guerra hispano-norteamericana (1898)
	Revisión del marxismo por Bernstein (1899)		
1900	Despega el primer Zeppelin	Rebelión de los Bóxers en China Creación del Partido Social-demócrata ruso (1901) Commonwealth de Austria (1901) Creación del Partido Socialista Revolucionario de Rusia (1901) Japón se alía con Gran Bretaña (1902)	Teodoro Roosevelt, presidente (1901)
	Revolución servia (1903) Acuerdo franco-británico (1904) Noruega se separa de Suecia (1905) Botadura del *Dreadnought*	Guerra ruso-japonesa (1904) Domingo Sangriento y el Manifiesto de Octubre (1905)	Vuelo de los hermanos Wright (1903) Independencia de Panamá (1903)
	Anexión de Bosnia-Herzegovina (1908) Rechazo del presupuesto de Lloyd George (1909)	Acuerdo ruso-británico sobre Asia (1907) Movimiento de los Jóvenes Turcos (1908)	Ford empieza la fabricación masiva de automóviles con motor Modelo T (1909)
1910	República de Portugal Primera Guerra de los Balcanes (1912)	Asesinato de Stolypin (1911) Revolución china (1911)	Woodrow Wilson, presidente (1912)
	Asesinato de Francisco Fernando. Estalla la I Guerra Mundial (1914)	Golpe de estado en Turquía, de Enver Pasha (1913)	Banco *Federal Reserve* (1913) Inauguración del canal de Panamá (1914)



Arriba, delegación de los Jóvenes Turcos y del Comité de los Balcanes recibida por el sultán Abdul Hamid II (1842-1918). El sultán restauró la Constitución el 24 de julio de 1908, pero fue destronado el año siguiente.

para salvar el trono, pero su posterior apoyo a una contrarrevolución en 1909 facilitó su derrocamiento, y fue reemplazado por un sultán marioneta. Los reformistas tenían diferentes puntos de vista sobre el futuro del Imperio. Tras el desastre militar ante Italia, en 1911, y los estados balcanicos, en 1912, el poder fue controlado por los nacionalistas extremistas. Su movimiento acabó en una dictadura, pero iniciaron reformas valiosas en la educación y en el gobierno municipal, y prepararon el camino de la occidentalización de Turquía dirigida por Kemal Atatturk después de la I Guerra Mundial. Al igual que sus antiguos súbditos balcánicos, Turquía se desarrolló como respuesta al desafío de los países industrializados.

Índice



